Colección Básicos del Socialismo

BS

REVOLUCIÓN Y FOQUISMO

Balance de la discusión sobre la desviación "guerrillerista"

Guillermo Lora

BIBLIOTECA MILITANTE
Ediciones ryr

REVOLUCIÓN Y FOQUISMO

Colección Básicos del Socialismo

REVOLUCIÓN Y FOQUISMO

Balance de la discusión sobre la desviación "guerrillerista"

Guillermo Lora

Ediciones ryr

Lora, Guillermo
Revolución y foquismo : balance de la discusión sobre la desviación guerrillerista . - 1a ed. - Buenos Aires : RyR, 2011.
313 pp. ; 17x12 cm.

ISBN 978-987-1421-51-0

1. Conflictos Sociales. 2. Movimientos Revolucionarios. 3. Guerrillas. I. Título
CDD 303.64

©CEICS-Ediciones ryr, 2011, Buenos Aires, Argentina
Queda hecho el depósito que marca la ley 11723
Printed in Argentina- Impreso en Argentina

Se terminó de imprimir en Pavón 1625, C.P. 1870.
Avellaneda, provincia de Buenos Aires, Argentina.
Primera edición: Ediciones ryr, Buenos Aires, agosto, 2011
Responsable editorial: Agustina Desalvo
Diseño de tapa: Sebastián Cominiello
Diseño de interior: Laura Iparraguirre
www.razonyrevolucion.org.ar
editorial@razonyrevolucion.org.ar

Las armas de la revolución latinoamericana

Stella Grenat

En la década de 1960, en Bolivia, se desarrollaron dos estrategias revolucionarias. Una, insurreccional, enraizada en la lucha audaz del combativo proletariado minero y del campesinado. Otra, foquista, fuertemente atada al proyecto internacionalista cubano y dirigida por el máximo icono de la guerra de guerrillas, el Che Guevara. Las páginas del libro que editamos nos introducen en el apasionante debate entre ambas estrategias, debate que tuvo una trascendencia mundial. En esta obra, Guillermo Lora, principal dirigente del Partido Obrero Revolucionario (POR) boliviano, asume la ardua tarea de criticar el foquismo, el método con mayor arraigo en las direcciones revolucionarias de la etapa. Lo hace mediante la crítica a una de las experiencias más trágicas de aquellos años, la que terminó consumiendo la vida del propio Guevara. Tarea difícil en la que vemos chocar dos formas distintas de hacer la revolución.

El acercamiento a la trayectoria política de Lora resulta ineludible para medir, por un lado, la importancia y pertinencia de su crítica y, por otro, su aporte a un debate que mantiene su vigencia en las filas de los que seguimos luchando: cómo construir hegemonía socialista en las masas latinoamericanas.

Una vida de combate

Guillermo Lora militó toda su vida en las filas del trotskismo. Desde muy joven ocupó cargos de dirección en el POR, que supo mantener hasta su muerte, ocurrida en mayo de 2009.[1] Su vida es inescindible de la de su partido. En su trayectoria se unieron la intensa y cotidiana participación en cada una de las luchas protagonizadas por los trabajadores bolivianos, como la ardua y trabajosa tarea intelectual para orientar el movimiento hacia la revolución. Esta última, reflejada en los 67 tomos de sus *Obras Completas* y en el legado de su inmensa biblioteca personal. Su lucha cultural se reflejó, también, en la fundación de la Universidad Popular "César Lora", inaugurada por él y sus compañeros en 1983.

El inicio de su militancia se remonta al año 1940 cuando, habiendo rechazado el título de abogado y trabajando como profesor de historia en colegios secundarios, consolidó la primer célula activa del POR en La Paz. En ese año, producto de la represión sufrida por el grupo paceño, debió partir, primero, hacia Cochabamba y, luego, hacia Oruro. Desde allí, junto a otros militantes perseguidos,

---

[1]El POR surgió en junio de 1935 en la ciudad de Córdoba, reuniendo al Grupo Tupac Amarú, dirigido por Tristán Marof, a la Izquierda Revolucionaria exiliada en Chile, liderada por José Aguirre Gainsborg y al Grupo Kollasuyo, que congregaba a exiliados bolivianos en Perú. De regreso en Bolivia, en 1938, el POR se dividió: Marof fundó el Partido Obrero Socialista, de corta existencia, y Gainsborg reorganizó el POR como un partido leninista, que en 1939 adhirió a la IV Internacional. La prematura muerte de Gainsborg, hizo retroceder al partido, que queda reducido, según Lora, a "un grupo de amigos de café". Souza, Rafael y Castillo, Edgar: "Esbozo biográfico de Guillermo Lora", en POR: *Guillermo Lora. Revolucionario Profesional,* Ediciones Masas, La Paz, 2009, p. 6. Sobre la fecha de fundación del POR existe otra versión que la ubica en diciembre de 1934, ver: Justo Liborio: *Bolivia: la revolución derrotada*, Ediciones ryr, Bs. As., 2007, p. 176.

proyectó su actividad política hacia el movimiento obrero minero. Se abrió, de este modo, una nueva etapa para el partido que, de allí en adelante, pasó a ocupar un lugar central en la vida política del país.

Mucho antes de que Cuba proyectara su influencia en toda Latinoamérica, fue en Bolivia donde se vivieron los sucesos más trascendentales del movimiento revolucionario. Allí, en un país sumido en el atraso y con la mayoría de su población campesina, el proletariado lograba avanzar por el camino de su independencia política. En noviembre de 1946, la *Tesis de Pulacayo*, redactada por Guillermo Lora, fue aprobada por la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB). Ella fue "elaborada para un congreso minero ordinario anterior, el tercero, que se realizó en Catavi-Siglo XX en el mes de marzo de 1946".[2] Su redacción fue el resultado del trabajo llevado adelante por la primer célula del POR instalada en las minas, constituida por tres mineros y un universitario (Lora). Este hecho da cuenta de la trascendencia de la intervención política de Lora que, de este modo, promovía que su partido, aún débilmente articulado, se colocara a la cabeza de los mineros.

No hay dudas de que la impronta política de la *Tesis* excedió el terreno estrictamente sindical. Nacida en el contexto insurreccional de masas que terminó con el gobierno y la vida del presidente Gualberto Villarroel fue, desde entonces, la base programática de la revolución en Bolivia. En ellas quedaron establecidos sus ejes sustanciales. En primer lugar, su objetivo: la instalación de la dictadura del proletariado. En segundo, el sujeto: la clase obrera (fundamentalmente, los trabajadores mineros) como dirección de las masas campesinas. En tercero, el programa, que señalaba la necesidad de cumplir con las tareas democráticas-burguesas pendientes

[2]Lora, Guillermo: "Así se escribió la tesis de Pulacayo", en POR: *Guillermo*,… op. cit., p. 62.

(la eliminación del latifundio y la independencia nacional del yugo imperialista) para poder pasar, inmediatamente, a las socialistas. Por último, el método, a saber, la acción directa (huelga general y ocupación de minas).[3] En este documento se establecía, también, que la formación de piquetes armados de obreros constituía una tarea impostergable.

En el denominado "sexenio rosquero" (1946-1952), Guillermo Lora continuó impulsando la lucha desde el parlamento.[4] En las elecciones de 1947, fue uno de los 10 diputados elegidos del Bloque Minero que, al igual que el Frente Único Proletario (POR-FSTMB), se había constituido siguiendo los planteos establecidos en la *Tesis.* Desde este lugar y en ese mismo año, enfrentó con firmeza la denominada "masacre blanca", consistente en el despido masivo de trabajadores de las minas de Patiño, en Catavi.

Pronto, la utilización del parlamento como tribuna para denunciar los atropellos del gobierno y la patronal minera le valieron, junto al resto de los diputados, la prohibición de acceder a la zona de Catavi y, a fines de mayo de 1949, la detención y deportación a Chile. Hechos que provocaron la inmediata reacción de los mineros, que declararon la huelga general, tomaron las minas y como rehenes a altos funcionarios de la empresa Patiño. El gobierno desató una nueva masacre, similar a la de siete años atrás, donde los mineros y sus familias, en huelga por mejoras salariales, habían sido ametrallados por el Ejército. Desde Chile, Lora ingresó

---

[3]Lora, Guillermo: "Tesis de Pulacayo", Bolivia, 8 de noviembre de 1946, en Ibid., pp. 75-90.

[4]La "oligarquía minera", refiere a las tres grandes empresas que monopolizaban la extracción del estaño que, a fines de los '40, constituía el 75% del comercio exterior boliviano. Sus propietarios eran Simón Patiño, Mauricio Hothschild y Carlos Aramayo. El primero era además propietario de bancos, ferrocarriles y periódicos. Justo, Liborio: *Bolivia, la revolución derrotada,* Ediciones ryr, Bs. As., 2007, pp. 125-138.

clandestinamente al país, pero nuevamente fue detenido y obligado a pedir asilo en la embajada uruguaya.

En 1950, continuó el feroz enfrentamiento entre el gobierno y los trabajadores. En el marco de la ofensiva del Presidente Mamerto Urriolagoitia, que prohibió toda actividad sindical, se creó el Comité de Emergencia Sindical, que reunió a gráficos, bancarios, trabajadores de la industria y de comercio. La represión cayó sobre el Comité: fue declarado ilegal y sus integrantes fueron detenidos. Lejos de amedrentarse, el movimiento obrero forjó un nuevo organismo, el Comité de Coordinación Sindical, que sumó a ferroviarios, fabriles y, fundamentalmente, a los mineros. El rechazo del pliego de peticiones realizado por el Comité de Coordinación y la detención de sus dirigentes precipitaron la huelga general, manifestaciones callejeras y una serie de combates en Villa Victoria (donde el Ejército se enfrentó con batallones de obreros armados) que desembocaron en una nueva masacre obrera, en mayo de 1950.[5]

Por este camino, signado por cruentas luchas, las masas protagonizaron la revolución de 1952. Los primeros días de abril, comenzó el levantamiento del MNR y sectores del Ejército. Su objetivo era desplazar al dictador Hugo Ballivián que, un año antes, había anulado las elecciones presidenciales que otorgaron la victoria a Paz Estenssoro, del MNR. La intervención de las masas obreras y campesinas tornaron al levantamiento en una insurrección que culminó con la derrota estrepitosa del Estado en su conjunto.[6]

El 17 de abril de 1952, como derivación de la *Tesis de Pulacayo*, y a instancias del militante del POR Miguel Alandia Pantoja, nació la Central Obrera Boliviana (COB), "legitima representación de los trabajadores organizados en las milicias armadas que controlaban

[5]Lora, Guillermo: "La masacre de Villa Victoria", en *Obras Completas,* Tomo XXII, 1947-1979, Ediciones Masas, La Paz, 1997, p. 429.

[6]Para una descripción detallada de la revolución ver Justo, op. cit. y Lora, Guillermo: *La revolución Boliviana*, La Paz, 1964.

el país y eran el único y efectivo poder existente en Bolivia".[7] La COB, que incluyó a los sindicatos campesinos, se levantó como un verdadero órgano de poder obrero, alternativo al instalado por Paz Estenssoro en el Palacio del Quemado. De este modo, se instaló una dualidad de poderes que, debido a la incapacidad de las fuerzas revolucionarias, terminó en una derrota para las masas, traspasando el poder al MNR y dando inicio a la contrarrevolución.

No es objetivo de este prólogo explicar las causas de la derrota de la revolución obrera de 1952, lo que implicaría una investigación independiente. Mientras que Lora alude a debilidades organizativas y políticas del Partido, Liborio Justo hace hincapié en los errores que habría cometido la dirección del POR. Siguiendo las directrices de la IV Internacional, liderada por Michel Pablo, el POR apoyó a la izquierda del MNR, línea que quedó establecida en la Tesis política votada en la X Conferencia Nacional, realizada en junio de 1953. Posición que lo habría conducido, según Liborio Justo, a promover el nombramiento de "más y más ministros 'obreros', estableciendo el 'co-gobierno' [con lo cual, habría colaborado en] la consolidación del gobierno burgués, en lugar de desplazarlo."[8]

En el marco de la burocratización de la COB y de la derechización del gobierno del MNR, entre 1953 y 1956, el POR sufrió una profunda crisis que dio lugar a su división. En aquel año surgieron dos tendencias: la Fracción Obrera Leninista (FOL), motorizada por Lora, y la Fracción Proletaria Internacional (FPI), liderada por Hugo González Moscoso.[9] A la cabeza de la FOL, Lora promovió la inmediata lucha por la transformación del POR en un partido de masas, línea que suponía independizarse de la hegemonía

[7]Justo, op. cit., p. 249.

[8]Ibid. p. 388.

[9]En 1954, un sector del POR encabezado por Erwin Moller ingresó al MNR. Hugo González Moscoso fue, desde 1946, dirigente estudiantil del POR, participó activamente en la Revolución del '52 y en la constitución de la COB.

del MNR. Política que terminó con su alejamiento total de la IV Internacional, que apoyó al ala de Moscoso y que seguía manteniendo la necesidad de sostener al "ala izquierda" del nacionalismo burgués y, luego, la consigna "todo el poder a la COB", cuando dicha entidad, ya burocratizada, se habría convertido en un apéndice gubernamental.[10]

Hacia 1956, la separación quedó institucionalizada. Por un lado, el POR Masas (POR-M) de Lora, por otro, el POR Lucha Obrera (POR-LO) de Moscoso que, en la década del '60, será reconocido como POR Combate (POR-C). Escisión profunda entre dos sectores que, con el correr del tiempo, ahondaron su antagonismo estratégico cuando el POR-C, siempre bajo la égida de la IV Internacional, asumió la estrategia foquista del guevarismo y promovió el ingreso de sus militantes al Ejército de Liberación Nacional (ELN), dirigido por el Che.

De este modo, en los diez años transcurridos desde la aprobación de la *Tesis de Pulacayo*, en 1946, hasta 1956, momento en el cual el POR se divide, el trotskismo en Bolivia no logró constituirse en un sólido partido de masas. Sin embargo, esto no significó su desaparición del escenario político nacional, aunque llevó a una revisión del programa. En pos de la consolidación partidaria, el punto central de la autocrítica del POR-M de Lora fue la revisión de la táctica del Frente Único Proletario que aparece en la *Tesis*:

"Las circunstancias políticas imperantes y caracterizadas por el aislamiento de los mineros, tanto del grueso de la pequeña burguesía de las ciudades […] como de una parte de la misma clase obrera […] determinaron que la *Tesis de Pulacayo* hablase del frente único proletario […] En la práctica se selló un pacto político entre la FSTMB, avanzada del sindicalismo obrero, y el POR, vanguardia revolucionaria del proletariado. Tal pacto era estrictamente proletario, pero resultó aislado de la mayoría de la nación oprimida […] El frente único de la clase carecía

[10]Justo, op. cit., pp. 351-371.

de porvenir político en un país atrasado y en el que la masa campesina comenzaba a marchar hacia las posiciones del proletariado."[11]

La defensa de la línea del Frente Antiimperialista se constituyó en la base de la posterior intervención del POR-M y alcanzó su punto máximo en la jornadas revolucionarias de 1971.

El dominio de la contrarrevolución

Este breve recorrido nos muestra que, hacia 1960, las masas bolivianas ya tenían una vasta experiencia en torno a la cuestión militar, que no llega a Bolivia desde afuera, de la mano del foquismo, sino que es parte intrínseca de la lucha de clases en el país desde veinte años atrás. En tal sentido, a pesar de tratarse de un proceso revolucionario abortado, 1952 debe servirnos para comprender el problema militar de la revolución boliviana, atendiendo, fundamentalmente, al protagonismo armado de las masas en dicho proceso. Lo que resulta central a la hora de entender el conflicto estratégico que surgió con la implementación del foquismo, a mediados de la década de 1960.

Los avances promovidos por la revolución nacionalista -reforma agraria, nacionalización de las minas, voto universal, etc.-, no garantizaron la inmediata reconstitución de la dominación burguesa. La resolución favorable de esta tarea implicaba el enfrentamiento de dos cuestiones. En términos materiales, desarmar las milicias obreras y campesinas y, en términos políticos, imposibilitar la unificación política de ambos sectores bajo el programa revolucionario del proletariado. Ambas tareas se iniciaron en 1953, y en ellas participaron tanto los nacionalistas del MNR como los dictadores militares que se sucedieron en el poder. En tal sentido, las acciones

[11]Lora, Guillermo: "Significado y proyecciones de la Tesis de Pulacayo", en POR: *Tesis de Pulacayo,* Ediciones Masas, Bolivia, 1978.

comunes emprendidas entre el Ejército y las milicias campesinas durante el gobierno de Hernán Siles (1956-1960), sentaron las bases del futuro pacto militar-campesino. En paralelo, la puesta en marcha de la Acción Cívica, proyecto de gobierno que promovía la función asistencialista de las Fuerzas Armadas, consolidaron las relaciones entre el Estado y los campesinos, a través del Ejército Nacional.[12] El 9 de abril de 1964, la alianza quedó institucionalizada mediante la rúbrica del "Pacto de Unidad Paz-Barrientos", de allí en más conocido como Pacto Militar-Campesino (PMC). Acuerdo que, lejos de solidificar al movimientismo, se instituyó en la base del poder del General Barrientos.[13] Siendo su premisa constitutiva la defensa de las autoridades del gobierno, uno de los puntos sobresalientes del acuerdo, que denota su rol en la ofensiva política desenvuelta contra la izquierda revolucionaria, era "combatir las doctrinas extremistas que atentan contra los principios de libertad y nacionalidad." En tal sentido, en 1965, la Federación Campesina de Cochabamba afirmaba que se encontraba "en plena vigencia el PMC firmado en Ucureña para reprimir toda actividad que trata de desquiciar a las organizaciones sindicales del campo", razón por la cual se prohibía el ingreso en áreas rurales de políticos enemigos del gobierno.

Por su parte, la subsistencia de mineros armados seguía constituyendo un peligro. Así fue demostrado en octubre de 1964, cuando marcharon en apoyo de las manifestaciones callejeras desatadas contra el gobierno de Paz Estenssoro, en Oruro, cuyo saldo fue la muerte de estudiantes. El encuentro entre el Ejército y los

---

[12]Soto, Cesar: *Historia del pacto militar campesino,* CERES, Cochabamba, 1994.

[13]El General René Barrientos fue elegido vicepresidente de la República acompañando a Víctor Paz Estenssoro, en 1964. Organizó un golpe de Estado y derrocó a Paz. Fue presidente de la Junta Militar (1964-1965), co-presidente junto a Alfredo Ovando Candía (1965) y en 1966 Presidente Constitucional.

batallones de mineros, finalmente derrotados, se produjo en Sora-Sora.[14] En la dirección militar de los obreros participaron dirigentes del Partido Comunista de Bolivia (PCB) y del POR-M, entre éstos últimos, Filemón Escobar, César Lora, Isaac Camacho y Cirilo Jiménez. A los pocos días, el 4 de noviembre, una Junta Militar al mando de los generales Alfredo Ovando y René Barrientos, tomaba el poder.

Sin embargo, fueron enfrentamientos posteriores, ocurridos en mayo de 1965, los que terminaron de establecer una nueva relación de fuerzas entre los poderes antagónicos nacidos con la revolución de 1952. La detención y el destierro al Paraguay de Juan Lechín, Secretario Ejecutivo de la COB y jefe del Partido Revolucionario de la Izquierda Nacionalista (PRIN), empujaron la acción de las masas, que vislumbraron en este ataque el peligro que corrían sus conquistas sindicales.[15] Al día siguiente, 16 de mayo, las minas más importantes ya estaban en poder de las milicias obreras.

Las acciones de los obreros incluyeron la toma de rehenes, la realización de emboscadas y voladuras de puentes y la captura de soldados como prisioneros. Por su parte, la Junta Militar estableció el estado de sitio, la puesta fuera de la ley de los dirigentes sindicales, la movilización militar de toda la población de 19 a 50 años y decretó "zona militar" a los centros mineros. El Ejército y la Aviación procedieron, entonces, a la ocupación militar de dichos centros, quedando los trabajadores sometidos a la jurisdicción y a

[14]Para un detalle del despliegue militar de los obreros, ver Lora, Guillermo, "La batalla de Sora-Sora", en *Obras Completas,* Tomo XXIII, 1952-1979, Ediciones Masas, La Paz, 1997, p. 337-342.

[15]Juan Lechín y su partido habían apoyado a Barrientos en el golpe contra Paz Estenssoro. Apoyo que articuló junto a Hernán Siles y Walter Guevara Arce, mediante la constitución del "Comité Revolucionario del Pueblo".

las disposiciones del Código Penal Militar, medidas que perduraron hasta 1970.[16]

Cabe resaltar que el gobierno movilizó las milicias campesinas a las zonas de conflicto. Hecho que se repitió en septiembre de 1965, cuando se produjeron nuevas masacres en las minas. Poco tiempo después, estas milicias, constituidas en fuerzas semi-regulares al mando de las Fuerzas Armadas, fueron entrenadas en la lucha antiguerrillera. De este modo, podemos afirmar que, desde mediados de los '60, las milicias campesinas, completamente cooptadas por el enemigo, combatieron activamente al movimiento obrero y a la izquierda revolucionaria. Recién en 1969, el movimiento campesino vio surgir un sector independiente, aquel que selló su alianza con la Central Universitaria Boliviana y que, posteriormente, constituyó el Bloque Independiente Campesino e ingresó a la COB. Sin embargo, este sector nunca pudo hegemonizar al conjunto de las masas campesinas que, mayoritariamente, permanecieron fieles a su alianza gubernamental, por lo menos hasta 1974 y la ofensiva de Banzer.

Dos cuestiones importantes surgen de este acercamiento a los hechos ocurridos en esta etapa. Por un lado, la eficacia de la fuerzas del régimen para doblegar la alianza obrero-campesina instaurada en los hechos revolucionarios de 1952. Por el otro, y a pesar de su derrota, la experiencia militar, insurreccional y miliciana del proletariado boliviano. Guillermo Lora, a la cabeza del POR-M, tomó a su cargo la intervención en ambas cuestiones.

---

[16]La ofensiva contra los opositores supuso tanto las masacres de mineros como el asesinato, la tortura y desaparición de militantes poristas. A fines de julio de 1965 son asesinados los dirigentes sindicales mineros César Lora y Julio César Aguilar; en septiembre de 1967, es detenido-desaparecido Isaac Camacho. Sobre estos casos ver Lora, Guillermo: "Los mártires obreros", en *Obras Completas,* Tomo XXIII, op. cit., p. 407-423; POR: *El asesinato de César Lora,* Ediciones Masas, La Paz, 1975; POR: *El asesinato de Isaac Camacho,* Ediciones Masas, La Paz, 1975.

La línea respecto al problema militar aparece con claridad en la *Tesis de Colquiri*, redactadas por Lora y aprobadas por la Asamblea del Congreso de Trabajadores Mineros de Bolivia, el 13 de julio de 1958. Escritas en el marco de la implementación de los planes de estabilización monetaria del gobierno, su objetivo central fue promover la unificación de todas las organizaciones sindicales en lucha bajo la dirección revolucionaria y clasista de la FSTMB. En ellas no solo se asumió la defensa de las conquistas sociales y el internacionalismo proletario, sino también la importancia de que los obreros y campesinos no entregaran las armas. En tal sentido, se denunciaba el intento gubernamental de desarmar las milicias en pos de reorganizar el Ejército burgués. Frente a ello sostuvieron que las milicias debían ser fortalecidas, disciplinadas y su comando, centralizado.[17] Esta posición fue ratificada en el XII Congreso de la FSTMB realizado, nuevamente, en Colquiri, en diciembre de 1963.[18] Un año más tarde, en La Paz, se reunió la XVI Conferencia minera que, en el marco del golpe militar de Barrientos, volvió a aprobar la defensa de las milicias obreras y campesinas.[19]

La tesis presentada por la fracción porista planteó que "al mismo tiempo que se organizan las milicias debe asimilarse la modalidad de la lucha guerrillera".[20] Si bien este punto no se aprobó, demuestra que el POR-M no rechazaba a la guerrilla por principio, sino que la entendía, a la manera leninista, como un recurso más de lucha, subordinado a la estrategia insurreccional y bajo la dirección del Partido de la clase obrera.

Por su parte, frente a la intensa política de cooptación del campesinado desplegada por el MNR, y en pos de consolidar su alianza

---

[17]Lora, Guillermo: *La Tesis de Colquiri-San José*, 1958, en http://www.masas.nu

[18]Lora, Guillermo: *El pensamiento político de los mineros,* Ediciones Masas, La Paz, 1965, p. 29.

[19]Ibid., pp. 21 y 23.

[20]Ibid., p. 16.

con los trabajadores, el POR-M impulsó la organización independiente de las masas campesinas. En agosto de 1964, el Primer Congreso Regional Campesino, de la zona de Caranavi y del Alto Beni, aprobó la *Tesis de Caranavi*, redactada por Lora. En ella se confirma la necesidad de consolidar la alianza política de obreros y campesinos, bajo la dirección proletaria, como única garantía de la victoria revolucionaria.[21] Asimismo, en el apartado "III. La lucha armada contra los opresores", se rechaza la participación en elecciones, en tanto en Bolivia no existirían "condiciones materiales ni tiempo para el pleno desarrollo de la democracia burguesa, con sus contrasentidos, sus mentiras y sus falsificaciones".[22] En consonancia con la *Tesis de Pulacayo*, se reivindica a la acción directa de masas como forma principal de lucha. En vísperas del golpe, frente al recrudecimiento represivo, el POR-M continúa defendiendo la necesidad de establecer milicias "debidamente armadas y disciplinadas" y formaciones guerrilleras.[23]

El POR y la estrategia guerrillera

El recorrido realizado hasta aquí nos permite afirmar que las críticas que Guillermo Lora realizó a las experiencias guerrilleras sostenidas desde Cuba, surgieron de un profundo análisis de la lucha de clases en Bolivia. Ellas no eluden la definición de las tareas militares de la Revolución, sino que sostienen una línea alternativa. La estrategia de la insurrección surgida de la acción directa de las masas, no supuso la negación de las formaciones guerrilleras sino que, por el contrario, ellas fueron contempladas como una forma de lucha subordinada, bajo la dirección política revolucionaria de los trabajadores.

---

[21]Lora, Guillermo: *Tesis de Caranavi,* 1964, en http://www.masas.nu
[22]Ibid., p. 8.
[23]Ibid., pp. 10 y 11.

Los textos que componen la obra que editamos fueron escritos entre 1963 y 1972 e incluyen una larga introducción del autor a su edición de 1975. El texto más antiguo, "La guerrilla. La concepción marxista contra el golpismo aventurero", fue escrito en junio de 1963, momento en el cual el movimiento de masas boliviano se encuentra a la defensiva, recibiendo los embates emanados de la segunda presidencia de Víctor Paz Estenssoro, del MNR (1960-1964). En el plano militar, el objetivo gubernamental seguía siendo la reconstrucción del Ejército burgués mediante el desarme y/o cooptación de las milicias obreras y campesinas surgidas en la revolución del '52. En tal sentido, estamos frente a un texto construido para intervenir en una coyuntura nacional particular: el desarme del pueblo boliviano por parte del MNR.

De este modo, ante la perspectiva de un próximo enfrentamiento, Lora plantea un acercamiento teórico a la lucha guerrillera como herramienta potencial para enfrentar al Ejército regular en Bolivia. Como ya hemos señalado, parte de la concepción leninista según la cual la guerra de guerrillas es un método adecuado de lucha subordinado a la preparación y desarrollo de la insurrección general del pueblo y dirigido por el partido. En este escrito encontramos, además, una de las primeras críticas al famoso texto de Guevara *La guerra de guerrillas*, difundido a comienzos de la década del '60. En principio, el error de suponer que un foco armado puede crear la condiciones objetivas y subjetivas para la revolución.

Hace hincapié, además, en la crítica al esquematismo del Che a la hora de aconsejar que en todos los países de desarrollen focos guerrilleros y alerta sobre el perjuicio que significaría para el proceso boliviano la puesta en marcha de grupos armados. Crítica que se adelanta a la contundencia que adquirirá ese presupuesto guevarista cuando, en septiembre de 1963, se edite *Guerra de guerrilla: un método*.

Finalmente, resulta muy valiosa la reposición, que realiza el autor, de la experiencia de los guerrilleros en las luchas

independentistas del siglo XIX, poco conocidas en la actualidad. Lora destaca, con acierto, que las guerrillas nacen y se desarrollan en el seno de las masas, siempre movidas por un objetivo común y como engranajes fundamentales de una estrategia mayor dirigida por un único mando político superior a ellas.

"Notas sobre '¿Revolución en la revolución?' de R. Debray'", aparece firmado en julio de 1967, pero fue publicado posteriormente, ya que Lora nombra, sin detenerse en ella, la derrota del Che ocurrida en octubre de aquel año. Aquí, el autor concentra su crítica al esquematismo de Debray, debatiendo con las pociones del PC argentino que, por su parte, utilizan el texto del francés para enfrentar al trotskismo. Denuncia, además, el pacifismo que se encuentra detrás de la crítica de los comunistas y el papel contrarrevolucionario que jugaron en la caída del Che. Dos cuestiones sobresalen en este análisis. Por un lado, la enfática defensa de la construcción partidaria frente al foco guerrillero. Por otro, sobre la base de la experiencia nacional, la defensa de la estrategia insurreccional para Bolivia. En este punto retoma la línea militar del POR-M, a saber, la defensa de las milicias de obreros y campesinos. Organismos surgidos y probados en la lucha que, desde la perspectiva de Lora, sería absurdo sustituir por las guerrillas. De surgir, éstas últimas deberían sumarse a la lucha general que venían desplegando las masas.

El texto "Revalorización del método de las guerrillas. La guerrilla del Che", fue editado en 1968, inmediatamente después de la derrota del Che. Un momento crucial en el cual, contradictoriamente, el prestigio de la estrategia foquista se acrecentó frente a la muerte de su principal líder. Inscripto en este marco, en el texto se desenvuelven, además de las posiciones históricas del POR-M frente a la guerrilla, tres cuestiones: 1) la defensa de la guerrilla frente a la estigmatización promovida por el enemigo; 2) un exhaustivo análisis crítico del rol de Cuba en la dirección internacional de los movimientos guerrilleros y el impacto negativo de su vinculación

con la URSS; 3) el examen pormenorizado del aniquilamiento del ELN del Che, realizado con el objetivo de efectuar un balance de los errores cometidos, siempre pensando que, en el futuro, el movimiento revolucionario boliviano podría recurrir a la guerra de guerrillas.

La edición que presentamos contiene, además, una serie de artículos extraídos del periódico del POR-M, *Masas,* publicadas a lo largo de 1972: "La política militar del proletariado", "Tupamaros y el partido de masas", "Democracia Cristiana: de la ultraizquierda al nacionalismo" y "La violencia revolucionaria". En línea con las resoluciones emitidas en los congresos mineros y campesinos, estos artículos demuestran que el problema militar de la revolución en Bolivia era parte sustancial de la política del POR-M. Asimismo, que las conclusiones y balances promovidos por dicho partido eran parte viva del proceso de lucha en el cual se encontraba inmerso. Estos artículos fueron escritos en medio de una etapa defensiva del movimiento revolucionario que, en aquel año, sufría los golpes de la feroz dictadura del General Hugo Banzer (1971-1978).

Asimismo, la presente compilación incluye dos textos escritos por Lora para ser presentados por el POR-M en la Conferencia Internacional, que debía reunirse en 1972, convocada por el Comité de Organización para la Reconstrucción de la Cuarta Internacional (CORCI): "Los métodos de lucha" y "Los Estados Unidos Socialistas de América". Estos escritos dan cuenta de la participación del POR-M en el intenso debate que el trotskismo internacional estaba llevando adelante para reconstituirse frente a las tendencias stalinistas, nacionalistas y foquistas que subsistían en su seno.

Recordemos que, desde mediados de los '50, el POR-M había dejado de ser reconocido como sección nacional de la IV Internacional. Alejamiento que se profundizó cuando, en 1963, el Secretariado Unificado de la IV Internacional (SU), con Ernest Mandel, Pierre Frank y Livio Maitán en sus filas, adhirió a la

estrategia guevarista y continuó apoyando al POR-C, de Hugo González Moscoso. Fue en este marco que, hacia 1968, el POR-C estrechó sus vínculos con Cuba, envió militantes para su entrenamiento en la isla y promovió su ingreso al ELN. Todo esto en vista a relanzar la guerrilla luego del desastre de Ñancahuazú.[24] A pesar de que las desavenencias surgidas entre los cubanos y los trotskistas terminaron en el fracaso de los acuerdos establecidos en Bolivia, el SU mantuvo su defensa de la guerrilla, posición que ratificó en su X Congreso Mundial, realizado en febrero de 1974.[25]

Finalmente, en la extensa introducción que Guillermo Lora efectúa para la edición del libro en 1975, encontramos las formulaciones más enfáticamente críticas al foquismo. Las mismas fueron escritas luego de la experiencia de la Asamblea Popular y del Frente Antiimperialista (FRA), de 1971, órgano de poder independiente del proletariado que estableció, como en el '52, la dualidad de poderes en Bolivia. En este proceso, una vez más, volvemos a encontrar en la primera línea de batalla al POR-M, "figura central del Comando Político de la COB, al punto que este encargó a Lora la redacción de las 'Bases Constitutivas' de la Asamblea Popular".[26]

Escrita con posterioridad a la derrota de la Asamblea, ocurrida en agosto del '71 con la instalación de la dictadura de Banzer, la introducción de Lora resume el balance político de dicha experiencia. La virulencia de la crítica al foquismo, definido como

---

[24]Para una reconstrucción de la intervención del POR-C en el ELN ver Rodríguez Ostria, Gustavo: *Teoponte, La otra guerrilla guevarista en Bolivia,* Grupo Editorial Kipus, Cochabamba, 2009.

[25]Recién en 1976, la Tendencia Mayoritaria Internacional (TMI) del SU, liderada por Ernest Mandel, revisó la estrategia foquista para América Latina. Véase Coggiola, op. cit., pp. 285-290.

[26]Coggiola, op. cit., p. 234. Para profundizar en los acontecimientos de 1971, ver Lora, Guillermo: "La experiencia de la Asamblea Popular" y "El Frente Revolucionario antiimperialistas", ambos en *Obras Completas,* Tomo XXIV, op. cit., pp. 69-240.

aventura ultraizquierdista de corte pequeño burgués, se vincula al reconocimiento de que el enfrentamiento básico en el interior de la Asamblea giró en torno a los métodos de lucha confrontando dos concepciones diametralmente opuestas: la insurreccional y la foquista. Sin embargo, el combate que se encuentra llevando adelante parece cegarlo en torno a una cuestión central: que el foco guerrillero no sea una estrategia viable para la revolución boliviana (ni para numerosos otras situaciones a nivel mundial) no implica que no sea efectivo bajo determinadas condiciones históricas, políticas y geográficas, como las que confluyeron en el caso cubano.[27]

Asimismo, su encendida crítica lo lleva a otorgarle al foquismo ciertas características que no se corresponden con la realidad. En resumidas cuentas: un grupo de jóvenes voluntaristas que pretende hacer la revolución de un día para otro, desvinculados completamente de la clase obrera y atentando contra el conjunto del movimiento revolucionario. En el caso argentino, estas consideraciones no le caben al Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP), al que Lora incluye en su crítica. Más allá de que su estrategia no condujo a la victoria del socialismo, no puede pasarse por alto que sus direcciones fueron reconocidos y probados militantes revolucionarios, que realizaron su tarea de una manera sistemática, que no se encontraban aislados del conjunto de los trabajadores y el pueblo argentinos y que no constituyeron un factor contrarrevolucionario en el proceso abierto en 1969. En todo caso, no supieron o pudieron triunfar, pero esto no implica desconocer sus aciertos y desmerecer su intervención en la etapa. En síntesis, este tipo de organizaciones son completamente diferentes a las que Trotsky y Lenin definían como terroristas o blanquistas, a fines del siglo XIX y comienzos del XX, por lo que no es pertinente retomar sus críticas literalmente.

---

[27]Grenat, Stella: *Una espada sin cabeza. Las FAL y el partido revolucionario en los años '70*, Ediciones ryr, Bs. As., 2011.

Volviendo a la Bolivia de 1971, en línea con la tradición de lucha del movimiento revolucionario boliviano y con lo establecido en la *Tesis de Pulacayo*, la Asamblea aprobó como método de lucha principal la movilización de masas y la acción directa en sus múltiples manifestaciones. De este modo, seguía el camino de la insurrección de masas que suponía tanto el fortalecimiento de las milicias armadas de obreros y campesinos como la batalla política hacia el interior de las Fuerzas Armadas. En tal sentido, lejos de proponer la formación de un Ejército Popular, la Asamblea reconocía que su victoria final dependía del quiebre del Ejército regular de la burguesía. En rigurosa concordancia con estos hechos, el balance final de Guillermo Lora queda circunscripto a cuestiones estrictamente políticas. La dificultad para consolidar el armamento del pueblo, principal garante de su dominación, se encontró, desde su perspectiva, no en un problema técnico sino en el nivel de desarrollo político de todo el país. En su corta existencia, la Asamblea no logró hegemonizar tras de sí, ni a fracciones del Ejército ni a la totalidad del campesinado.[28]

En definitiva, estamos frente a una compilación en la cual, cada uno de los textos que la componen, fue pensado y escrito en medio del fragor de la lucha de clases. Forman parte de la lucha política desplegada por el POR-M contra la hegemonía de la estrategia guerrillera. Lo que tiene de particular y valioso es que quien la llevó adelante tenía pergaminos revolucionarios suficientes como para eludir la crítica fácil de los guevaristas a los "insurreccionalistas", crítica según la cual el que no tomaba las armas era reformista o cobarde, un simple "revolucionario de café" o un marxista "de cátedra". Por el contrario, este libro resume una experiencia fundamental para valorar las posibilidades de los '70 y las perspectivas del porvenir latinoamericano.

[28]Lora, "La experiencia de la Asamblea…", op. cit., pp. 83, 90 y 91.

Para seguir...

Nada mejor para el lector interesado en la experiencia revolucionaria boliviana que hacerse con las *Obras completas* de Guillermo Lora, editadas por el POR en 1997. Para una historia de Bolivia como contexto general, le servirá Klein, Herbert: *Historia general de Bolivia,* Juventud, La Paz, 1982.

Para un acercamiento al tema de los campesinos en Bolivia, véase Cusicanqui Rivera, Silvia: "Apuntes para una historia de las luchas campesinas en Bolivia (1900-1978)", en González Casanova, Pablo: *Historia política de los campesinos latinoamericanos,* Tomo 3, Siglo XXI, México, 1985.

Un acercamiento a la presencia de los guevaristas en Bolivia, puede obtenerse de las memorias de militantes: Bustos, Ciro: *El Che quiere verte,* Vergara, Bs. As., 2007, y Garcés, María del Carmen: *Conversaciones con Pombo. Combatiente de la guerrilla del Che en Bolivia,* Colihue, Bs. As., 2011. Asimismo, es ilustrativo el texto de Rodríguez Herrera, Mariano: *Tania, la guerrillera del Che,* Sudamericana, Bs. As., 2007.

Sobre el primer proyecto del Che en la zona, el foco del Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) de Masetti, ver Rot, Gabriel: *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina. La historia de Jorge Ricardo Masetti y el Ejército Guerrillero del Pueblo*. Ed. El Cielo por Asalto, Bs. As., 2000.

Para la guerrilla de Ñancahuazú, los diarios del Che en Bolivia, en *Obras Completas*, MANCLA, Bs. As., 1997 y el de Villegas, Harry (Pombo): *Pombo. Un hombre de la guerrilla del Che. Diario y testimonios inéditos,* Colihue, Bs. As., 2007. También, Peredo, Inti: *Mi campaña con el Che,* Historia viviente, quinta edición (sin año). Además, resulta valiosa la biografía de Anderson, Jon Lee: *Che Guevara. Una vida revolucionaria,* Anagrama, Barcelona, 2010.

Sobre la guerrilla de Teoponte, el extenso y bien documentado libro de Rodríguez Ostria, Gustavo: *Teoponte, La otra guerrilla guevarista en Bolivia,* Grupo Editorial Kipus, Cochabamba, 2009.

Prólogo

1

El presente volumen, que reúne diversos trabajos sobre el foquismo, tiene ya su historia y esto antes de haber podido llegar a manos del lector. Cuando se produjo el golpe gorila y fascista encabezado por el Gral. Pinochet (1973) la edición chilena recibía sus toques finales, estaba en los talleres de encuadernación, y la avalancha contrarrevolucionaria, preñada de excesos, la destruyó totalmente. Los textos fueron escritos en plena lucha revolucionaria, como parte de ella, como instrumentos de los intereses y objetivos del proletariado; no tardó mucho en que ellos mismos se vieron convertidos en protagonistas y víctimas de la lucha de clases.

A la vuelta de algún tiempo, fue posible constatar que los folletos y artículos que nos parecían normalmente destinados a perderse en los archivos conservaban vigencia, al extremo de merecer el homenaje de ser recopilados. Tenemos plena conciencia que esto no se debe a sus cualidades intrínsecas, que ciertamente son muy escasas, sino a la naturaleza del tema y a las circunstancias en que fueron elaborados.

El problema es visto con ojos bolivianos, incluso cuando se trata de sus proyecciones en el ámbito latinoamericano; Bolivia, nadie

lo ignora, se ha convertido en piedra de toque de la teoría foquista y en tumba de su principal propugnador. Se pretendió aplicarle el foquismo como panacea técnicamente bien elaborada; bien pronto, se hizo evidente que el experimento resumía la esencia misma de la concepción política del castrismo (la esquematización de lo sucedido en Cuba apenas si era el tegumento de atrevidas rectificaciones al leninismo, anunciadas, ya entre líneas o abiertamente, como la expresión de una nueva realidad), todos los problemas de la revolución e importaba una tremenda prueba para la dirección tradicional de las masas (stalinismo, reformismo, nacionalismo).

El que Bolivia sea el personaje principal de estos escritos es importante no solo porque se convirtió en el escenario elegido para probar sin éxito alguno la viabilidad de un método de lucha espectacular aunque ajeno al movimiento revolucionario y al marxismo, sino -y este aspecto cobra singular trascendencia- porque su joven clase obrera ha logrado un alto nivel político y de radicalización; su fulgurante historia nos muestra estructurándose, incluso sindicalmente, alrededor de ideas políticas revolucionarias. Es el caso del asalariado de uno de los países más atrasados de Latinoamérica, poco numeroso y marcado a hierro por el atraso cultural, apropiándose del marxismo en su expresión más genuina, el trotskismo, que a los mecanicistas se les antoja que solo puede ser comprendido por el largamente experimentado y "maduro" proletariado de las metrópolis.

Los foquistas, revelando la ilimitada presunción de la inteligencia pequeño-burguesa, desarrollaron la tesis de que su ejemplarizadora actividad era nada menos que el detonante que precisaba para despertar y ponerse en marcha una clase obrera adormecida por la acción reformista y por doctrinas políticas obsoletas; lo dijesen o no, su prédica, tan espectacular y huera como sus acciones, daba a entender que aparecían providencialmente para hacer posible la revolución, estrangulada hasta ahora por la manía de teorizar y dividir de los envejecidos líderes. ¿Cómo respondería el

combativo, heroico y creador proletariado boliviano a la prédica y a la acción foquistas? Los periodistas que sirven a los rotativos del gran capital y aquellos que presentan su apego al populismo como garantía de neutralidad progresista con referencia al sectarismo marxista, difundieron generosamente la conclusión de que las poses heroicas de los activistas y los petardos colocados con precisión en puntos neurálgicos del mecanismo estatal y capitalista iniciaban un nuevo período en la historia de las luchas sociales, que sería la negación del pasado que se diluyó en la inoperancia y en las discusiones teóricas incansables que no hacen más que dividir a los revolucionarios. El ofrecimiento más importante de los foquistas no podía menos que entusiasmar a los ingenuos: realizar a breve plazo, sobre la marcha, la revolución, sin esperar que fuese vivido y superado el largo y escabroso proceso de estructuración del partido revolucionario, todas las condiciones madurarían a saltos bajo la presión de los grupos armados; si hasta hoy los marxistas realizaban una machacona propaganda de la revolución proletaria *sine die*, los foquistas prometían consumarla en el día. Menudearon los agoreros con la buena nueva de que los explotados darían las espaldas a sus direcciones tradicionales (se referían a éstas para no mencionar directamente al marxismo) para sumarse a las multitudes que estaban llamadas a subrayar con su aplauso el paso de los foquistas vencedores de los ejércitos regulares. El balance está ante nuestros ojos: el recio proletariado obrero, cuya avanzada es el sector minero, no se detuvo a analizar y asimilar lo que hicieron los grupos de activistas armados, para él no cuenta la experiencia foquista, le es totalmente extraña y en esta medida no afecta a la evolución de su conciencia de clase, que es lo que cuenta en último término. El foquismo se diluyó en la pirotecnia, hizo noticia en la prensa diaria, puso en afiebrada actividad a los servicios de inteligencia, obligó a la CIA a trasladar al país a sus mejores expertos, fue motivo de apasionadas conversaciones para los parroquianos de los cafés, pero no tuvo la fuerza histórica suficiente para tatuar

la piel de los trabajadores. El foquismo nace, vive y muere en los círculos pequeño burgueses, se alimenta de la desesperación suicida de los intelectuales que no han podido encontrar el camino revolucionario, no arrastra a la vorágine, ni consume ni nutre a la clase revolucionaria. Si se nos permite una comparación diríamos que la revolución hecha por las masas es como el incendio que hace trepidar los árboles más gigantescos y arrasa los montes; en comparación con él, el foco armado es *sunchu luminaria*[1] que apenas deja cenizas cuyo rescoldo muere ante las caricias del céfiro. El Che, admirable en muchos aspectos, ha sido sacrificado metralleta en mano, pero su inmolación no ha modificado el curso de la historia y menos ha determinado que la clase obrera siga otro camino o adopte métodos de lucha diferentes a los tradicionales, violentando así las creencias y propósitos de los foquistas.

Cuando escribimos estas líneas, los mineros de Siglo XX –Catavi–, grandioso laboratorio de la revolución boliviana, donde se prueban las consignas y las rutas que adoptarán las masas en el futuro inmediato, sostienen una terca y apasionada huelga contra las medidas totalitarias del gorilismo y que tiende a extenderse a otros distritos; como siempre, el gobierno utiliza contra los huelguistas todos los medios que encuentra a mano, incluso los más innobles como la mentira y la falsificación. Cualquiera que sea el resultado del conflicto (hasta ahora no se ha descubierto una receta que asegure por adelantado la victoria de una huelga; en oposición, los foquistas pretenden tener en las manos la fórmula de la panacea), lo evidente es que incidirá de modo determinante en el proceso político y en el porvenir de la clase obrera; ésta eleva su conciencia, se politiza asimilando críticamente la experiencia diaria

[1]El Sunchu es un arbusto que, en Bolivia, se utiliza durante la festividad de San Juan para quemarlo en las fogatas. Su principal característica es que arde rápidamente, pero su combustión acaba pronto. Por extensión, se denomina "sunchu luminaria" a las personas que elaboran grandes proyectos que terminan en nada (*N. del E.)*

a través de su partido político. El ejemplo nos permite comprender la abismal diferencia que tienen para el proletariado las acciones en las que interviene directa e inmediatamente y aquellas que se le ofrecen a través de los periódicos, las primeras se convierten en parte integrante de la clase mientras que las últimas no pasan de ser noticias anecdóticas.

2

Y, sin embargo, hemos dedicado bastante atención al foquismo y muchas de las páginas de nuestras publicaciones han sido destinadas a su crítica. Esto se ha debido a que la nítida delimitación del trotskismo de la ultraizquierda aventurera ha sido uno de los caminos recorridos en la construcción del partido revolucionario. Por otro lado, las capas estudiantiles de la pequeña burguesía han sufrido el impacto del foquismo y en la medida en que participamos de las luchas universitarias y juveniles (sabemos perfectamente la importancia del movimiento estudiantil en la actividad revolucionaria) hemos soportado su presión y fue preciso rechazarla utilizando un severo análisis principista.

Hemos conocido las explosiones languidecientes de la histeria ultraizquierdista en las universidades europeas y hemos observado la embriaguez foquista de los estudiantes latinoamericanos, que en todos los casos se tradujo en el abandono total del marxismo y en una intransigencia sectaria sin paralelo. El impostor Debray se convirtió en el teórico de la nueva revolución y encontró el terreno abonado para difundir sus homilías.

Nada de esto sucedió en Bolivia. Se puede decir que la influencia del castrismo en los medios estudiantiles fue superficial, bien pronto sus organizaciones retomaron el camino de la subordinación política al proletariado y se integraron a la Central Obrera Boliviana. Esta especie de privilegio en el escenario internacional se debió a la elevada politización del proletariado y a la intransigente

defensa de la doctrina y métodos de lucha leninistas que protagonizó su partido político. La izquierda peruana, casi exclusivamente estudiantil, fue virtualmente pulverizada por el foquismo y todavía no atina a salir de su marasmo. En el Brasil, el paso de la juventud por las múltiples variantes del castrismo la ha desbandado y provocado tal atomización en su seno que resulta sumamente difícil orientarse en esa Torre de Babel en que se ha convertido la izquierda exiliada.

Allí donde el proletariado comenzaba a dar los primeros pasos por el camino de la independencia de clase con referencia del nacionalismo de contenido burgués o a emanciparse de la nefasta y contrarrevolucionaria influencia del stalinismo (Argentina, Uruguay, Venezuela, Chile), el foquismo enervó totalmente a los medios estudiantiles y bloqueó el camino de la construcción del partido del proletariado, asestando así uno de los más rudos golpes al proceso revolucionario.

Si tomamos en cuenta la poltronería, conservadurismo y burocratización de los partidos stalinistas dependientes de Moscú, es evidente que la crítica castrista se presentó en sus inicios como saludable, como una rectificación radical venida desde la izquierda. La actitud correcta consistió y consiste en tomar esta crítica como punto de partida para construir un verdadero partido leninista y no en la capitulación tan frecuente ante el foquismo o el abandono del marxismo porque supone una serie de obstáculos en el camino de la estructuración de la vanguardia revolucionaria. En los núcleos que se reclaman del Secretariado Unificado de una supuesta IV Internacional es donde en mayor medida se han cometido estos equívocos. En Chile se ha dado el caso de que los viejos trotskistas, reducidos a la impotencia por sus propios y descomunales errores políticos y tácticos, propiciaron la formación del MIR y se pasaron con armas y bagajes a las posiciones castristas. El viejo SWP norteamericano, que en el pasado se mostró tan escéptico y timorato ante la posibilidad de una revolución en los atrasados

países latinoamericanos, perdió la cabeza y la brújula con la victoria del castrismo en Cuba. Los teóricos del SU, entre ellos el inefable E. Mandel, se han especializado en descubrir en todo nacionalista o populista con algún éxito, trotskistas encubiertos o instintivos; estas ilusiones valen tan poco como las teorías acerca del neocapitalismo, del desarrollo ilimitado de las fuerzas productivas en plena etapa de decadencia del imperialismo o de la aparición de una "nueva vanguardia" extraña al proletariado. El foquismo ganó, asimiló y destruyó a los revisionistas del trotskismo. Como se ve, la batalla librada contra el castrismo ha sido de vital importancia para nosotros.

Se podría decir que nuestras campañas han estado dirigidas frontalmente contra el foquismo como tendencia internacional y que no hemos sostenido una polémica formal con sus partidarios bolivianos o con las agrupaciones que le son afines. Aparentemente no tuvo lugar la discusión doctrinal documentada del caso; sin embargo, todos los días y en todos los lugares nuestras posiciones leninistas se enfrentaron con el castrismo. Lo que parece no tomarse en cuenta es que la disputa ganó la calle y quedó consignada en los papeles impresos en dos oportunidades de trascendencia histórica, con motivo de la constitución y funcionamiento de la Asamblea Popular y del Frente Revolucionario Antiimperialista (FRA).

La Asamblea Popular, organización de tipo soviético, salió de las entrañas de las masas y se convirtió en el canal que proyectaba al proletariado hacia el poder; demás está decir que llevaba en su esencia la dualidad de poderes. Estas tendencias no lograron desarrollarse plenamente debido a la corta existencia de la Asamblea, pero la experiencia se ha incorporado al arsenal de la clase revolucionaria. El ELN, la organización foquista boliviana, rumiaba, entretanto, el desastroso final de las acciones armadas de Teoponte, remedo caricaturesco de Ñancahuazú, esto cuando el proletariado demostraba en el escenario político su gran capacidad creadora y cuando con la huelga general imprimió un profundo giro al

proceso político. La Asamblea constituye la realización más elevada de todo el proceso revolucionario y los acontecimientos posteriores, sin excluir a las medidas punitivas y monstruosamente antihumanas del gorilismo, necesariamente se refieren a ella; ha sido estructurada por los explotados sin esperar la venia ni el consejo de los intelectuales foquistas y mientras éstos, de espaldas a la realidad de la situación política y de los movimientos de las masas, estaban preocupados de dar forma a su táctica aventurera. En un primer momento, el ELN tuvo la ocurrencia de sostener que la Asamblea no sería más que un retorno al caduco parlamentarismo de corte burgués y que formaba parte de una maniobra distraccionista, cuando lo que correspondía era declarar la guerra prolongada; en el despropósito coincidían los maoístas. Tarde se dieron cuenta los foquistas que su ceguera los condenaría a permanecer totalmente aislados, no solo de las masas sino del mismo proceso político; es entonces que tuvieron la ocurrencia de enviar su famosa carta pública en la que amenazaban tomar a su cargo la custodia de la virginidad de la institución, informaban que corría a cuenta de ellos el que la Asamblea no se desviase del camino revolucionario. La advertencia denunciaba que estaban seguros que la nueva organización se deslizaría por el plano inclinado del reformismo y que acabaría colaborando con el gobierno central. La criatura del proletariado tuvo el acierto de encogerse de hombros ante semejante desplante: la amenaza no hacía daño alguno por su procedencia.

Por algún tiempo se sostuvo que el ELN voluntariamente se colocó al margen de la Asamblea, que por su naturaleza y sus finalidades desarrollaba su actividad en medio de la más amplia publicidad y materializando a plenitud la democracia obrera (lo que no debe confundirse con la pasiva tolerancia a las tendencias e ideas reaccionarias, que fueron enérgicamente combatidas en su seno); posteriormente se comprobó que la táctica foquista consistió en introducir algunos de sus elementos camuflados en los grupos ultraizquierdistas que pertenecían a la Asamblea. Fuimos testigos de que

los foquistas con sus planteamientos y argumentos no compartían el criterio del sector proletario que exigía una profunda movilización de las masas, buscando incorporar al seno de la organización soviética al grueso del campesinado, camino que debía llevar hacia un enfrentamiento con el gobierno central y a la conquista del poder. Para materializar este objetivo se propuso poner en pie a las capas más vastas de los explotados tras la consigna de la administración obrera mayoritaria de Comibol; oponían la consigna del desencadenamiento de la guerra prolongada como resultado de una decisión elitista, lo que suponía que el ejército "popular" tendría oportunidad de derrotar formalmente a las fuerzas armadas regulares. Como se ve, el ELN y los ultraizquierdistas en general no cejaron en su empeño de colocarse al margen de las masas y de hacer la "revolución" por medio de la acción de los grupos activistas altamente entrenados y armados.

La pequeña burguesía radicalizada (sobre todo sus sectores estudiantiles) es, ni duda cabe, un valioso aliado del proletariado, sobre todo en un país atrasado como Bolivia, a condición de que se someta a la política del proletariado y que no obstaculice la marcha revolucionaria con sus actitudes provocativas. El proletariado, consciente de esta realidad exigió e impuso, esto contra la resistencia de la ultraizquierda, la reestructuración de la universidad bajo su dirección política, de manera que los movimientos estudiantiles no pudiesen trabar el proceso revolucionario. Estas batallas fueron libradas contra las convicciones mas íntimas de los foquistas y las resoluciones adoptadas importaron verdaderas imposiciones autoritarias a la ultraizquierda. Se puede decir que en el seno de la Asamblea Popular se libró una descomunal lucha contra el foquismo y que no fue más que un reflejo del enfrentamiento que ya tuvo lugar en el seno de las otras organizaciones de base de las masas, en las que, fue rechazado este método, pues los trabajadores persistieron en seguir sus formas tradicionales de lucha y permanecieron impermeables a la prédica espectacular del castrismo. El trotskismo

aparece de cuerpo entero en la Asamblea, cuya destrucción busca afanosamente la ultraizquierda.

Lo sucedido en el FRA acaso fue mucho más importante y desgraciadamente permanece ignorado para casi toda la izquierda latinoamericana. En un escrito acerca de la Asamblea Popular, en cuya última parte se analiza la experiencia frentista, nos hemos referido con algún detenimiento a esta cuestión.

El 21 de agosto de 1971 la vanguardia de la pequeña burguesía, constituida fundamentalmente por estudiantes, fue físicamente aplastada por la brutal arremetida gorila; la clase obrera, demostrando mucha madurez y al constatar que no existían condiciones materiales mínimas para librar la batalla final contra las fuerzas regulares concentradas en Oruro, realizó un repliegue táctico hasta sus lugares de trabajo y sus sindicatos. Con todo, hubo un cambio político, cuyas consecuencias soportaron todas las clases sociales y también el proletariado: las garantías democráticas y sindicales fueron aplastadas, las organizaciones de masas acorraladas o estranguladas. El cambio de la situación política impuso un cambio en la táctica, aunque es preciso puntualizar que la estrategia permanecía invariable: la lucha debía centrarse básicamente alrededor de la defensa de las garantías democráticas y de modestísimas reivindicaciones económicas, se imponía la necesidad de unir y coordinar los brotes de resistencia al gobierno que afloraban a lo largo y a lo ancho del país, la movilización y ofensiva de los explotados debían permitir volver a plantear la conquista del poder. Había que poner en pie a las masas y orientarlas hacia la lucha por el socialismo. Para convertirse en la dirección de este movimiento nació el FRA, dentro de la línea antiimperialista adoptada por el IV congreso de la Tercera Internacional. Se trataba de movilizar y de arrastrar a las masas (en cuyo seno confluían las clases sociales oprimidas y explotadas por el imperialismo: proletariado, campesinado y vastos y empobrecidos sectores de la clase media de las ciudades) detrás del proletariado. El FRA es un frente de clases sociales que soportan el

peso de la opresión imperialista, pero que no por esta circunstancia ven nivelados sus objetivos ni sus intereses. La naturaleza de esta organización está subordinada a un problema concreto: qué clase social se coloca a la cabeza del frente antiimperialista, pues no es viable la receta de que todos los participantes tengan el mismo peso en la dirección, que así resultaría reducida a cero. Si el frente se subordina a los intereses de la burguesía, si tiene como finalidad estratégica crear las condiciones indispensables para el desarrollo del capitalismo, hay que concluir que se trata de una colaboración con la burguesía y un abandono total de los intereses históricos de la clase obrera. Esta es la esencia de los frentes populares, uno de los últimos recursos que tiene el capitalismo para sobrevivirse. Es esto lo que nosotros siempre hemos rechazado y combatido tenazmente y lo hemos hecho en la etapa de estructuración del FRA. El trotskismo propone que el frente antiimperialista esté políticamente dirigido por el proletariado, que se subordine a su estrategia, en esta medida no puede ni debe identificarse con el frente popular. El camino recorrido por la clase obrera boliviana y la experiencia adquirida durante el periodo de la Asamblea Popular hicieron posible la estructuración del frente antiimperialista con tales características; en otras palabras, permitieron al partido de la clase obrera (POR) imponer su estrategia a los partidos y grupos que representaban a las otras clases sociales e inclusive a ciertas capas atrasadas de aquella. Pese a que comprendemos debidamente que existe una diferencia cualitativa entre el FRA y los frentes populares tan gratos al stalinismo y a los nacionalistas, no podemos dejar de constatar que en el periodo de discusiones acerca de la naturaleza del FRA no era éste el problema central, sino más bien, el que se refiere a los métodos de lucha.

El programa del frente, la naturaleza del gobierno que debía propugnarse (después de algunas discusiones se votó por unanimidad la consigna estratégica de gobierno de los obreros y campesinos), aparecían encubiertos tras el problema de los métodos de

lucha, que normalmente emerge de las cuestiones principistas. Esta especie de contrasentido era el resultado de que la pugna básica estaba entablada entre los partidos que representaban la tendencia proletaria esbozada en el seno de la Asamblea Popular y los que obedecían a la corriente ultraizquierdista o foquista. Ya hemos indicado (ver *De la Asamblea Popular al golpe fascista*, El Yunque Editora, 1972) que, para sorpresa de propios y extraños, el FRA, en cuyo seno se encontraban el ELN, el MIR y los pequineses, adoptó como su fundamental método de lucha el propio de la clase obrera: la movilización de masas y la acción directa en sus múltiples manifestaciones, se determinó se les subordinasen toda acción y toda actitud de las direcciones políticas de las otras clases. El foquismo, como actitud voluntarista de un grupo de activistas que se han elevado hasta el nivel de especialistas militares, y destinada a modificar el curso de los acontecimientos históricos de acuerdo a su subjetivismo, quedaba arrinconado y férreamente sometido a la vanguardia obrera.

La política del FRA se orientaba inconfundiblemente hacia la conquista del poder por la clase obrera; las masas oprimidas por el imperialismo eran movilizadas tras la estrategia de aquella, que así daba un paso más en el propósito de arrastrarlas como dirección política. Hablar en estas condiciones de identidad entre el FRA y los frentes populares es sencillamente un despropósito. La movilización de masas se operaba teniendo como eje una amplia alianza obrero campesina. Nuestros críticos, y éstos menudean hasta en el sector considerado trotskista, se esforzaron en presentar la verdadera hegemonía política del proletariado dentro del frente como colaboración de clases, inclusive como subordinación del proletariado a la burguesía, extremo que solo puede darse en el caso de renuncia a la estrategia revolucionaria; para lograr su finalidad deformaron las proposiciones programáticas y los mismos hechos. Los representantes conscientes y directos de la burguesía nacional no estaban ni están dentro del FRA, porque no fueron invitados y porque en

el país esta clase social no ha logrado estructurar a su propio partido con posibilidades de convertirse en una organización de masas; pero si estaba un partido nacionalista pequeño burgués (la pequeña burguesía ha intentado vanamente en Bolivia ocupar el papel de la burguesía nacional), el PRIN, que en sus momentos de radicalización se esfuerza por presentarse como portavoz de la clase obrera y hasta como marxista. Los sectores movimientistas, inclusive los colocados más a la izquierda, retrocedieron espantados ante los propósitos del frente antiimperialista y creyeron ver en él objetivos que solo podían lograrse después de una larga lucha que contrariaba sus proyectos de retornar al poder en breve tiempo y cogidos de la casaca de algún alto jefe militar golpista. También conformó el FRA un grupo de jefes y clases del Ejército y de los efectivos regulares de la policía, que se encontraba en el exilio por haber actuado alrededor del Gral. Torres (éste mismo se movía dentro del grupo intentando inútilmente ganar el lugar de caudillo indiscutido que, en su primitivismo, consideraba la consecuencia lógica de su grado castrense). Fue tan fugaz el paso de Torres por el FRA que hay que concluir que para el ex presidente el hecho constituyó un equívoco político: en sus cálculos, llenos de ingenuidad e ilimitada ambición, figuraba en primer término la posibilidad de que el frente se convirtiese en el instrumento de los golpes de Estado que él nunca dejó de planificar, claro que los proyectos no pasaron de los esquemas consignados en el papel, esto porque había perdido toda influencia sobre los mandos con tropa que actuaban dentro del país; a medida que se fue delineando la estrategia y la táctica antiimperialista, el general comprendió que se había equivocado de tienda política, que el radicalismo frentista comprometía al golpista inveterado y entonces muy discretamente hizo mutis por el foro. Nada pinta mejor a Torres como su actitud dual en su trato con los componentes del FRA: un buen día fue pillado infraganti haciendo propaganda entre algunos campesinos para que éstos se opusiesen a que el frente hablase tanto de socialismo, estaba interesado en no

espantar a los nacionalistas que apresuradamente buscaban a un caudillo uniformado que pudiese echar del Palacio de Gobierno a Banzer y su pandilla, y, en último término, en no despertar demasiadas sospechas en los medios imperialistas. Torres dentro del FRA nunca fue tomado en serio, constituía algo así como una figura simbólica de algo muy importante que estaba sucediendo: la adhesión de una fracción radicalizada del Ejército a un frente que discutía descarnadamente los problemas de la revolución desde el punto de vista del proletariado, es decir, del marxismo. El Ejército, después de 1952, se mostró impermeable a las presiones de los explotados y a la propaganda revolucionaria; ahora se producía una profunda escisión en sus capas más politizadas y mostraba cuál sería el camino que debía recorrer el movimiento revolucionario en el futuro si desea lograr la victoria: escindir a las fuerzas armadas y ganar hacia sus posiciones a las capas más jóvenes y radicalizadas. Las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) –tal fue el nombre que adoptaron los uniformados izquierdistas en el exilio– no pretendieron en momento alguno desarrollar una particular posición política dentro del FRA y, más bien, se convirtieron rápidamente en escenario de la pugna entre foquistas y marxistas, vale decir, entre las expresiones teóricas de la desesperación pequeñoburguesa y de la política proletaria. Desde el primer momento se pudo notar que el My. Rubén Sánchez, que ya había tenido su historia como foquista encubierto, jugaba un papel más importante que Torres en el seno de las FAR; el ultraizquierdismo del mayor, que pese a todas sus maniobras no pudo escapar a la red que alrededor suyo había tendido el castrismo, no dejó de ser resistido y rechazado por gran parte de los oficiales. La incorporación de las FAR a la ultraizquierda, hecha en el plano de las declaraciones, constituye una arbitrariedad de Sánchez.

No hay la menor duda de que algunos consideraban la incorporación del ex-Presidente y Gral. Torres al seno del FRA una habilidosa maniobra que acortaba enormemente el camino hacia

el poder; ese entusiasmo no era más que reflejo de este espejismo oportunista. Los trotskistas nada tentemos que ver con estos juegos, sus propiciadores pensaban en un cuartelazo y nosotros nos afanábamos por encontrar los caminos que pudiesen llevar al proletariado hacia el poder. Los torristas de los primeros días del FRA exudaban por todos los poros nacionalismo burgués que ya había pereclitado totalmente.

¿Cómo pudo darse el caso de la total capitulación del foquismo ante la intransigente estrategia proletaria desarrollada por el POR? ¿Por qué la ultraizquierda abandonó sus métodos de lucha (para los especialistas en operaciones militares resume y encubre todos los planteamientos políticos concebibles) para cobijarse bajo los que se invocan como propios de la clase obrera? El abandono de posiciones no fue seguido por la necesaria autocrítica de las viejas concepciones, sino, más bien, por una maniobra, que, sin embargo, apenas si ocultaba la profunda crisis que sacudía al foquismo en uno de sus centros más importantes.

La ultraizquierda cayó víctima de su propio juego, de la maniobra digna de la chatura de la pequeña burguesía. Estaba segura que haciendo concesiones al sector proletario en el campo del programa y de los principios (en las discusiones fue retrocediendo gradualmente, buscando conservar algún terreno que le permitiese reiniciar sus operaciones de ataque en el futuro) podía conquistar puestos claves dentro del FRA que le permitiesen, en los hechos, convertirlo en cobertura e instrumento al servicio de sus aventuras. Seguramente nunca el foquismo mostró de manera más brutal su verdadera fisonomía. La política alrededor de los objetivos programáticos era considerada pura e inútil palabrería, que podía fácilmente ser rectificada por las acciones militares. Moviéndose bajo el látigo de los marxistas se vio obligado, en definitiva, a someter a crítica y análisis su pasado y sus errores políticos; la política se erguía por encima de los activistas y les empujaba a revisar sus posiciones. El sometimiento del foquismo al trotskismo en el seno

del FRA no fue más que uno de los episodios de la aguda crisis que se desarrollaba en su seno, una crisis de dimensiones internacionales y que trágicamente cerraba todo un período de las luchas sociales; decimos trágicamente porque los ultraizquierdistas buscando desertar a su sino llevaron a la exasperación y a la histeria su conducta aventurera y suicida; los que habían sido políticamente derrotados se empeñaron en ser despiadadamente destrozados por las fuerzas gubernamentales y por las bandas fascistas. Esta vez fue la tragedia la que siguió a la farsa.

Lo sucedido en el FRA boliviano nada tiene de similar, por ejemplo, con la fractura de parte del PRT argentino por el foquismo, que concluyó asimilándolo totalmente, al extremo de que los presuntos trotskistas abandonaron las posiciones marxistas, renegaron de su primitivo nombre, propusieron la fusión de los planteamientos de Mao-Giap-Trotsky, la creación de una nueva Internacional (cualitativamente diferente a la Cuarta) y otras tonterías por el estilo. La diferencia se debe, además de la firmeza y debilidad principistas, según los casos, al diverso grado de desarrollo político de los proletariados boliviano y argentino. Con variante este ejemplo puede hacerse extensivo a los otros países.

Cuando la ultraizquierda comprendió que el FRA tenía decidido imponer autoritariamente sus decisiones a todas las organizaciones y oponerse enérgicamente al golpismo viniese de donde viniese y no bien reajustó sus fuerzas dentro de la organización frentista, se encaminó a escisionarla y a impedir que su programa, coherentemente elaborado a partir de sus documentos fundamentales (secretos hasta ese momento), pudiese ganar la luz pública. La misma fractura del FRA (en el país se implantó en los medios sindicales el FRA que sigue la línea proletaria y los foquistas utilizaron la sigla con fines puramente propagandísticos, a fin de ocultar su gradual debilitamiento detrás de una consigna de unidad izquierdista) demuestra la crisis y fracaso de la ultraizquierda, la imposibilidad en

un país con un proletariado altamente evolucionado de subordinar a los explotados a la línea pequeño burguesa.

3

La profunda crisis del foquismo llega hasta el grueso público a través del abandono de algunas de sus tesis tradicionales y de la adopción de los planteamientos de sus críticos marxistas; se trataría, para la ultraizquierda, de ajustar los enunciados a una nueva realidad. Los fracasos sufridos en el terreno de la lucha, la no llegada de la victoria revolucionaria por el camino del foquismo, la palmaria demostración de que los grupos armados no pueden cumplir las funciones del partido obrero, etc., precipitaron la crisis y ésta se tradujo inesperadamente en la promesa por parte de la ultraizquierda de cumplir lo que había criticado acerbamente hasta la víspera. Se tornó marxistizante y agachó la cabeza ante los partidos que hasta la víspera los consideraba caducos.

Los foquistas abandonaron su tesis tradicional de que era el campo el escenario ideal para desarrollar la lucha revolucionaria y los grupos armados se trasladaron a las ciudades para protagonizar el terrorismo urbano (con una espectacularidad sin paralelo), lo que les permitió identificarse con su modelo que en otras latitudes tuvo oportunidad de descalabrarse a fines del siglo pasado. La crítica marxista pudo entonces ser planteada de manera más nítida, no en vano se había estructurado en franca lucha contra el petardismo de su época; por otro lado, la ultraizquierda tuvo mayor ventaja, aprovechando las formas encubiertas que asumió, para presionar mucho más poderosamente sobre las débiles organizaciones revolucionarias.

El grupo armado actuando en el campo acentuaba dramáticamente su aislamiento del país e ignoraba a la clase obrera, cuyo escenario es, precisamente, la ciudad, una de las creaciones del capitalismo. La ultraizquierda crítica convertida en terrorista

urbana pareció rectificar profundamente aquella orientación y dijo ser su voluntad reglar sus actividades conforme a la lucha y necesidades del proletariado. El lector conoce de sobra el relato de las espectaculares marchas punitivas de ultraizquierdistas a los centros de trabajo para castigar a los malandrines y rectificar entuertos de la administración capitalista, también se encuentran en todos los periódicos referencias a la forma como quieren solucionar los problemas de la miseria y de la explotación modernas: obligan a los grandes capitalistas a distribuir víveres y vituallas en los barrios marginales y entre los obreros de las fábricas. Es evidente que esta forma modernizada de la caridad cristiana y adecuada a fines propagandísticos, está lejos de poder solucionar el hambre y la explotación que son inherentes al capitalismo como sistema social. Para esto será preciso hacer la revolución e instaurar la dictadura del proletariado, lo demás es pura demagogia.

El terrorismo se esfuerza por plantear forzadamente su referencia a la clase obrera, pero no puede ocultar su providencialismo y naturaleza extraña al movimiento de masas y a la vida interna de las fábricas. Penetrar a un centro de trabajo para arengar a los esclavos modernos e infligir drástico castigo a los capataces y patrones que tratan mal a su personal, sigue siendo una acción venida desde fuera, elaborada y ejecutada al margen de los obreros concentrados en una empresa, con la confesa u oculta intención de sustituirlos, de evitarles los dolores y contratiempos que supone la lucha cotidiana por mejores condiciones de vida y de trabajo y contra todo exceso patronal o estatal. Los ultraizquierdistas pueden forzar las puertas de las fábricas y desfilar apresuradamente ante los obreros estupefactos, pero siguen siendo extraños a ellos; sus acciones, aunque tengan como punto de referencia los centros de trabajo donde está el proletariado, siguen siendo extrañas a esta clase, no forman parte de su experiencia, porque no es ella la que las ejecuta y, por esto mismo, no las asimila; concluyen desechándolas, aunque circunstancialmente hubiesen simpatizado con esa conducta.

El foquismo primitivo partía del supuesto de que la nueva realidad social había convertido al partido político de la clase obrera en una organización totalmente superada y planteaba que los esfuerzos hechos para estructurarlo y las discusiones desarrolladas alrededor de su fortalecimiento, no hacían otra cosa que obstaculizar la lucha revolucionaria y se convertían en un obstáculo que se levantaba ante los explotados en el camino de la conquista del poder. El foco armado era ya el partido del "pueblo" –un término grato a los oídos de la ultraizquierda que se niega a recalcar que es el proletariado la clase revolucionaria por excelencia y en esta medida se diferencia del marxismo– o cuando menos el germen que al desarrollarse naturalmente llegaría a ser tal. El terrorismo urbano, al menos por boca de los Tupamaros del Uruguay habla de convertir a los grupos de activistas armados en el partido de masas que exige nuestra época de guerras y revoluciones.

Es dentro de este cuadro revisionista (también el foquismo se ha visto obligado a revisar su programa inicial) que la ultraizquierda latinoamericana, por lo menos en sus expresiones más conspicuas, ha conformado un frente único, sobre todo con la intención de impulsar sus acciones y reactualizar una postura ya superada espectacularmente por los acontecimientos y por el mismo desarrollo de la política. El ERP argentino, los Tupamaros, el MIR chileno y el ELN boliviano, convinieron en un acuerdo homogeneizador y esperando que fuese el detonante lo suficientemente poderoso, para desencadenar la guerra prolongada en escala continental; los firmantes del documento –programa de circunstancias– estaban seguros que la maniobra unionista solucionaría todos los problemas que impiden que la ultraizquierda vuelva a adueñarse del escenario y desplace a las direcciones tradicionales.

La plataforma de unidad de los grupos foquistas, que siguen siendo tales aunque ahora ostenten el rótulo de terroristas urbanos, expresa su crisis profunda y caducidad. No solo que llama a sumarse al bloque ultraizquierdista a todos los partidos revolucionarios,

sino que se incluye en el texto los planteamientos que distinguen a la izquierda marxista. Se habla de que serán las masas las que hagan la revolución, de que ésta estará dirigida por la vanguardia revolucionaria, etc. Si esto es así, el foquismo y el terrorismo están demás, son contraproducentes para los objetivos revolucionarios.

En Bolivia, los intentos hechos para resucitar el foquismo, para implantarlo en las ciudades como terrorismo, no han dado resultado, no han pasado de ser globos de ensayo. La ultraizquierda ha muerto en el proceso político como fenómeno de alguna importancia, lo que no impide que aparezca por ahí algún grupo ultraizquierdista, que publique una hoja, y que inclusive haga estallar uno que otro petardo, pero más como curiosidades anecdóticas que como fenómenos de alguna significación. Se puede descontar que los organismos de represión sacarán toda la ventaja posible, con miras a justificar sus bestiales medidas de represión, de todo intento terrorista o lo fraguarán si no se presenta.

Allí donde el terrorismo, como en la Argentina y el Uruguay, por ejemplo, constituye un serio obstáculo en el camino de la estructuración de la vanguardia proletaria constituye una obligación prioritaria el aplastamiento ideológico del foquismo urbano. Hay que reivindicar el marxismo frente a todos los intentos revisionistas, elevar a un primer plano los métodos de lucha propios del proletariado y reducir a su verdadera dimensión insignificante la arrogancia pequeñoburguesa que pretende enseñar a los obreros a hacer la revolución e imponerles ciertas formas de actuación. La derrota ideológica del terrorismo aventurero y vacuo será el primer paso firme que se dé en la ruta de la construcción de un poderoso partido obrero, indispensable para hacer posible la revolución proletaria.

Hemos leído que los foquistas urbanos pretenden tornarse invulnerables a la crítica marxista con el argumento de que a ellos no se les puede aplicar los reparos que tradicionalmente se invocaron contra el terrorismo individual, pues nos hacen saber que ellos vinculan sus acciones con el movimiento de masas. El aventurerismo

del ERP o de los Tupamaros sigue siendo terrorismo individual en la medida en que, como expresión de la desesperación, voluntarismo y hasta egoísmo pequeñoburgueses, se elabora y se ejecuta a espaldas de las masas, deliberadamente al margen de ellas y como resultado de las decisiones de los grupos cerrados y conspirativos de activistas. En sus rasgos generales el terrorismo de nuestros días no es más que la prolongación del viejo terrorismo que ya tiene alrededor de un siglo de edad y cuya inviabilidad como método de lucha ha sido puesto de relieve por los acontecimientos, una y otra vez.

El terrorismo individual es nefasto porque, allí donde la clase obrera apenas se está desprendiendo de la tutela ideológica del nacionalismo burgués o está reaccionando contra el revisionismo y burocratización de los partidos stalinistas, aparta a los explotados del camino de la construcción de la vanguardia revolucionaria, porque o es una actitud distraccionista, un obstáculo para la evolución de la conciencia de clase, o bien alimenta la aparición de ilusiones acerca de la posibilidad de que la clase y su partido puedan ser exitosamente sustituidos por los grupos armados de activistas. Es fácil comprender que se impone una severa crítica del terrorismo para dejar desbrozado el camino de la construcción del partido, ésta es una tarea urgente e insustituible. En este empeño es aleccionadora, por muchos conceptos, la experiencia boliviana.

Los ultraizquierdistas acaso tengan la ocurrencia de sostener que los trotskistas propugnamos nada menos que la evolución pacífica del capitalismo al socialismo, lo que nos vincularía estrechamente con el stalinismo, que en muchos aspectos ha proporcionado argumentos e ideas para la elaboración del foquismo pequeñoburgués, ya que rechazamos la violencia empleada por ellos y la denunciamos como contrarrevolucionaria. El tema planteado ha sido también discutido con algún detenimiento y permite actualizar una posición nuestra de vieja data.

Ciertamente que no somos pacifistas ni hemos planteado en momento alguno la posibilidad de la existencia de varias vías para

llegar al socialismo como hacen los lacayos del Kremlin. La revolución victoriosa (las masas explotadas expulsando del poder a la clase dominante, tarea en la que acumularán y emplearán todos los medios menos los diplomáticos) constituye el punto culminante de la violencia revolucionaria, que en nuestra época se encarna en el proletariado; la toma del poder, el punto más elevado de la insurrección, permite que la política de la clase obrera se exprese en términos militares. El proletariado no merecería convertirse en clase gobernante si no estuviese seguro, y no subordinase su conducta a esta convicción, de que debe prepararse debidamente para asaltar el poder con las armas en la mano. La insurrección es un arte, enseñaba Lenin, y no está permitido jugar a ella, hay que actuar conforme a sus leyes. Pero, ni la preparación de la insurrección ni el armamento del proletariado tienen nada que ver con el aventurerismo foquista o con el terrorismo individual, estas tareas solo pueden ser debidamente cumplidas por el partido revolucionario y en este terreno nada podrá enseñarnos el foco armado. La política militar de la clase obrera es una concepción particular de ella y solo en el aspecto técnico ha podido aprender algo de los especialistas militares de la burguesía, es posible también que en este último plano pueda enriquecerse el arsenal de la clase a través del análisis crítico de las operaciones armadas protagonizadas por foquistas y terroristas.

A los desplantes pequeño burgueses hemos opuesto la larga y rica experiencia que tiene el proletariado boliviano en materia de armamento de sus milicias y también la que se desprende de las acciones militares que ha librado contra efectivos del ejército regular o contra destacamentos represivos. La clase ha dado muestras de su capacidad para reducir, utilizando la violencia, a las bandas mercenarias organizadas por los capitalistas. La Tesis de Pulacayo, cuando habla del armamento de los obreros y de la necesidad de crear milicias sindicales y grupos de autodefensa, eleva a nivel programático esta experiencia. Las consignas no fueron impuestas a las

masas desde fuera, emergieron de su capacidad creadora y para que aflorasen fue suficiente su sistematización.

Nuestra concepción de la política militar difiere totalmente de la de los foquistas, como difiere también nuestra concepción de la violencia. Las operaciones militares, para nosotros, son operaciones que las ejecuta la clase y los destacamentos armados son fracciones de ésta, estructurados en su seno y controlados por sus organizaciones. No confundimos el armamento del partido con el armamento de la clase, aunque el primero puede ser el punto de partida y facilitar el cumplimiento del último. Ni la formación de fracciones armadas (consiguientemente su perfeccionamiento técnico) ni las operaciones militares deben considerarse finalidades en sí mismas, como si fuesen estratégicas, sino más bien como medios que deben permitir a la clase obrera llegar al poder. Esta es una de las diferencias más marcadas que nos separa del ultraizquierdismo, que, deliberadamente o no, indefectiblemente concluye perdiéndose en las acciones diarias y tras la finalidad del perfeccionamiento técnico de los componentes del grupo armado. El partido concentra la política militar del proletariado.

La lucha de clases es una sucesión de acciones violentas y es ya violencia; ésta adquiere proyecciones diversas según la clase social que la desencadene. Sería absurdo distraerse en averiguar quién es el primero que hace uso de la violencia; para la izquierda de la Iglesia, que por principio la rechaza, el monopolio de la violencia corresponde a los explotadores y a los dueños del poder, su prédica se diluye en la inoperancia porque en la lucha de clases resulta ingenuo predicar la norma masoquista de ofrecer la otra mejilla no bien se reciba un golpe, todo en busca deliberada del martirologio que permita forjar a los mártires de nuestra convulsionada época, etc. Lo que queremos dejar claramente sentado es que no nos interesa la violencia por la violencia y la provocación de alborotos con finalidades gimnásticas, preocupación que absorbe a los ultraizquierdistas, porque generalmente concluyen sirviendo a la

contrarrevolución y actúan como elemento disolvente de las fuerzas revolucionarias. La violencia utilizada por la burguesía y por los órganos de poder y de compulsión que le sirven, cuya finalidad no es otra que mantener sometidos y oprimidos a los explotados, es esencialmente reaccionaria y la rechazamos; pero también rechazamos las explosiones de ira provocativas o extrañas a las masas que apuntalan o justifican el movimiento del aparato represivo de los explotadores. La violencia ejercitada por el proletariado en su lucha liberadora, la acción directa que va contra el ordenamiento jurídico en vigencia y que tiene la posibilidad de desembocar en la lucha armada, es revolucionaria, progresista, porque está al servicio de la clase social que con su victoria puede evitar que la humanidad caiga en la barbarie y lograr que se estructure una nueva sociedad; la justificamos y practicamos en la medida en que es parte inseparable de la movilización de los explotados y de su marcha hacia el poder. La violencia es revolucionaria solo si está subordinada a esta finalidad estratégica, todo lo que la obstaculice sirve a la contrarrevolución. De la enunciación de estas premisas se desprende que la violencia de la ultraizquierda, el foquismo o el terrorismo urbano, es básicamente contrarrevolucionaria. Esto porque entraba la lucha del proletariado, porque impide su fortalecimiento como clase y como partido político y porque puede concluir siendo manipulada a su antojo por los dueños del poder político.

Tenemos un ejemplo histórico que puede ilustrar lo que llevamos dicho. Los mineros de Siglo XX tomaron como rehenes a técnicos norteamericanos en 1949, durante una huelga violentísima y buscando así liberar a sus dirigentes que fueron apresados por fuerzas del Ejército y de la policía. El sindicato y los activistas sufrieron un brutal asalto del Ejército que prácticamente pulverizó el local sindical donde se encontraban concentrados los rehenes. Posteriormente se ha acusado a los obreros de haber dado muerte a parte de los técnicos extranjeros. En esa oportunidad solo el trotskismo salió públicamente en defensa de la conducta de los mineros

y justificó, utilizando argumentos teóricos y políticos, la captura de rehenes e inclusive su ejecución sin haber precedido ni siquiera un proceso sumario, esto mientras el resto de la izquierda no ocultaba, o acaso más bien se esforzaba por exteriorizarlo, su repudio y asco por la barbarie de los obreros bolivianos producto del atraso y del analfabetismo. Los más moderados se esmeraron en subrayar que formas de lucha extremadamente violentas ofendían a la civilización y a las conquistas democráticas. Para nosotros la captura de rehenes y su ejecución era inherente a la larga guerra que sostienen las clases antagónicas de la sociedad y se justificaban y debían ser obligadamente defendidas por quienes se reclamasen del programa de la clase obrera, por ser acciones violentas ejercitadas por el proletariado en su oposición a la clase dominante y su Estado; se trataba, como se ve, de la violencia al servicio de objetivos revolucionarios. A la decapitación de los rehenes siguió una no menos brava huelga general en todo el país, la masacre de Siglo XX y se desencadenó una ola represiva muy severa, destinada a descabezar política y sindicalmente a los trabajadores. La violencia llevó a una innegable derrota con toda su secuela inevitable; sin embargo, al ser asimiladas sus enseñanzas, no pocas negativas y las menos positivas, por la clase contribuyó a su estructuración, le enseñó, cierto que de una manera por demás cruel, que el Estado y sus instrumentos forman parte de la clase dominante y que la pretendida independencia del Ministerio de Trabajo, del Ejército y del recurso del arbitraje obligatorio, no pasa de ser una artimaña para engañar y desorientar a los explotados. Partiendo de su cruenta experiencia diaria, los obreros avanzaron grandemente en su politización y comprendieron que también ellos debían contar con instrumentos de expresión política. Algo más importante, el alevoso ataque del Ejército a los campamentos mineros, la sistemática represión, los choques entre obreros mal armados y mal organizados con fuerzas regulares y poseedoras de una gran potencia de fuego, enseñaron que era urgente concentrar mayores esfuerzos en el armamento de

la clase, en su organización y entrenamiento militares. La violencia impresionante que significa la decapitación de los técnicos extranjeros encuentra así su plena justificación revolucionaria, se trata de una violencia que ayuda a la clase y que no la desorganiza y menos le impide encaminarse hacia el poder. Los acontecimientos posteriores pudieron demostrar que la captura de rehenes, que los mineros habían utilizado por propia iniciativa, sin esperar los consejos de los teóricos de la ultraizquierda, fue rápidamente incorporada como patrimonio de los explotados, que después la ejecutaron una y otra vez.

También los foquistas y los terroristas toman rehenes, cobran sumas fabulosas por su rescate, a veces los ejecutan y han establecido ciertas reglas a las que se sujetan en su práctica de la violencia de este tipo. Es indiscutible que esta manifestación de la violencia, como quiera que sea ejecutada al margen de las masas, como acción totalmente marginal, no tiene directa incidencia en la vida de la clase obrera; exitosa o no, carece de la posibilidad de contribuir en su estructuración, en la fijación de su línea de conducta. Frecuentemente la práctica de la captura de rehenes por parte de la ultraizquierda es utilizada por la policía para justificar su acción destructiva de las filas revolucionarias, de descabezamiento de las direcciones partidistas. Esta violencia no revolucionaria puede convertirse en francamente contrarrevolucionaria cuando es aprovechada por los organismos de represión para asestar rudos golpes a las organizaciones del proletariado. Solo a un miope se le ocurrirá confundir o identificar la captura de rehenes por parte de la clase obrera con la que ejecutan a diario los ultraizquierdistas.

La violencia que es propia de foquistas y terroristas se ha tornado disolvente para la clase revolucionaria, pues rápidamente ha permitido la aparición del terrorismo fascista que es ejecutado por bandas parapoliciales que cuentan con el apoyo y protección estatales. Los golpes reaccionarios tempranamente asestados pueden tener enorme impacto en las filas obreras, porque éstas no han

tenido el tiempo suficiente para poner en pie piquetes armados de autodefensa y los partidos marxistas no han podido estructurar un frente defensivo. Suficiente recordar las actividades del Escuadrón de la Muerte del Brasil y de las AAA, cuyos golpes han estado dirigidos a eliminar a los cuadros revolucionarios, que constituyen capital invalorable y que no pueden ser fácilmente reemplazados. El proletariado, a diferencia de la burguesía, muy difícilmente va sacando de sus filas a revolucionarios profesionales y éstos son indispensables en la lucha liberadora.

4

Hemos diferenciado claramente entre foco y guerrilla, que los comentaristas superficiales cometen el error, siguiendo de cerca la propaganda ultraizquierdista, de identificarlos. Ciertamente que se trata de acciones armadas y formalmente puede decirse que no hay mayores diferencias entre ellos. Cuando se analiza el problema de fondo se comprueba que nos encontramos ante dos fenómenos totalmente diferentes y cuyas proyecciones sociales y políticas siguen direcciones opuestas.

La guerrilla es una actividad propia de las masas explotadas; es la guerra informal que libran los oprimidos y los débiles contra ejércitos poderosos, contra el Estado que cuenta con fuerzas armadas bien organizadas y pertrechadas; las maniobras ejecutadas tienden a debilitar al adversario e inclusive a distraerlo y agotarlo en una guerra de larga duración. El grupo guerrillero sale de las mayorías y vive de ellas y para ellas; sería absurdo pretender encontrar contradicciones y enormes diferencias entre aquel y los trabajadores que casi simultáneamente empuñan las armas y las herramientas habituales.

En este caso puede exactamente decirse que la guerrilla es el brazo armado de los explotados.

El foco armado se organiza y actúa al margen de las masas y a veces teniendo que vencer su resistencia, busca suplantarla y vive gracias al apoyo que se le presta desde el exterior (exterior a los explotados de una región); no es su brazo armado popular sino un quiste metido a viva fuerza en determinada región.

Rechazamos el foco y apreciamos en lo que vale a la guerrilla. Algo más, consideramos que el proletariado y las masas explotadas en general deben incorporar en su arsenal el método de la lucha de las guerrillas, de la guerra informal. Sería absurdo sostener que la liberación de la clase obrera se hará indefectiblemente por el canal de las guerrillas, pero también sería arbitrario sostener que por principio no puede ni debe recurrir a esta forma de lucha.

Para los latinoamericanos (para no hablar de otros continentes) el método de las guerrillas forma parte de la tradición de las luchas populares, suficiente recordar las guerras de comienzo del siglo XIX. Esto nos autoriza a esperar que en los momentos de mayor tensión de las luchas sociales vuelva a actualizarse. En la preparación militar del proletariado y de su partido político es visible la ausencia de asimilación crítica de la rica experiencia de las guerrillas. Se puede comprobar que ni siquiera los historiadores han analizado con el debido detenimiento y profundidad la vida y desarrollo de las guerrillas durante las luchas de la Independencia: no se conocen las pugnas clasistas internas en su seno y los casos en los que las capas plebeyas e incluso campesinas lograron ganar la dirección y las connotaciones políticas de fenómeno tan importante. Las luchas de liberación nacional en el Extremo Oriente y otras latitudes son por demás aleccionadoras acerca del gran papel que juega en ellas la guerra de guerrillas.

Dos argumentos se esgrimen para el rechazo del método de las guerrillas: a) se dice que siendo la misma cosa que el foco armado nada tiene que ver con los explotados y que es sinónimo de aventura irresponsable; b) que no es un método de lucha propio de la clase

obrera y que, por tanto, no debe incluirse entre los que utilizarán los explotados de nuestra época.

La primera afirmación es arbitraria y no merece ser tomada en cuenta. Hemos indicado ya en qué medida son diferentes foco armado y guerrilla de masas (la guerrilla revolucionaria es necesariamente parte de las masas). El justificado rechazo del foco como método de lucha no supone ni debe suponer una igual actitud frente a la guerrilla.

Es cierto que el método de las guerrillas no es propio del proletariado, no ha sido creado por éste y, ha existido antes de que hubiese aparecido en el escenario. Pero tampoco es exacto decir que se trata de un método exclusivo de los campesinos: ha sido utilizado, a lo largo de la historia, por los componentes sociales de los sectores mayoritarios. Las guerrillas latinoamericanas arrastraron a campesinos, artesanos, capas de hacendados y primeros núcleos de la burguesía. Bajo el capitalismo, la clase obrera, precisamente por ser la única consecuentemente revolucionaria y porque para emanciparse tendrá que emancipar a toda la sociedad, tiende a convertirse en caudillo de todas las masas explotadas y oprimidas, toma en sus manos los problemas de éstas (dándoles una insospechada proyección política, pues la orienta hacia el socialismo) y se apropia de sus métodos de lucha. No se trata de una mecánica incorporación al arsenal del proletariado, sino, al mismo tiempo, de su transformación. Esta transformación se refiere a que un viejo método de lucha se subordina a la estrategia de la clase revolucionaria de nuestra época. Cuando decimos que la clase obrera se apropia del método de las guerrillas no queremos significar que obligadamente debe utilizarla no importa en qué condiciones y en qué momento, sino que puede actualizarla en una coyuntura política favorable. Ya sabemos que las masas tienen que madurar para utilizar debidamente un método de lucha y éste debe ser la respuesta adecuada a una necesidad histórica concreta.

Hemos observado que el proletariado boliviano, pese a provenir directamente de la masa campesina, ha dado pruebas suficientes de haber perdido toda noción de la guerra irregular y que en sus fricciones con el Ejército ha cometido muchas torpezas tácticas que le han costado muy caro. Se habría ganado mucho si las fracciones mineras, por ejemplo, hubieran sabido realizar maniobras y movimientos de acuerdo a los principios de la guerra irregular. Es por esto que decimos que la preparación militar de la clase obrera debe incluir la debida asimilación del método de la guerra de guerrillas. El partido revolucionario será el canal por el cual esta experiencia histórica se inyecte en la clase.

5

El foquismo, el terrorismo (la ultraizquierda en general) colocan el fusil por encima de la política. Esta es la causa de su momentáneo relumbrón, de su derrota final y de su vacuidad. El planteamiento no solo rompe con el marxismo sino que aleja a sus propugnadores de la clase obrera.

Si el fusil está por encima de la política quiere decir que puede modificar a esta última a su antojo. Uno de los elementos fundamentales de las transformaciones de la situación política es la conciencia de clase en evolución, hecho que condiciona la importancia decisiva del factor subjetivo de la revolución, es decir, del partido político. Según la tesis foquista y terrorista, el fusil tiene el poder de suplantar al partido político, en otras palabras, resuelve por si solo la incógnita de las modificaciones de la conciencia de clase. El fusil ha sido convertido en fetiche y en demiurgo creador de la victoria revolucionaria. Sabemos que el fusil puede servir a la revolución o a la contrarrevolución según la clase social que lo empuñe; para la ultraizquierda el fusil es ya la revolución.

Para foquistas y terroristas el fusil sintetiza la revolución y su victoria no puede darse al margen de él y las actividades que no

sean operaciones militares son reaccionarias por principio. De aquí se deduce que el único método de lucha concebida es la lucha armada y que todos los demás métodos son contrarrevolucionarios e indignos de ser empleados por quién se considere socialista. No podía haberse ideado una mejor forma de dar la espalda a las masas; éstas se mueven diariamente y se movilizan partiendo de sus necesidades inmediatas, luchando por reivindicaciones modestas de tipo salarial y por aquellas que tienen relación con las condiciones de trabajo. Esta es una lucha por reformas pequeñas y no la grandiosa batalla contra el Ejército regular o por tomar el poder. El partido revolucionario parte de la lucha por las reformas para proyectarlas hacia la conquista del poder, arrancando de las necesidades reales y cotidianas de las masas, de su atraso y de sus prejuicios, formula reivindicaciones transitorias que se convierten en el puente a través del cual los explotados se encaminan hacia el poder, se aproximan a él.

El fusil por encima de la política exterioriza la preeminencia de la acción sobre la teoría, del empirismo y del activismo sin principios sobre el programa. Lenin enseñó que sin programa revolucionario no puede haber acción revolucionaria, lo que significa que no se trata de la acción por la acción, sino de la táctica y de la actividad diaria sometida a la finalidad estratégica, colocada a su servicio, como elementos que coadyuvan a su cumplimiento.

El activismo por el activismo, la operación militar por la operación militar, no precisan de programa; algo más, exigen que éste sea abandonado. Por eso foquistas y terroristas nos plantean la urgencia de aferrarse únicamente a los principios vacuos capaces de unir a los sectores más heterogéneos y opuestos. Para los marxistas uno de los métodos –y el fundamental- de construcción del partido revolucionario de la clase obrera consiste en la precisa delimitación de las posiciones, de la superación de las diferencias a través de la más profunda discusión, lo que puede llevarnos al definitivo fortalecimiento organizativo a través de la escisión; los

ultraizquierdistas nos plantean la necesidad de estructurar el grupo armado por encima de los principios, como una simple coordinación de voluntades, de subordinación al caudillo, para que luego la acción permita el surgimiento del programa. Primero la acción y luego el programa es otra forma de plantear el apotegma del fusil por encima de la política.

El desprecio de foquistas y terroristas por los problemas programáticos, por las discusiones principistas, que consideran inútiles y perjudiciales, la poca importancia que le dan a la teoría, no es, pues, casual, sino parte de su propia naturaleza. Mientras para los marxistas la discusión principista, aquella que se refiere a la estrategia constituye el camino de la preparación de una óptima actuación unitaria, para los ultraizquierdistas esa discusión es sinónimo de paralización de la acción, de puro distraccionismo, de rechazo de todo intento de llevar las ideas al terreno de los hechos.

La base fundamental e irreemplazable de la estructuración del partido revolucionario es el centralismo democrático (la más amplia democracia interna que permite la acción unitaria hacia el exterior, que la prepara); son la hipertrofia del centralismo y la carencia de toda forma de democracia los rasgos que caracterizan a los grupos foquistas, no en vano tienen como única finalidad las acciones militares.

La ultraizquierda puede haberse planteado en algún momento la estrategia proletaria, pero la pierde atrapada por la acción militar; la táctica se convierte en estrategia y la acción por la acción concluye destruyéndola.

Llega un momento en que la teoría, el programa y la política cobran su venganza y pulverizan al aventurerismo ultraizquierdista. La clase, representada por su partido político, pasa revista critica a los hechos en la acción diaria, a todos los errores cometidos y a los aciertos logrados y es entonces que acaba con las desviaciones foquistas, como el paso necesario para la construcción de la vanguardia revolucionaria, que encarna la estrategia proletaria, que eleve

al nivel de los principios las leyes ciegas del desarrollo histórico y el instinto del proletariado hacia la reconstrucción de la sociedad sobre base comunistas. A partir de este instante el foquismo y el terrorismo ya no tienen por qué existir y si se hacen presentes a través de esporádicas explosiones, nadie se apercibe de ello.

6

Podría pensarse que la vieja tesis del foquismo en sentido de que es el campesino la fuerza principal y decisiva en la lucha revolucionaria de nuestra época, de que la revolución vendrá del campo a la ciudad, y a la que entusiastas se plegaron los maoístas, ha sido totalmente abandonada por el terrorismo urbano. Pero no es así, la ultraizquierda es populista, habla del pueblo, de los más sufridos y empobrecidos, de las mayorías, y en primer término toma en cuenta al campesinado, dando a entender que por su crecido número y su mayor pobreza es la clase revolucionaria por excelencia.

Para el trotskismo la revolución, en los países atrasados (aquellos en que las tareas democráticas no han sido plenamente cumplidas y que soportan la opresión nacional imperialista) no será ciertamente pura y únicamente proletaria, sino que será protagonizada por las clases que soportan la opresión y explotación imperialistas, a condición de que esta masa alcance a ser políticamente dirigida por el proletariado. Por esto decimos que el eje fundamental de la estrategia revolucionaria es la alianza obrero-campesina. Esta alianza ha sido abusivamente interpretada como un acuerdo contraído entre dos potencias; cuando a esta afirmación se añade la evidencia del mayor peso cuantitativo del campesinado ya se está planteando la mayor importancia de éste con referencia a la clase obrera. La alianza obrera-campesina quiere decir nada más y nada menos que es el proletariado el que arrastra a la masa agraria detrás de sí, detrás de su estrategia, que formula la solución de los problemas campesinos con una perspectiva proletaria. La fundamental trascendencia del

campesinado radica en que se convierte en fuerza propulsora de la marcha del proletariado hacia el poder, de manera que éste logra la victoria sobre los hombros de los explotados del agro.

Los foquistas que partían para su acción del campo, que estaban seguros de que su acción liberadora dependía del apoyo de éste, descontaban que los campesinos, debido sobre todo a su secular opresión y miseria, eran ya socialistas, por lo menos instintivamente, y que para despertar sus potencias dormidas era suficiente la propaganda de la acción heroica y ejemplarizadora. El grueso de la masa campesina es pequeño-burguesa, se aferra apasionadamente a la fuente de toda su miseria, de su primitivismo y demás desgracias: a las minúsculas parcelas de tierra y a los rudimentarios aperos de labranza; presenta el egoísmo y el oportunismo propios de quienes buscan una oportunidad para ensanchar, por lo menos en forma mínima, su propiedad. Si a esto se añade la tremenda dispersión de esta masa humana a lo largo de la extensión territorial del país y su pavoroso atraso cultural, y la virtual carencia de grandes concentraciones urbanas, se comprenderá fácilmente por qué los campesinos, pese a su gran tradición de luchas heroicas, no logran expresarse homogéneamente en el campo político, que inclusive no llegan a tener voz propia en este plano. Los numerosos ensayos hechos de poner en pie un partido político de "indios" no pasan de ser imposturas de los *cholos* asentados en las ciudades y que obedecen a las incitaciones y a la propaganda de los gobiernos de turno, de los reaccionarios y hasta del imperialismo.

El campesinado, por estar constituido por miserables pequeños propietarios, es anti-socialista y tiene intereses diferentes a los del proletariado, que se encamina a destruir la propiedad privada sobre los medios de producción y a superar el extremo parcelamiento de la tierra, no para constituir la gran hacienda capitalista sino la granja colectiva, razones por las que, al afirmarse en el poder y delimitar sus contornos de clase chocará indefectiblemente con el egoísmo campesino.

No se trata de menospreciar al campesinado, de marginarlo de la lucha revolucionaria, de no hacer nada para no conquistarlo para las posiciones proletarias; se trata de ubicarlo en su verdadero lugar y de señalar con precisión la función que cumplirá en la lucha emancipadora. Solo así se puede abrir el camino revolucionario y dar las espaldas al populismo deletéreo.

El terrorismo urbano no se asienta en el proletariado, aunque hable de él machaconamente, parte y concluye en lo que el revisionismo pablista llama "nueva dirección de masas", que no es otra cosa que la capa estudiantil de la pequeña burguesía. En esto no hay nada de extraño, la ultraizquierda es una de las manifestaciones naturales de esta clase intermedia y oscilante. Nos encontramos ante el caso de que las avanzadas juveniles de la clase media pretenden imponer métodos y objetivos a la clase revolucionaria, de aquí arranca la intrascendencia de sus acciones, la extemporaneidad de sus imposturas, pues ahora se trata de forjar de manera granítica a la vanguardia revolucionaria del proletariado.

El petardismo pequeño burgués no solo que nada tiene que ver con la revolución proletaria, sino que se opone a ella y que la obstaculiza con su acción. No es el caso de encontrar un sustituto a la capacidad revolucionaria de la clase en la potencia de los explosivos, sino de elevar esa capacidad a través del fortalecimiento de su dirección política. En esta tarea no sirve para nada la ultraizquierda y ha llegado el momento de eliminarla de nuestro camino.

Si no se forja el partido obrero, si el proletariado no alcanza a convertirse en el caudillo de las masas oprimidas para poder aplastar al imperialismo rapaz y opresor, la desesperación y la barbarie pueden concluir destruyendo a la sociedad, entonces, sí el hundimiento de la humanidad será acompañada por las explosiones de la histeria ultraizquierdista. La desesperación pequeño-burguesa subrayará la imposibilidad de encontrar una salida revolucionaria. Por ahora estos presagios pesimistas deben ser simplemente descartados: el proletariado latinoamericano, reciamente templado

en la lucha diaria, se encamina a paso firme hacia la victoria y demostrará poseer las fuerzas suficientes para poner en pie a su propia vanguardia, cuyo programa, el trotskista, es la expresión concentrada de la experiencia del proletariado mundial, que ya ha demostrado ser capaz de tomar en sus manos el poder político y de sentar los fundamentos materiales y políticos de la futura sociedad.

El fracaso de la ultraizquierda como dirección de las masas y como garantía de la victoria revolucionaria se ha repetido en Bolivia; acaso la novedad radique en que en su disgregación se ha desplazado hasta posiciones abiertamente reaccionarias. El petardismo, que en su momento hizo gala de radicalismo verbal, concluye sustentando posiciones nacionalistas y moviéndose detrás de golpistas uniformados. Puede ser que en las muecas que provoca la calda se conozca mejor a los personajes.

Nacionalismo y ultraizquierdismo son dos expresiones de la pequeña-burguesía, tal vez por esto tan fácilmente foquistas y terroristas pasen de una posición a otra. Tenemos en mente el caso del MIR boliviano. Se estructuró, como siempre sostiene la ultraizquierda, no importa de qué rincón del mundo, prometiendo sustituir en el acto a la caduca dirección de las masas y consumar la revolución que con su retardo ocasiona tantas calamidades. No bien tuvo que afrontar los acontecimientos y se topó con la primera prueba seria, cayó hecho pedazos: no tenía programa, es decir, respuestas al cambiante acontecer político y cuando fue preciso que la militancia adoptase una conducta unitaria vino la escisión, la discusión principista y el acabose para la organización. Los viejos partidos estaban ahí, enarbolando terca y apasionadamente sus posiciones, defendiendo sus programas y teorías, mientras que el escindido y maltrecho MIR no atinaba a definir si era partido, vanguardia o club de discusión (y parece haber quedado reducido a lo último).

El MIR viene del foquismo, pero no retorna hacia él a acabar sus días, sino que se ha detenido en el nacionalismo de contenido burgués y sus "teóricos" desarrollan la teoría de la colaboración

con la burguesía, de las bondades políticas y estratégicas del traidor MNR de la inevitabilidad de la revolución democrática y del carácter progresista y democrático de los regímenes militares. El viraje al nacionalismo lo ha identificado en cierta medida con el stalinismo, esa cueva revisionista y contrarrevolucionaria, como denuncian las viejas consignas, con quien mantiene un pacto bilateral de actuación política. Leemos en la prensa que el esmirriado MIR (nacido para convertirse en el acto en una organización de masas y acortar hasta lo indecible todo el proceso de formación del partido revolucionario) no falta como adorno izquierdista en todas las combinaciones frentistas que auspician los nacionalistas, incluidos los más reaccionarios, con miras a servir de cobertura a los golpistas de charreteras.

¿Se puede decir que foquismo, terrorismo y nacionalismo, son la misma cosa? Puntualicemos de paso que hay foquistas y terroristas que sirven a las corrientes políticas más diversas. Encontramos terroristas que pertenecen a organizaciones francamente fascistas y en la Argentina el foquismo se proyecta a través de grupos de filiación nacionalistas y también de otros que ostentan el marbete de marxistas. No estamos hablando si de una manera general pueden las clases en pugna utilizar o no la táctica foquista o terrorista, reducida a receta técnica; claro que pueden y así lo demuestra una amplísima experiencia. El problema formulado ofrece algunas variantes: se trata de saber si la ultraizquierda –que buscó nacer a la izquierda de los partidos marxistas– no se diferencia en nada del nacionalismo de contenido burgués. Nos parece que si solo tomamos los planteamientos iniciales no es posible afirmar tan llanamente esa identidad: la propaganda bullanguera habla de metas diferentes. Con todo, es posible encontrar algunos rastros comunes a ambas posturas. Foquistas y terroristas no hablan de la dictadura del proletariado, fórmula gubernamental que expresa y resume a la perfección la estrategia de la clase obrera, es decir, la estrategia revolucionaria de nuestra época. La claridad en la enunciación de

este objetivo es consecuencia de una total claridad en la concepción política, que falta a toda la ultraizquierda. En su afán de encontrar planteamientos confusos y capaces de unir a todos los hombres dispuestos a empuñar un fusil, abandonan la necesidad de fijar con nitidez el objetivo estratégico o bien se deslizan por la pendiente de las concesiones principistas a todo aquel que así lo exija. Por este camino concluyen enunciando la constitución de gobiernos populares, democráticos y antiimperialistas, a los que se puede adornar con el adjetivo de "revolucionarios". Pero, resulta que esta consigna es la enarbolada por el odiado –odiado por lo menos hasta la víspera- stalinismo revisionista y que apresuradamente se apropian los nacionalistas del más diverso pelaje. El foquismo se afana y se agota buscando consumar de inmediato la revolución, aunque no precisa de qué revolución se trata. Cuando se dan algunas precisiones caemos en cuenta que tan vehementemente se venía hablando de la revolución democrática, pues solo ésta puede estar destinada a su estrangulamiento en manos de un gobierno popular y antiimperialista. Así, en lo más profundo del subsuelo, el ultraizquierdismo tiene raíces comunes con el nacionalismo, no en vano son exudaciones de la misma clase social zigzagueante y capitulante. Esto podría explicar la manera fácil y casi normal en la que los que debutaron como atacados de histeria ultraizquierdista se deslizan a posiciones comúnmente consideradas como conservadoras.

Todavía no se ha dado el caso de que el nacionalismo se torne ultraizquierdista, pero es evidente que sabe utilizar en su provecho las aventuras de foquistas y terroristas. El nacionalismo que propugna la transformación y desarrollo del país dentro de los estrechos moldes capitalistas y contando con la venia y el apoyo imperialistas, corresponde matemáticamente a la naturaleza y objetivos de la pequeña-burguesía. La ultraizquierda aparece como una momentánea desviación extremista. Observamos un fenómeno parecido al que tiene lugar en las filas anarquistas; el anarquismo no es más que el liberalismo llevado a su expresión más extrema, lo

que explica que los tirabombas el momento menos pensado aparecen convertidos en respetables demócratas.

Foquistas y terroristas cuando se alistan detrás de los nacionalistas o cuando apuntalan el golpismo de cualquier uniformado que tiene la ocurrencia de presentarse prometiendo aperturas democráticas o lanzando promesas dulzonas, se desnudan totalmente de su ropaje "revolucionario" y se presentan abiertamente como contrarrevolucionarios. En la medida en que no son más que la expresión de la pequeña-burguesía, en que no han tenido el valor suficiente para proletarizarse en el plano del programa de la clase obrera –que es la verdadera proletarización- no se puede decir en qué son revolucionarios.

Los campesinos y la pequeña-burguesía en general están vitalmente interesados en conservar la propiedad privada, este es el cordón umbilical que les une a la actual y caduca sociedad, en esta medida son conservadores. Sin embargo, pueden rebelarse contra el estado de cosas imperantes por ser insoportable también para ellos y así asumir actitudes revolucionarias, como dice el Manifiesto Comunista al referirse a la clase media. El error radica en confundir esta postura con una conducta consecuentemente revolucionaria, que es, repetimos, privativa del proletariado. El partido obrero estará en lo justo si se apoya en esas actitudes revolucionarias y las orienta hacia el proceso de transformación dirigida por el proletariado.

Debemos subrayar que cuando la ultraizquierda se metamorfosea en nacionalista quiere decir que ha llegado a su fin, que la impostura ha concluido desnudando al personaje. Cuando entre nosotros observamos que la mutación de la ultraizquierda en nacionalismo golpista es el fenómeno dominante, tenemos derecho a concluir que la aventura ultraizquierdista ha concluido de la manera más lamentable.

¿Acaso ya no existen gentes que retomen la bandera del Che? Bien seguro que existen, pero para poder sobrevivir y moverse entre

sus iguales o entre sus aliados naturales no tienen más remedio que aplicarle muchos parches derechistas. La operación no se les antoja muy comprometedora, pues siguen guardando fidelidad incondicional a la tesis de que las discusiones alrededor de los principios es nada y solo la acción es todo.

En Bolivia, a esta altura de los acontecimientos, la discusión alrededor del foquismo y del terrorismo ha perdido toda actualidad y se presenta o bien como una curiosidad histórica o como un entretenimiento puramente intelectual. A esta conclusión se llega tanto por el fracaso de la ultraizquierda en el terreno de la acción –en el que ella escogió como la única digna de ser ocupada- y porque materialmente ha desaparecido del escenario (puede ser que en el futuro vuelvan a hacerse presentes algunas de sus manifestaciones), al extremo de que es preciso ser muy diligente para encontrar alguna publicación que informe acerca de su pensamiento. En el tapete de la actualidad se encuentran otros problemas acuciantes y el mayor de ellos se refiere a la mejor manera de combatir y derrotar al gorilismo fascista. En este terreno, la discusión vuelve a centrarse acerca de la necesidad de la mejor forma de coadyuvar a la profunda movilización de las masas y de unir la lucha por modestas reivindicaciones democráticas y económicas con la estrategia de la toma del poder por parte del proletariado. Los marxistas siguen en su línea tradicional mientras los innovadores ultraizquierdistas están ocupando dudosas trincheras. Ya hemos indicado que la experiencia boliviana ratifica el leninismo, que a muchos se les antojó totalmente sobrepasado por el desarrollo histórico.

La revolución boliviana bien seguro que comenzará dentro de las fronteras nacionales y tendrá que sufrir las consecuencias del desarrollo extremadamente desigual del proletariado en los diferentes países latinoamericanos; sin embargo, no podrá resolver los descomunales problemas emergentes del propio proceso revolucionario y entre ellos, la derrota definitiva del imperialismo internacional, si no se plantean en la palestra continental, en el marco de

los Estados Unidos Socialistas de América Latina. Es este punto de vista el que nos obliga a sostener que la estructuración de la dirección revolucionaria en escala internacional constituye una tarea inaplazable. Esperamos que el volumen que el lector tiene en las manos constituya una modesta contribución a este objetivo, púes trasmite, aunque en forma deficiente, la jugosa y vital experiencias del proletariado boliviano adquirida en su lucha revolucionaria y en sus campañas contra los desviacionistas de la ultraizquierda.

Nota sobre la compilación

Se reúnen piezas producidas en distintas épocas y se reeditan tal como aparecieron, no ha sido posible introducir modificaciones estilísticas -¡qué tanta falta hacen!-, eliminar las inevitables redundancias tratándose de escritos de diferente fecha y ni siquiera llenar las infaltables lagunas. Esto se debe no a que consideremos esta producción como insuperable, sino porque las difíciles condiciones en que se edita no nos permiten dedicarle la debida atención de nuestra parte. No se puede olvidar que el autor es un soldado de la revolución, que sigue ocupando la trinchera de combate en circunstancias en que la clandestinidad es obligada.

Esperamos que el lector sepa comprender todas estas fallas y pasar por alto las limitaciones del volumen y si hemos dado nuestra venia para que salga a luz es porque nos parece de mucho interés el conocimiento de la experiencia de la que también somos actores.

Buenos Aires, enero de 1975

La violencia revolucionaria

Raíz de la violencia[1]

El marxismo excluye, por su propia esencia, la posibilidad de una pacífica y gradual transformación de la sociedad capitalista en socialista. La teoría del colapso revolucionario es parte fundamental del socialismo científico y los que han pretendido hacerla a un lado han sido catalogados como revisionistas. Con todo, nos parece que en la última época se ha tergiversado el sentido marxista de la revolución social, correspondiendo a la ultraizquierda esa tergiversación. No se trata de un aspecto secundario que puede pasarse por alto, sino de algo que tiene muchísima importancia en el problema de la fijación de la estrategia y táctica del movimiento proletario.

Sería inexacto decir que el aporte fundamental del marxismo radica en la lucha de clases (ya señalada por los historiadores burgueses), ese aporte tiene que encontrarse en la conclusión de que esa lucha entre burguesía y proletariado lleva indefectiblemente a la dictadura del proletariado por el camino revolucionario. No hay lugar a la transformación pacífica de la sociedad porque no existen

[1]Este artículo fue publicado originalmente en *Masas* (órgano del POR boliviano) N° 413, julio-agosto 1972 (*N. del E.*)

posibilidades de acomodar las relaciones de producción imperantes a las nuevas necesidades de la sociedad, sino que urge destruirlas, abolirlas, para que sean reemplazadas por otras nuevas. Marx en *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850* escribió:

"Pero detrás del derecho al trabajo está el poder sobre el capital, y detrás del poder sobre el capital la apropiación de los medios de producción [por la dictadura del proletariado], su sumisión a la clase obrera asociada, y por consiguiente la abolición tanto del trabajo asalariado como del capital y de sus relaciones mutuas".

Ciertamente que la revolución social no es un hecho pacífico, menos gradual, sino una verdadera catástrofe producida en la sociedad, un hecho violento. Este concepto de la revolución guarda conformidad con las leyes generales del desarrollo de la sociedad; es un salto porque se trata de la transformación de la cantidad en calidad. Marx enunció la ley más general del desarrollo de las sociedades en la siguiente forma:

"Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad chocan con las relaciones de propiedad existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas y así se abre una época de revolución social. Al cambiar la base económica, se revoluciona, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella".

De aquí se llega a la conclusión, anotada por el mismo Marx, de que

"Ningún régimen social desaparece antes de haber desenvuelto sus fuerzas productoras hasta el máximo de lo que pueda alcanzar tal

régimen, y ningún régimen social nuevo puede aparecer, si no halló previamente las condiciones necesarias en el régimen antiguo".

El papel de la violencia

Un mecanicista -no un marxista- puede deducir de lo anterior que un régimen que se levanta sobre relaciones de producción que chocan con las poderosas tendencias de crecimiento de las fuerzas productivas, desaparecerá automáticamente. Es parte del pensamiento marxista que ese régimen caduco y reaccionario concentrará todas sus fuerzas para oponerse a su desplazamiento, esto explica por qué la violencia revolucionaria juega el papel irreemplazable de partera de la historia. Cuando se dice que los hombres realizan la historia en condiciones predeterminadas se quiere significar que la evolución histórica se produce por medio de los hombres: "las fuerzas de producción constituyen la potencia motriz de la evolución histórica, esta evolución, sin embargo, no se produce fuera de los hombres, sino por medio de los hombres" (Trotsky). Para que se produzca la revolución es preciso que se haga evidente la necesidad de cambiar las formas sociales, a fin de permitir el ulterior desarrollo del poder humano, "entonces se produce la revolución –dice Trotsky-, no por sí misma, como una salida o puesta de sol, sino gracias a la acción humana, gracias a la lucha conjunta de los hombres reunidos en clases".

Estamos hablando de la rebelión de las fuerzas productivas -y la clase obrera es una de las más importantes- contra el régimen de la propiedad privada de los medios de producción; la rebelión es ya violencia y en este caso se exterioriza por fenómenos que nada tienen que ver con la transformación pacifica o el gradualismo: las guerras, las crisis y las revoluciones. La revolución social quiere decir el desplazamiento de una clase por otra en el poder, resultado de la lucha de clases llevada a su mayor radicalización, y no de un entendimiento parlamentario o del pacífico sometimiento de

los convencidos de su conservadurismo a los que dicen representar el porvenir de la humanidad. La clase revolucionaria victoriosa conquista –no recibe como obsequio- el poder político en lucha multifacética. Así termina cada período histórico y comienza otro nuevo. Después de la victoria revolucionaria, que por sí misma importa la destrucción del ordenamiento jurídico imperante en la vieja sociedad, viene la etapa destinada a dar juricidad a las transformaciones, se procede a las innovaciones legales, cuya finalidad básica es consolidar a la clase dominante. La revolución no supone la negación por principio de las reformas de todo tipo; más, llega un momento en que toda reforma es inocua y es preciso acabar con el viejo orden social. La revolución no es una adición mecánica de reformas.

"Cada constitución política –leemos en Rosa Luxemburgo- es el producto de una revolución. En la historia de las clases la revolución es el acto de creación política, mientras la legislación es la expresión política de la vida de una sociedad que ha surgido ya. La lucha por las reformas no genera su propia fuerza independientemente de la revolución. Durante cada periodo histórico, la lucha por las reformas se lleva a cabo solo en el sentido indicado por el ímpetu de la última revolución; y continúa en tanto que el impulso de ella sigue haciéndose sentir. O, para decirlo más concretamente, en cada periodo histórico la lucha por las reformas se lleva a cabo solamente dentro del marco de la forma social creada por la última revolución".

El proletariado encarna la violencia

En el plano clasista, es el proletariado el que encarna la rebelión de las fuerzas productivas contra las relaciones de producción imperantes, así se convierte en la expresión indiscutible de la violencia revolucionaria, esto porque su acción tiende a estructurar una nueva sociedad. La burguesía, a su turno, utiliza la violencia

para prolongar indefinidamente la agonía del capitalismo y concentra y organiza su aparato represivo, ésta es una violencia reaccionaria. De aquí se deduce que la violencia de las otras clases sociales que se rebelan contra la opresión capitalista, solo adquiere proyección revolucionaria si contribuye a aproximar a los trabajadores a la conquista del poder y se torna reaccionaria si los aleja de este objetivo. Así debe entenderse cuando el *Manifiesto Comunista* habla de actitudes revolucionarias de las capas sociales que no son obreras. La revolución social solo puede consumarla el proletariado (debe entenderse este enunciado en sentido de que debe dirigir y fisonomizar el proceso de transformación) y, por esto mismo, es absurdo intentar sustituirlo por otra clase social y mucho menos por un determinado grupo de personas. Si la clase obrera encarna la violencia revolucionaria, los grupos foquistas, por ejemplo, cuando hablan y actúan a nombre de esta última están buscando, en los hechos, suplantar a la primera. La actuación de los guerrilleros puede ser revolucionaria o reaccionaria y sería una arbitrariedad elevar a la categoría de principio universal cualesquiera de estas conclusiones. Esas actitudes exteriores a la clase pueden adquirir proyección revolucionaria únicamente si se someten a la estrategia y movimientos del proletariado. De manera normal, las agrupaciones y organismos obreros se someten a la línea política de la clase por medio del partido político obrero. Esta regla es mucho más imperiosa tratándose de grupos de intelectuales pequeño burgueses o que por su naturaleza tienden a aislarse de las masas.

La violencia revolucionaria se exterioriza a través de las formas de lucha propias del proletariado. En la base de esas formas de lucha se encuentran, ni duda cabe, la movilización y la acción directa de masas. Las masas al incorporarse y ganar las calles toman en sus manos la solución, de sus propios problemas y de los otros sectores sociales, no de acuerdo al ordenamiento jurídico sino a sus propios intereses, a su voluntad autoritaria. La imposición de las soluciones por la clase puede adquirir las formas más diversas, de acuerdo al

grado de movilización y a las circunstancias políticas imperantes. Esas formas pueden ir desde la simple presencia física de la clase, las manifestaciones, las huelgas, hasta las diversas manifestaciones de la lucha armada. Pero, toda esta violencia es ejercitada por la clase, es su proyección, es su voluntad, ejecutada a través de los hombres aglutinados en el seno de ella. Así actúa la violencia revolucionaria. En la sociedad se presentan otras formas de violencia, ejecutadas a través de grupos e individuos extraños a la clase obrera, que no son necesariamente revolucionarias y que pueden concluir desorganizando la lucha obrera y perjudicando el logro de la destrucción del capitalismo.

Formas de violencia

La violencia revolucionaria tiene que ser considerada como multifacética, teniendo como punto de partida y como fin a la clase obrera. La acción directa es ya sinónimo de violencia y adquiere grados y formas diversos según las circunstancias de determinado momento. Es equívoco reducir la violencia revolucionaria al estallido de las bombas o a una cierta forma de lucha armada; mucho más si pueden llegar a ser contrarias a la revolución según quien las utilice y las motivaciones políticas a las que sirvan. El proletariado puede o no utilizar las bombas y las guerrillas, por ejemplo, pero independiente de esta circunstancia su lucha es revolucionaria y expresión de la violencia. Hay violencia revolucionaria aunque se dé el caso extremo de que el obrero no empuñe el fusil para tomar el poder.

Siendo la estructuración de la clase obrera en partido político una de las claves para el éxito de la lucha revolucionaria, se llega a la conclusión de que es a esta vanguardia a la que le corresponde organizar, concentrar y dirigir la violencia revolucionaria, que indefectiblemente es solo una forma de manifestarse de la clase, de imponer su voluntad, de cumplir sus objetivos históricos.

Con todo, el partido revolucionario no puede actuar al margen del resto de las clases y del mismo proletariado. Lenin consideraba que para que la insurrección no acabase en un golpe blanquista debía reunir tres condiciones:

"Debe apoyarse no en un complot, en un partido, sino en la clase más avanzada. Esto en primer lugar. En segundo lugar, debe apoyarse en el ascenso revolucionario del pueblo. Y en tercer lugar, la insurrección debe apoyarse en aquel momento de viraje en la historia de la revolución ascendente en que la actividad de la vanguardia del pueblo sea mayor, en que mayores sean las vacilaciones en las filas de los enemigos y en las filas de los amigos débiles, a medias indecisos, de la revolución. Estas tres condiciones son las que, en el planteamiento del problema de la insurrección, diferencian al marxismo del blanquismo".

Existe en Latinoamérica y en otras latitudes, una tendencia pequeño-burguesa que es un peligro para el porvenir del movimiento revolucionario. Nos referimos al foquismo, que considera que monopoliza la violencia revolucionaria, que la reduce a una forma particular de la lucha armada, que actúa al margen de toda consideración del momento político que se vive y que, naturalmente, se aísla de las masas. Es fácil comprender que esta tendencia es un elemento perturbador y disolvente en el camino de la construcción del partido revolucionario, desde el momento que pretende sustituir a la clase y a sus organizaciones.

No podemos por principios considerar a la violencia foquista como revolucionaria, porque, en determinadas circunstancias, puede contribuir a apartar a la clase de su objetivo de la captura del poder político. El foquismo frecuentemente concluye como un aborto y no como una insurrección victoriosa. Sin embargo, la guerrilla puede, siempre que se den determinadas condiciones político-sociales, ser provechosamente usada por la clase revolucionaria.

La tarea fundamental de los revolucionarios es construir un fuerte partido obrero, estrecha y vitalmente vinculado con la clase, capaz de convertirse en caudillo nacional. Este trabajo paciente y poco espectacular enardece a los jóvenes intelectuales, presos de la desesperación y que solo exigen actuar. No se trata de actuar por actuar y tampoco de usar la violencia indiscriminada, sino de organizar a la clase, concentrar sus fuerzas y conducirla a la lucha en condiciones que pueden hacer posible la victoria, aunque no siempre aseguren de antemano su logro infalible.

Los que precipitan un aborto del proceso revolucionario, los que obstaculizan la construcción del partido, los que marchan por su lado sin preocuparse del estado de ánimo de las masas, esos son sencillamente contrarrevolucionarios, aunque todos los días tiren bombas.

Todos los días vemos pruebas palpables de lo que indicamos. No pocas veces los grupos foquistas son destrozados, lo que no supone que no puedan renacer, incluso inmediatamente, y, sin embargo, al mismo tiempo, los propios elementos de la pequeña burguesía, por ejemplo los estudiantes, logran victorias significativas, como consecuencia de su lucha masiva.

Al construir un partido es preciso trabajar incansablemente para elevar el nivel de la conciencia de la clase, eso se logra enseñando a los obreros a confiar en la fuerza y eficacia de sus propias organizaciones, enseñándoles que se libertaran recurriendo a sus propios recursos. Si aparece un grupo armado, una élite heroica, a solucionar los problemas obreros, a castigar a los verdugos de los trabajadores, cuando éstos todavía no han logrado castigarlos con sus propias manos, lo que hace es, evitar que la clase se afirme como clase y contribuye a que tienda, más bien, a dispersarse, a abandonarse en brazos de fuerzas extrañas. Este es el mejor camino para concluir no construyendo partido político alguno.

Una cosa es decir que las guerrillas pueden ser viables en determinadas condiciones históricas concretas y otra muy diferente

canonizarlas como la única forma de lucha. La pequeña-burguesía ha inventado el foquismo y pretende imponerse a las masas que las considera atrasadas. De Lenin hemos aprendido que el marxismo

"…reconoce las más diversas formas de lucha, pero sin 'inventarlas', sino simplemente generalizando, organizando la lucha de las clases revolucionarias e infundiendo conciencia a aquellas formas de lucha de las clases revolucionarias que por sí mismas surgen en el curso del movimiento".

No hay una sola forma de lucha, sino que su gama es inmensa, pero no todas pueden ser aplicadas indistintamente en cualquier momento. En resumen: no hay formas de lucha de validez universal y eterna. Son las condiciones políticas las que actualizan ciertas formas de lucha y relegan al olvido a otras. Tampoco las formas de lucha están dadas para siempre, sino que son proceso en transformación y es de prever que en el futuro nuevas condiciones impongan también nuevas formas de lucha.

Para Lenin las guerrillas eran solo un método auxiliar y secundario con referencia a las otras formas de lucha de las masas. "Sobre este fondo se perfila -indudablemente, como algo parcial, secundario, accesorio- el fenómeno [la guerra de guerrillas]". La guerra de guerrillas debe considerarse históricamente y preguntarse –estamos siguiendo a Lenin- "qué relación guarda con la lucha de la clase obrera, organizada y dirigida por la socialdemocracia [el partido del proletariado]". Las guerrillas para no caer en el blanquismo deben estar estrechamente ligadas con una situación insurreccional, deben ser expresión de la lucha de las masas y deben concluir coordinando sus movimientos bajo la dirección del partido revolucionario. El foquismo hace exactamente todo lo contrario, y por eso concluye, muchas veces, en posturas contrarias a la revolución.

La política militar del proletariado

1

Cuando hablamos de la política militar del proletariado nos referimos, ni duda cabe, a la del Partido Obrero Revolucionario, cuyos documentos programáticos lo definen como la vanguardia del proletariado boliviano.[1] *Si se toma en cuenta la estrategia del POR (gobierno obrero-campesino) es comprensible que se dé por sobreentendida su concepción militar. Esto está bien cuando se plantea el problema en términos generales.*

Nadie puede poner en tela de juicio que en el país existe una desviación militarista de la política de izquierda y que es sumamente peligrosa para el conjunto del movimiento revolucionario. Esta postura comienza separando, a veces imperceptiblemente, las acciones militares de la política y concluye convirtiendo a aquellas en un objetivo en sí mismas, vale decir, que de operaciones tácticas las transforman en la única estrategia. Es conocida nuestra larga polémica acerca de la imposibilidad de sustituir al partido del proletariado (que es tal en la medida en que expresa los intereses históricos de la clase) por grupos

[1]Artículo originalmente publicado en *Masas* N° 405 (enero 1972), N° 406 (febrero 1972) y N° 407 (marzo 1972). (*N. del E.*)

armados: éstos solo pueden concebirse como el brazo armado de aquél. También en materia de política militar retornamos a las enseñanzas de Marx, Engels, Lenin y Trotsky.

Principio general

La estrategia define ya el carácter de la política militar. Las operaciones y preparación militar y la forma de realizarlas están determinadas por la política. En el campo de la revolución proletaria es la política la que engloba todos los problemas, y entre ellos el militar.

El objetivo del proletariado no es únicamente tomar el poder sino instaurar el gobierno obrero-campesino, como resultado de una revolución hecha por las masas, siguiendo los métodos de lucha de la clase obrera. Los trabajadores asalariados, además de ser una de las clases más importantes, constituyen la dirección política del proceso revolucionario. La política militar está definida por la política del proletariado.

La revolución social (la sustitución de una clase por otra en el poder) se convierte en el requisito indispensable para poder lograr el cumplimiento de las tareas nacionales. Esta revolución la entendemos como obra de las propias masas y no de ninguna otra agrupación que pretenda sustituirlas. La revolución será hecha por vastas capas humanas explotadas y desorganizadas; la dirección política de esta mayoría nacional es el proletariado (se supone que para llegar a esta altura posee conciencia de clase); pero no debe olvidarse que se trata de una clase social sojuzgada y que no tiene en sus manos el poderío económico, ni el monopolio cultural y menos el manejo del aparato estatal. Son estos rasgos diferenciales los que determinan muchas de sus modalidades de lucha y la naturaleza de los instrumentos y métodos que precisa en su lucha liberadora (la naturaleza y estructura del partido obrero, por ejemplo).

Se puede decir que la revolución (entendida en el sentido de la marcha multitudinaria hacia la insurrección) es un proceso que se opera en el seno mismo de las masas y no es un fenómeno exterior a ellas; es oportuno recordar que el proletariado encarna y expresa la madurez a la que han llegado las fuerzas productivas. Tendencias y sectas que se reclaman del marxismo hablan de la importancia que tienen las masas en la revolución, pero entienden a ésta como algo que se impone a aquellas desde el exterior. Todos los esquemas que elaboran buscan orquestar desde un escritorio los movimientos de las masas; el que la realidad hubiese empujado a los "teóricos" de pacotilla a romperse las narices, una y otra vez, no impide que continúen tenazmente en su trabajo.

La política revolucionaria del proletariado determina el carácter de las actividades militares; pero, éstas, en cierto momento (ese momento es el golpe insurreccional que se consuma para tomar el poder), adquieren inconfundible preeminencia sobre la política, lo que equivale a decir que la insurrección no es más que la prolongación de la política por medios militares. De todas maneras, la insurrección es el camino que permitirá materializar la estrategia y en esta medida está determinada por ésta.

El partido del proletariado encarna la conciencia de la clase y su programa expresa los intereses históricos de aquél. No se trata ciertamente de un producto pasivo del grado alcanzado por la evolución de las masas, sino que, más bien, es el elemento activo que interviene de manera decisiva en la formación y avance de la conciencia clasista. Asimilar críticamente la experiencia diaria de las masas y generalizarla (darle validez política), para que se convierta en patrimonio de toda la clase, tales son las tareas básicas del partido y en esta medida no puede ser reemplazado en dicha función por ninguna otra organización popular u obrera. Estamos hablando de un partido que trabaja y se fortalece en el seno del proletariado. La labor partidista es la que permite que las ideas se enseñoreen de las masas y se conviertan en fuerza material. El Partido Revolucionario

es aquel que trabaja en el seno de las masas por excelencia y en su propia organización, esto porque la técnica militar es colocada, sin atenuante alguna, al servicio de la política revolucionaria.

En la realidad ocurre que aparecen organizaciones y acciones militares propias de las masas pero al margen del partido, como consecuencia, de la pujanza que adquieren las tendencias espontáneas de los explotados y de su relativo retraso político. La elevación de la conciencia de clase se traduce en la mayor influencia del partido en el seno de las mayorías sojuzgadas, lo que importa que una mayor cantidad de acciones y destacamentos armados sean controlados por el partido revolucionario.

Las masas y el trabajo militar

La tesis, tan publicitada ahora, en sentido de que una excelente preparación material de pequeños grupos (estos pequeños grupos se organizan y desarrollan alrededor del slogan de que ellos, en la medida de que estén bien preparados, resuelven los problemas de dirección y políticos en general) es suficiente para consumar la insurrección, constituye una peligrosa desviación putchista y militarista, que puede hacer abortar el proceso revolucionario. Conviene recordar que este camino conduce al foquismo tradicional, una concepción en franca crisis. La deformación que puede aflorar en cualquier momento es la militarista y que concluye subordinando la política a las acciones militares, consideradas como una finalidad en sí mismas. Para éstos desaparece la estrategia revolucionaria del proletariado desde el momento que la lucha puramente militar es elevada a la categoría de estrategia. Las organizaciones y actuaciones militares son consideradas como los ejes alrededor de los cuales debe estructurarse el trabajo político ya los que deben supeditarse las masas. Lo correcto es plantear la cuestión a la inversa: las organizaciones y actuaciones militares subordinadas al partido de la clase obrera.

La preparación militar debe corresponder a la movilización y evolución de la conciencia del proletariado, es decir, debe ser realizado con miras a servir de punto de apoyo a las masas y ser utilizada por éstas. La desviación militarista más peligrosa es la que se presenta encubierta. Los que sostienen que las organizaciones y acciones militares se desarrollan junto a las masas parecería que así subrayan su adhesión al proletariado, que desde luego no puede considerarse incondicional porque está condicionada a que la clase se someta a los grupos armados y a lo que hagan ellos; sin embargo, lo que están planteando es la existencia de dos movimientos y actividades paralelos: el movimiento de masas y los grupos armados; la actividad político-sindical y las acciones militares. Apenas si se ha encubierto el desprecio pequeño-burgués a las masas, a su capacidad revolucionaria y creadora, que el providencialismo de los intelectuales está obligado a desconocerla. Según éstos la clase no tiene aptitudes ni posibilidades de desarrollar acciones armadas y menos de sacar de su seno a las organizaciones militares (este extremo importa un desconocimiento de la rica historia social boliviana), campos de acción reservados a los especialistas, es decir, a los activistas extraños al proletariado y componentes de los grupos guerrilleristas. Si se parte de la evidencia de que la clase obrera hará la revolución se tiene que concluir, si hay consecuencia en los planteamientos, que los destacamentos armados y las acciones militares deben ser creaciones dentro de las masas y hechas por ellas. Para sintetizar: los grupos y acciones militares son instrumentos en manos de los explotados y no creaciones extrañas.

Las masas están integradas por clases sociales que tienen intereses diversos y hasta contrapuestos; pese a esto, encuentran objetivos comunes y que adquieren dimensiones nacionales, consecuencia de la opresión ejercida por el imperialismo sobre el país. Por otro lado se constata una falta de uniformidad en el ritmo de movimiento de las diversas clases como consecuencia de sus propias características. En la base de la estrategia revolucionaria para Bolivia se encuentra

la alianza obrero-campesina. Lo que no supone ignorar que la gran masa empobrecida del agro, que apenas si puede sobrevivir en el marco de la economía natural, se mueve de manera diferente que el proletariado, inclusive siguiendo, en cierto momento una orientación diferente a la de éste último. La radicalización de la clase obrera influencia directa e inmediatamente a las capas de la pequeña burguesía de las ciudades y, sobre todo, a su capa intelectual y estudiantil. No se puede sostener que lo que ocurre en las ciudades no tenga nada que ver, en último término, con la suerte del campesinado, pero se trata de una influencia que tarda bastante en traducirse en hechos y a veces se ejercita de manera indirecta. Ignorando esta realidad y el hecho de que el desarrollo revolucionario de las masas es para los partidos un fenómeno objetivo, algunos intelectuales pequeño-burgueses elaboran planes para poder manejar a su antojo a las diferentes clases sociales y presuponen que existe ya una coordinación perfecta de movimiento entre proletariado, campesinos y sectores universitarios; sus esquemas se limitan a señalar a cada sector un determinado papel y suponen que este conjunto de movimientos debe indefectiblemente conducir a la victoria. Les resulta necesaria esta falsificación de la realidad para justificar la preponderancia de los grupos y acciones armados, pues resultan decidiendo la suerte de una masa homogénea y presuntamente socialista y que solo espera la voz de mando para asaltar la ciudadela del poder.

La experiencia boliviana demuestra, de un modo indiscutible, que las cosas ocurren de otra manera. En vísperas de las jornadas de agosto de 1971 se constató que el movimiento campesino estaba viviendo los primeros momentos de su radicalización y desplazamiento a la izquierda y que se traducía en el hundimiento del aparato sindical burocratizado que servía obsecuentemente a los gobiernos de turno. El pacto militar-campesino, una maniobra ideada por el gorilismo en su afán de oponer una fuerza social poderosa al radicalismo del proletariado, particularmente de los mineros, no

pudo ser ratificado ni siquiera por un "congreso" propiciado por el oficialismo; la Confederación Campesina, que venía encarnando el caciquismo corrupto desde la época de Barrientos, se desmoronaba a la luz pública. Con todo, se trataba de expresiones visibles de los primeros pasos que daba la avanzada campesina en su marcha hacia la izquierda, la primera consecuencia fue el fortalecimiento del Bloque Campesino (en ese momento adoptó la denominación de Confederación Campesina Independiente). En vísperas del 21 de agosto la Confederación oficialista se apersonó a los organismos de la Asamblea Popular para ofrecer su cooperación, etc. Todo lo anterior permite afirmar que rápidamente la masa campesina, a no mediar el golpe fascista, se habría alineado detrás del proletariado y se puede decir que en el momento culminante de la insurrección ambos sectores sociales habrían coincidido en sus movimientos. En abril de 1952 la masa campesina se incorporó al proceso revolucionario con bastante retraso, pero no bien lo hizo demostró su capacidad de radicalizarse muy velozmente y de llegar a extremos insospechados para el mismo proletariado. La tesis en sentido de que el proletariado vencerá solo en caso de actuar como caudillo nacional y contar con el apoyo directo de campesinos y sectores mayoritarios de la pequeña-burguesía de las ciudades, se refiere a la gran estrategia de la revolución, lo que no debe interpretarse como la imposibilidad de que el proletariado, apoyado por la clase media ciudadana, pueda tomar el poder (o comenzar a tomarlo) antes de que la radicalización de los campesinos hubiese llegado a su punto culminante; lo que no debe olvidarse es que ese poder obrero no podrá consolidarse y realizar su obra futura sin contar con la inmediata incorporación de la masa campesina al proceso revolucionario. Los sindicatos campesinos se convertirán en órganos de poder y en la variante planteada el gobierno obrero estaría lejos de abarcar a todo el país.

Hemos puntualizado lo anterior para demostrar que la preparación militar y las acciones armadas deben ajustarse, si se las

considera como expresiones de los explotados, a la evolución, generalmente desigual, de los diferentes sectores de las masas. No se puede concebir a los destacamentos de combate actuando en el aire, se trata de elementos activos de la lucha de clases, y deben moverse teniendo como apoyo y cobertura a las masas movilizadas; su combatividad se entronca en la combatividad de los explotados y su buena dirección traduce la clarividencia del proletariado. Esto no supone que consideremos que los campesinos y la pequeña burguesía en general se oriente instintiva o conscientemente, como ocurre con el proletariado, hacia el socialismo. Las tendencias ultraizquierdistas parten del supuesto de que un sistemático trabajo sobre los campesinos puede a éstos darles conciencia de clase y convertirlos en socialistas. Tan sorpresiva tarea sería cumplida por los grupos armados. Esta postura no solo que es antimarxista, sino que violenta la lógica más elemental. El instinto socialista del proletariado parte del desarrollo del capitalismo (lo que importa decir cierto grado de desarrollo de las fuerzas productivas) y del lugar que ocupa en el proceso de la producción. El marxismo no hace más que dar expresión consciente a lo que es tendencia elemental e instintiva en la clase obrera. La especie de que un adecuado adoctrinamiento puede convertir en marxista a la masa campesina (no se debe confundir la asimilación individual de algunos campesinos al programa del partido obrero con la actitud que asume la masa campesina como tal), es producto del afán de subordinar el proceso histórico a un esquema elaborado a priori; solo de esta manera se puede explicar la pretendida uniformidad de movimientos de las diversas clases y la supuesta lucha socialista de los campesinos y al mismo tiempo, justifica por qué los "teóricos" pequeño burgueses concluyen convirtiendo a aquellos en el eje principal de la lucha revolucionaria. Para el marxismo la clase fundamental y dirigente de la revolución es el proletariado y, por esto mismo, debe ser también el sector más importante para la realización de los trabajos militares. El agro es el sostén de la lucha del proletariado y las actividades

militares en el campo adquieren el mismo carácter, si se toma en cuenta la estrategia revolucionaria en su conjunto y no únicamente los movimientos tácticos aislados.

Es oportuno puntualizar que en un país atrasado el proletariado no solo llega al poder como caudillo nacional, sino que lo hace bajo la presión e impulso de la masa campesina.

La conciencia de la clase está expresada por sus capas más avanzadas y la gran masa atrasada sigue a esta avanzada en condiciones excepcionales, aquella continúa moviéndose alrededor de motivaciones económicas y siguiendo impulsos instintivos. No solo la lucha política, sino la actuación militar y la organización de los destacamentos de combate no pueden ignorar este hecho importante. El considerar al proletariado como una clase homogénea y toda ella consciente y actuando exclusivamente en el marco de la política es una superchería y una idealización absurdas. No solo se trata de algo falso, sino el primer paso hacia la adopción de posturas aventureras. Contrariamente, la lucha espontánea de las masas es un elemento valioso, ni duda cabe que la victoria de la revolución y la defensa del poder obrero exigen que esa espontaneidad sea organizada y se transforme en lucha consciente. No pocas veces los destacamentos armados son producto de la lucha espontánea, igualmente que las acciones militares en cierto momento del desarrollo de la lucha de las masas. Las organizaciones militares revolucionarias están obligadas a desarrollar al extremo su iniciativa y su capacidad creadora, que no son más que formas de la capacidad creadora de las masas en los momentos de mayor tensión de la lucha de clases. Según la concepción leninista es la lucha espontánea la que se transforma, en determinadas condiciones, en lucha consciente o política.

Los destacamentos armados deben estructurarse dentro de las masas y ser instrumentos de éstas, lo que supone que deben madurar para poder utilizarlas adecuadamente. La preparación militar de las masas no es una abstracción, sino que, contrariamente, se trata

de una respuesta que dan los explotados a los interrogantes que surgen en determinado momento de su desarrollo.

Constituiría un grave error realizar el trabajo militar en el seno de las masas dando las espaldas a la rica experiencia que tienen éstas en la materia, porque esto supondría volver a insistir en algo ya superado. Un buen trabajo debe siempre partir de lo que ya saben las masas y elevar esta lección a un elevado plano político y organizativo. La tradición de las luchas armadas es patrimonio de campesinos y obreros y estos últimos han pugnado por poner en pie, una y otra vez, sus milicias armadas. Por lo menos desde 1946 la consigna de armar piquetes obreros ha estado a la orden del día y su funcionamiento ha permitido recoger ricos antecedentes. El trabajo militar tiene que partir de esta realidad.

De una manera general, los trabajos militares no pueden concebirse al margen de la lucha de clases, es decir de la vida y necesidades diarias de las masas. Esos trabajos deben entroncar en la lucha que cotidianamente realizan los explotados. El ascenso del movimiento revolucionario, la politización y radicalización del proletariado recorre el camino sinuoso de las batallas parciales por modestas reivindicaciones.

Las masas al movilizarse y politizarse, partiendo de su experiencia diaria, van creando sus instrumentos de lucha (uno de esos instrumentos son los destacamentos de combate) que les permitirán enfrentarse exitosamente con las clases dominantes y sus organismos de represión. Es esto lo que permite comprender que las actividades militares no deben ser consideradas como extrañas a los explotados o impuestas desde el exterior. Es ésta también una de las razones por la que la lucha militar es solo un aspecto de la lucha política revolucionaria del proletariado.

Los problemas militares adquieren enorme importancia para las masas oprimidas y explotadas desde el momento que han fracasado todos los intentos de transformar pacíficamente al capitalismo en

socialismo o de resolver los problemas fundamentales de la política revolucionaria dentro del marco del parlamentarismo.

2

Las condiciones para la insurrección están jalonadas por el agotamiento de las posibilidades de la clase dominante para solucionar los problemas de trascendencia y el hundimiento del equipo gubernamental como fuerza compulsiva unitaria, expresado por el estallido de sus contradicciones y luchas intestinas entre grupos y caudillos; por la certeza que adquiere el proletariado de que vencerá en la batalla, estado de ánimo que se afirma en la medida en que se convierte en caudillo nacional y que se traduce en el fortalecimiento de sus propias organizaciones, incluidos los aparatos militares; por las pronunciadas oscilaciones hacia la izquierda de las capas pequeño-burguesas, particularmente de su inteligencia, lo que determina su alineación detrás de la clase obrera; por la presencia de una dirección de masas capaz y que despierte absoluta confianza y por la efectivización de la unidad de toda la nación revolucionaria, que en las actuales condiciones solo puede darse a través del fortalecimiento del Frente Revolucionario Antiimperialista.

El gobierno fascista de la pandilla Banzer-Paz-Gutiérrez, se presenta como la encarnación del Ejército, como la expresión indiscutida de la jerarquía castrense y, al mismo tiempo, ha contado, por lo menos en sus primeros momentos, con el apoyo, o por lo menos tolerancia, de las capas más altas de la pequeña burguesía, además, del entusiasmo de los sectores burgueses (Confederación de Empresarios Privados, jerarquía castrense, etc.) El trabajo revolucionario tiene que encaminarse a socavar el apoyo social en el que se asienta el régimen y para esto resulta imprescindible ganar a la clase media. En la práctica esta lucha tiene que centrarse contra la cobertura civil de los gorilas FSB y MNR, particularmente, que en

alguna forma influencian sobre capas de la clase media. La rebelión de las bases movimientistas contra su dirección, que se viene traduciendo en periódicas escisiones y exclusiones, son un anticipo de este proceso (nacimiento del MNR rebelde, por ejemplo). La propia reacción burguesa, al comprobar la ineficacia de las medidas represivas y demasiado duras puestas en práctica tiende a atomizarse y algunos grupos no ocultan su inconformidad con la orientación seguida por el equipo gubernamental.

Dedicamos atención especial al hecho de que una de las condiciones de la insurrección radica en el fortalecimiento de la alianza obrero-campesina, que supone que las masas del agro se emancipen del control del gobierno y de las tendencias nacionalistas de derecha y, al mismo tiempo, se movilicen. Las masas campesinas han creado sus propias organizaciones e instrumentos de lucha, cediendo en gran medida a la presión e influencia ejercida sobre ellas por el proletariado: sindicatos y milicias armadas. La vitalización de estas organizaciones será la consecuencia obligada de la movilización y radicalización de la mayoría campesina. Puede ser que la iniciación o avance en el camino de este proceso coincidan con el momento culminante de los trabajos preparatorios de la insurrección. Lo que queremos subrayar es que sería criminal prescindir del movimiento campesino o suponer que en todo momento está presto a secundar los movimientos del proletariado.

En varias oportunidades se ha constatado que alguna gente de izquierda considera la insurrección como uno de los tantos métodos de lucha, diferente y hasta contrapuesto a los otros. Con cuanta frecuencia se opone foco guerrillero a insurrección. Sí se tiene en cuenta que la insurrección es la toma misma del poder, se tiene que concluir que ésta condiciona los métodos a utilizarse. Contraponer la insurrección a determinada forma de lucha armada, supondría convertir a esta última en finalidad en sí misma y olvidarse de la toma del poder, que es el objetivo estratégico de la clase obrera.

Disgregación del Ejército

La victoria de la revolución y el éxito de la etapa predominantemente militar no pueden concebirse al margen de la disgregación de las fuerzas armadas (Ejército y policía) en las que se apoya el gorilismo. La experiencia boliviana e internacional enseña que hay que comenzar por ganar a los soldados, clases y jóvenes oficiales hacia posiciones revolucionarias. Este trabajo paciente y sistemático, necesariamente clandestino, constituye una de las grandes finalidades del trabajo militar. Tiene que procederse a organizar grupos secretos revolucionarios en el seno del Ejército y la policía, cuyos movimientos deben estar controlados por el partido del proletariado.

No se trata de derrotar al ejército regular manejado por la jerarquía castrense fascista, oponiéndole otro ejército igualmente potente de los obreros o de los campesinos. Si los explotados contasen con medios para poner en marcha semejante monstruo de fuego habría que convenir que han dejado de ser explotados.

Las masas insurrectas aplastan a su enemigo, que en cierto momento se encarna en las fuerzas armadas, no en guerra formal, sino en choques esporádicos y oponiéndole a todo el pueblo. Un ejército intacto, sin fisuras ni contradicciones internas será indiscutiblemente un obstáculo infranqueable para la revolución. En el momento culminante de la insurrección, los explotados chocan con un ejército dividido y que ha comenzado a desmoronarse y que, por esto mismo, no tiene posibilidades de desarrollar todo su potencial de fuego. La victoria exige que una parte del ejército, particularmente su amplia estructura social que se encuentra en su base, se sume a la revolución o que, por lo menos, no dispare. Es tarea de primer orden el comenzar una campaña sistemática y sin tregua destinada al ejército, campaña que debe buscar el desarrollo de la lucha de clases dentro de las fuerzas armadas (el servicio militar obligatorio determina que los jóvenes campesinos y obreros,

principalmente, constituyan la tropa). Los clases y suboficiales no solo son los que más directamente se encuentran ligados a los soldados, sino que soportan la presión de las masas e inclusive de los estudiantes, como es el caso de esta categoría en la fuerza aérea. Sería una ligereza imperdonable ubicar a todos los oficiales en el mismo polo reaccionario, muchos de los elementos jóvenes han dado muestras inequívocas de su natural inclinación hacia la izquierda y ni duda cabe que pueden ser ganados por el movimiento revolucionario. Es la alta jerarquía castrense la que directamente depende del Pentágono (una dependencia mucho más estrecha de la que se encuentran los altos mandos militares de los otros países latinoamericanos) y encarna los intereses de la reacción y capitalismo criollos, llegando, en cierto momento, a ser su única expresión política.

El objetivo es, pues, lograr que una parte del ejército, que actualmente es el soporte fundamental del gorilismo, se sume a la revolución o que deje de obedecer a la alta jerarquía castrense. Se trata de todo un proceso lleno de altibajos que comienza como brotes de rebelión contra la disciplina tradicional y humillante para la naturaleza humana (disciplina que es una imposición de la voluntad de las cumbres de la jerarquía a la tropa y a los mandos inferiores), pasa por la negativa a disparar sobre los manifestantes e insurrectos y concluye cuando los fusiles se vuelcan contra los generales y coroneles. Solo considerando, así, puede comprenderse por qué decimos que el ejército es el arsenal natural del pueblo.

En Bolivia los jóvenes obreros comienzan a trabajar en los sindicatos y políticamente desde muy temprano y llegan a los cuarteles con alguna experiencia y bagaje ideológico. Los estudiantes ya no llegan a los cuarteles y son militarmente instruidos mientras estudian y al margen de los soldados. No sabemos si de una manera deliberada o no, la masa estudiantil y universitaria ha sido anulada como fuerza de presión capaz de actuar directamente sobre la tropa uniformada. La estructura vertical de las fuerzas armadas, la

disciplina y el orden impuestos por la jerarquía castrense actúan como chaleco de fuerza puesto a la tropa y a clases y suboficiales y que no le permite exteriorizar sus ideas y experiencias políticas. En cierto momento de la desintegración del ejército esos elementos volverán a aflorar. Con todo, soldados, clases y suboficiales constituyen los contingentes potencialmente aptos para sumarse a la revolución.

Por el trabajo en el seno del ejército no debe entenderse únicamente la propaganda dirigida a él y que debe tender a ahondar las diferencias de clase y de intereses que naturalmente existen en su seno, sino la paciente formación de cuadros revolucionarios en su seno y que en el momento oportuno actuarán como verdaderos caudillos. La campaña política con vistas a minar al ejército debe permitir que los soldados tengan plena conciencia de sus actos y alcancen a comprender la gran importancia que tiene que repriman a los obreros o dejen de hacerlo. Por este camino se logra romper la disciplina.

El trabajo dirigido a las fuerzas armadas es poco probable que rinda resultados inmediatos y se cosechará lo sembrado cuando la presión del ascenso revolucionario de las masas logre dibujar las grietas de las contradicciones clasistas dentro del ejército. La propaganda ciertamente puede acelerar el proceso de desintegración, pero no podrá por sí sola reemplazarlo. La desintegración del soporte armado del régimen imperante es, en último análisis, un aspecto del ascenso de la ola revolucionaria. El ejército vive y se mueve en la sociedad y soporta la presión poderosa de las clases en pugna. Es la ola revolucionaria la que penetra, mina y desintegra a las fuerzas armadas. No se trata de aplastar al ejército en batallas formales, sino de anular su potencia de fuego. En 1952 las masas pésimamente armadas pudieron destrozar al ejército porque éste ya estaba desintegrándose y la dinamita de los revolucionarios no hizo más que darle el golpe de gracia.

Lo anterior bien puede aplicarse a los ejércitos de las grandes metrópolis como de los países atrasados. En estos últimos las fuerzas armadas ofrecen ciertas particularidades que es preciso tener en cuenta para evitar equívocos políticos considerables.

El Ejército es obra de la clase dominante y refleja sus características; en los países semicoloniales no escapa a la naturaleza y limitaciones de la burguesía nacional o de su sucedáneo pequeñoburgués. De aquí se desprende que en el seno de las fuerzas armadas se generan constantemente tendencias nacionalistas, empeñadas en acaudillar a las masas antiimperialistas, ciertamente que pretendiendo encerrarlas dentro del limitado marco capitalista, y que se plantean el cumplimiento de las tareas democráticas pendientes. Por lo menos teóricamente, no puede descartarse de plano que algunos elementos iniciados en estas tendencias pueden evolucionar hasta el marxismo. Con todo, el movimiento revolucionario tiene que tomar en cuenta a los nacionalistas uniformados. Esta nueva contradicción puede facilitar el trabajo de desintegración del ejército.

El momento culminante de la insurrección

El proceso revolucionario es un período necesariamente largo y también lo es la preparación de la insurrección y sería absurdo darle plazos de tiempo apriorísticos para que se ajuste a ellos, lo que equivaldría a ponerle un chaleco de fuerza a la historia. Es explicable que los que incurren en la desviación militarista comiencen estableciendo etapas en el tiempo para el desarrollo del trabajo preparatorio de la insurrección y que se les antoje que ineludiblemente debe pasar por ellas. Ni la revolución ni su período insurreccional pueden precipitarse a voluntad de los actores de la historia, son esencialmente hechos objetivos. Sin embargo, el punto culminante de la insurrección, hacia la cual están dirigidos todos los trabajos preparatorios, no es otro que el asalto al poder. Es este *momento* el que tiene que ser fijado con precisión en el tiempo y en el espacio.

Las circunstancias han madurado suficientemente para hacer posible ese asalto, pero esta situación es por demás efímera y exige de la dirección política clarividencia y audacia. Hasta este instante los revolucionarios se han distinguido de toda la gama de aventureros por su extremada paciencia que les ha permitido preparar y hacer madurar una situación revolucionaria, para no perderla tienen que pasar a la acción decisiva con una extrema audacia. Es el partido el que detecta ese momento culminante y prepara cuidadosamente su desenlace militar.

3

Las operaciones militares

El vanguardismo incurre en una gravísima desviación cuando considera a las operaciones militares al margen o contrapuestas a los métodos de la revolución proletaria (la huelga general política constituye la expresión más elevada de la acción directa de masas). La huelga general lleva en sí la perspectiva de transformarse en insurrección y en guerra civil. Lo correcto es partir del principio de que las operaciones militares no solo deben subordinarse a los métodos de la revolución proletaria, sino que deben integrarse en éstos. Es el contenido político el que da determinado sentido a las operaciones y técnicas militares.

Antes de que la insurrección llegue a su punto culminante (asalto del poder), será preciso realizar una serie de operaciones militares, grandes o pequeñas. Estas operaciones pueden ser simplemente acciones de hostigamiento o distracción en manos de las masas; pero también puede ser necesario que todas las energías se vuelquen hacia importantes operaciones militares. Sin embargo, en ambos casos, *esas* operaciones deben someterse estrictamente a la política revolucionaria del proletariado, es por este mecanismo

que se asimilan a los métodos de la revolución dirigida por la clase obrera.

La guerra irregular

El proletariado es una clase explotada y tiene que luchar contra un ejército más poderoso que sus milicias y organizaciones de combate, en armas, efectivos y hasta organización. Para neutralizar la capacidad de fuego de las fuerzas castrenses no tiene más remedio que recurrir a las técnicas de la guerra irregular, sacando toda la ventaja posible de su conocimiento minucioso de la topografía de una región y de su entroncamiento en las masas populares.

Las modalidades de la lucha militar se modifican con las transformaciones que se operan en el campo de la tecnología bélica y los revolucionarios deben estudiar en qué medida el ejército regular se apropia de esta técnica. La lucha en las calles tiene que adaptarse al tipo de armas que poseen el enemigo y también las milicias populares. La experiencia ha demostrado que la guerra irregular adquiere diversas formas conforme a las etapas de su desarrollo. A comienzos de siglo se desahució la guerra de posiciones y las barricadas, reemplazándolas por la extrema movilidad de las pequeñas unidades. Pero cuando una parte del territorio nacional es liberado y controlado por los revolucionarios, que bien puede considerarse como una etapa superior de la lucha, será preciso volver a la guerra de posiciones. La dirección revolucionaria tiene que dar oportuna y claramente instrucciones al respecto, imitando, por ejemplo, la actitud asumida por el Soviet de Petrogrado de 1905, que resumió así la experiencia de la lucha hasta ese momento:

"1. No actuar en masa. Hay que realizar las operaciones en pequeños grupos de tres o cuatro hombres como máximo, multiplicar estos grupos lo más posible y que cada uno de ellos debe atacar resueltamente y desaparecer con prontitud. La policía trata de fusilar a miles de

personas con solo cien cosacos. A esos cien cosacos no debe enfrentarse más de tres o cuatro tiradores, porque es más fácil alcanzar a un grupo que a un solo hombre, sobre todo si éste último sabe disparar inopinadamente y desaparecer en un instante.
2. Por otra parte, no debe intentarse nunca ocupar posiciones fortificadas, porque la tropa sabrá siempre tomarlas o, simplemente, destruirlas con su artillería. Las mejores fortalezas son los lugares de paso y todos los sitios desde donde es fácil tirar y escapar. Si la tropa llegase a tomar un lugar de este tipo no encontraría a nadie, habiendo perdido, sin embargo, muchos hombres en el empeño".

Si las tropas regulares se basan en los reglamentos y en una disciplina vertical impuesta despóticamente y la oficialidad tiene constantemente que cuidar que los soldados disparen bien, las milicias y destacamentos de combate populares se asientan en la gran iniciativa y capacidad creadora de los revolucionarlos, cuya disciplina parte de una clara concepción política.

El factor internacional

La revolución boliviana es solo parte de la revolución, internacional y, particularmente, de la latinoamericana. Su estrategia política toma en cuenta el estado en que se encuentra la evolución de la conciencia de clase del proletariado en las otras latitudes. Es claro que Bolivia no podrá construir, contando únicamente con sus propias fuerzas, el socialismo dentro de sus fronteras; necesariamente la revolución victoriosa en el país tendrá que entroncarse en el movimiento socialista internacional. La lucha contra el imperialismo y sus lacayos indígenas es, por su misma esencia, una lucha continental.

Las tareas militares a cumplirse por la clase obrera dentro del país tendrán en cuenta el estado en que se encuentra el movimiento revolucionario internacional y particularmente latinoamericano,

en consideración de que constituyen su punto de apoyo natural. Los trabajos militares deben buscar contar con el apoyo solidario de los explotados latinoamericanos.

Otro aspecto importante: la política militar del proletariado se estructura y fortalece asimilando críticamente la experiencia ofrecida sobre el tema por los oprimidos de todo el mundo, particularmente la que emerge de la lucha de los pueblos de los países oprimidos contra el coloso imperialista (caso de Vietnam, por ejemplo).

Las guerrillas

Capítulo I

Cuestiones previas

Las guerrillas constituyen una forma de la lucha armada, ya se trate de una guerra internacional, de una civil o de una insurrección. La guerrilla –según afirman todos los tratadistas- está constituida por una fracción de elementos de un ejército regular o por un grupo de paisanos armados. Los guerrilleros pueden actuar de manera independiente o coordinar sus movimientos con el ejército; algo más, pueden transformarse en los primeros núcleos de las fuerzas armadas. Las modalidades que pueden adquirir las guerrillas son, pues, infinitas y dependen del lugar y de la época en que aparecen. A nosotros nos interesan únicamente las guerrillas como táctica particular de la insurrección, de la lucha armada del pueblo contra un gobierno anti-popular.

Los teóricos de la guerra, que escribieron y estructuraron los grandes ejércitos durante la primera conflagración mundial, no ocultaron su menosprecio a las guerrillas, denominadas por ellos como *petite guerre*. Entre otros muchos acontecimientos, la guerra civil española, la enconada lucha del pueblo chino contra la invasión japonesa y la misma segunda guerra mundial, demostraron de

manera incontrovertible, la vigencia de la táctica de las guerrillas, a pesar de las transformaciones que han sufrido la técnica bélica y la organización de los ejércitos después de la era napoleónica. A la fecha todos los grandes ejércitos –y también las desaparecidas fuerzas armadas de la Alemania nazi- incluyen en sus reglamentos la guerra informal y en pequeño, cierto que como auxiliar de la guerra clásica. La pedantería de los profesionales de la carnicería humana no pocas veces basó su desprecio en el argumento de que los guerrilleros utilizan recursos nada caballerescos y hasta el ardid. A esa conclusión se llega si se considera la guerra como institución sagrada e insustituible de la humanidad. Los revolucionarios si hacemos la guerra y teorizamos sobre ella es porque deseamos ardientemente suprimirla; de la misma manera que contribuimos a llevar la lucha de clases a su culminación, hasta la misma guerra civil, para, por este camino, concluir suprimiendo las mismas clases sociales.

La guerrilla, considerada como un método (entiéndase bien que decimos un método y no el único) insurreccional, importa la fracción armada, que tanto vale decir la vanguardia, del pueblo en pie de lucha. Desde este punto de vista, constituye el embrión del futuro ejército regular revolucionario, que se desarrolla siempre que las condiciones políticas permitan el fortalecimiento y generalización del movimiento insurreccional, que antes tendrá que resolver el problema de la constitución del ejército de guerrillas. Pero es evidente que no se trata de un camino que, imprescindiblemente, tendrán que recorrer los acontecimientos. La historia enseña que las guerrillas también nacen del ejército regular, porque así conviene a su autodefensa ya su táctica de ataque, o porque la derrota le obliga a desperdigarse, temporal o definitivamente.

*

Nuestro objetivo en Bolivia radica en que la posición obrera y popular (en los momentos en que escribimos el presente trabajo

insuficientemente madura para poder cumplir su misión histórica) aplaste al MNR, tipificado incluso por las capas menos politizadas del país como partido traidor y entreguista, y sustituya al actual desgobierno por otro obrero-campesino, capaz de llevar el proceso revolucionario a su punto culminante y de consolidar esa victoria. El cumplimiento de esta estrategia impone la necesidad de estudiar cuidadosamente las condiciones dentro de las cuales se librará la batalla definitiva.

Los obreros aplastaron –durante la jornada de abril de 1952- al ejército que fuera estructurado por la rosca, porque sabían que constituía un poderoso instrumento represivo en manos de los explotadores. Las milicias obrero-campesinas surgieron, aparentemente, de un modo espontáneo y era criterio dominante que estaban destinadas a sustituir al viejo ejército y a convertirse en el cimiento de uno nuevo, subordinado a la política de la clase obrera. En verdad, la idea de las milicias flotaba en el ambiente aún antes de 1952, como resultado de una persistente y sistemática campaña realizada en ese sentido por las fuerzas de la izquierda, particularmente por el POR. La Central Obrera, en su época de esplendor y poderío, gastó mucho tiempo y mucho papel en el empeño de estructurar un ejército de milicias. La orientación ha sido justa, pero nada se ha logrado porque el sabotaje movimientista no ha podido ser oportunamente neutralizado, debido a la criminal complicidad del stalinismo, que a partir de 1952 se ha limitado a servir incondicionalmente al oficialismo. La consigna porista de las milicias debidamente armadas ha sido prostituida por el MNR, que, aprovechando la momentánea depresión del proceso revolucionario, las transformó en odiosos apéndices del gobierno. El pueblo, que sacó de sus mismas entrañas las milicias, se vio empujado a combatirlas, una vez que salieron a las calles como encarnación del despotismo, de la delincuencia y de la defensa de los intereses antipopulares. Esa inconducta movimientista no es más que el corolario de la naturaleza reaccionaria del MNR, que no tuvo el menor

reparo en usurpar a las masas el control estatal. En la primera etapa de la revolución todos, incluyendo a Paz y Lechín, consideraron el aplastamiento y supresión del ejército como una de las conquistas fundamentales de la revolución. Se pensó que había sonado la hora de sentar las bases de un nuevo organismo que representase al pueblo en armas. Las masas habían creado con sus propias manos las milicias y correspondió al desgobierno movimientista el destruirlas virtualmente. Sin embargo, la experiencia de las luchas sociales permite esperar que las batallas futuras obligarán a las milicias a salir a un primer plano, directamente dirigidas por las organizaciones masivas y políticamente controladas por el proletariado.

El aflojamiento de la vigilancia de los trabajadores permitió que el gobierno movimientista se desenmascarase completamente y acentuase su viraje derechista y pro-imperialista. Desde ese momento se puso en claro que era el imperialismo norteamericano el verdadero amo del Palacio Quemado. Sin embargo, el stalinismo continuó apoyando las medidas gubernamentales, con el argumento de que se trataba de una fuerza auténticamente anti-imperialista. El pueblo en armas se perfiló, más y más, como el peor enemigo de los yanquis y del desgobierno pequeño-burgués. La "ayuda" norteamericana y los inversionistas extranjeros exigían que el gobierno impusiese orden a un pueblo levantisco que supo hacer morder el polvo de la derrota al ejército de la rosca. Las exigencias se tradujeron en programas de gobierno y de partido: desarmar al pueblo, castrar el impulso revolucionario de las milicias y, en fin, reorganizar el ejército reaccionario y de casta, al margen de las milicias y contra ellas. Inesperadamente, un traficante que oficia de "izquierdista", Juan Lechín, se lanzó a teorizar acerca de las necesidades de reabrir el Colegio Militar, rebautizado como Gualberto Villarroel, y de dejar las puertas abiertas para que el imperialismo, por medio de sus técnicos, de su dinero, y de sus armas, reestructurase las fuerzas armadas o inclusive la policía. El Thermidor ya no ocultaba su siniestra figura tras la fraseología marxista mal asimilada.

Paralelamente se comenzó a hablar del retorno al imperio de la ley y de la vigencia irrestricta del principio de autoridad y se dejó sobreentendido que sería el ejército, poseedor de una gran capacidad de fuego, el encargado de imponer tales postulados. La estabilidad política y el respeto a la ley –no se olvide que se trata del ordenamiento jurídico ideado por la rosca para su exclusivo beneficio- no buscan otra cosa que destruir todo brote de rebeldía en las masas, no mediante la persuasión, sino por la violencia. El MNR, al reorganizar el ejército y darle, conforme a las determinaciones norteamericanas, una potencialidad hasta ahora desconocida, se ha tipificado como fuerza reaccionaria.

El imperialismo, teniendo como instrumento al MNR, escogerá el momento más oportuno para ahogar en sangre a las masas insubordinadas. Para esta finalidad básica ha organizado su propio ejército dentro del territorio boliviano. No nos engañemos, está ya claramente planeada una descomunal masacre, como último recurso que permita estrangular definitivamente el proceso revolucionario. El gobierno activamente está desarmando al pueblo, inclusive a sus mismos parciales. Sospecha –y la sospecha tiene fundamento- que la militancia movimientista, al alejarse de su actual partido, puede proporcionar armas al pueblo y volcarlas contra los usurpadores del poder. El poseer o portar un arma se ha convertido en un delito. ¡Todo como en los tiempos de la rosca! Lo que nadie tiene que olvidar es que esas armas han sido conquistadas a cambio de la sangre de las masas y que están destinadas a defender la revolución iniciada el 9 de abril de 1952.

El panorama es, pues, claro: la lucha contra el imperialismo y contra el desgobierno movimientista se transformará, en cierto momento, en la lucha contra el ejército. El pueblo boliviano tiene que resolver este problema y, por eso mismo, el estudio de la guerra de guerrillas cobra actualidad y justifica al presente trabajo. El pueblo –las guerrillas tienen que ser consideradas como una fracción armada de este pueblo- es numéricamente más grande que el más grande

de los ejércitos, pero su debilidad de material bélico es evidente y se ve obligado a superarla utilizando los depósitos de su enemigo e ideando métodos de lucha que neutralicen a las fuerzas regulares.

El imperialismo presiente que le espera una verdadera catástrofe y por eso viene entrenando al Ejército en la lucha contra las guerrillas. El desencadenamiento de este tipo de lucha no sería ninguna sorpresa para nuestros explotadores. Lo lamentable es que las fuerzas revolucionarias y sindicales no hacen nada para evitar una futura masacre o para superar las previsiones que vienen efectuando las fuerzas armadas con miras a una futura lucha armada. Los enemigos del pueblo se entrenan y arman y, paradójicamente, los llamados partidos de izquierda tienen terror de hablar de estos temas y no se interesan por estudiar las leyes de la guerra. El mismo stalinismo, que de tarde en tarde suele hablar de la toma del poder, parece confiar que serán las curas electorales las que obliguen al MNR a retirarse del escenario político y en sus previsiones no cuenta para nada la lucha armada.

No sostenemos que las guerrillas aparecerán inevitablemente antes de la caída del MNR. La revolución puede seguir otros caminos. Pero lo indiscutible es que las guerrillas adquirirán gran importancia en caso de una futura guerra civil, cuyo estallido acaso no se pueda evitar. El debido conocimiento de esta táctica contribuirá a armar ideológicamente al pueblo boliviano y a nuestras fuerzas partidistas. Ni duda cabe que en la futura guerra civil serán los militantes poristas los que ocupen los puestos de dirección más importantes. He ahí la razón básica por la que escribimos acerca de las guerrillas.

La guerra de guerrillas es una tradición boliviana, que desgraciadamente no ha sido incorporada aún al arsenal del proletariado. El análisis crítico de la rica experiencia de nuestro pueblo acerca de esta forma de lucha armada constituye una tarea revolucionaria de primer orden. La responsabilidad de esta falla corresponde principalmente a los partidos políticos. No se puede argüir en descargo la

inexistencia o escasez de material histórico al respecto. Los escritos sobre la materia alcanzan un gran número, aunque sus autores no sean precisamente ideólogos marxistas.

Uno no puede menos que preguntarse por qué nuestros obreros no han creado, durante sus últimas batallas, guerrillas para combatir al ejército rosquero. Casi siempre han sido asesinados cuando formaban una masa compacta y nadie dio la iniciativa de dispersarse y atacar por sorpresa al ejército. Eso es lo que ocurrió desde 1923 a 1949: Los militares han podido masacrar a los trabajadores indefensos porque los llamados partidos "revolucionarios" jamás se preocuparon de los problemas militares. Caeríamos en el mismo error si nosotros, sabiendo que el conflicto político se canaliza, cada día más abiertamente, hacia el choque entre pueblo y ejército, no subrayáramos la importancia de la guerra de guerrillas y si no preparáramos el terreno para que el POR en su conjunto ingrese al estudio y discusión de las cuestiones de la lucha armada. Lo contrario significaría que no nos interesa la conquista del poder o que nos hubiésemos convertidos en sostenedores del colaboracionismo clasista.

Sorprenderá a muchos constatar que los principios fundamentales que rigen a las guerrillas de 1810 (la llamada guerra de la independencia) y de 1899 (revolución federal) mantienen toda su vigencia en nuestra época. La tecnología moderna y las sorprendentes transformaciones del armamento sirven a tales principios. Se justifica que ilustremos nuestra exposición con ejemplos tomados de las guerrillas bolivianas ocurridas hace mucho más de un siglo.

Los clásicos del marxismo (Marx, Engels, Lenin y Trotsky) fueron verdaderos actores de la revolución y no simples teóricos de gabinete, por eso dedicaron páginas inolvidables a la guerra de guerrillas, que han sido debidamente tomadas en cuenta por nosotros.

Capítulo II
La guerra de guerrillas, método de lucha históricamente condicionado

La guerra de guerrillas es un método de lucha creada por las masas populares, sin esperar consejo alguno de los teóricos. Ha aparecido en los pueblos que se han visto empujados a luchar contra un poderoso invasor que llevó los excesos y la opresión a extremos insoportables. Eso es lo que ocurrió cuando Indíbil y Mandonio sublevaron a la península ibérica contra las depredaciones de los pretores y procónsules romanos, es decir, cuando la opresión se tomó insoportable. Mucho más notables y conocidas son las guerrillas acaudilladas por Viriato (140 a.C.), que durante diez años actuaron como movimientos de emboscadas y estratagemas. "Viriato derrotó varias veces a las legiones disciplinadas, recorriendo victorioso gran parte de la Península" (*Guerra de Guerrillas,* J.C. Guerrero). Recurrieron a esta táctica de lucha en vista de que no podían vencer a ejércitos poderosos, bien organizados, mejor pertrechados y de gran número, como eran las legiones romanas.

Vercingétorix ("joven muy poderoso, cuyo padre fue Celtilo, el mayor príncipe de toda la Galia", al decir de Julio César, *Comentarios de la guerra de las Galias*), que sublevó a las Galias (52. a.C.) contra Roma comenzó librando y perdiendo batallas formales y grandes contra las legiones de César y solo después de esta triste realidad adoptó la táctica de las guerrillas.

"Corre los campos, enganchando a los desvalidos y fascinerosos. Junta esta gavilla, induce a su partido a cuantos encuentra de los ciudadanos. Vercingétorix, escarmentado con tantos continuados golpes recibidos en Velaunoduno, Genabo, Neuvy, llama los suyos a consejo; propóneles ser preciso mudar totalmente de plan de operaciones; que se deben poner todas las miras en quitar a los romanos forrajes y bastimentos. Ser esto fácil por la abundancia de caballos que tienen y por la estación,

en que no está para segarse la hierba, que forzosamente había de esparcirse por los cortijos en busca de forraje, y todos éstos diariamente podían ser degollados por la caballería. Añade que por conservar la vida debían menospreciarse las haciendas y comodidades, resolviéndose a quemar las aldeas y caseríos que haya a la redonda, hasta donde parezca poder extenderse los enemigos a forrajear; que por lo que a ellos toca, todo les sobraba, pues serían abastecidos de los paisanos en cuyo territorio se hacía la guerra; los romanos, o no podrían tolerar la carestía, o, con gran riesgo, se alejarían de sus tiendas, que lo mismo era matarlos que privarlos del bagaje, sin el cual no se puede hacer la guerra; que asimismo convenía quemar los lugares que no estuviesen seguros de toda invasión por naturaleza o arte, porque no sirviesen de guarida a los suyos para sustraer de la milicia ni a los romanos surtiesen de provisiones o despojos. Si esto les parece duro y doloroso, mucho más debía parecerles el cautiverio de sus hijos y mujeres y su propia muerte..." (*Comentarios…*)

A todo lo largo de la historia nos encontramos con guerrillas y escaramuzas entre dos combates decisivos, toda vez que la sublevación de los pueblos ha tenido alguna duración. Uno de los rasgos distintivos de esta táctica es la de ser una guerra a largo plazo, a diferencia de lo que ocurre en la guerra formal. Este hecho está ya demostrando que las guerrillas aparecen en determinado momento políticamente condicionado, es decir, dentro de ciertas condiciones y no cualquier instante u obedeciendo exclusivamente las órdenes de tal o cual teorizante. Cuando se dan esas circunstancias favorables, las guerrillas pueden brotar espontáneamente del seno de las masas. Al mismo tiempo, lo primero que se desprende de la experiencia histórica de las guerrillas (de las de ayer y de las de hoy) es que se trata no del único método de lucha del que disponen los pueblos, sino de una modalidad que en cierto momento puede convertirse en el más importante o en el auxiliar indispensable de otro método central. La teoría y la experiencia nos enseñan que el que las masas recurran o no a la guerra de guerrillas depende del

tiempo y condiciones dentro de los que se ven obligados a ir a la lucha emancipatoria. No toda insurrección está obligada a tener como preludio las guerrillas y éstas pueden aparecer en su mismo desarrollo e inclusive después de que ha sido derrotada. Tampoco pueden sentarse a priori reglas acerca de las modalidades que pueden adoptar las guerrillas; al contrario, estas modalidades están determinadas por factores históricos concretos. Lo único que puede hacer el teórico es señalar los principios básicos de las guerrillas, vale decir las leyes de esta forma de guerra. El guerrillero no deberá conformarse con aprender de memoria estos principios, sino que su misión consiste en encontrar los medios de aplicarlos a cada situación concreta.

Las formas de lucha de las masas son múltiples y es previsible la aparición de otras nuevas, como consecuencia de necesidades imprevistas de las multitudes que van al combate. Solo la pedantería pequeño-burguesa puede pretender imponer a las masas determinadas formas de lucha, las únicas que tienen vigencia son aquellas que han sido creadas por las masas mismas, porque corresponden a necesidades históricas concretas. El político aprende de las masas ignorantes cuáles son esos métodos de lucha, luego sistematiza sus leyes y las generaliza. Solo por este camino puede ayudarse al pueblo a descubrir nuevas formas de lucha.

El movimiento de liberación del país y del proletariado no puede estar subordinado a un método de lucha, como algunos marxistas de última hora parecen sostener.

"El marxismo se distingue de todas las formas primitivas del socialismo en que no liga el movimiento a una sola forma determinada de lucha. El marxismo admite las formas más diversas; además de la lucha de clases revolucionarias que aparecen por sí mismas en el curso del movimiento. Enemigo absoluto de toda fórmula abstracta, de toda receta doctrinaria, el marxismo exige que se preste atención a la lucha de masas. Por esto el marxismo no renuncia terminantemente a

ninguna forma de lucha. El marxismo no se limita en ningún caso a las formas practicables y solo existentes en un momento dado, admitiendo la aparición inevitable de formas de lucha nuevas, desconocidas de los militantes de un período dado al cambiar una coyuntura social determinada... Sabemos –decía, por ejemplo, Kautsky, al examinar las formas de la revolución social- que la crisis futura nos aportará formas nuevas de lucha que no podemos prever ahora". (Lenin, *La guerra de guerrillas*).

La guerra de guerrillas está íntegramente subordinada a la estrategia política de la clase revolucionaria. "Únicamente, cuando la insurrección está desencadenada, es la política del momento, que, toda entera, debe serle subordinada" (Trotsky, *Los problemas de la guerra civil*). La insurrección misma no es más que el punto culminante de la lucha de clases. La guerra de guerrillas no puede ignorar el momento político que vive determinado país y menos las leyes del desarrollo de la sociedad misma, desde el momento que esa táctica de lucha armada es parte del proceso revolucionario, determinada por esos factores básicos. La respuesta al problema clave de fijar el momento de la insurrección no es propiamente una tarea militar, sino la consecuencia de un riguroso análisis político; concretamente, esa fijación solo puede hacerse partiendo de un estudio cuidadoso de la evolución operada en el factor subjetivo de la revolución: la actitud de las masas frente al régimen imperante.

"No es preciso decir que no sé trata de designar arbitrariamente, por encima de los acontecimientos, la fecha fija e irrevocable de la insurrección. Esta sería verdaderamente una idea demasiado simplista del carácter de la revolución y de su desarrollo. Como marxistas, debemos saber y comprender que no es suficiente querer la insurrección para realizarla. Cuando las condiciones objetivas la hacen posible es preciso hacerla, pues ella no se hace por si misma... La determinación del momento de la insurrección será fijado con anticipación, desde

que los preámbulos de la insurrección aparezcan claramente". (*Los problemas...*)

Marx gustaba repetir el aforismo de Clausewitz –teórico de la guerra napoleónica- de que la guerra no es más que la continuación de la política por otros medios.

Estamos considerando a las guerrillas como la forma armada de la lucha de las masas contra determinado gobierno, en este sentido o pueden ser parte de la insurrección o deben tender inmediatamente hacia ella. De esta premisa se concluye que las guerrillas no pueden plantearse al margen de los problemas de la insurrección y mucho menos que su artificial nacimiento resuelva ya, por sí solo, todas las condiciones para la toma del poder. Si esto fuera verdad podríamos considerar a la revolución como consumada, pues sería suficiente entrenar a algunos guerrilleros y lanzarlos a la lucha no importa en qué momento y en qué latitud del globo terrestre. A esto puede conducirnos el criterio esquematista acerca de las guerrillas y que está plagado de recetas sobre su estallido.

Dicho de otro modo, las guerrillas pueden nacer –muchas veces lo hacen de manera espontánea- cuando la lucha de clases ha llegado a un grado de gran exacerbación, cuando el gobierno lanza a sus fuerzas armadas para destruir a las masas y cuando éstas ven que no queda más camino que la "lucha a mano armada" para sacudir ese estado de cosas que se ha convertido en insoportable. La sola existencia física de las guerrillas no supone la victoria, desde el momento que pueden corresponder también a un período de disgregación de los efectivos revolucionarios o ser desperdiciadas por falta de una dirección capaz.

"Debemos comprender de una vez por todas, que cuando más poderoso es el impulso espontáneo de las masas (las guerrillas han sido otra prueba de que el impulso espontáneo de nuestras masas es cada vez más poderoso), que cuanto más amplio se hace el movimiento

popular, tanto más rápidamente aumenta la necesidad de una elevada conciencia de izquierda, ya en el terreno político, ya en el terreno de la organización.
Algunos núcleos revolucionarios, al analizar la lucha armada del 9 de abril [dirigentes del PC] dicen que el hecho de que los sectores populares tomaran las armas contra el régimen no fue un error, que el error estuvo en que no las hubieran empuñado con mayor energía y con mayor acometividad.
Cuando estos núcleos revolucionarios analizan de esta manera la lucha armada, se olvidan del carácter espontáneo que se debe más que todo a la falta de un fuerte movimiento de izquierda y de partidos de izquierda y por la baja conciencia revolucionaria de la clase obrera". (Mauricio Torres, *La naturaleza de la revolución colombiana*).

Lo dicho anteriormente permite afirmar que existe una estrecha relación entre las guerrillas y el partido político del proletariado (única fuerza verazmente revolucionaria como lo es el proletariado como clase). La vanguardia política expresa fielmente el grado de madurez del factor subjetivo de la revolución, que por muy subjetivo que sea no puede ser improvisado por el simple deseo de los caudillos. Solamente el partido político puede elevar el nivel de la lucha de las guerrillas, generalizarlas e inclusive permitir que se transformen en un ejército regular. Las guerrillas que no encuentran dirección política corren el riesgo de perderse o de concluir degenerando en el bandidaje. Las masas pueden en su impulso espontáneo llegar inclusive a apoderarse del poder, pero, dada la ausencia de la vanguardia, no podrán consolidar y defender esa victoria, tanto vale decir, la revolución. El partido tiene el deber de educar política y militarmente a los cuadros que deben actuar como columna vertebral del movimiento guerrillero y tiene que agotar todos los recursos para poner bajo su influencia al que hubiese nacido espontáneamente. En las guerrillas durante la guerra civil rusa, al lado de cada guerrillero había un comisario político que venía del partido bolchevique.

"Chapáiev es un héroe –pensaba Fedor, el comisario y bolchevique. Encarna en sí todo aquello de incontenible, de espontáneo, de profecía colérica que se ha acumulado durante largos años en el alma campesina. Pero la espontaneidad... ¡Quién sabe a dónde puede llevar la espontaneidad! ¿No hemos visto cómo jefes gloriosos, de la clase de Chapáiev (¿acaso son pocos?) liquidan a su comisario, no un granuja charlatán ni un cobarde, sino un revolucionario excelente y valeroso? ¿No los hemos visto también pasarse a veces a los blancos con sus destacamentos 'espontáneos'?" (D. Furmanov, *Chapáiev*).

Las guerrillas chinas estuvieron política y organizativamente dirigidas por el PC. La homogeneidad ideológica y la coordinación de los movimientos de una guerrilla con la política total del país le dan mayor fortaleza y permite fijar claramente los objetivos de lucha de los guerrilleros.

"La guerra revolucionaria ha sido dirigida en las tres etapas, y seguirá siéndolo, por el proletariado chino y su partido, el Partido Comunista Chino... Aunque la burguesía china, puede participar en la guerra revolucionaria en ciertas ocasiones históricas, debido a su carácter egoísta y a su falta de independencia política y económica no quiere ni puede dirigir la guerra revolucionaria de China hasta la victoria total. Las masas del campesinado chino y de la pequeña burguesía urbana están dispuestas a participar en forma activa en la guerra revolucionaria, pero la producción en pequeña escala, que es su característica y que limita sus perspectivas políticas, las torna incapaces de proporcionar una dirección correcta en la guerra... En una época así, cualquier guerra revolucionaria terminará sin duda en la derrota si falta la dirección del proletariado y del PC, o si se hace a un lado a esa dirección". (Mao Tse-Tung, *Problemas estratégicos de la guerra revolucionaria*).

La lucha victoriosa de la revolución impone la necesidad de que la orientación política de las guerrillas y del partido de la clase obrera sea la misma. Algo más, las guerrillas deben estar dirigidas

por el partido político. También el Vietnam nos ofrece un elocuente ejemplo al respecto:

"La insurrección general de agosto es típica de la victoria de una insurrección en un país colonial y semifeudal. Ella ofrece un admirable modelo de coordinación de la lucha política y de la lucha armada, de la fuerza política de masas y de las fuerzas armadas revolucionarias. La insurrección general de agosto fue el levantamiento victorioso del pueblo en un país colonial y semifeudal, bajo la dirección del Partido de la clase obrera". (Vo Nguyen Giap, *La consolidation de la défense nationale et l'edification des forces armées populaires*).

Es el partido de la clase obrera que transforma los grupos de guerrilleros en un poderoso ejército regular.

"En la situación de un país económicamente atrasado, el Partido ha resuelto con éxito los problemas de los efectivos, de la organización, del equipo, de la preparación, etc... el extremo de que nuestras fuerzas compuestas primitivamente de pequeños grupos de guerrilleros se han convertido poco a poco en un poderoso ejército regular". (*La consolidation...*)

Las guerrillas de Rusia, la China, Indochina, Indonesia, Cuba han tenido como tarea central, tan importante como la de lograr un adecuado armamento, por ejemplo, la educación política del guerrillero, de manera que se convierta en un auténtico revolucionario.

"Y ni qué decir que las explicaba en medio de la guerra... nos preocupábamos por explicarles a los rebeldes lo que era la revolución. En una oportunidad, hicimos un llamamiento y una campaña de adoctrinamiento amplio en plena guerra, que se realizó, de convertir a cada soldado rebelde en un revolucionario consciente". (Raúl Castro, *Las fuerzas armadas y las milicias populares en la defensa de la patria*).

Otro testimonio que tiene relación con la experiencia cubana:

"El guerrillero, como reformador social, no solo debe constituir un ejemplo en cuanto a su vida, sino que también debe orientar constantemente en los problemas ideológicos, con lo que sabe o con lo que pretende hacer en determinado momento y, además, con lo que va aprendiendo en el transcurso de los meses o años de guerra que actúan favorablemente sobre la concepción del revolucionario, radicalizándolo a medida que las armas han demostrado su potencia y a medida que la situación de los habitantes del lugar se ha hecho carne en su espíritu, parte de su vida, y comprende la justicia y la necesidad vital de una serie de cambios cuya importancia teórica le llegaba antes, pero cuya urgencia práctica estaba escondida, la mayor parte de las veces". ("Che" Guevara, *La guerra de guerrillas*).

La carencia de la dirección política haría imposible la planificación de las acciones de los guerrilleros, condición indispensable para lograr la victoria.

"Sin planificación es imposible lograr la victoria en una guerra de guerrillas. La idea de librar una guerra de guerrillas al azar no es más que convertir a ésta en un juego: es la idea de un ignorante en materia de guerra de guerrillas. Las operaciones en una zona guerrillera en su conjunto o las operaciones de un solo destacamento o cuerpo de guerrilleros deben ser precedidas de la más completa planificación posible, que es la tarea preparatoria para todo tipo de actividades. Los problemas de cómo captar la situación, definir las tareas, disponer las fuerzas, realizar el adiestramiento militar y político, procurar abastecimientos, tomar disposiciones para conseguir equipos, obtener la ayuda del pueblo, etc., deben ser considerados con cuidado y elaborados a fondo por los jefes guerrilleros, y los resultados tienen que ser verificados" (Mao Tse-Tung, *Problemas estratégicos de la guerra anti-japonesa*).

Solamente el partido político educa a la militancia en la escuela de la autocrítica, para superar los errores y evitar que vuelva a incurrirse en ellos. Solamente el partido político permite asimilar –y a través de él la clase obrera y el país- críticamente la experiencia guerrillera de las masas y generalizar esta experiencia, de manera que se convierta en patrimonio del movimiento revolucionario en general.

*

Tenemos ante nosotros un folleto del cubano Guevara, cuyo título es *La guerra de guerrillas* y que ha sido profusamente difundido. Nos apresuramos en recalcar que tiene importancia como documento que resume la experiencia cubana en la guerra de guerrillas y en este sentido puede contribuir al fortalecimiento del movimiento revolucionario internacional, particularmente latinoamericano. Desgraciadamente su concepción de esta modalidad de la lucha de las masas está llena de errores y su extremado esquematismo ha concluido convirtiendo dicho análisis en un conjunto de recetas que su autor pretende deben aplicarse indefectiblemente en todos los países. Cumplimos con un deber elemental de bolcheviques al subrayar enérgicamente los errores más gruesos; estamos seguros que así servimos a nuestra causa y a nuestra clase.

Guevara considera que las aportaciones de la revolución cubana a lo que él llama "la mecánica de los movimientos revolucionarios en América" son las siguientes:

"1. Las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército.
2. No siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución, el foco insurreccional puede crearlas.
3. En la América subdesarrollada, el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el campo." (*La guerra de guerrillas*, p. 11)

Considera que esas aportaciones "luchan contra la actitud quietista de revolucionarios o pseudo-revolucionarios que se refugian, y refugian su inactividad", sentándose "a esperar a que, en una forma mecánica, se den todas las condiciones objetivas y subjetivas necesarias..." (p. 12).

Las condiciones objetivas, que no son otra cosa que el nivel alcanzado por las fuerzas productivas, son las que determinan la viabilidad de una revolución, o bien, dicho de otro modo, condicionan autoritariamente su naturaleza. Si el nivel alcanzado por las fuerzas productivas no corresponde a determinado pensamiento político, éste se convierte en utopía (no olvidemos que Marx y Engels sostienen que el utopismo correspondió a un capitalismo poco desarrollado, dentro del cual la contradicción burguesía-proletariado apenas si se había manifestado), y si este pensamiento se traduce en un levantamiento de masas, ese acto deviene una frustración, un aborto. La madurez de las condiciones objetivas se traduce en la agudización del choque entre las fuerzas productivas muy desarrolladas y las relaciones de producción que han devenido demasiado estrechas, desde este momento –dice Marx- se abre un período de revolución social. No podemos olvidar que las fuerzas productivas determinan la forma que adquieren las relaciones de producción, es decir, la estructura económica de la sociedad. Es fácil comprender que las condiciones objetivas de la revolución –y precisamente por ser tales- son independientes de los buenos o malos deseos de los hombres que hacen la historia, pero dentro de determinadas condiciones pre-existentes. No existe foco guerrillero capaz de modificar las condiciones objetivas y mucho menos de crearlas. Si esto fuera posible la política revolucionaria no pasaría de ser un juego de niños. Tiene que extrañarnos que Guevara ponga en duda esta cuestión, evidente para cualquier principiante que maneje el abc del marxismo.

Para ningún marxista está en discusión el problema de la madurez o no de las condiciones objetivas para la revolución acaudillada

por el proletariado, inclusive en los países atrasados (colonias o semicolonias). Esta discusión queda reservada para los social-demócratas o para los stalinistas. La economía mundial en su conjunto está sobradamente madura para el socialismo y es este hecho el que determina el rol revolucionario del proletariado en los países atrasados.

El error de Guevara obedece a la necesidad de subrayar el tremendo poder modificador de la realidad nacional que tiene, según él, un foco guerrillero, tan poderoso que puede inclusive crear condiciones objetivas para una determinada revolución, que sin ese foco guerrillero, indudablemente, no podrían precipitarse. Por este camino se tiene que concluir –aunque este extremo no sostiene claramente Guevara- que es un deber revolucionario desencadenar la guerra de guerrillas en todos los países latinoamericanos inmediatamente, sin pararse a estudiar si las circunstancias son o no favorables para tal acción. De este modo el revolucionario está condenado a convertirse en aventurero. Creemos que este sorprendente criterio nace del honesto deseo de preservar la revolución cubana, tan seriamente amenazada por el imperialismo norteamericano. Es indiscutible que la lucha armada en todos los países del continente debilitaría enormemente al imperialismo y le obligaría a aflojar la tirantez que ha creado en el Caribe. Sin embargo, este buen deseo no puede ser cumplido de inmediato, como vienen demostrando innumerables ejemplos. El desarrollo político de los diversos países es totalmente desigual y este hecho no podrá ser superado por la simple aparición, ciertamente que artificial, de focos de guerrilleros. Los ejemplos prácticos son los siguientes: las guerrillas en el sur peruano han nacido y permanecido totalmente aisladas, sin haber podido encontrar resonancia en los puntos vitales del país, a pesar de todos los esfuerzos realizados. Esa experiencia será valiosa para el futuro, pero inmediatamente su aplastamiento puede tener un efecto contraproducente para el movimiento revolucionario y así, indirectamente, perjudicar a la causa cubana, que es la causa del

movimiento revolucionario internacional. Parecen existir mejores condiciones en Venezuela y es de esperar que las guerrillas se propaguen y fortalezcan. Este movimiento apuntala a la revolución cubana. En estos instantes las guerrillas en Bolivia estarían fuera de lugar y su surgimiento artificial nos perjudicaría seriamente y también a Cuba. No es difícil comprender que un método de lucha que es positivo dentro de determinadas condiciones políticas resulta inoportuno en otras. Nos negamos terminantemente a seguir los consejos de Guevara en esta materia, por ser contrarios a los intereses de la revolución. Los dirigentes cubanos están animados por la desesperación, desde luego explicable.

Las condiciones subjetivas de la revolución son aquellas que tienen relación con la actitud de las masas frente al gobierno y su expresión más acabada es el partido revolucionario. Nadie ignora que el Partido existe desde que existe el programa, pero es claro que las guerrillas no serán organizadas ni dirigidas por un círculo propagandístico, sino por un partido de masas, es decir, cuando prácticamente el país es guiado por su pensamiento político. El marxismo sabe que cuando no existe la vanguardia revolucionaria del proletariado se puede decir que la condición subjetiva de la revolución no está madura. Trotsky escribió que la crisis de la humanidad es la crisis de su dirección revolucionaria. Las proposiciones de Guevara permiten suponer que el foco de guerrilleros es capaz de crear el partido revolucionario. Inmediatamente recordamos la experiencia más importante de nuestros días: Cuba se viene debatiendo dolorosa y desesperadamente por no contar con un auténtico partido revolucionario del proletariado, pues no puede ser considerado como tal el Partido Único. El grupo de Fidel Castro fue el que creó las primeras guerrillas y no a la inversa. Las guerrillas pueden ser el resultado de una explosión puramente espontánea. ¿Este movimiento espontáneo será capaz de crear el partido revolucionario, es decir, la condición subjetiva? Afirmar este extremo equivale a abandonar totalmente el marxismo.

La experiencia demuestra que "la clase no puede improvisar inmediatamente (en el calor de la guerra civil) una nueva dirección, si no ha heredado del periodo anterior sólidos cuadros revolucionarios capaces de aprovechar el colapso del viejo partido dirigente". (Trotsky)

Lo más que pueden hacer las masas, teniendo como base la experiencia de los acontecimientos y la evidencia de que durante la revolución la conciencia de una clase es el proceso más dinámico que determina el curso de los acontecimientos, es escoger a los partidos y aproximarse gradualmente al suyo propio. Si no existe una auténtica vanguardia revolucionaria el empuje espontáneo de las masas llega a desperdiciarse. La valiosa experiencia de las guerrillas será asimilada gracias al trabajo partidista y no de ningún otro modo. No es pues exacto sostener que las guerrillas, convertidas en foco revolucionario, puedan crear al partido revolucionario. Lo único exacto es decir que la experiencia vivida de la lucha armada puede fortalecer a ese Partido, pero antes tiene que existir esta organización. El escrito de Guevara lleva directamente a un desprecio del partido del proletariado como expresión del alto grado de madurez de la condición subjetiva de la revolución y seguramente por eso ha consentido en participar en esa pantomima del Partido Único. Aunque no lo digan claramente, los dirigentes cubanos están seguros que el camino más corto y más cómodo para crear el partido revolucionario consiste en precipitar la guerra de guerrillas. Recordemos en este lugar que para Marx la clase obrera estructurada como tal significaba organizada en partido político.

La lucha armada puede desarrollarse fundamentalmente en el campo, el que esto ocurra depende de circunstancias muy particulares. Pero, también puede lograrse la victoria después de luchas libradas básicamente en las ciudades. El primer caso es el de Cuba y el segundo el de Bolivia, (abril de 1952). Nos parece absurdo convertir la experiencia cubana en una receta valedera para todos los países latinoamericanos.

El esquematismo llega a su punto culminante cuando Guevara sienta la premisa de que la lucha debe seguir la siguiente orientación: foco guerrillero y después huelga, primero lucha en el campo y solamente después batallas de la clase obrera. Las cosas pueden ocurrir de una manera exactamente contraria, de manera que las guerrillas aparezcan después de las vicisitudes de la huelga. Las masas van a saber encontrar los canales para expresar su decisión de acabar con un determinado régimen, sin tener necesidad de consultar las recetas contenidas en *La guerra de guerrillas.*

Betancourt ha subido al poder después de bulladas elecciones y sin embargo, nadie puede discutir que en Venezuela existen y pelean las guerrillas, con mucho más éxito que en otros países. Violentando estas enseñanzas de la realidad sostiene Guevara:

"Donde un gobierno haya subido al poder por alguna forma de consulta popular, fraudulenta o no, y se mantenga al menos una apariencia de legalidad constitucional, el brote guerrillero es imposible de producirse por no haberse agotado las posibilidades de la lucha cívica". (p. 13).

¿Por qué entonces se precipitaron las guerrillas en el Perú en vísperas de las elecciones generales y cuando su convocatoria había paralizado a la mayor parte de las masas? A tales contradicciones nos lleva el esquematismo y la creencia –creencia que ciertamente no se confiesa con toda claridad- de que lo ocurrido en Cuba debe servir de molde al que deben ajustarse los demás países.

Analicemos el caso boliviano para refutar la tesis de Guevara. El desgobierno movimientista ha ganado varias elecciones consecutivas, comenzando con la victoria durante el sexenio, cuenta con un estatuto electoral que le puede permitir perpetuarse en el poder "legal y democráticamente" si las masas no lo expulsan violentamente del Palacio Quemado. Hay origen legal y mucho campo para maniobrar con las apariencias de la legalidad institucional, pero las masas han llegado a la certidumbre de que las elecciones no pasan

de ser un descomunal fraude y que, por tanto, este canal debe ser repudiado. La corriente abstencionista crece imponente. Poco importa que los políticos no se den cabal cuenta de este proceso. La presencia de un poderoso ejército, instrumento incondicional del imperialismo norteamericano, contribuye a abrir las puertas para el aplastamiento armado de todo el ordenamiento jurídico de las triquiñuelas legalistas. Si las condiciones son favorables el legalismo boliviano puede dar nacimiento, en un futuro no muy lejano, a un movimiento guerrillero.

Lo acertado es no tomar en cuenta las recetas que nos ofrece Guevara, pues de lo contrario se corre el serio riesgo de caer en aventuras que pueden ser fatales para el movimiento revolucionario latinoamericano.

Un acertado análisis de la experiencia internacional acerca de la insurrección armada nos parece el trabajo de A. Neuberg titulado *La insurrección armada*, que fue editado en castellano en 1932. Ni que decir que exige su enriquecimiento con las experiencias posteriores. Se estudiaban las insurrecciones de Ravel (1924), Hamburgo (1923), Canton (l927) y Shanghai (1927). El autor comienza estudiando la situación política para determinar si había o no una situación revolucionaria y luego analiza si el partido del proletariado supo o no aprovechar tal coyuntura, finalizando con los aciertos y errores cometidos en materia militar.

Todo lo dicho puede resumirse indicando que el nacimiento y porvenir de las guerrillas están subordinados a la situación política, al grado de madurez de la condición subjetiva de la revolución y a la capacidad alcanzada por el partido revolucionario del proletariado. La guerra de guerrillas no es el único método de lucha de las masas y puede entroncarse con otros, según determinen las condiciones particulares de cada país y del momento histórico. Por su propia naturaleza las guerrillas son las que menos se amoldan a recetas de validez universal y la proteica capacidad creadora de las masas se manifiesta libremente a través de ellas.

Sería también absurdo establecer anteladamente que determinada modalidad guerrillera debe convertirse en la camisa de fuerza de las masas insurreccionadas. En ese error incurrió Budinny cuando dijo: "En la guerra próxima, que será una guerra civil del proletariado internacional, y será una guerra de guerrillas, la caballería roja traerá la victoria para nosotros". La táctica guerrillera no puede quedar indiferente a las profundas transformaciones que sufre la tecnología. Esta modalidad de la guerra seguirá utilizando la caballería, pero también ha incorporado a su arsenal la movilidad motorizada, sobre todo el jeep. Es indiscutible que la caballería ha perdido preeminencia inclusive en las guerrillas.

Capítulo III

Características de las guerrillas

Razón de ser de la guerra de guerrillas

La razón básica de la existencia de las guerrillas se debe a la necesidad de que las partidas pequeñas y mal armadas neutralicen el poderío de los ejércitos regulares y anulen su potencialidad de fuego recurriendo a la extrema agilidad de la maniobra (basada en el pequeño número de los contingentes y en el inteligente aprovechamiento de las particularidades topográficas de la zona), al ardid y a la oportuna utilización de las armas caseras. Un pueblo insurgente utilizará con provecho las guerrillas cuando tiene que verse con un ejército poderoso, bien equipado y bien disciplinado. La iniciativa individual sustituye muchas deficiencias y la carencia de conocimientos militares académicos, que casi siempre no pueden ser aplicados cuando la iniciativa corresponde a los guerrilleros. Estas características son también valederas cuando las guerrillas actúan como auxiliar de un ejército y cuando tienen la misión de distraer la atención del enemigo, de obligarle a dividir sus fuerzas y de obstaculizar su marcha. No pocas veces las guerrillas han nacido

después de los fracasos sufridos en batallas formales y por ejércitos regulares. Esto equivale a decir que se ha recurrido a la *pequeña guerra* como un medio que permita rehacer las fuerzas aplastadas y para continuar hostigando al enemigo. La guerrilla materializa la insurgencia después de la derrota.

La lucha armada en el Alto Perú, durante la Independencia (1810-1825), que duró 15 largos y difíciles años, fue la lucha de las guerrillas contra lo mejor del Ejército español. Mitre (ver *Historia de Belgrano*) las llama la guerra de las republiquetas, para diferenciarlas de las montoneras de los gauchos argentinos. Una republiqueta era un foco insurreccional -proteiforme y de siete cabezas y vidas como una hidra- autónomo que obedecía exclusivamente a un caudillo. Se comprende con claridad que solamente las guerrillas podían haber sostenido una guerra tan larga (muchos españoles estaban ciertos de haber sido empujados a una guerra de duración eterna) y no así un ejército regular patriota. Una insurrección sustituía a otra que había sido aplastada. Los realistas estaban seguros de haber destrozado a las huestes de un caudillo cuando inesperadamente aparecían los enemigos de todas las oquedades de los riscos. La pujanza de las republiquetas sigue al tremendo descalabro del Ejército auxiliar argentino en Ayohuma y Sipe-Sipe.

"Es esta una de las guerras más extraordinarias por su genialidad, la más trágica por sus sangrientas represalias y la más heroica por sus sacrificios oscuros y deliberados... Como guerra popular, la de las Republiquetas precedió a la de Salta y le dio el ejemplo, sin alcanzar igual éxito.
La caracteriza moralmente el hecho de que, sucesiva o alternativamente, figuraron en ella 102 caudillos más o menos oscuros, de los cuales solo 9 (nueve) sobrevivieron a la lucha, pereciendo los 93 restantes en los patíbulos o en los campos de batalla, sin que uno solo capitulara ni diese ni pidiese cuartel en el curso de tan tremenda guerra (información tomada de Urcullu, *Apuntes para la Historia de la Revolución de Alto Perú*). Su importancia militar puede medirse más que por sus batallas

y combates, por la influencia que tuvo en las grandes operaciones militares, paralizando por más de una vez la acción de ejércitos poderosos y triunfantes..." (Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano*).

Las guerrillas altoperuanas resultaron auxiliares con referencia a los ejércitos regulares argentinos, combatiendo al enemigo en el seno mismo de su retaguardia y, muchos caudillos acaso sin quererlo, se vieron obligados a coordinar sus movimientos teniendo como objetivo la estrategia de esos ejércitos.

Frustraron los planes realistas de invadir territorio argentino y marchar sobre Buenos Aires.

"En el Alto Perú –abandonado a su propia suerte después de la derrota de Ayohuma- la situación era particularmente crítica, porque el enemigo triunfante se disponía a castigar con su acostumbrado rigor, el patriotismo de que sus habitantes habían dado pruebas, al cooperar con lealtad y eficacia en la obra revolucionaria. Urgía pues, conjurar tan serio peligro aún a costa de grandes sacrificios, y justo es reconocer que los pueblos en esa hora solemne de la historia, respondieron al llamado de sus dirigentes en forma que honrará eternamente su tradicional altivez. Desde luego numerosos caudillos de prestigio, estimulados por la actitud resuelta del coronel Arenales, gobernador de la heroica provincia de Cochabamba, alzáronse en armas contra la autoridad real, obligando al vencedor a distraer buena parte de sus tropas, en la formación de destacamentos, que con el objeto de dominarlos fue necesario que enviase a distintos puntos del territorio [en una nota el autor cita al Dr. Ildefonso Muñecas, a Manuel A. Padilla y a su esposa Juana Azurduy de Padilla, a Vicente Camargo, a Ignacio Zárate.] Estas sublevaciones populares que han pasado a la historia con el nombre de guerra de republiquetas, vinieron asimismo a frustrar por completo los propósitos de Pezuela, que no eran otros, que poner en práctica los viejos proyectos del virrey Abascal, que consistían en invadir las provincias bajas con un poderoso cuerpo de ejército y marchar sobre Buenos Aires, proponiéndose con ello, no tan solo, ir en auxilio de los sitiados

en Montevideo -a los que apoyaba ahora una escuadra poderosa- sino también asestar a la revolución un golpe decisivo... Felizmente los patriotas, resueltos a morir en defensa de sus ideales antes que soportar nuevos vejámenes, congregándose alrededor de Arenales, y este jefe, persuadido de que para salir airoso en la ardua empresa de sostener la guerra a espaldas del enemigo, era indispensable contar con una fuerza militarmente organizada, se contrajo con imponderable actividad a instruir y disciplinar personalmente sus nuevos soldados..." (J. E. Uriburu, *Historia del General Arenales*).

La necesidad de que el pueblo insurrecto, a pesar de su carencia de armas y de otras deficiencias, derrote al ejército regular que sirve a los opresores, determina la vigencia de la táctica de la guerra de guerrillas aún en nuestra época de la aviación y de las armas poderosamente destructivas. El objetivo del guerrillero es encontrar los medios que le permitan anular en todo lo posible la potencialidad de fuego del enemigo y escapar a su vigilancia y persecución.

No olvidarse que la insurrección es un arte y que no debe jugarse con ella

Para nosotros las guerrillas son parte de la insurrección y por esto recalcamos lo que al respecto escribió Marx:

"...La insurrección es un arte, exactamente igual que la guerra o que cualquier arte, y está sometido a ciertas reglas de conducta que, cuando se descuidan, acarrean la ruina del partido que ha dejado de observarlas... En primer lugar, no se debe jugar nunca con la insurrección, si no hay la decisión de llegar hasta el fin. La insurrección es una ecuación con magnitudes sumamente indefinidas, cuyo valor puede cambiar cada día. Las fuerzas que se tienen en frente cuentan con todas las ventajas de la organización, de la disciplina y de la autoridad tradicional; si los insurgentes no pueden reunir fuerzas superiores contra su enemigo, son seguros la derrota y el aplastamiento. En segundo lugar, una vez

comenzada la insurrección, hay que obrar con la mayor decisión y pasar a la ofensiva. La defensiva es la muerte de toda insurrección armada; en la defensiva, la insurrección está perdida antes ya de medir sus fuerzas con las del enemigo. Hay que sorprender al adversario mientras sus tropas estén aún dispersas; hay que conseguir cada día nuevos triunfos aunque sean pequeños; hay que mantener la superioridad moral que brinda el primer levantamiento eficaz; hay que atraerse a los elementos vacilantes que siguen a la parte más fuerte y se adhieren siempre al ledo más seguro; hay que obligar al enemigo a retroceder antes de que pueda reunir sus fuerzas; en suma, para decirlo con las palabras de Datón, el maestro de táctica revolucionaria más grande que conoce la historia de ¡l'audace, de l'audace, encore de l'audace! ['audacia, audacia y siempre audacia']". (C. Marx, *Revolución y contrarrevolución en Alemania*. El párrafo ha sido varias veces citado por Lenin).

La posición del "Che" Guevara, por ejemplo, concluye convirtiendo el delicado problema de la insurrección en una jugarreta, pues su "golpismo" implica que no hay decisión de llevar las acciones hasta su punto culminante.

Antes y después de Marx, el movimiento guerrillero ha aplicado los principios generales que más arriba hemos transcripto.

Que la derrota sea seguida de una nueva insurrección. Una incomparable tenacidad en la lucha

Las características de las guerrillas (pequeño número, escasez de armamento, prescindencia de cuarteles y parques) les permiten insurgir después de la derrota y convertirse en el canal por el cual una nueva insurrección toma cuerpo. Cuando el grueso de los insurgentes es aplastado pueden, y deben ponerse en pie de combate otras comarcas. Las guerrillas permiten pues cobrar materialidad a la tenacidad de la lucha revolucionaria y a su gran duración, factores que pueden contribuir en mucho al aplastamiento del enemigo.

Los opresores pierden confianza en sí mismos cuando constatan que la subversión puede estallar el rato menos pensado y en el mismo terreno por ellos controlado. Para cumplir esta importantísima tarea las guerrillas básicamente deben ser expresión armada de la voluntad de lucha del pueblo, entonces tienen posibilidades de acosar al enemigo por la retaguardia y los flancos de una manera ininterrumpida.

Si los revolucionarios logran formar un ejército regular o presentan grandes batallas en las que son derrotados, los insurgentes pueden inmediatamente transformarse en guerrillas y continuar el combate.

Castelli y los patriotas altoperuanos fueron derrotados por Olañeta en Guaqui (20 de junio de 1811); pero a la derrota siguieron la insurrección de Tacna y la gran sublevación de los campesinos de Omasuyos, Pacajes y Larecaja:

"Los partidos de Omasuyos, Pacajes y Larecaja, acababan de sublevarse, y en crecido número reunidos sus habitantes, aprovechando el alejamiento del grueso de las tropas realistas, hostilizaban con energía los puestos de su retaguardia, para caer más tarde sobre la ciudad de La Paz.
"Aparece entonces en escena el distinguido patriota, Don Juan Manuel Muñecas, hermano del inmortal cura Muñecas, a quien más tarde se verá aparecer al frente de la insurrección del Cuzco y al lado del desgraciado cacique Pumacagua, para seguir luchando sin descanso hasta encontrar la muerte en defensa de la libertad..." (Juan R. Muñoz Cabrera, *La guerra de los quince años*).

La proclama de Muñecas subraya en qué medida las partidas de patriotas se entroncaban en la mayoría nacional:

"Las extraordinarias urgencias de la patria exigen de nosotros extraordinarios esfuerzas: de ellos depende nuestra futura prosperidad y la de nuestros hijos; y es preciso renunciar a los derechos que tenemos de

hombres para que sus calamidades no nos toquen al corazón. Mirad a vuestros hermanos, los inmortales hijos del Río de la Plata, y retratad en vuestros pechos el sagrado entusiasmo que los anima en sus empresas. Respecto a la patria, todos nos hallamos constituidos en iguales obligaciones. Para consolidar nuestra independencia y felicidad, debemos concurrir unos con nuestras personas, otros con nuestros dineros y proporciones. Sois demasiado generosos, y vuestro amor a la causa que sostenemos no cede a la magnitud de vuestro corazón. Cualquier soldado de nuestro respetable ejército libertador, os enseña a despreciar los personales intereses y aún la propia vida cuando se trata de la felicidad de la comunidad que compone. Vosotros, abrid la mano a una benévola contribución para el auxilio y sostén de nuestros bravos guerreros; pagad con exactitud y sin demora el tributo que se os ha consignado... Sorata, 2 de abril de 1811."

Después del desastre de Chacaltaya, en las puertas de La Paz, Murillo y otros caudillos revolucionarios se dispersaron en partidas y se internaron en los yungas,[1] aprovechando las rugosidades de las montañas y el bosque para hacerse invisibles e inalcanzables a la persecución realista.

La victoria realista de Sipe-Sipe fue inmediatamente anulada porque casi todo el Alto Perú se había sublevado, de modo que los españoles no pudieron aprovechar el terreno libre que tenían para invadir Buenos Aires. Se tiene la impresión de que los pueblos sacan coraje de sus mismas derrotas. Un ejército regular, que sale maltrecho de un contraste, no puede dar pruebas de tanta tenacidad en la lucha.

"A los dos meses de la derrota de Sipe-Sipe, casi todo el país se hallaba sublevado, y a los tres meses las Republiquetas tomaban de nuevo la ofensiva sobre las tropas españolas. El general vencido recibía en un

[1]Yungas es el nombre con que se conoce a las regiones selváticas que limitan con la Cordillera de los Andes en Bolivia y Perú (*N. del E.*)

mismo día en Jujuy los partes de casi todos los caudillos de la insurrección en que le daban cuenta de su situación y le pedían sus órdenes. Muñecas le escribía desde su cuartel general de Ayata, que se mantenía firme en Larecaja. Padilla le anunciaba desde Yampamez su marcha sobre Chuquisaca. Camargo le decía que proyectaba invadir Potosí y Oruro y pedía armas para ello. Betanzos [otro caudillo que aparecía] le escribía desde Colpa, que había interceptado el camino entre Potosí y el cuartel español en Cotagaita. Uriondo, nombrado teniente gobernador de Tarija le participaba que se mantenía firme y meditaba nuevas empresas. La resistencia popular continuaba, pues, en toda la línea... Después de la derrota de Sipe-Sipe, todos estos contingentes se dispersaron en el país, replegándose los caudillos a sus respectivas repubiquetas. El general vencido, menos previsor que Belgrano después de Ayohuma [otra derrota del Ejército argentino que fue inmediatamente seguida de insurrecciones populares y de la reactivación de las guerrillas], no se cuidó de dictar ninguna providencia y dejó entregada a la insurrección de Alto Perú a su suerte. Fue este un grande error o un grande olvido". (Mitre, *Historia de Belgrano*).

"Vencidos los patriotas alto-peruanos en Vilcapujio y Ayohuma, se alejaron de los grandes centros de población para hacer la guerra en los lugares que, por su alejamiento y especial configuración topográfica, les servían de asilo. Pero, no por esto se amortiguó el espíritu público, por el contrario, el territorio de Alto Perú, se convirtió en un vasto campo de batalla. En Mizque, en Ayopaya, en Cinti, en La Laguna y en Cochabamba, había caudillos que, con una constancia admirable, luchaban por la independencia, y a pesar de que no obraban de consuno, ni obedecían a un plan preconcebido, tenían en jaque permanente a los realistas, quienes nada podían hacer contra esa sublevación general que cada día se propagaba con mayor rapidez. No parecía sino que el suelo mismo se hundía bajo sus plantas, según era la conmoción que por doquiera se notaba". (E. Viscarra, *Biografía del Gral. Esteban Arze*).

Las guerrillas permiten acosar permanentemente al enemigo, es decir, volver una y otra vez a atacar a un objetivo que se presenta como inexpugnable. A estas agrupaciones no les interesa mucho y no les perjudica la prolongación de las operaciones.

El Ejército napoleónico en Rusia vio tremendamente entrabada su marcha una vez que aparecieron las guerrillas en sus flancos y en su retaguardia, que le impedían proveerse de alimentos. Estos guerrilleros cavaron minuto tras minuto la derrota de Napoleón.

"Kutusov sabía que su marcha 'paralela' de flanco sería un método seguro para destruir las fuerzas vitales del enemigo... ¡Y qué posiciones! dijo Napoleón. ¡Y qué enemigo! Recién conocemos su fuerza. ¿No observaron ayer el campo de batalla? ¿No se percataron de la violencia con que los reclutas rusos, apenas armados, mal vestidos, marchaban a la muerte? Al amanecer del 25 de octubre, el emperador marcho hacia Maloyaroslavete... De pronto, apareció galopando un destacamento de cosacos, con sus picas en posición de ataque, dirigiéndose directamente hacia Napoleón y sus compañeros. Prorrumpieron en gritos de '¡Hurra!' cargaron contra el pequeño grupo de jinetes. Sus gritos salvaron de la captura o la muerte al emperador, cuya comitiva no había reconocido a los atacantes... De la incursión cosaca había extraído una consecuencia. En adelante nunca se separó de su frasco de veneno, pues con ello evitaba la amenaza de ser capturado vivo... Miloradovich y Platov seguían de cerca a la retaguardia francesa, hostigándola constantemente. Destacamentos de cosacos, hostigándola acosaban los flancos de las tropas francesas en retirada, capturándoles trenes de bagajes y destrozando las unidades rezagadas en rápidas incursiones. 'Hoy -anota Wilson- he visto una escena horrorosa, que rara vez se observa en las guerras modernas. Dos mil hombres, desnudos, muertos o moribundos y unos pocos miles de caballos muertos, en su mayor parte de hambre, cientos de heridos salían de los bosques arrastrándose e implorando compasión aún a los campesinos encolerizados, cuyos tiros resonaban por todos lados...' 'Resolvimos formar un pequeño cuadro –dice un oficial francés- y más bien morir hasta

el último de nosotros, que caer en manos de los campesinos, que nos hubieran asesinado de inmediato, cortándonos la cabeza o mediante algún otro método desagradable'". (Eugenio Tarlé, *La invasión de Napoleón en Rusia*).

En un principio la guerra nacional se caracterizó por la acción del ejército regular y de los campesinos no organizados, luego las circunstancias obligaron a asumir la forma del movimiento de guerrilleros, que así hacía revivir una vieja tradición rusa. En España el invicto Ejército napoleónico había sido ya derrotado por las guerrillas. Un militar ruso –el coronel Chukevich- hizo un balance de la guerra nacional española.

"Los rápidos éxitos de los franceses en España obedecen a que los habitantes de este país, ardiendo en el deseo de vengarse de los invasores, confiaron demasiado en su propia valentía y en la justicia de su causa. Reclutas organizados con precipitación se opusieron a los ejércitos franceses y fueron batidos por su enemigo superior en número y experiencia. Esta lección desastrosa impulso a los bravos españoles a cambiar sus métodos de combate. Heroicamente adoptaron una lucha lenta que les seria ventajosa. Dividieron sus fuerzas en pequeñas unidades, evitando las grandes batallas... frecuentemente interrumpían las comunicaciones con Francia, destruían los abastecimientos del enemigo y lo agotaban con marchas incesantes... En vano los jefes franceses cruzaron España de un extremo al otro, conquistando ciudades y regiones íntegras... La animada nación no cejó en su lucha, el gobierno no perdió su ánimo y permaneció firme en su determinación de liberar a España del invasor o morir bajo sus ruinas. ¡No, ustedes no morirán, bravos españoles!" (*Recuerdos de la Guerra de 1812*).

La idea de utilizar las guerrillas para precipitar la ruina del Ejército napoleónico correspondió al teniente coronel Davydov, que expuso el siguiente plan: desorganizar las amplias líneas de

comunicación de Bonaparte, mediante rápidas incursiones a sus abastecimientos, a sus correos, a sus trenes de bagajes.

"A juicio de Davydov, los pequeños destacamentos de caballería, cuya función consistía en efectuar rápidas incursiones y permanecer luego ocultos esperando una nueva oportunidad para actuar, podrían convertirse en punto de partida para la movilización y para armar a los campesinos". (Tarlé).

El soldado Ermolay Chefvertskov concibió en la aldea de Basmany un plan similar al de Davydov y organizó un destacamento de guerrilleros integrado por campesinos.

La constancia de la lucha se convierte en uno de los factores que puede asegurar la victoria de los insurgentes, de manera que las derrotas parciales pierdan importancia decisiva y siempre se encuentre nuevas fuerzas con las cuales seguir hostigando al adversario. La lucha constante de los guerrilleros se convierte en el más grande enemigo de los ejércitos regulares. Eufronio Viscarra al hacer un balance de la lucha revolucionaria de los altoperuanos dice:

"Los patriotas no vencieron por su número, porque eran pocos [se refiere a los que estaban armados y en pie de guerra], ni por sus armas, porque no las poseían. La emancipación de América fue la obra exclusiva de la constancia" (*Biografía del Gral. Esteban Arze*).

Generalizar el movimiento de las guerrillas y luchar contra su aislamiento

Cuando consideramos las guerrillas como la vanguardia armada de un pueblo en pie de combate y dirigida por auténticos caudillos populares, partimos de la premisa de que se entroncan firmemente en el pueblo. Es por esta razón que sostenemos que debe considerarse como una característica esencial de las guerrillas su

tendencia a generalizarse, de manera que todo el país se subleve y los grupos de guerrilleros ocupen todos los lugares de alguna importancia. De esta manera el enemigo tiene que atender un sinnúmero de frentes, llegándose a la conclusión de que no existe ejército capaz de atender a las necesidades bélicas creadas por esta realidad. La generalización del movimiento guerrillero fortalece a los grupos y a los guerrilleros aislados. Es evidente, desde cualquier punto de vista, que un foco guerrillero aislado por mucho tiempo corre riesgo de debilitarse porque se ve condenado a soportar todo el peso del aparato represivo del Estado. Para evitar esto tiene que tenderse a que las guerrillas aparezcan en todos los rincones del país y acosen a los puntos vitales del Ejército o de la economía. Lo anterior permite comprender en qué medida es importante que el movimiento guerrillero se ligue estrechamente con el partido revolucionario y con su aparato propagandístico. La vanguardia proletaria tiene la misión de generalizar el movimiento de las guerrillas y de poner al alcance de todos los luchadores las experiencias ya adquiridas. Una zona en la que debe estallar la lucha armada debe encontrarse ya debidamente minada por la propaganda revolucionaria, de manera que toda la población esté preparada para esa eventualidad.

Surgen de la entraña misma de la tierra

La táctica de avanzar (atacar) para luego retroceder constituye el principio fundamental de la conducción de la guerrilla.

"Este principio para los guerrilleros es el siguiente: avanzar para destruir al enemigo, y retirarse para no ser destruido por el enemigo. Los guerrilleros que son poco numerosos y mal armados deben tener en cuenta, simultáneamente, la necesidad de avanzar y de retirarse. Estos dos movimientos son ejecutados, por decir así, en un solo movimiento" (Tan Malaka, *El guerrillero y su lucha militar, política y económica*).

Esta táctica complementada con el golpe sorpresivo, con el golpe de mano, permite al guerrillero colocarse en un plano de superioridad sobre las fuerzas regulares y mantener en su poder la iniciativa de los combates. Los grupos de guerrilleros aparecen inesperadamente, pues tienen vivo interés en mantenerse al margen de la vigilancia del ejército enemigo, y desaparecen en igual forma, para anular las consecuencias de la persecución. Si las guerrillas no supiesen aplicar adecuadamente estos principios y sacar de ellos toda la ventaja posible no podrían cumplir su misión de anular y destruir al enemigo. La táctica guerrillera tiene la virtud de vencer al enemigo moralmente antes de que se traduzca en derrota material. El ejército regular debe tener la certidumbre de estar combatiendo no solamente contra toda la población sino contra la misma naturaleza, que se está moviendo en medio de enemigos. La guerra es inconcebible sin derrotas parciales y sin constantes bajas; pero el guerrillero tiene que darse modos para superarlas. El continuo surgimiento de caudillos debe permitir reemplazar a los que caen en la pelea o a los que se han visto obligados a abandonar el escenario.

"Sucumben unos caudillos y aparecen otros; los guerrilleros brotan, por decirlo así, de detrás de los matorrales, de las grietas, de las montañas y del seno de las selvas". (Ramallo, *Guerrilleros de la Independencia*)

Un relato sobre la lucha de los chinos contra Chiang Kai-Shek dice que las guerrillas surgían de la entraña misma de la tierra, en el lugar menos esperado. Aparentemente su número era infinito (la guerra del pueblo cuenta con efectivos sin límite y con pocas armas), porque los que caen en la batalla son inmediatamente reemplazados por otros que parece que solamente esperaban esa circunstancia para incorporarse a la lucha. Esto es lo que ha ocurrido en todas las guerrillas y en todos los tiempos. Esto, que puede presentarse como una simple apariencia, corresponde a un hecho

que es preciso puntualizar. La guerrilla puede actuar exitosamente solo gracias a su íntimo entroncamiento con todo el pueblo y a su extrema movilidad. Así se tiene la impresión de que estas agrupaciones armadas brotaran de la misma tierra. El enemigo, desconcertado por esta apariencia, comienza a atribuir a los guerrilleros un número mayor al que en realidad tienen. Un solo grupo armado puede atacar a las fuerzas regulares un número infinito de veces y por todos los lados. "Son exterminados, vencidos, martirizados; pero ellos jamás se extinguen y parece que se fecundaran con la sangre de sus predecesores". (Ramallo).

España, "el país clásico de los guerrilleros" (J. C. Guerrero), puso en jaque y derrotó al gran Ejército napoleónico utilizando el sistema de la guerra de guerrillas y sobre ellas ha dicho Lannes: "Están en todas partes y no aparecen en ninguna: la muerte es el único anuncio de que ya los tenemos encima, pero, en el acto desaparecen sin saberse por dónde fueron".

Los principios tácticos que se consignan más arriba pueden asumir, al materializarse, una gama infinita de modalidades. La inventiva de los pueblos y de sus guerrilleros no tiene límite como demuestra el ejemplo de la guerra de guerrillas. Tomamos el siguiente ejemplo de la guerra de China contra los japoneses.

"El cuerpo de Vestimenta Blanca siguió hostigando al enemigo como un enjambre de avispas furiosas. Precisamente en esa época iniciaron un tipo de guerra que llegó a ser muy popular. Era la 'guerra de gorriones'. Como si fueran gorriones, estaban en todas partes, atacando a un nipón en un sitio y a un títere en otro. Un soldado rezagado que seguía a una columna de japoneses en marcha podía ser de aspecto inocente que marchaba por el camino. Otras veces, un grupo de guerrilleros emboscados hacía fuego sobre una columna nipona, matando a los soldados e hiriendo a tres, y luego se dispersaban a fin de no ofrecer al enemigo un blanco para su venganza.
Otra forma refinada de la 'guerra de gorriones', es la guerra del 'gusano segmentado'. Se tiende una emboscada y cuando los japoneses se han

repuesto de la sorpresa comienzan a perseguir a los emboscadores que huyen por el camino. Sin ser observados, los guerrilleros van dejando unos cuantos hombres en cada aldea a medida que pasan por ellas. Bien pronto los nipones descubren que están persiguiendo al viento, por más que, al pasar por cada aldea, la gente les ha dicho convincentemente: 'Acaban de pasar por aquí; han tomado por ese camino'. A veces sucede que a su regreso, los nipones vuelven a ser atacados por los segmentos de guerrilleros que se han unido de nuevo, y de esta manera, el juego se reanuda hasta que los nipones se hacen más prudentes y dejan de tragar el anzuelo". (Harrison Forman, *La otra China*).

La guerrilla entroncada en el pueblo

Una auténtica guerrilla no es más que el equipo de combate o la fracción armada del pueblo que lucha contra sus opresores. Se tiene que subrayar que la guerrilla en ningún caso debe ser extraña a la población ni aparecer como tal, sino debe confundirse con ella y debe llegar a representar, en los hechos, sus intereses. Esta característica esencial le permite al guerrillero vivir, reclutar nuevos elementos y moverse con toda facilidad, casi siempre sin ser visto. Algo más, en esta conjunción con el pueblo se basa el éxito de las maniobras preferidas de las guerrillas: desaparecer inmediatamente y confundirse con el común de los mortales, estar debidamente informadas del movimiento del enemigo sin abandonar los escondites y desorientarlo constantemente gracias a la ayuda de los paisanos. Ahora se puede comprender por qué decimos que el movimiento guerrillero es numéricamente más grande que el ejército regular. Los guerrilleros en el sur de Corea llevaban vestimenta que les confundía con el resto de la población y su uniforme de milicianos en forma oculta.

Cuando se dice que las guerrillas están vitalmente unidas al pueblo, al extremo de que no es más que una de sus fracciones armadas, se da a entender que hay algo de común entre ambos

factores, y ese algo son los objetivos políticos. El pueblo socorre y alimenta a los guerrilleros porque sabe que son sus elementos más sacrificados que luchan por su bienestar y su liberación. Durante la independencia los caudillos de las guerrillas eran revolucionarios probados e ideológicamente capaces. No solamente llevaban la muerte a las filas del enemigo, sino la palabra orientadora al seno del pueblo. En resumen: el dirigente de las guerrillas tiene que ser, al mismo tiempo, un caudillo, un dirigente político. En las guerrillas modernas se combinan la lucha armada con la capacitación política. Los guerrilleros de Ho-Chi-Min llevan junto al fusil los textos de los clásicos del marxismo.

La guerrilla surge en el momento en el que la agitación popular llega a su punto culminante. El caudillo guerrillero ha sido antes un caudillo político, que ha logrado convulsionar a toda la población. La guerrilla que llega a una nueva población la trabaja políticamente y la sacude. Antes de ganar batallas, y precisamente para materializar este objetivo, se debe antes ganar la confianza de la población. Los guerrilleros chinos tenían la siguiente divisa y que expresa fielmente el carácter esencialmente popular del movimiento guerrillero: "Nosotros somos el pez y el pueblo es el agua en que nos movemos".

Las guerrillas que se levantan contra la voluntad popular y que buscan objetivos manifiestamente contrarios a los intereses de las mayorías, no tienen ninguna posibilidad de prosperar, de consolidarse y de sobrevivir. Las dificultades no vendrán del poderío del enemigo, sino de la resistencia, encubierta o franca, de la población. El sabotaje mudo es el peor de los sabotajes. El que los moradores se limiten a abandonar sus hogares es suficiente para matar de hambre a los guerrilleros y la ausencia de cooperación del pueblo los convierte en vulnerables porque destruye la fuente de su fortaleza.

"Todo el Alto Perú estaba literalmente conmovido, cada pueblo, cada aldea, cada comunidad, cada hacienda y cada desfiladero, era el centro

de las operaciones de algún caudillo que se ponía en asombrosa comunicación con los otros". (Ramallo)

El 3 de julio de 1941, después de la invasión alemana a Rusia, Stalin difundió las siguientes instrucciones:

"En las regiones ocupadas por el enemigo deben formarse unidades guerrilleras a pie y a caballo; deben organizarse grupos de saboteadores encargados de la lucha contra las unidades del ejército enemigo; hay que desencadenar la guerra de guerrillas en todas partes, volar puentes y carreteras, dañar las comunicaciones telefónicas y telegráficas, incendiar bosques, depósitos y transportes".

Estas palabras demuestran que era el pueblo mismo el que luchaba contra los alemanes, que era el pueblo mismo el que sacaba de sus entrañas a los guerrilleros para poder aplastar al invasor. Este hecho no tiene nada que ver con los sentimientos populares frente a la corrupta burocracia moscovita.

El antiguo oficial zarista Kournakof ha escrito: "La guerra de guerrillas soviética no surgió espontáneamente. Se organizó con mucha anticipación. Todo estaba preparado, los hombres, las mujeres, los jóvenes, sus armas, su adiestramiento y su moral".

En las guerrillas está representado lo más selecto de la población, los elementos más valiosos y valientes. En este movimiento participan hombres, mujeres y hasta niños.

Para confirmar lo que venimos sosteniendo citemos el siguiente testimonio tomado de la obra de Juan José López Silveira (*Guerra de Guerrillas*):

"El gran escritor norteamericano Erskine Caldwell, que accidentalmente se encontraba en Rusia cuando se produjo la invasión alemana, ha narrado una gira que hizo por los frentes, acompañado por un coronel soviético.

‘Cuando ya volvíamos al camino donde habíamos dejado nuestro auto, llegamos a un claro del bosque. En el centro había una casita de 4 habitaciones. De la chimenea salía humo y se podía ver una figura de mujer…
Cuando llegamos hasta el frente de la casa, una niña rubia de 8 años, se levantó de la arena donde estaba jugando y corrió a nosotros...
-¿Esta familia vive realmente aquí, a menos de un kilómetro del frente?
El coronel sonrió, asintiendo con la cabeza.
-Por supuesto –contestó- nuestra gente se queda donde está hasta que se le ordene retirarse.
-¿Por qué?
-Son miembros de nuestro 2° ejército, el ejército de civiles que se queda en casa. Si los alemanes avanzan, estos civiles se convierten en nuestros guerrilleros.
-¿Tienen fusiles y municiones? , pregunté.
-Sí, pero aunque ud. registre este lugar durante 2 horas no encontraría una sola bala y menos un fusil. Están bien escondidos. Si los alemanes ocupan este territorio, la gente desentierra las armas y las usará cuando llegue el momento’”.

En el apartado quinto del “Decálogo del Maquis”[2] se lee:

“la existencia de los maquis depende de su buena armonía con la población... los hombres del maquis son lo selecto del país y deben dar a todos el ejemplo y la prueba de que el valor y la honestidad marchan juntos en el espíritu de los verdaderos franceses”.

Los imperialistas comprenden claramente que la fortaleza de las guerrillas radica en su estrecha ligazón con los pobladores de una región y agota todos los recursos para anular este hecho. Se puede

[2]Maquis era la denominación que recibían los destacamentos guerrilleros que formaban parte de la Resistencia Francesa contra la ocupación nazi durante la Segunda Guerra Mundial. También se llamó así a las guerrillas españolas contra el franquismo. (*N. del E.*)

decir que de este punto arrancan la táctica anti-guerrillera de los enemigos del pueblo:

"También contribuye mucho la ayuda norteamericana a la formación de aldeas estratégicas. Una teoría muy simple sirve de base a este programa: de acuerdo a una famosa frase de Mao Tse-Tung, la población es, respecto a un ejército de guerrillas, lo que el agua para los peces; por lo tanto, el mejor modo de asfixiar a las guerrillas es privarlas de su medio. Esto exige la construcción de aldeas fortificadas, rodeadas con cercos de bambú y alambradas de púas, y habitadas por gente fiel al gobierno, para separar a los partidarios del Viet-Cong de la población, especialmente de noche.
Los Estados Unidos proveen a esas aldeas del equipo necesario, alambre de púa, municiones, fusiles, teléfonos y radios de campaña para pedir auxilio en caso de ataque.
Pero quizás sea más importante, a la larga, otro experimento básico de raíz democrática ensayado en esas aldeas por los norteamericanos. A cada aldea que elige sus propias autoridades le brindan ayuda financiera para empresas de progreso común seleccionadas por los mismos pobladores: un camino, un mercado, un puente, algún pequeño dique. Esto da a los naturales del lugar no solo la oportunidad de practicar la democracia, sino también razones convincentes para combatir y expulsar a los del Viet-Cong: la aldea es suya, ellos mismos la han construido". (Milton Orshefsky, "A pesar de algunos reveses puede esperarse la victoria", artículo acerca de la guerra civil en el Vietnam del Sur, aparecido en la publicación proimperialista *Life*).

La población no solamente alimenta a los guerrilleros, les provee constantemente de nuevos elementos y permite el éxito de sus operaciones, sino que financia los gastos que importa la guerra civil. Mariano Antezana, presidente de la junta provincial de Cochabamba durante la guerra de la independencia, propaló la siguiente orden:

"Ordeno y mando que todas las personas de esta ciudad y de toda la provincia, sin distinción de sexo, ni edad, concurran con el donativo que fuere del agrado de cada uno, para el sostenimiento de las tropas, pero, para que no sea sensible el desembolso, se les señala como contribución, la suma de ocho reales".

Eufronio Vizcarra comenta que "las personas que dieron los ocho reales fijados por la junta, fueron muy pocas, habiendo contribuido la mayor parte del vecindario con cantidades más considerables" (*Biografía del Gral. Esteban Arze*). En otro lugar se lee:

"En semejante situación los jefes del movimiento insurreccional, Rivera y Arze, solicitaron del patriotismo de los vecindarios, préstamos y donativos, obteniendo los resultados más satisfactorios. Hombres y mujeres, obsequiaban sus bienes para la guerra, y pueblos como Sacaba, Punata, Tapacarí y Arque, organizaron fuerzas numerosas a su costa. Los que no tenían dineros ofrecían armas y víveres para los combatientes. Tenemos a la vista documentos que comprueban este hecho verdaderamente conmovedor. El caudillo don Esteban Arze, constituyó agentes en su finca y en el valle de Cliza, para que, a falta de dinero, entregaran maíz y trigo para el socorro de las tropas; siendo de notar, que muchas de las órdenes expedidas para la entrega de granos, están firmadas por doña Manuela Rodríguez y Terceros, esposa del citado caudillo".

Hemos indicado ya el gran ascendiente popular que tenían los caudillos guerrilleros de la Guerra de la Independencia. Uno de sus objetivos estratégicos fue el de ganar a la masa campesina para la causa revolucionaria:

"Levantar al indio y ganarlo para la causa de la independencia, era uno de los ideales de Mayo. Hasta ese momento, criollos e indios se habían sublevado y combatido por separado, y, a veces, llegaron a chocar. Atraer al indio, conquistar su simpatía para unirlo al criollo en la

lucha revolucionaria, fue objeto cardinal de la Primera Junta. Esta, en sus instrucciones reservadas al representante, le ordenó: 'Conquistar la voluntad de los indios'. Los indios entendieron pronto el sentido de la revolución. Castelli trataba a los indígenas con atención preferente. En las poblaciones de tránsito les arengaba para explicarles los fines del nuevo régimen; lanzó también varias proclamas traducidas al quichua y aimara. En todas partes daba audiencia a los caciques, los levantaba del suelo, donde se postraban para saludarlo, y los abrazaba y agasajaba, diciéndoles que todo aquello había acabado y que todos éramos iguales.

Elogiaba el representante a los indios: 'Los naturales, porción nobilísima de este Estado, respiran y ven el fin de su abatimiento en el principio de su libertad civil, están perfectamente impuestos de la causa y bendicen, al mismo gobierno. Concurren sin escasez, con cuanto tienen y sirven personalmente sin interés y a porfía. Al conducir artillería se plegan 300 indios y en hombros trasmontan con ellos los cerros más encumbrados como si fuera una pluma... No han podido nuestros rivales hacerles formar ideas siniestras de nuestra conducta. Con la diferencia de que han tocado el desengaño bien encontrado, pues han experimentado de ellos el saqueo que les hacían temer de nosotros.

Sin que nadie les mandase los indios de todos los pueblos con sus caciques y alcaldes, han salido a encontrarme y acompañarme, haciendo sus primeros cumplidos del modo más expresivo y complaciente, hasta el extremo de hincarse de rodillas, juntar las manos y elevar los ojos, como en acción de bendecir el cielo... En solo la carrera de Jujuy a esta Villa cuento con más de tres mil indios de armas, a la voz que los pida." (Parte de Castelli a la Junta de Buenos Aires, Tupiza, 10 de noviembre de 1810, citado por Julio César Chávez en *Castelli, el adalid de Mayo*).

Los revolucionarios de 1810 se adelantaron en más de una centuria al implantar el sufragio universal y como no tenían motivos para falsificar la voluntad de las masas insurrectas, el intento tenía rasgos indiscutiblemente democráticos. El MNR está muy lejos

de haber alcanzado las ideas y las osadías de los liberales del siglo pasado:

"La Junta había decretado que en cada intendencia los indios eligiesen un diputado que concurriera al congreso general, con igual carácter, representación y viáticos que los demás. Por intermedio de un bando, Castelli impuso a los indios de la revolución gubernativa y fijó los métodos de la elección expresando que no satisfechas las miras liberales de la Junta con haber restituido a los indios los derechos que en un abuso intolerable desconociera, había resuelto darles un influjo activo para que concurriendo por sí mismos a formar la constitución que ha de regirlos, palpen las ventajas de su nueva situación, y se disipen los resabios de la opresión en que han vivido... Vastísima fue la política que el Representante propugnó en materia indígena, la que comprendía la supresión de los abusos que sufrían los naturales, exención de cargas y tributos, distribución de tierras, establecimiento de escuelas y gobiernos locales por libre consentimiento.
Antes de transcurrir dos meses, en un acto solemne, proclamaría Castelli a todos los habitantes del continente que el indio es igual a cualquier otro nacional y que es acreedor a cualquier destino o empleo. Y entre los nombramientos que efectuó en el Alto Perú figura el del indio Carlos Mamani, de Chiliguanca como capitán y comandante de las tropas del distrito de Andamarca." (Julio César Chávez).

Los guerrilleros están unidos por un objetivo único

La columna vertebral del movimiento guerrillero está constituida por los cuadros de la vanguardia proletaria, pero tiene que arrastrar a elementos provenientes de otros sectores políticos e inclusive a capas jóvenes y osadas que permanecen al margen de tales preocupaciones. La coincidencia de los intereses históricos del país con el programa del partido del proletariado abre la posibilidad de imprimir al movimiento guerrillero unidad ideológica, pero, mientras este proceso se desarrolle sería inconcebible la acción de las

guerrillas si no les animase un objetivo común único, que interesa a todos los partidos y que emerge de una situación dada. Ese objetivo común no puede ser otro que el que vitalmente interesa a todo el país y cuya materialización se presenta como impostergable. Ese objetivo, para unir realmente a los guerrilleros dentro de una única organización, tiene que ser más poderoso que las diferenciaciones políticas. Aquí radica la clave de la unidad entre el grueso de la población y el movimiento guerrillero. Cualquier desviación sectarista, cualquier actitud ultimista, puede concluir aislando a los guerrilleros, lo que significaría reducirlos a la impotencia y a la inacción. La evolución hacia la izquierda de todo el movimiento debe ser un proceso lento, progresivo, impulsado, de manera indiscutible, por los cuadros de la vanguardia obrera. Esta transformación de la conciencia de los combatientes se basa, principalmente, en la experiencia diaria y el adoctrinamiento juega el papel de importante auxiliar (solamente auxiliar pese a toda su importancia) dentro de este fenómeno. El secreto de la unidad dentro del grupo guerrillero consiste en unir a elementos que abrazan diferentes posiciones ideológicas alrededor de un objetivo común claramente enunciado y que de ningún modo debe ser extraño a la población. Esa finalidad no podría cumplirse si se pretendiese imponer tal objetivo artificial y autoritariamente.

El movimiento de los maquis unía en su seno a muchas tendencias políticas y religiosas para luchar contra la ocupación alemana. Este era el objetivo común y se estatuyó el respeto a todas las ideologías. Del "Decálogo del Maquis" tomamos lo siguiente:

"Naturalmente, no se realizará ninguna distinción de confesión religiosa o de opinión política en lo que concierne a la adhesión de los candidatos. Católicos, protestantes, musulmanes, judíos o ateos, realistas, radicales, socialistas o comunistas, todos los franceses que desean luchar contra el enemigo común se comprometerán a respetar las opiniones o creencias de los compañeros; la tolerancia era una de las más

bellas virtudes francesas y son los vasallos de Hitler los que trataron de inventar el fanatismo en Francia.
No solo el hombre del maquis respetará las creencias y las opiniones de sus compañeros, sino que será para ellos un amigo abnegado, un hermano de armas, la salvación de todos depende de ellos, y solamente una buena camaradería hará la vida soportable en los refugios de la resistencia".

El objetivo único une a los guerrilleros y un alto nivel de camaradería hace posible la vida en común de quienes piensan de manera diferente. La abnegación al servicio del compañero de armas se transforma en una norma de existencia.

Necesariamente la guerrilla moderna, controlada por los cuadros marxistas, tiene que funcionar, al mismo tiempo que como grupo armado, como escuela de capacitación política. Los cubanos dicen que ellos se empeñaron en convencer que los guerrilleros debían armarse ideológicamente, en igual forma en que se preocupan de proveerse de armas de fuego. El guerrillero tiene que prepararse para cumplir su misión de dirigente político, de orientador de la opinión pública, de eficaz propagandista de la idea revolucionaria.

El guerrillero no solamente debe ser el agitador y el propagandista, sino el que resuelva los problemas emergentes de la vida de la población. La guerrilla tiene que pugnar por convertirse en el poder real que regle la existencia de los pobladores y que inicie nuevas formas de vida. Para cumplir esta finalidad el combatiente tiene que prepararse para actuar como político. Si esto no ocurriera la íntima ligazón entre la población y el movimiento guerrillero correría el serio riesgo de romperse. De la misma manera que el guerrillero puede secundar a los pobladores en sus tareas diarias, puede también convertirse en el eje de una capacitación política de amplias proyecciones.

Operaciones rápidas y sorpresivas. El golpe de mano

Las guerrillas tienen que adoptar una táctica que les permita compensar su escaso número y su deficiente armamento. Esa es la finalidad del golpe de mano, de las operaciones rápidas y sorpresivas. Las guerrillas constantemente sorprenden a las fuerzas regulares en su marcha e inclusive cuando descansan, dedicando mucha atención en hostilizarlas, desorganizarlas, obstaculizar sus movimientos, destruir su abastecimiento y comunicaciones. Las sombras y los caminos perdidos se transforman, en cierto momento, en auxiliares de la lucha tan poderosos como las armas de fuego.

"De ahí la razón por que los peninsulares eran casi siempre sorprendidos por los patriotas y el motivo por que éstos siempre lograban burlar las persecuciones de sus enemigos". (Ramallo).

Estos métodos de combate se basan en la regla táctica de "avanzar para retroceder" y se traducen en ciertos principios cuya observancia obligada, está subordinada a las circunstancias. Enumeramos algunos que extraemos de la experiencia nacional e internacional:

1) No deben librarse batallas formales, a fin de evitar un prematuro aniquilamiento de los guerrilleros por fuerzas numéricamente superiores. Debe darse el golpe sorpresivo toda vez que sobre un punto del enemigo se pueda concentrar el poderío de ataque y emprender la retirada inmediatamente que exista el peligro de un fuerte contraste.

2) Ejecutar simulacros de ataque, con la finalidad básica de desorientar y engañar al enemigo.

3) Evitar los combates en terreno descubierto.

4) Cercar y destruir pequeños destacamentos del enemigo.

5) Atraer al enemigo a las emboscadas.

6) Concentrar las fuerzas contra la posición enemiga más vulnerable.

7) Atacar como el relámpago y con todos los recursos.

8) Desaparecer igualmente sin ser visto, con la rapidez de un huracán. (Tan Malaka)

Los métodos de la guerra de guerrillas pueden multiplicarse hasta el infinito y encuentran su limitación en el alcance de la iniciativa del guerrillero. A diferencia de la guerra regular, en la guerrilla la iniciativa individual es uno de los elementos más valiosos. Todos los recursos le están permitidos al guerrillero, incluso los más inverosímiles, y se basan en su astucia. Los elementos que vienen del campesinado elevan esta facultad a un alto grado de desarrollo.

"Existen diferentes métodos de guerra de los guerrilleros que pueden designarse con el nombre común de astucia de guerra. Los veteranos de las guerrillas de Atjeh, por ejemplo, mencionan numerosas astucias que fueron utilizadas en las guerras, grandes y pequeñas de 1872 y de 1908". (Tan Malaka).

Las mismas necesidades de los soldados enemigos y del propio ejército, inspiran al guerrillero cierto tipo de trampas. No pocas veces se ha atraído a los adversarios hacia una emboscada simulando el traslado de comestibles e inclusive colocando como cebo a grupos de mujeres.

Los golpes de mano sorpresivos permiten a los guerrilleros incautarse de las armas del enemigo, es decir, armarse a su costa.

"La guerra de guerrillas que dura ya en la China decenas de años, nos proporciona valiosas experiencias militares y nos demuestra, de manera clara, que aplicando la táctica de los guerrilleros se puede conquistar toda suerte de armas del enemigo, aunque los guerrilleros no estén armados más que de lanzas de bambú con las puntas afiladas". (Tan Malaka).

J. J. López Silveira, resumiendo las experiencias de España, China y la URSS, nos dice que las siguientes son las reglas más comunes de este tipo de guerra:

"Tener la mirada puesta en las vías de comunicación, en las transmisiones, en los recursos y en la moral del enemigo.
Buscar el momento oportuno de destruirlos y no dejarlo pasar una vez llegado.
Retirarse cuando el enemigo ataca. Atacar cuando el enemigo se retira.
No atacar más que de sorpresa y con superioridad de medios.
...La radio de Moscú, a mediados de 1941, trasmitía varias veces por día este llamado: 'Cuanto más pronto destruyas al enemigo aminoras el peligro de que él te pueda destruir. Si no puedes destruirlo por un medio corriente, busca otro, invéntalo. Retírate si es necesario, pero quédate detrás de las líneas del enemigo para acosarlo y hostigarlo hasta que lo destruyas. Si alguna vez te encuentras peleando solo, no olvides que tus camaradas están luchando por ti, quizás de la misma manera en otro lugar'".

Son ilustrativas las instrucciones que dio el general prusiano Sharnhonrst a las guerrillas en 1813, durante la guerra de liberación de Alemania y que, en síntesis, ofrecemos a continuación:

"Los movimientos deben ejecutarse sobre todo de noche, el día se destina al descenso en los montes o lugarejos. Llevar siempre prácticos en la región, sin soltarles sino cuando ya no puedan causar daño con sus delaciones. Pequeños puestos y patrullas para servicio de seguridad. Estos no deben exceder de 9 hombres. Procurar noticias mediante espías. Hay que cambiar frecuentemente de región y de punto de establecimiento. Riguroso secreto sobre el sitio donde se debe pernoctar: romper la marcha de un modo inesperado, con direcciones falsas para la población. A los destacamentos se indicará varios puntos donde volverán a reunirse. Marchar por senderos, usar poco de los caminos principales. Engañar a los habitantes sobre el total del efectivo. Ante

un enemigo muy superior, retirada en forma discreta, para reunirse después en sitio indicado. No dejarse fijar por un enemigo importante. Asaltar y destruir trenes y convoyes de provisiones, pequeños destacamentos en marcha o reposo, requisar depósitos de caballos, asaltar correos. Dar completa seguridad a los caminos principales".

Los guerrilleros chinos aplicaron en su lucha los siguientes principios:

"Cuando el enemigo avanza, nos retiramos;
Cuando el enemigo hace alto y acampa lo hostilizamos;
Cuando el enemigo evidencia querer evitar el combate lo atacamos; y
Cuando el enemigo se retira, lo perseguimos".

La táctica básica de la guerrilla ("*avanzar para retroceder*") sería inaplicable si no demostrase una gran capacidad de movimiento y ligereza, capacidad que arranca de la misma estructura de la guerrilla: pequeños grupos con muy poca impedimenta, formada por lo estrictamente necesario para el combate. El golpe sorpresivo sobre el enemigo sería inconcebible si los guerrilleros no tuviesen poderosos medios de información (la población en conjunto se transforma en informante) y la superioridad de las guerrillas se logra por medio de una activa desmoralización en las filas enemigas, utilizando los falsos rumores y la impresión que se logra acerca de la superioridad numérica y bélica de los guerrilleros:

"Los aldeanos de la China Norte, libraban en gran escala la guerra psicológica o la guerra de nervios y con resultados altamente satisfactorios. Uno de los recursos que nunca fallaba era el de difundir falsos rumores sobre los movimientos del Paluchun[3] –rumores robustecidos por 'informaciones confidenciales' entregadas a espías bien conocidos.

[3]Nombre de las guerrillas chinas que actuaron durante la ocupación japonesa (*N. del E.*)

Por ejemplo, se decía a un agente japonés que habían llegado órdenes secretas de preparar reservas de alimentos a fin de aprovisionar a las míticas concentraciones del Paluchun, y en ocasiones, los aldeanos contribuían a fortalecer esta ficción por medio de actitudes deliberadamente fingidas. En estos casos, los oficiales nipones solicitaban con toda urgencia el envío de refuerzos, induciendo a error a sus superiores que de esta manera ordenaban el traslado de sus tropas de un punto a otro. Cuando llegaban los refuerzos japoneses, se precipitaban de un lugar a otro en busca del Paluchun, en tanto que los aldeanos los orientaban diligentemente: 'Acaban de salir de aquí'; 'han tomado por este camino'. Una potencia como el Japón que recurre a traidores y títeres para cumplir sus fines, es particularmente vulnerable a esta forma de guerrear. Mientras tanto, para dar visos de verdad a su ficticia amenaza, los aldeanos hacían sonar sus cornetas, se vestían con ropas que podían ser tomadas a distancia por uniformes del Paluchun y marchaban de un lado al otro con sus escopetas y trabucos al hombro, ante lo cual, los inquietos japoneses, que los observaban con sus prismáticos, creían que el Paluchun realmente estaba concentrando sus fuerzas.

Por la noche, sobre todo la guerra de nervios se libraba con notable éxito y millares de blocaos[4] y puestos fortificados nipones eran asediados. Era muy posible que solamente un puñado de hombres los estuviera atacando en la oscuridad... pero los nipones no estaban seguros de esto y preferían, por consiguiente, permanecer en el interior de sus refugios fortificados. A veces, los atacantes hacían estallar cohetes, acompañados de unos cuantos disparos de fusil, para convencer a los japoneses de que se los estaba sometiendo a un fuego verdadero. A menudo los japoneses replicaban con una furiosa descarga de fusilería, apuntando ciegamente contra la oscuridad. Cuando el tiroteo languidecía, unos cuantos balazos de los atacantes provocaban una repetición del despliegue pirotécnico de los nipones. A veces, se lanzaban unos cuantos perros contra el foso que rodeaba el blocao. Sus embates laboriosos, sus esfuerzos para escalar las paredes resbaladizas sugerían

[4]Los blocaos son pequeñas fortificaciones de madera y tierra, desmotables y fácilmente transportables (*N. del E.*)

la idea de un grupo de atacantes que intentaban asaltar el blocao y entonces los inquietos japoneses abrían fuego. Con el alba, los agitadores nipones descubrían la treta y por eso, en algunas ocasiones, no prestaban atención al ataque de los perros -descuido que aprovechaban los Comandantes de las guerrillas para organizar un verdadero asalto, que ocasionaba pérdidas al enemigo antes de que pudiera reponerse de su sorpresa... Con mucha frecuencia, el pueblo cooperaba activamente con el Paluchun en sus ataques contra puestos más poderosos. Cierto lugar, que había estado sitiado durante 28 días, fue tomado finalmente por los aldeanos, quienes previamente habían minado todos los caminos de acceso a fin de impedir la llegada de refuerzos, recurriendo a un procedimiento muy original. Reunieron millares de perros, les dieron muerte y abandonaron sus cadáveres alrededor de la fortaleza. Bajo los rayos abrasadores del sol estival, los cadáveres se corrompieron rápidamente, envolviendo al puesto con un hedor tan abrumador que los nipones se vieron obligados a abandonar su fortaleza y a luchar para romper el cerco, sufriendo en la acción severas pérdidas". (H. Forman).

Máximo aprovechamiento de la topografía del terreno

Las guerrillas suplen su debilidad numérica y de armamento por medio de un inteligente aprovechamiento de la topografía de la región, que debe ser conocida al detalle. Las condiciones personales (agilidad, vitalidad corporal, gran dominio sobre el sistema nervioso, etc.) juegan un papel preponderante. El guerrillero que luche en terreno desconocido lleva las de perder. Los milagros en la lucha son producto de la combinación de las relevantes cualidades del guerrillero con el máximo aprovechamiento de las particularidades topográficas.

"Pero enardecido por la pelea (batalla de Guanihuru), Padilla no se apercibió de que la caballería enemiga lo tenía rodeado completamente. Sin vacilar saltó del caballo y arrebatando el fusil de un soldado que estaba cerca de él, se arrojó a un espantoso despeñadero

que caía perpendicularmente sobre una profunda quebrada, en cuyo fondo mugía el torrente.
Don Pedro (Padilla), gran conocedor de esos lugares, se parapetó en uno y en otro costado de la quebrada de Badohondo, lugar agreste y muy escarpado que forma un estrecho y largo desfiladero. Cuando penetraron en él los realistas, los indios que estaban ocultos en las grietas de las rocas, lanzaron sobre ellos nubes de flechas, haciendo rodar al mismo tiempo enormes rocas (galgas) con las que causaron horribles estragos. La columna realista tuvo que retirarse diezmada.
Después de esta victoria (batalla de Sauces) se retiró Padilla a Segura, con el propósito de fortificar ese punto, tanto para resguardar las fronteras de los avances de los salvajes, cuanto para tener un centro de operaciones seguro e impenetrable, dadas las condiciones topográficas y estratégicas del lugar". (Ramallo).

Los guerrilleros de la Independencia ganaron muchas batallas gracias a las ventajas que supieron sacar del terreno.

"Aquí empieza a intervenir un nuevo elemento y una nueva táctica: el indio rústico superará en inteligencia y previsión al general español y al paladín argentino. Las montañas serían a la vez las murallas y los proyectiles de los nuevos combatientes, y sin más armas que los brazos, ni más municiones que las piedras del camino, fijarán la victoria de la manera más extraordinaria.
Amaneció el día 2, y el enemigo, escaso de municiones, pues no había llevado sino la de las cartucheras, falto de víveres, pues todos los ganados habían sido retirados, y viendo que por momentos engrosaba el número de indios que coronaban los cerros inmediatos, juzgó prudente emprender su retirada hacia el pueblo de Cinti, por el camino de las alturas, para precaverse de una celada. La configuración del terreno le obligó, empero, muy pronto a descender al fondo del valle y entrar a la profunda y escarpada quebrada de Uturango, paso preciso y el camino más corto para remontar el valle. Apenas la columna se comprometió en este paso, empezaron a llover piedras disparadas desde las alturas

por los honderos de Camargo. Los españoles contestaron con descargas cerradas por mitades, y continuaron su peligrosa marcha recogiendo los heridos. Los indios parecieron intimidarse y huyeron en desbandada. Más adelante, el camino se estrechaba, siendo necesario pasarlo en desfilada y faldear un empinado despeñadero situado sobre el flanco derecho. Allí estaba Camargo emboscado con los indios que habían hecho ademán de huir.

Luego que la columna se hubo prolongado en aquella angostura, se oyó repentinamente un espantoso fragor: la montaña pareció deshacerse en su cima y conmoverse en su base. En seguida resonaron alaridos de triunfo en lo alto y lamentos y maldiciones en el fondo del precipicio. Eran las armas de la Republiqueta de Cinti, que intervenían en el combate; eran las formidables galgas de los antiguos peruanos, que aplastaban a la columna española. Peñascos de gran volumen y de muchas toneladas de peso, que requerían la fuerza de cuarenta o cincuenta hombres para ser removidos, se desprendían de la cima, rodaban por la pendiente casi perpendicular del despeñadero, arrastraban a su paso multitud de piedras de distinto tamaño, se sucedían sin interrupción y caían al fondo, rompiendo la columna española en varios pedazos, que se agitaban en el estrecho sendero como los fragmentos de una serpiente...

Así, perseguido a pedradas de altura en altura y dejando algunos rezagados, la columna fugitiva llegó el día 3 hasta el río de la Palca Grande, que estaba a nado, y tenía necesariamente que atravesar para llegar al pueblo de Cinti. Allí fue alcanzada y obligada a precipitarse en su corriente, ahogándose algunos soldados. Siguió apresuradamente su marcha, cruzó el pueblo de Cinti sin detenerse, trepó las alturas de su izquierda para esquivar la persecución y pocos días después entró con la mitad menos de su fuerza en el Cuartel General de Cotagaita, a la sordina, con su bandera arrollada". (Mitre).

Otro episodio:

"Mientras tanto, la Republiqueta de Ayopaya resistía valientemente bajo la dirección de Lanza, haciendo frecuentes incursiones sobre el

camino de La Paz y Oruro, Una columna contrapuesta de fuerzas de Cochabamba y Oruro fue dirigida contra él, intentando el Gobernador de Oruro, Benavente, forzar la posición que ocupaba, a la cabeza de sesenta fusileros; pero las terribles galgas volvieron a funcionar y los invasores huyeron despavoridos, dejando en el campo veinte muertos. Una nueva expedición, compuesta de un batallón al mando del comandante Lezana, tuvo la misma suerte de la anterior. Sin enemigo que combatir, privado de todo recurso para subsistir, perdida entre sus fragosidades, la columna expedicionaria se vio obligada a contramarchar, teniendo que hacerlo por uno de los muchos desfiladeros que cortan la comarca... Allí lo esperaba emboscado uno de los tenientes de Lanza, llamado Chinchilla, el cual la atacó de improviso, haciéndole perder una parte de su fuerza. Desde entonces la Republiqueta de Ayopaya fue declarada invencible, y Lanza se sostuvo en ella hasta 1825, en que los americanos triunfaron en Ayacucho". (Mitre).

La invulnerabilidad de Ayopaya no era más que el resultado de la habilidad con la que los caudillos sacaron ventaja de la topografía áspera de la región.

Una de las causas de la fortaleza de las guerrillas consiste en que pueden fácilmente aprovechar los accidentes del terreno para ocultarse, sorprender al enemigo y ponerse a salvo de la persecución de fuerzas notablemente superiores en número y del alcance de armas de fuego eficaces.

"Padilla perseguido de cerca por Ponferrada fue totalmente deshecho en Molleni, teniendo que retirarse con los restos de su partida a San Lorenzo, lugar inexpugnable por la espesura del bosque y lo fragoso del camino... de manera que en un caso de contraste el partido más seguro para Padilla era refugiarse en esas agrestes selvas y ocupar los desfiladeros con lo que estaba seguro de no ser perseguido... Al siguiente día los guerrilleros viendo la superioridad numérica de sus enemigos, se dispersaron como en estas ocasiones acostumbraban hacer". (Ramallo).

Las guerrillas muestran la originalidad de su táctica cuando desaparecen rápidamente frente a fuerzas numéricamente muy superiores. Cuando son derrotadas se dispersan, muchas veces, después de haber convenido un lugar para una futura concentración. Esto es posible por el poco número de los núcleos de guerrilleros, por el profundo conocimiento de la región y porque pueden fácilmente conseguir víveres para subsistir.

"Cerca del pueblo de Pitantora, nuevamente atacaron los patriotas y los realistas los rechazaron nuevamente. Entonces los patriotas se dispersaron en todas direcciones, como en esos casos acostumbraban hacer, para luego reunirse en un punto acordado de antemano.
...entonces dispersando sus gentes les previno estuviesen listos a su primer llamamiento, recomendándoles mucho cuidado en la conservación de las armas y pertrechos de guerra". (Ramallo).

Convertir al enemigo en el arsenal de los guerrilleros

Las guerrillas utilizan armas primitivas, frecuentemente de su misma industria, juntamente a las modernas que expropian al enemigo. La norma de conducta al respecto tiene que ser armar a los guerrilleros a todo trance y venciendo todas las dificultades. Como hemos visto la inferioridad de la capacidad de fuego puede ser superada por otros importantes factores de las guerrillas. También en este terreno tiene una gran importancia la capacidad de invención de los guerrilleros.

"Obtenidos los fondos, Antezana y Arze se dedicaron a buscar pertrechos y a fabricarlos, valiéndose para ello de los medios imperfectos que estaban a su disposición. Establecieron con tal objeto, fábricas de armas y municiones en la ciudad y en el distrito de Terata.

Tenemos a la vista órdenes expedidas por Antezana y más tarde por don Francisco del Rivero, para establecer esas fábricas, donde reinaba extraña animación y movimiento inusitado. 'Se notaba en ella -dice un escritor cochabambino- el ruido de un volcán y la animación de una colmena ahumada. El fuelle soplaba sin descanso, chisporroteaban los carbones encendidos en la fragua; el martillo golpeaba incesantemente el hierro anaranjado sobre el yunque, y la lima chirriaba mordiendo el hierro y el bronce. La sierra, el escoplo, el mazo de los carpinteros, dejaban oír allí sus desapacibles sonidos. De un caño fijo en la pared y que correspondía al horno, chorreaba el bronce fundido sobre pequeños moldes esféricos, de otro caño que venía de la fragua brotaba el estaño y corría por una canaleta, repartiéndose a otros moldes grandes y cilíndricos. Algunos hombres retiraban los moldes completamente llenos con el auxilio de grandes tenazas, palas y chuzos y ponían los que estaban vacíos en seguida; otros sacaban de los moldes las bolas huecas de bronce de los cañones de estaño. Los carpinteros construían culatas y cureñas, ajustaban las piezas de hierro que salían del taller, con clavos calientes todavía que venían de allí mismo... ¡cuán firme confianza en la macana, el cañón de estaño y la granada!'.

Es, así mismo, muy interesante la descripción que hace el general Belgrano del cañón inventado por los cochabambinos. 'El cañón –dice- es de estaño bastante reforzado: su longitud de una vara y nueve pulgadas, y su calibre de dos onzas. El oído tiene un gramo de bronce: se coloca sobre una orqueta a la que van asegurados los muñones, situada aquella al frente, y su altura correspondiente al hombro del individuo, el que formado, hace de él, el mismo uso que del fusil'.

El mismo general Belgrano, describe la granada de los cochabambinos de la manera siguiente: 'La granada será del calibre aproximado de a dos: se halla engarzada en unos anillos de cuero, y en sus extremos inferiores anda por medio de nudos asegurados a un trozo de cáñamo de longitud de una vara: se arroja a la distancia de una cuadra como si fuese con una honda, pudiendo también verificarlo por otros diferentes movimientos, correspondiendo la espoleta a la distancia a que las arrojen: en la parte inferior tiene una pequeña abra por donde se

introduce la carga, y queda cubierta con una madeja de cáñamo, que viniendo desde la boca, remata en lo inferior asegurando la espoleta'. Está averiguado que los cochabambinos, antes de inventar los cañones de estaño, intentaron fabricarlos de cuero, anticipándose, de ese modo, a lo que más tarde hicieron los cubanos para emanciparse de España. Es también evidente, que inventaron las balas de cristal, valiéndose para ello de las fábricas de vidrio que, como es sabido, existían en las regiones del Paredón. Las balas de cristal, estaban destinadas para los obuses de estaño, y tenían la ventaja de que, al chocar contra cualquier objeto, se dividían en mil fragmentos, produciendo, aunque en menor escala, el mismo efecto que las bombas de hoy". (E. Viscarra).

H. Forman nos proporciona el siguiente testimonio arrancado de la experiencia china:

"Cuando los nipones se deciden a toda costa a atravesar los campos minados, entonces, con frecuencia -con mucha frecuencia-, son recibidos en las puertas de la aldea con descargas de nuestro cañón de madera -comenzó diciendo Chao Fang.
Levanté una mano. No estaba muy seguro de haber oído bien.
Esperé un minuto... ¿Dijo usted cañón de madera?
Entonces Chao me hizo una descripción de esa arma. Un tronco de madera resistente, por lo general de unos diez pies de largo, es horadado hasta darle la forma de un cañón, que a veces se reviste de metal. La parte exterior es atada fuertemente con hilos telefónicos tomados a los japoneses, a fin de evitar que se parta al disparar. La carga, de un peso de cinco libras como mínimo, consiste en material sólido y agudo que se tenga a mano. Se abre un agujero en el costado de una casa, situada frente a la entrada de la aldea, y por él se introduce la boca del cañón, previamente camuflado. Un oficial vigila desde una mirilla o desde el techo de la casa y cuando el enemigo alcanza un punto prefijado -las puertas de la aldea, por ejemplo-, ordena abrir fuego. Los nipones tienen un temor supersticioso a esos cañones de madera, ya que su carga heterodoxa, si bien no mata, produce heridas horribles".

Se han citado los ejemplos anteriores no con la intención de que se conviertan en modelos a imitarse, sino simplemente para demostrar cómo las guerrillas utilizan el ingenio y la industria casera para armarse.

La experiencia demuestra que la fuente principal de donde las guerrillas se proveen de armas es el mismo enemigo. La emboscada, los asaltos sorpresivos, la captura de convoyes de material bélico son normas corrientes en la actividad del guerrillero. El objetivo en esta materia no es otro que convertir al enemigo en el arsenal de los revolucionarios. No puede constituir un ideal el que las guerrillas permanezcan armadas primitivamente, tiene que procurarse, por todos los medios, que las armas modernas pasen a manos de los luchadores al servicio del pueblo.

Se comprende fácilmente que serán la experiencia adquirida (para esto es necesario un análisis crítico de la actividad pasada de las guerrillas), y las circunstancias imperantes en cada momento las que aconsejan el mejor camino que debe seguir para armar debidamente a las guerrillas. El dar recetas en la materia no pasa de ser una presunción de pretendidos teóricos.

Salta a primera vista que las guerrillas tienen que armarse con lo que puedan o encuentren a mano y, casi siempre, a costa del enemigo. En las guerrillas de la independencia las *montoneras* arrastraban a los campesinos armados de hondas y macanas. En la actualidad, las tropas del pueblo siempre se encontrarán en inferioridad de condiciones, en cuanto a armamento, con referencia a las fuerzas de línea. Nadie ignora que el gobierno ha modificado el calibre y modelo de las armas del Ejército y de carabineros, para evitar que la munición sirva para el armamento anticuado que posee el pueblo. Se plantea pues la necesidad de que se vuelva a desarmar al Ejército y a carabineros.

"Con todo, las guerrillas tienen una ventaja sobre el ejército regular, poseen un arma poderosa: la unidad y el coraje que nacen de una

ideología común. La disciplina de los guerrilleros es una disciplina consciente y no basada en el terror ni en la servidumbre.
Las tropas de línea (españolas) bien armadas, con abundantes municiones, con las tres armas y mandadas por expertos jefes y conocedores del arte de la guerra. Por la otra, las montoneras informes, en su mayor parte armadas de hondas y garrotes, con pocas armas de fuego y escasas municiones, pero con un valor a toda prueba y luchando por la santa causa de la libertad de su patria".

Dirección de las guerrillas: el partido del proletariado

Las guerrillas pueden surgir en forma aislada y espontánea, pero, el desarrollo posterior de la guerra civil plantea la necesidad de la coordinación de las operaciones y, por tanto, la creación de un comando supremo único. Esta es la respuesta de los guerrilleros a un ejército regular, que obedece a un comando único. El aislamiento y dispersión de las guerrillas por tiempo indefinido pueden concluir haciendo olvidar los objetivos nacionales. Las guerrillas aisladas, sin coordinación con otras e ignorando lo que hacen en el resto del territorio, son terreno abonado para la desmoralización y están condenadas a languidecer y extinguirse, a pesar de su admirable tenacidad.

Cuando las guerrillas son parte del ejército regular o coordinan sus movimientos con él, el problema de la dirección única está resuelto de antemano. Los objetivos están previamente fijados por el comando militar.

"Los esfuerzos aislados de los caudillos patriotas por esto es que convergían a un solo centro, aunque en la apariencia obraban aisladamente... En cada uno de estos partidos, como hemos dicho, había infinidad de caudillos, pero entre ellos descollaban algunos y eran obedecidos por los otros". (Ramallo).

Un ejemplo: varias veces el jefe guerrillero Padilla no pudo obrar libremente porque se lo impedían sus superiores; cuando hostigaba a Goyeneche, "se lo impedían las órdenes del caudillo Arze, al que estaba subordinado y éste le mandaba unírsele en Mizque para dar batalla". (Ramallo).

Los guerrilleros altoperuanos estaban subordinados al comando de los ejércitos auxiliares argentinos y muchos de sus movimientos y operaciones se subordinaban a la estrategia de esos ejércitos.

Después de la derrota de Ayohuma (14 de noviembre de 1813) el general Belgrano abandonó el territorio nacional, no sin antes señalar el comando de los guerrilleros y dejar establecido los objetivos de la lucha:

"Padilla quedó en el país obedeciendo las órdenes de Belgrano, quien al retirarse encomendó a los guerrilleros que lo habían acompañado en esta campaña, la defensa del Alto Perú, ordenándoles hacer ruda guerra a los realistas, de cuyas personas y haciendas quedaban señores absolutos". (Ramallo).

El observador superficial podría creer que las guerrillas son sinónimo de caos y de aislamiento. Todo lo contrario, los objetivos mismos de la guerra imponen a las guerrillas la necesidad de que se comuniquen entre sí y de que coordinen sus movimientos. Las comunicaciones entre las guerrillas se hacen utilizando todos los medios, muchas veces los más primitivos. La ligazón de los guerrilleros con el grueso del pueblo facilita estas operaciones. Los habitantes de la región son los mejores informantes.

"Sus telégrafos eran tan rápidos como originales, porque el servicio de avisos lo hacían con el fuego. En las cumbres de todas las montañas existían puestos de indígenas, que con ojos de águila observaban cuanto sucedía en los pueblos, caminos o llanuras. Una hoguera colocada en la cumbre de una montaña, en tal o cual dirección, con otras

combinaciones hechas por medio del fuego, visible desde largas distancias, avisaban a los guerrilleros la dirección que seguían las fuerzas realistas, la composición de ésta y hasta el número de ellas". (Ramallo).

Hay que distinguir entre la dirección militar de las operaciones y la dirección política de los guerrilleros, ésta última en manos del partido político y que existe desde los primeros momentos de la lucha. Las guerrillas, su mando militar y su actividad se diluirían en la nada si no existiese una fuerte dirección política.

Es la dirección política la que permite el efectivo entroncamiento de las guerrillas con el pueblo, es el partido político el que empuja a las masas a sumarse a la actividad guerrillera, a secundarle y a prestarle auxilio en todo momento. Este milagro es posible porque la vanguardia popular unifica a todos alrededor de un solo objetivo: derrocar al gobierno. Los comentaristas se han limitado a expresar su estupor ante la popularidad de las guerrillas y han hecho muy poco por explicar su razón política.

En todos los tiempos las guerrillas han estado formadas, sobre todo en el grueso de su contingente, por gentes de las clases mayoritarias. En la colonia se apoyaron en la "cholada" (artesanos, pequeños comerciantes, pequeños propietarios) y en los campesinos. En la actualidad las guerrillas serán, preferentemente, de proletarios y campesinos. No se debe olvidar que los guerrilleros de la independencia inclusive llegaron al extremo de pactar con tribus de salvajes, las que les prestaron valiosos servicios.

Hay que subrayar, por ser una valiosa lección histórica no aprovechada, que durante la guerra de los 15 años los hacendados criollos arrastraron a las masas campesinas en su lucha contra la dominación y despotismo españoles. Demás está decir que los hacendados después de la victoria traicionaron vilmente a los campesinos los que continuaron manteniendo en la servidumbre, con la desventaja de que había desaparecido el espíritu de protección de las autoridades españolas.

"Lo más singular y notable era que las multitudes sublevadas casi en su gran mayoría pertenecían a la raza indígena o a la mestiza; estas turbas inconscientes [!], armadas de hondas y macanas, se afrontaban con audacia infinita y tenacidad increíble a las valerosas y aguerridas tropas, que les oponían los secuaces del despotismo.
En esa época [1811] los indígenas de Sicasica y de otras comunidades, se sublevaron contra las autoridades, encabezados por los caciques Titicocha y Cáceres. Padilla, que a la sazón estaba oculto en un pueblejo de Chayanta fue a Sicasica a entrevistarse con los sublevados, cooperando muy eficazmente a avivar el fuego de la rebelión.
Alentado con estos sucesos [victorias conseguidas sobre los españoles en su marcha a Chuquisaca] pasó a las provincias de Chayanta y Parco, sublevando casi todos los pueblos de esos partidos, en los que hizo numerosos prosélitos y abundantes recursos de todo género".

Antes del desastre de Villcapugyu "Padilla levantó diez mil indios armados de hondas y macanas y corrió en pos de sus compañeros de gloria". (Autobiografía de Padilla)

"En las sangrientas jornadas de Villcapugyu (10 de octubre de 1813) combatió en el cuerpo de la artillería patriota, la que solo maniobraba impulsada por los esfuerzos de los indios de Padilla.
Pero los que más contribuyeron a dar cima a estos trabajos, fueron los indígenas de la provincia de Chayanta. De todos los puntos de ella acudían a Macha hombres, mujeres y niños con ofrendas, llevando alguna cosa para el auxilio de las tropas, y dice un notable historiador [Mitre] que llevaban hasta objetos de lujo para los oficiales. Es increíble cuánto contribuyeron estos humildes patriotas, llenos de desinterés y abnegación, a secundar los proyectos del noble jefe argentino [Belgrano].
Para llevar adelante sus planes se internó en el valle de Pomabamba, con la intención de pasar a San Juan del Piray, residencia ordinaria del célebre cacique Cumbay, guerrero salvaje, cuya corte tenía todo el aspecto de un rey bárbaro. Cumbay tenía el título de General y era

un buen y poderoso aliado de los patriotas. Cumbay [después de su entrevista con Belgrano] ofreció dos mil indios para pelear contra los españoles".

El caudillo Umaña contaba con el apoyo de los indios cririguanos (salvajes). Hasta ahora no se ha dicho que las guerrillas durante la independencia se desarrollaron teniendo como telón de fondo la rebelión campesina y que supieron sacar toda la ventaja posible de este singular acontecimiento.

El guerrillero, el caudillo y la conducta que debe observar

Las cualidades personales del guerrillero cobran una enorme importancia y en esto se diferencia del ejército regular.

No puede concebirse la guerrilla sin un caudillo que reúna alrededor de su persona, debido a su valor personal, a un grupo de luchadores. En la guerrilla de nuestra época el caudillo es el político sin tacha e identificado con su pueblo.

La popularidad del caudillo guerrillero supone una conducta que le gane la confianza y la simpatía no solamente de los luchadores sino del grueso de la población. Será adorado por sus subordinados si éstos saben que es incapaz de ser sobornado por el enemigo, que puede rifar su vida por la causa que defiende y por el bienestar y por el destino de su tropa.

"Con desdeñosa sonrisa respondió el noble patriota [Padilla] que jamás ni él ni los suyos se pondrán al servicio de los enemigos y verdugos de su patria y que tampoco mancharían sus manos con el oro de los tiranos.
Indignado éste [Padilla] con tanta infamia, capturó al Canónigo." (Ramallo).

De lo expuesto se puede concluir que los guerrilleros que no sean populares o que no aparezcan ante el grueso de la opinión pública como defensores de los pueblos, están definitivamente perdidos. Este es uno de los aspectos que se debe cuidar y la propaganda que realice la guerrilla debe orientarse hacia este objetivo. No pueden concebirse guerrillas actuando contra todo el pueblo.

"Padilla se presentaba como un protector de los campesinos y libró una batalla contra Ymas para rescatar los víveres que había asaltado a los campesinos y devolverles, medida que hizo que la popularidad del caudillo patriota creciese notablemente entre los campesinos […] Durante 4 días consecutivos Padilla amagó los flancos y la retaguardia realista, impidiendo con esto que se cometiesen en el trayecto las exacciones y asesinatos que era común cometiesen los soldados de Ymas". (Ramallo).

Juana Azurduy contribuyó en gran manera a acrecentar la popularidad de su marido: "Curaba a los heridos, hacía socorrer a los cansados, era en una palabra, la providencia y la alegría de su partido". "Doña Juana era adorada por los naturales como la imagen de la virgen" (Mitre).

"Pero a las inmediaciones de Uliuli, lugar cercano a Pomabamba, con sobrada imprudencia y a pesar del reducido número de sus fuerzas, esperó Padilla a los realistas, contando con la adhesión de los habitantes de esos lugares".

Padilla era esto: "Valiente y altivo hasta la temeridad, ejercía un dominio absoluto sobre las multitudes que le rodeaban y que era querido, respetado y temido por ellas, así como por los jefes guerrilleros que obedecían sus órdenes". (Ramallo).

El renunciamiento de los guerrilleros, particularmente de los caudillos, es fundamentalmente como cimiento de la organización. El guerrillero no es aquel que busca una ventaja, un salario, sino

aquel que ofrenda su vida para materializar un programa político. Así las masas se concentran alrededor de un dirigente.

Constituye el peor error que los grupos de guerrilleros cometan abusos con la población, se apropien de bienes ajenos o atropellen la propiedad. En Cuba los castristas obligaban a sus parciales a pagar por todo lo que recibían de los campesinos.

"[El maquis] declara comprender que ninguna ayuda especial puede ser proporcionada a su familia, sin someterla a los celos y a las denuncias de los vecinos.
Sabe que no puede serle hecha ninguna promesa de salario regular, que su subsistencia y hasta su armamento son inseguros. Declara comprender que la menor cosa que le llegue no fue obtenida y destruida sino por un esfuerzo constante, al precio de enormes dificultades y de peligros extremos para todos los cuadros superiores y los órganos de enlace. Respetará la propiedad privada y la vida de los ciudadanos franceses, aliados o neutrales, no solo porque la existencia de los maquis depende de su buena armonía con la población, sino porque los hombres del maquis son lo selecto del país y deben dar a todos el ejemplo y la prueba de que el valor y la honestidad marchan juntos en el espíritu de los verdaderos franceses.
El voluntario conservará sus efectos y su cuerpo tan limpios como le sea posible; la salud física y moral depende de ello; es indispensable para la salvación de la nación." (*Decálogo del Maquis*).

La valentía, el valor sin límites y hasta la temeridad distinguen al guerrillero y fundamentalmente al caudillo. Nuestro pueble conoce y se conmueve todavía con las leyendas que se tejen alrededor de los caudillos.

La guerrilla es la escuela de capacitación ideológica y política no solamente de sus miembros, sino de la misma población en la que actúa. Tiene que convertirse en el núcleo desde el que se irradie la propaganda revolucionaria.

El guerrillero al servicio de la revolución social tiene que saber ligar su actividad diaria con el trabajo de los campesinos. Manejar con la misma maestría el fusil y el arado. Debe dividir su tiempo entre ambas labores.

El guerrillero lleva en la punta de las bayonetas el programa de una profunda transformación y allí donde asienta su tienda tiene que comenzar por revolucionar la estructura social. En las zonas campesinas el caudillo-guerrillero, dada su condición política, se transformará inmediatamente en el centro del gobierno revolucionario. Solo así se puede lograr el apoyo militante de toda la población.

La Paz, junio de 1963

Revalorización del método de las guerrillas

Capítulo I
Los métodos de lucha

1. Principio general. La movilización de masas y la acción directa se encuentran en la base de los métodos de lucha propios de la clase obrera, es decir, de la revolución acaudillada por el proletariado. Las actividades que se realicen bajo el signo de estos métodos de lucha tendrán que asumir, necesariamente, formas clandestinas y también legales si hay lugar.

Únicamente los ingenuos pueden ignorar que la movilización revolucionaria de las masas lleva en sus entrañas la tendencia a destruir el régimen imperante, a acabar con toda forma de opresión clasista. Esta es una verdad incontrovertible tratándose del proletariado.

La Constitución Política más liberal del mundo pone límites a las garantías democráticas para evitar que las masas, amparándose en ellas, tomen en sus manos la solución de los problemas fundamentales. Es a esta realidad que tienen que acomodarse la organización y la lucha de la clase obrera y de todo el pueblo.

Los que se aferran tercamente al legalismo, particularmente el stalinismo, se empeñan en convencer a la clase obrera a que

abandonen sus métodos propios de lucha. Los partidos comunistas se someten ovejunamente a todas las limitaciones legales y ocultan sus objetivos y programas por miedo a la clandestinidad. El propio ordenamiento jurídico permite al gobierno de corte burgués declarar la ilegalidad de los partidos marxistas, toda vez que tenga el temor de que la propaganda extremista impulse la movilización de las masas.

La actitud correcta consiste en aprovechar todas las posibilidades que se tengan de desarrollar actividades legales y, paralelamente, montar un aparato clandestino capaz de continuar la propaganda, la agitación y la organización allí donde se levanta la prohibición de la ley. Debe ser preocupación constante el estar preparados para pasar a la clandestinidad total en cualquier momento.

Existen también otros métodos que han sido impuestos por la burguesía, ya en su lucha por adueñarse del poder o ya mediante la ley. La clase obrera, lejos de limitarse a rechazarlos de plano como preconizan los anarquistas y sindicalistas europeos, tiene que aprender a utilizarlos plenamente. Con todo, el empleo de estos métodos propios de la burguesía debe subordinarse a la acción directa.

Los objetivos históricos de la clase obrera se cumplirán mediante los métodos revolucionarios, o sea, la acción directa. Los otros métodos (parlamentarismo, arbitraje obligatorio, solución de los problemas dentro del marco legal) se acomodan a la lucha alrededor de los objetivos inmediatos. Esa lucha cuando se torna estrechamente legal es obligadamente limitada, pues las conquistas básicas en la esfera salarial y sindical han sido arrancadas a la burguesía a viva fuerza. Las reivindicaciones inmediatas se transforman, en manos de los revolucionarios, en transitorias porque permiten movilizar a las masas y conducirlas a la revolución. Tal es la razón del sometimiento del parlamentarismo y otros métodos semejantes a la acción directa.

El reconocimiento de que no derrocaremos al gorilismo mediante la papeleta electoral o los recursos parlamentarios y de que el arbitraje obligatorio no dará satisfacción a las aspiraciones más sentidas de la clase obrera, no importa que les demos las espaldas. Debemos utilizarlos como palancas para acentuar la movilización de las masas como tribuna para denunciar el carácter antiobrero y proimperialista de la política gubernamental.

2. La acción directa. La acción directa, en cuya base se encuentra la vigilancia y movilización de masas, importa que se solucionen los problemas al margen de la intervención estatal y de las prescripciones limitativas de la ley. Se puede decir que todo se reduce a que las masas imponen sus decisiones, importando poco que sean justas o no desde el punto de vista de la Constitución Política, del Código del Trabajo y de otras leyes.

La acción directa lleva implícita la violencia y ésta puede manifestarse de una u otra manera. La legislación justifica el uso de la violencia estatal contra los explotados en general; la acción directa es la violencia ejercitada por las masas contra sus opresores.

Muchos identifican la acción directa con la espontaneidad, es decir, que no la conciben más que como producto de ésta. Según tal criterio erróneo, el partido estaría demás en la acción directa, aunque se considere indispensable para la acción parlamentaria, por ejemplo. Salta a la vista que esta argumentación es esgrimida por los adoradores del legalismo y del parlamento o por quienes menosprecian la acción directa. Fácil es comprender que el partido puede preparar cuidadosa y minuciosamente la acción directa y la dirección partidista resulta indispensable para asegurar la victoria.

La acción directa puede adquirir un gran número de formas, desde las manifestaciones callejeras hasta las varias clases de lucha armada. Todas estas formas han aparecido, en los momentos de mayor tensión de la lucha de clases, como creaciones de las masas

y no se ha dado el caso de que hubiesen sido señaladas anticipadamente por los teóricos.

Cuando las masas se lanzan a la lucha saben darse las mejores formas de actuación, las que corresponden a las características del momento, esto por encima de los consejos de los propagandistas.

La pretensión de imponer por decreto ciertas formas de lucha, además de absurda, puede resultar nefasta. De manera general y por suerte, las masas pasan autoritariamente por encima de todos los esquemas y siguen el canal más adecuado al momento político. Pero, si en las etapas de iniciación de la movilización masiva aparece algún teórico pequeño-burgués y, aprovechando los aparatos partidistas, se da modos para imponer ciertas formas de lucha, puede esta actitud resultar contraproducente e impedir que las capas más vastas se incorporen a la lucha o, por lo menos, retardar el proceso.

Ilustraremos lo dicho con lo que ocurre ahora. Podemos decir con certeza que el gorilismo será aplastado únicamente a través de la poderosa movilización revolucionaria de las masas, es decir, mediante la acción directa. Corresponde al futuro, vale decir, al propio desarrollo de los acontecimientos responder qué formas adquirirá esa acción directa.

En el horizonte se perfilan varias huelgas y algunas de ellas de mucho volumen. Podemos afirmar que el gorilismo armado hasta los dientes no abandonará el escenario como consecuencia de una huelga general pacífica. Lo más seguro es que los generales vuelvan a masacrar a los obreros.[1]

No se puede descartar la posibilidad de que las huelgas y manifestaciones callejeras desemboquen en un levantamiento popular. Si la lucha se prolonga y, sobre todo, si intervienen los yanquis se abrirá el camino para las guerrillas. Puede una sola forma de lucha

[1]Lo anterior fue escrito pocos días antes del baño de sangre de San Juan. Pese a todo lo ocurrido en el país, conserva su vigencia. El futuro puede desarrollarse dentro de esos canales.

llevarnos hasta la victoria, pero también puede ser necesario combinar muchas de ellas.

Capítulo II

Revalorización del método de las guerrillas

1. Asimilar críticamente la experiencia. Los organismos militares dependientes del imperialismo y los propios gorilas criollos se dedican seriamente a la tarea de realizar el balance de la experiencia guerrillera en diversas latitudes y en el sudeste boliviano para, en base de la lección aprendida, afinar los métodos represivos contra los movimientos populares. Los revolucionarios bolivianos estamos doblemente obligados a sacar todas las enseñanzas posibles de esa rica experiencia, tratándose sobre todo de los golpes sufridos en nuestra propia carne. Solo así podremos estar mejor preparados para luchar contra el enemigo.

Tratándose de las guerrillas esa discusión es mucho más imperiosa porque está en tela de juicio uno de los métodos de lucha que muy probablemente será utilizado por el pueblo boliviano. La reiteración de los gruesos errores cometidos en el sudeste puede ser fatal para el futuro de la revolución.

Si sinceramente queremos hacer un balance de la experiencia todavía humeante y aprender de ella, debemos comenzar por despojarnos de todo prejuicio contra la crítica severa. La gente empeñada en ocultar sus propios errores utiliza como escudo la especie de que toda crítica a la conducta observada en una acción revolucionaria perjudica a la clase obrera. Si se impusiese este criterio absurdo no podría esperarse que progrese la lucha del pueblo por su liberación y menos la doctrina marxista.

El autor, en declaraciones a la prensa[2] y después de rendir fervoroso homenaje al "Che" Guevara y a los otros guerrilleros caídos en

[2] *Jornada*, "Lora desde la clandestinidad…", 17/10/1967.

el sudeste, manifestó que la lucha armada cobra trascendencia para la marcha de la revolución boliviana. La primera consecuencia que puede sacarse se refiere a que el método de lucha de las guerrillas se incorpora definitivamente al arsenal revolucionario. Ciertamente que para los bolivianos no se trata de algo inesperado, sino de la actualización de una límpida tradición nacional.

2. Las guerrillas y la política. La forma de lucha guerrillera puede ser utilizada con diversos objetivos y por las varias clases que conforman la sociedad contemporánea, por la clase obrera y hasta por la reacción. Sería absurdo identificar a unas y otras guerrillas, lo único que tienen en común es una particular forma adquirida por la lucha armada. Entre ellas existen substanciales diferencias y se refieren a los diversos objetivos que persiguen y al hecho de estar o no vinculadas a las masas.

Las guerrillas reaccionarias (y ese carácter tuvieron entre nosotros las guerrillas falangistas de Santa Cruz y Apelo, si su existencia fue real) se organizan buscando derrocar a un gobierno popular o que ofrece el peligro de convertirse en el puente por el que pasen las masas revolucionarias. En el caso boliviano se trataba de instaurar un gobierno mucho más derechista y pro-yanqui que el del MNR, es decir, que acelerase el proceso de restauración oligárquica, no en vano las guerrillas antimovimientistas contaron con la solapada complicidad del Ejército. Lo que se logró más tarde mediante el golpe de Estado castrense fue buscado por FSB a través del canal de las guerrillas, cierto que de un modo episódico.

Las bandas armadas que sirven a la reacción se organizan y viven normalmente al margen de las masas e inclusive actúan contra ellas. Puede haber en su seno elementos provenientes del proletariado o del agro; mas, este hecho no debe movernos a engaño. Esos elementos no representan los intereses de los estratos sociales de las que han sido extraídos, pues la derecha ha comenzado desclasándolos, poniéndolos al servicio de intereses bastardos y extraños a los

de su clase. Están ahí porque les paga bien. No son los mercenarios los que pueden definir el carácter clasista de las guerrillas. Lo que queremos subrayar es que la banda reaccionaria no mantiene vinculaciones ideológicas ni vitales con el grueso de la clase obrera y, por tanto, no depende del pueblo para su existencia diaria.

De manera diferente, la guerrilla revolucionaria no es más que el destacamento armado del pueblo, una parte de la vanguardia de la clase obrera, lucha para materializar sus objetivos históricos y está tan firmemente vinculada a las masas que para sus movimientos y existencia depende de ellas.

En resumen: el carácter de los grupos guerrilleros está definido por la orientación política que siguen y no simplemente porque desarrollan la guerra irregular.

Nuestras observaciones se refieren a las guerrillas revolucionarias y desde ahora no nos referiremos para nada a las otras, a las reaccionarias. Para esta revaloración del método de las guerrillas tomamos en cuenta la rica experiencia del fracaso de Ñancahuazú.

Solo de pasada hacemos referencia a los aspectos técnicos y organizativos de las guerrillas, pues creemos que éstas, para los bolivianos, siguen siendo tema central para la discusión política. Lo que está en el plano de la actualidad es, en último término, la relación entre el partido, la movilización de masas y las guerrillas. Las respuestas que se den a estas cuestiones delinearán el valor que tiene para nosotros la experiencia cubana. No vamos a discutir simplemente los errores que se hubiesen cometido en la organización y funcionamiento de las guerrillas del sudeste (lo extraordinario sería que no los hubiese), sino que nuestro análisis se referirá a si este método de lucha fue oportuno y debidamente utilizado. Acerca de la organización material de los focos armados muchos e importantes datos continúan en las sombras.

Debemos en este lugar dejar clara constancia de que una vez que fue públicamente denunciada por el oficialismo la existencia de guerrillas en los cañadones de Ñancahuazú, el Partido Obrero

Revolucionario, desde la clandestinidad y cuando su plana mayor agonizaba en los campos de concentración, declaró que dejaba a un lado la discusión acerca del lugar que ocupan las guerrillas en la lucha revolucionaria para prestarle su decidido apoyo. El documento fue íntegramente reproducido en *Masas* y ofrecemos a continuación un resumen:

"1. El movimiento guerrillero no resuelve por sí solo el problema número uno del proceso revolucionario, es decir, el problema de la dirección, como tampoco puede colocarse al margen de la evolución política del país. Estas consideraciones tienen plena vigencia en la etapa de preparación de dicho método de lucha; cuando estalla la acción es deber elemental del partido de la clase obrera apuntalarla. La guerrilla es nada menos que el método de lucha del pueblo contra el gorilismo entreguista y antipopular.
2. En este momento de definiciones, el POR dice públicamente que se solidariza y apoya al movimiento guerrillero que acaba de estallar, según partes oficiales, en el sudeste del país. Se asume esta actitud sin previamente considerar su fortaleza o debilidad, sus virtudes o defectos. Los guerrilleros, pese a todas las limitaciones que puedan tener, son parte de la avanzada armada del pueblo. Sus objetivos son la liberación nacional y social y están al servicio del progreso y del avance de la historia: la violencia que utilizan se justifica por eso.
3. El POR denuncia con toda energía que el oficialismo ha puesto especial cuidado en inflar el volumen de las guerrillas porque así conviene a sus mezquinos intereses. Se habla de un complot internacional, de guerrilleros venidos de todos los rincones de la tierra para encubrir mejor las medidas represivas que viene ejercitando el gobierno contra el movimiento obrero y revolucionario. Los bolivianos tienen que saber que sus hermanos que se han levantado en armas, juntamente con poblaciones inocentes, están siendo vil y cobardemente asesinados por las fuerzas regulares. Humildes moradores tienen que soportar el continuo y terrorífico bombardeo de la aviación que ostenta la bandera norteamericana y emplea cargas napalm. Todo elemento sospechoso

apresado es inmediatamente fusilado y, bajo el pretexto de exterminar las guerrillas, en las ciudades altiplánicas y centros de trabajo se vienen operando incursiones de limpieza.
4. El territorio nacional ha sido declarado en emergencia y vivimos virtualmente bajo el imperio del estado de guerra. Decenas de ciudadanos opositores están siendo enviados a campos de concentración, a pesar de que la lógica más elemental dice que nada tienen que ver con las guerrillas. El gobierno ha encontrado un buen pretexto para justificar su tenebroso plan represivo contra todo el pueblo boliviano".

Nuestro homenaje de admiración al valor demostrado por los guerrilleros en su titánica lucha contra el gorilismo y las huestes yanquis. Una soberbia lección han dado los guerrilleros al pueblo boliviano. El Ejército de los gorilas, armado hasta los dientes, entrenado y equipado por el Pentágono, no es nada ante el denodado valor de los hijos de la heroica clase obrera. Se ha demostrado objetivamente cómo se puede destrozar al Ejército gorila y la enseñanza fructificará porque cae en terreno abonado.

Nuestra actitud no tiene nada en común con la adoptada por los stalinistas ortodoxos (los que ajustadamente siguen las instrucciones de Moscú) y por algunos presuntos trotskistas frente al movimiento guerrillero boliviano.

El poco recomendable Rodolfo Ghioldi parece haberse convertido en portavoz latinoamericano de la política moscovita de la coexistencia pacífica. Un cable de AFP, procedente de Moscú, hace saber que el dirigente "comunista" argentino escribió en Pravda del 25 de octubre[3] que la beligerante política castrista se confunde con las "desviaciones Maoístas, trotskistas y anarquistas". Ghioldi salió en defensa de "la política soviética de acercamiento con los gobiernos 'burgueses' de América Latina". El aliento que da Cuba a la lucha armada en el continente es perjudicial para dicha manifestación de la coexistencia pacífica.

[3] *Última Hora*, 27/10/1967.

Ese mismo Ghioldi ha escrito un calamitoso folleto titulado *No puede haber una "revolución" en la revolución*[4] en el que rechaza llana y simplemente el método de las guerrillas por considerarlo expresión del caos y la mentalidad anarquista de algunos dirigentes. "La insurrección, o cualquier forma de lucha armada, no siempre son factibles o aconsejables, sin que esto implique el menor renunciamiento a la revolución". Lo que propugna el dirigente del Partido Comunista Argentino es el abandono de la vía insurreccional en beneficio del democratismo parlamentario y pacifista.

El ex-trotskista argentino Liborio Justo (para subrayar sus diferencias con el movimiento cuarta internacionalista ha publicado un libro insólito acerca de Trotsky) ha escrito algunos conceptos sobre las guerrillas bolivianas que nosotros no compartimos.[5]

"No se puede erigir a la guerra de guerrillas como el eje del movimiento revolucionario. La guerra de guerrillas en la forma que se ha presentado en Bolivia, constituye una aventura de 'neófitos' que se han colocado fuera del terreno del marxismo y ajenos por completo al abc del materialismo dialéctico. Creemos que hechos de esta naturaleza no solo no provocarán la revolución en el continente, sino que ponen en peligro la existencia de la propia Cuba socialista, favoreciendo la formación del Ejército Interamericano, que trata de crear el imperialismo yanqui, y aún la agresión contra la propia Cuba, que es su aspiración más acendrada".

Solo el que no desee la revolución puede tomarse la libertad de menospreciar (eso hace Justo) el método de las guerrillas en esta época en que la lucha armada se ha colocado en primer plano. La crítica revolucionaria de un movimiento armado no debe consistir

[4]Ghiolgi, Rodolfo: *No puede haber una "revolución" en la revolución*, Buenos Aires, 1967.

[5]Justo, Liborio: *Bolivia: la revolución derrotada*, Cochabamba, 1967 [El texto fue editado por Ediciones ryr en 2007 (*N. del E.*)]

en denunciarlo como "aventura de neófitos", sino en descubrir sus defectos para procurar superarlos por medio de su efectiva ligazón con el movimiento de masas. Justo, demostrando su total desconocimiento de la realidad boliviana, ha "decretado" la derrota definitiva de la revolución y, consiguientemente, la inutilidad de todo movimiento insurreccional. En el autor argentino más que el temor a la derrota se hace evidente el miedo a provocar la furia de los Estados Unidos. El ejército interamericano y la invasión a Cuba pueden venir aunque los revolucionarios no levantemos un dedo.

3. ¿La única forma de lucha? De una manera general, pueden las guerrillas, en condiciones particulares, convertirse en el método de lucha preeminente, al que las otras manifestaciones de la movilización de masas se le deben subordinar. Este hecho, por invalorable que sea su importancia, solo puede ser temporal. El destino de los focos guerrilleros no es quedarse indefinidamente como tales, sino entroncarse con la insurrección popular que acabará con el gobierno o bien coadyuvar a su advenimiento.

El error consiste en generalizar lo que no es más que una variante en la lucha, convertirla abusivamente en el único método que puede permitir la emancipación de los explotados.

De una u otra manera, las formas que asume la movilización de masas están en directa relación con el nivel alcanzado por este fenómeno. La imposición de las guerrillas como único método significa, cuando menos, que a las masas se las pretende encerrar en un esquema construido a priori. En la etapa preparatoria de las guerrillas se tendrá que demostrar qué razones excepcionales obligan a subordinar todos los movimientos partidistas e inclusive de la clase a la táctica de las guerrillas.

La especie de que en todo el período histórico que vivimos únicamente puede aplicarse, y esto en cualquier momento, el método de las guerrillas es, en el mejor de los casos, una desviación ultraizquierdista. Una de dos, o se parte de la falsa premisa de la

uniformidad del desarrollo de las condiciones subjetivas de la revolución en todos los rincones del mundo, por lo menos en los países atrasados, que para algunos izquierdistas constituye un tercer mundo, o los focos guerrilleros, al permanecer y desarrollarse, crearían esas condiciones, o les obligarían a madurar debidamente. Es esta segunda variante la que inspira a los que sostienen que las guerrillas son remedio para todo, para curar los efectos de la estolidez de la burocracia de los partidos comunistas, que tanto contribuye a prolongar la existencia de las dictaduras títeres del imperialismo, como del aventurerismo pequeño-burgués, que confunde el exitismo personal con la victoria revolucionaria de las masas.

¿Por qué razones las guerrillas pueden adquirir virtudes tan milagrosas en todas partes? La explosividad de la situación política en regiones donde la contradicción clasista (en otras palabras: contradicción entre opulencia y miseria) es tan aguda, aunque mantuviese un ritmo uniforme sin altibajos de ninguna clase, no es suficiente explicación, porque en esa explosividad pueden basarse, igualmente, otros métodos de lucha y hasta el aventurerismo.

La adopción de una forma de lucha es siempre un hecho excepcional porque obedece al concurso de una serie de circunstancias particulares y resulta difícil que se repitan en todos los países y oportunidades. Si las cosas ocurriesen de manera contraria el problema de la revolución quedaría tan simplificado que bastaría, para alcanzar la victoria, aplicar mecánicamente una forma de lucha ya probada exitosamente en otros países. Tratándose de las guerrillas sería suficiente, para que las masas se vean emancipadas, redactar un magnífico manual de táctica guerrillera, es decir, una especie de reglamentación de la lucha armada, de las trampas a las que debe recurrir el guerrillero, de su conducta diaria, de la forma de proveerse armas, alimentos, etc. Para quien razonase de esta manera estaría demás discutir acerca de la oportunidad de dicho método de lucha.

El factor objetivo (la economía) de la revolución madura y se desarrolla de manera independiente de la conciencia de los hombres que hacen la historia, aunque no de acuerdo a su capricho, e inclusive del partido político de la clase obrera.

La economía de nuestros días está madura para la revolución obrera, esto siempre que la consideremos como un fenómeno internacional, que esa es su verdadera dimensión. A pesar de la super madurez de la estructura económica de la sociedad, cuya influencia decisiva sobre todos los fenómenos superestructurales no está en duda, no puede esperarse que, en mecánica correspondencia, haga surgir automáticamente la condición subjetiva (partido revolucionario) también totalmente madura. Lo que hace el factor económico es convertir la formación del partido obrero de utopía en necesidad histórica. El partido tiene que recorrer su propia historia, elaborar su programa, penetrar en el seno de las masas y fortalecerse, todo dentro de los límites que le impone el desarrollo de las fuerzas productivas. Tal es la interrelación que existe entre la estructura y la superestructura en este caso concreto. Sería tonto sostener que el partido político mejor organizado e ideológicamente clarividente sea capaz de modificar a su antojo la estructura económica o de crearla conforme a sus conveniencias. Cada fenómeno se desarrolla de acuerdo a sus propias leyes y no es posible suplantarlas o modificarlas a voluntad.

Capítulo III
Partido y Guerrilla

1. El Partido, clave de la revolución. Entre los diferentes factores que intervienen en la revolución unos son más importantes que otros, si se los considera desde el punto de vista de la perspectiva histórica. El análisis se enturbia por el hecho de que en determinado momento, debido a la combinación de circunstancias especiales, un factor secundario puede adquirir preeminencia sobre

los factores fundamentales. Sin embargo, a la larga es el factor fundamental el que decide la suerte de la revolución.

El partido político constituye la clave de la revolución, lo que tanto vale decir de su porvenir. El alto grado de madurez alcanzado por la estructura económica de la sociedad plantea la necesidad de su transformación revolucionaria, que, sin embargo, no puede cumplirse a menos que el partido (factor subjetivo) también se fortalezca debidamente y actúe como una verdadera dirección de las masas.

No merecería la pena ni siquiera plantear la cuestión si el partido pudiese ser reemplazado por cualquier otra organización de acuerdo a las necesidades del momento. Mucho se ha discutido sobre la sustitución del partido por el sindicato, sobre todo cuando éste último cobró gran predicamento en algunos países y actuó como canal por el cual pasó la movilización de las masas. La experiencia se ha encargado de desvanecer esas ilusiones.

La izquierda de ahora, particularmente sus capas que viven angustiadas por la desesperación, ha actualizado el método de las guerrillas y se empeñan por utilizarlas como sustituto del partido de la clase obrera, sobre todo en la etapa de la conspiración. Como quiera que una banda armada pueda ser puesta en pie fácilmente, sobre todo si se cuenta con los medios materiales necesarios, se trataría de una solución cómoda y hasta económica desde todo punto de vista. El factor subjetivo pasaría a identificarse con las guerrillas. Parecería haberse descubierto una panacea de validez universal: la revolución obrera estaría descontada con solo dar nacimiento a uno o más focos guerrilleros. Si el partido tiene necesariamente que subordinar su actividad al grado de evolución de las masas (que para él es un fenómeno objetivo), el grupo guerrillero puede prescindir de tal obligación e imponer, desde el exterior, que las masas quemando etapas se coloquen a la altura de las tareas revolucionarias, vale decir a la altura de las guerrillas. Difícil encontrar un ejemplo más acabado de subjetivismo presuntuoso. Lo que hasta ahora no

se ha esclarecido, es por qué mecanismos se puede sustituir las formas particulares de aprendizaje de las masas y por tanto, de evolución de su conciencia, por esquemas elaborados por los políticos. Esas formas de aprendizaje se refieren a la asimilación, defectuosa o no, de la experiencia cotidiana. Las guerrillas, si se les otorga el poder de crear las condiciones subjetivas de la insurrección, se supone que liberan a las masas de ese doloroso tránsito de una etapa a otra. Los hechos vienen a confirmar, desgraciadamente, que los grupos guerrilleros, particularmente cuando actúan al margen de la vanguardia obrera, solo contribuyen en mínima forma a la formación de la conciencia clasista.

Como quiera que la guerrilla sustituya al partido obrero, no existe ninguna razón valedera para que aquélla se subordine a este último, aunque ya se encuentre actuando. Contrariamente, la guerrilla estaría obligada a absorber al partido. La organización íntegra, incluyendo a la plana mayor dirigente, debe trasladarse a las montañas a empuñar los fusiles (el esquematismo pedantesco ha señalado anticipadamente áreas fijas en las que debe desarrollarse la lucha armada). Según los teóricos de nuevo cuño, en nuestra época y en los países atrasados la actividad guerrillera debe considerarse como la más importante, sino la única, debiendo las otras formas de lucha subordinársele o desaparecer. Ese es, en último término, el pensamiento de Fidel Castro y Ernesto Guevara, expuesto claramente por el primero con motivo de su bulliciosa disputa con el Partido Comunista venezolano.

La teoría y actividad castristas, con todas sus deformaciones principistas y fracasos, constituye una saludable y vigorosa reacción contra la poltronería y espíritu capitulante de las burocracias que medran en las cumbres de los partidos stalinistas. Los funcionarios del partido, admirablemente bien pagados y domesticados, aburguesados en su manera de vivir y pensar, no tienen más preocupación que no turbar sus plácidas digestiones y mantener, a cualquier precio, la coexistencia pacífica y sus privilegios personales. Estos

funcionarios se limitan a hablar y levantar la mano conforme a las instrucciones recibidas de sus amos. Robots teledirigidos, carecen de fe que les impulse a sacrificar su vida muelle y sin preocupaciones, son orgánicamente incapaces de sobrellevar la existencia de privaciones propias del guerrillero y menos de empuñar un arma cuando esto significa poner en peligro el pellejo. El movimiento guerrillero parece significar el retorno al bolchevismo de la primera época, cuando un militante era considerado profesional no por recibir paga sino por poner todas sus energías al servicio del pueblo. Pero esta reacción preñada de ultraizquierdismo puede tornarse de saludable en peligrosa si no se opera una reacción oportuna que coloque en su lugar al ciertamente valiosísimo método de la lucha guerrillera. Así se evitará que la rectificación izquierdista del revisionismo stalinista concluya en la aventura.

Se trata de la relación entre el foco guerrillero y el partido revolucionario de la clase obrera y no de la burocracia de los mal llamados partidos comunistas, pues ésta ya no tiene nada que ver con la revolución. ¿Qué son actualmente los partidos stalinistas latinoamericanos, tanto moscovitas como pekineses? Nada más que grupos burocratizados que, a cambio del sueldo que reciben, están obligados a seguir a pie juntillas las instrucciones impartidas desde Moscú o Pekín. La experiencia les enseña que pensar con la propia cabeza les acarrea serios riesgos y por eso se limitan a obedecer y esta obsecuencia les permite medrar y hacer carrera. Las críticas de Debray y del castrismo en este terreno son del todo justas.

Lo que se ha dicho acerca de la inconducta de los partidos comunistas se confirma, de manera indirecta, por las siguientes declaraciones de Debray:

"El Che hizo todo lo preciso para que se entendiese la guerrilla. Pero fue víctima de imponderables, víctima de un engaño político por parte de ciertos sectores bolivianos...

Hubo fricciones... Lo que hubo fueron desertores y traidores, no por oposición, sino por insuficiencia ideológica. Hubo desgraciadamente muchos, concretamente una veintena de mineros, que no eran lo que se esperaba. Hubo quince o diecisiete desertores y otros cuatro guerrilleros hubieron de ser expulsados. Se trataba de elementos que pertenecían al subproletariado (sin conciencia proletaria)." (Declaraciones de Debray a Marc Hutten –AFP-, Camiri, 27 de octubre de 1967).

La pugna URSS-China permitió abrigar la esperanza de que por lo menos una parte de la militancia stalinista pudiese desburocratizarse, emanciparse de la política contrarrevolucionaria de Moscú, reenderezar sus pasos y encontrar nuevamente el canal revolucionario. Se llegó a este extremo porque los chinos se vieron obligados, para definirse como tendencia y justificar su oposición frente al Kremlin, a revisar las mismas bases teóricas de la política rusa y de la Internacional Comunista; este fenómeno, al profundizarse, podía haber significado el retorno al leninismo. Nada de esto ha ocurrido, acaso porque en ningún momento la discusión "teórica" llegó hasta la raíz misma del problema. También los chinos han burocratizado en extremo su movimiento y han dado pruebas inequívocas de que únicamente les interesa tener agentes incondicionales esparcidos por todo el mundo y cuya misión fundamental es la de lanzar votos de censura al revisionismo soviético y de sometimiento a la dirección de Mao.

En verdad, Cuba está sola cuando plantea la lucha guerrillera como única salida revolucionaria para nuestro continente y se ve obligada a recurrir a grupos disidentes para dar volumen político a su idea, conforme se ha demostrado por la lamentable experiencia de Ñancahuazú.

2. El caso boliviano. No existen condiciones para promover y llevar adelante una amplia y profunda discusión teórica en el submundo stalinista y, desgraciadamente, tampoco en el

campo controlado por los cubanos; a estos últimos los pierde su providencialismo. Toda duda, toda disconformidad son inmediatamente catalogadas como herejías y sus autores desahuciados. Sabemos por experiencia propia cuánta energía se gasta en pugnas y desconfianzas que lindan con el ridículo. En La Habana, cuando la política moscovita se había adueñado de esta plaza, se nos catalogó, sin exhibir pruebas ni razones valederas, como pro pekineses y en China se demostró alarma por lo que se calificó como nuestra inclinación a justificar el revisionismo soviético. Cuando formulamos la tesis de que un verdadero frente de izquierdas en nuestro país debería englobar necesariamente a las dos ramas del stalinismo se dibujó el espanto en los misteriosos rostros de los dirigentes chinos.

La polémica sobre el método de las guerrillas, una polémica honesta, franca y revolucionaria (que la consideramos indispensable para el porvenir de la revolución latinoamericana) no puede tener lugar en ninguna de las ramas del stalinismo, aunque es cierto que ninguna de ellas coincide plenamente con las posiciones cubanas. Prefieren sabotearlas bajo cuerda y aparentar públicamente que no tienen miedo al radicalismo.

Volvamos al caso boliviano. La Conferencia Tricontinental de La Habana marca el punto culminante de uno de los sorprendentes virajes del castrismo. Partiendo de una posición muy próxima a la china o por lo menos equidistante entre los dos bloques del mundo "comunista", concluye subordinándose al Kremlin y cañoneando públicamente a la China, que no otra cosa fue la denuncia del no envío de arroz a Cuba. La tricontinental resultó monopolizada por los rusos, que a través de los cubanos pudieron asestar un rudo golpe a sus adversarios.

La delegación boliviana del CODEP (el más amplio frente de izquierdas hasta ahora conocido) fue simplemente eliminada de la Conferencia porque fue catalogada como prochina y porque así se le hacía el juego al diminuto y agonizante PCB pro-soviético. Se ha denunciado que en otros países se eliminaron arbitrariamente

delegados o se fraguaron representaciones con la finalidad de favorecer a los partidos comunistas oficiales. En la decisión burocrática de los acuerdos de la Tricontinental y en su excesivo sectarismo se encuentra uno de los antecedentes más lejanos del fracaso de las guerrillas del sudeste boliviano. La política adoptada por La Habana encajaba perfectamente en el boycot a todo movimiento guerrillero que fuese la expresión de un real movimiento de masas.

El gobierno boliviano ha cometido una enorme incongruencia al perseguir como promotores de las guerrillas, que según él fueron ordenadas por la Tricontinental y se desarrollaron conforme a los esquemas que habría aprobado anteladamente, a quienes fueron marginados, precisamente, de la reunión de La Habana. Guardamos silencio sobre este problema debido a nuestra solidaridad con las guerrillas del sudeste.

Ni siquiera en la Tricontinental desaparecieron las fricciones entre la impetuosidad revolucionaria del castrismo y la poltronería de los abogados defensores de la coexistencia pacífica. Las resoluciones, producto de un compromiso en las cumbres, dejaron al movimiento revolucionario latinoamericano bajo el comando de Castro, pero resultaba evidente que éste ofreció trabajar a lo largo del Continente con y a través de los partidos comunistas burocratizados. Este acuerdo, que solo podría funcionar por tiempo sumamente breve, estaba condenado a concluir en fracaso, sobre todo tratándose de la lucha armada. La política internacional moscovita para América Latina se orienta con firmeza hacia el establecimiento de relaciones comerciales y diplomáticas con todos los regímenes de corte burgués y títeres del imperialismo yanqui, comprendidos aquellos que atacan sañudamente a Cuba, persiguen sin tregua a los comunistas guerrilleros (Chile, Venezuela, Uruguay, Colombia, etc.) Moscú cuidadosamente va apartando, uno tras otro, a los partidos comunistas latinoamericanos de la línea de Cuba y utilizándolos como punta de lanza en su lucha contra el castrismo y la lucha armada (Venezuela y la Argentina, por ejemplo). Esta actitud no

puede menos que contrariar a un régimen que tan apasionadamente fomenta y defiende al movimiento guerrillero en el continente. Otro hecho acaso más importante todavía: la URSS hace serias concesiones al imperialismo a fin de efectivizar su errada política de coexistencia pacífica. Las concesiones se refieren a la promesa de no intervenir en la vida interna de los otros Estados y, sobre todo, de no alentar subversiones antigubernamentales; simultáneamente, se procura que todas las diferencias o conflictos internacionales sean resueltos a través del arbitraje de las Naciones Unidas o como ponencia pacífica. La conducta de Cuba es otra: llama pública y abiertamente a los pueblos latinoamericanos a rebelarse contra la opresión imperialista y a los revolucionarios les insta a pasar de la propaganda y de las manifestaciones bulliciosas a la lucha armada. Castro y la radio de La Habana no cesan de pregonar en alta voz que todo el que tome las armas tiene el apoyo material y moral de Cuba. El envío de guerrilleros y material subversivo a otros países no es más que la respuesta obligada al intervencionismo descarado que practica el imperialismo.

En la Tricontinental se sentó la tesis justa de que la liberación de los pueblos latinoamericanos podría lograrse únicamente a través de la lucha armada. Cuba impulsa y propaga la lucha guerrillera, los partidos comunistas la sabotean. La ruptura se perfiló como inevitable desde el primer momento y se puede decir que ahora está totalmente consumada. El acuerdo de Castro con el stalinismo no solo ha importado una lamentable pérdida de tiempo, sino que ha introducido factores negativos en el seno mismo del movimiento guerrillero. Hemos señalado otro de los elementos que prepararon el fracaso de las guerrillas bolivianas. Debray, desde el banquillo del acusado, señaló a los partidos comunistas bolivianos como responsables de la muerte del Che Guevara. "Regis Debray dijo que los partidos comunistas de Bolivia tienen parte de responsabilidad en la derrota de las guerrillas y la muerte de Ernesto Che Guevara.

Expresó que no supieron prestarle la ayuda necesaria y que lo abandonaron cuando más la requería".[6]

Castro ha censurado en público muchas de las facetas de la política soviética y ha declarado, en tono sentencioso y desafiante, que la revolución cubana no reconoce tutela de ninguna naturaleza que nadie puede dictarle, desde fuera, las normas de su acción diaria.

Después de la Conferencia de La Habana el stalinismo, sacando conclusiones abusivas de las concesiones hechas por Castro, se creyó dueño absoluto del movimiento revolucionario continental y pretendió convertirlo en su apéndice. En algunos países se organizaron agencias de OLAS, encargadas de efectivizar los acuerdos de La Habana, con un criterio estrechamente sectario, marginando a todo aquel que daba muestras de no comulgar con la política derechista y conciliadora de los partidos comunistas. En otros lugares, allí, donde el stalinismo está completamente aislado y cercado por el repudio popular como en Bolivia, por ejemplo, no se hizo el menor esfuerzo para llevar al terreno organizativo las recomendaciones de la Tricontinental. El resultado de los gruesos errores cometidos por el castrismo, se traducen en la carencia de una poderosa organización de masas que se coloque a la cabeza del movimiento revolucionario latinoamericano y de la misma lucha armada. Los hilos de las guerrillas de los diversos países conducen invariablemente a Cuba. La naturaleza de las guerrillas propugnadas por el castrismo se explica por estos antecedentes.

Si Castro hubiese persistido en la línea de trabajar por intermedio de los partidos comunistas es claro que habría tenido que abandonar la intransigencia revolucionaria y perder su condición de caudillo latinoamericano, que le es tan grata. Por suerte para él y también para la revolución ha seguido una conducta diferente: ha persistido en su práctica de apoyarse en los expulsados de los

---

[6]J.C.M. van Waes: "Los partidos comunistas tienen responsabilidad en la muerte de Che Guevara", *El Diario*, 22/10/1967.

partidos comunistas o en sus minorías opositoras para llevar adelante la lucha guerrillera, que no es bien vista por Moscú y a veces ni por Pekín. Si observamos el problema desde el punto de vista de la realización de las consignas, debemos concluir que esta conducta es por demás justa.

La preparación de las guerrillas de Ñancahuazú, se realizó casi al margen de los dos partidos comunistas bolivianos. Si bien algunos de sus militantes o ex-militantes participaron en las acciones, las organizaciones partidistas como tales se mantuvieron a medias al margen. El partido pekinés llegó al extremo de expulsar al grupo que se declaró partidario de la acción armada. Los pro-guerrilleros o castristas comenzaron a moverse como un partido aparte. Los jefes de las guerrillas, conscientes de que las direcciones comunistas eran contrarias a sus actividades, llegaron al extremo de exigir la renuncia de la militancia partidista como condición para tener el derecho de sumarse a las guerrillas. Este extremo ha sido corroborado por declaraciones públicas de dichos partidos y por informaciones indirectas que poseemos. Las discusiones de los moscovitas alrededor del monopolio de la dirección de las guerrillas sirvieron para encubrir la oposición a la lucha armada.

La Juventud Comunista pro-rusa ha expresado: "las guerrillas no son creación nuestra, ni responden a una planificación previa de nuestra parte, es simplemente una realidad que escapa al control de nuestras previsiones y como a tal hay que enfrentarlas" y concluye tipificando la naturaleza del "apoyo" comunista: "nuestro Partido ha manifestado su apoyo oficial al movimiento guerrillero para demostrar su dinamicidad".[7]Ni duda cabe que se trata de un apoyo diplomático, que ha sido expresado por necesidades momentáneas y no por identidad con las guerrillas.

El PCB ruso conoció, indiscutiblemente, los trajines preparatorios y prestó ayuda (por lo menos parte de la dirección y grupos

[7] *Crítica*, 12/05/1967.

de militantes) a los que venían de Cuba. Diremos que dejó hacer las cosas, sin haber en ningún momento tomado en sus manos las tareas preparatorias, como era su deber. No se ha declarado categóricamente en favor de la lucha armada, pero tampoco tuvo el coraje suficiente para pronunciarse en voz alta contra las guerrillas. En un comienzo la actitud premeditadamente dubitativa le permitió al PCB no romper ostensiblemente con La Habana (esto podría haberle sido perjudicial en las relaciones con su militancia), negociar a nombre de las guerrillas y, simultáneamente, no comprometerse de manera directa y pública. Los burócratas pusieron especial cuidado en no aparecer comprometidos en la dirección y operación guerrilleras. Cuando uno de sus dirigentes se vio obligado, estando en La Habana, a declarar expresamente su apoyo a las guerrillas, no se dejó esperar la desautorización de la camarilla que tranquilamente paseaba por las calles paceñas. Los temibles revolucionarios pudieron defender la legalidad de su organización y sus vínculos con el gorilismo. El Ministro de Gobierno Antonio Arguedas, antiguo militante de la Juventud Comunista, se esmeró, inmediatamente después del 23 de marzo, en lavar de toda culpa o sospecha al PCB ruso como organización cuando sostuvo que los promotores y directores de los guerrilleros eran del POR, el PCB pekinés y una fracción disidente -solo una fracción- del PC ruso. El gobierno no molestó para nada a este partido y hasta parece que deseó dejarle una escapatoria en el decreto de proscripción de las actividades comunistas del II de abril de 1967,[8] que habla del POR y del PC en abstracto, sin especificar a cuál de sus ramas se refiere; los alcances de la persecución autorizaba a concluir que para las autoridades se trataba de la rama pekinesa. Se modificó en parte este panorama desde que la CIA tomó a su cargo la labor represiva.

Parece que nadie sospechaba que Arguedas fuese agente de la CIA, como ha informado el mismo ex ministro. Lo cierto es que

[8] *El Diario*, 12/04/1967.

este señor, cuyo cinismo e inestabilidad psíquica ya no están en discusión, aún no ha dicho todo lo que sabe y que continúa manteniendo relaciones con la policía norteamericana. Si esto no fuera así no se explicaría por qué la CIA, teniéndolo en sus manos, lo ha llevado por Inglaterra, EEUU, Perú, para luego dejarlo en Bolivia.

No se puede descartar simplemente la tesis de que ha sido la misma CIA la que se ha dado modos, seguramente utilizando a Arguedas, para hacer llegar el Diario del Che a La Habana, porque su publicación por canales cubanos podía ayudar a demostrar la injerencia de Cuba en la política interna de los países latinoamericanos. Las explicaciones de Arguedas sobre las razones por las que se tornó pro-castrista no merecen ser tomadas en cuenta por muy infantiles.

Documentos publicados posteriormente (particularmente fragmentos del diario del Che y que entonces se dudaba de su autenticidad) permiten establecer las verdaderas relaciones que existieron entre algunos dirigentes del PCB (no hablamos de la dirección en su integridad) y las guerrillas. Se puede afirmar que hubo total ruptura entre ellos y hasta el sabotaje de los moscovitas, como sostiene insistentemente.

Las autoridades sostienen que los siguientes párrafos aparecen en el diario de un médico cubano muerto en la lucha:

"Diciembre 31 (1966). Hoy llegó Mario Monje, el Secretario General del Partido Comunista de Bolivia. Conversó con Ramón. Le hizo conocer tres condiciones para quedarse en la guerrilla. Primero: que va a renunciar a su cargo, porque su partido no apoya al movimiento guerrillero. Segundo: ser reconocido como jefe político y militar de las guerrillas, mientras actúen en territorio boliviano, y tercero: libertad para discutir con todos los partidos a fin de conseguir su apoyo. A la segunda condición, Ramón ['Che'] dijo a Monje, 'el jefe soy yo'. Luego Monje hizo abandono del campamento".[9]

[9] *El Diario*, 19/10/1967.

Lo anterior nos permite concluir que los elementos del PC ruso que aparecieron en las guerrillas del sudeste no actuaron como fracción de este partido sino a título personal o representando a una tendencia opositora a la dirección (ciertamente que no organizada).

En el seno del PC pro-chino las cosas ocurrieron con algunas variantes. Algunos meses antes apareció un núcleo directamente controlado por los cubanos y sumamente peligroso para la dirección nacional, muy probablemente organizado por el castrista peruano Negrón. Estos elementos intervinieron en la preparación de las guerrillas desde el primer momento. El PC se vio obligado a discutir (discusión que no fue más allá de los niveles de la alta dirección) acerca de la conveniencia o no de participar en dicho movimiento. La resolución no solamente negó la inmediata aplicabilidad de las guerrillas, sino que expulsó del PC al reducido núcleo castrista. Es este grupo, timoneado por el ex minero Guevara, el que participó en las operaciones guerrilleras y los trabajos de contacto. El PC como organización no estuvo representado en el sudeste.

Las disputas anteriores, si bien permanecieron ignoradas por el grueso de la militancia, llegaron a ser conocidas en los medios diplomáticos. *La Mañana* del 19 de mayo[10] registró un informe confidencial que sobre las guerrillas redactó el Encargado de Negocios del Uruguay en La Paz, Gualberto Urtiaga. El mencionado documento dice que

"…el movimiento se originó en desinteligencias dentro del Partido Comunista: una borrascosa sesión celebrada en el seno del PC de Bolivia, hace ya un año, en la cual algunos militantes recriminarían a sus directivos por la falta de acción adecuada, que estaría esterilizando sus vidas y anquilosando la estructura de sus organizaciones. Cabe hacer notar que ese movimiento anti-jefe dentro del comunismo criollo

[10]Cable de *Inter Press Service*, fechado en Montevideo el 19/05/1967.

solo llegaba a los niveles mismos de la acción sin traducirse en una nueva escisión partidaria".

Hemos comprobado por otros canales que, en lo esencial, la información es exacta.

Es el POR boliviano el que mayor atención le ha prestado al problema de las guerrillas, no solamente que ha discutido y escrito sobre este método de lucha, sino que ha realizado trabajos preliminares para su constitución. Era opinión generalizada que las guerrillas (si se las considera como expresión del desarrollo político boliviano) solo podían ponerse en pie teniendo como eje a los poristas y a su partido. Pero en la preparación de las guerrillas de Ñancahuazú y en el desarrollo de las operaciones siguió imperando, toda vez que se trataba del trotskismo, el sectarismo suicida. Lo que en un comienzo no fue más que imposición rusa se convirtió luego en norma invariable. Castro cometió el tremendo error de dividir el movimiento guatemalteco y de atacar acremente a Sosa desde la tribuna de la Tricontinental. Este antitrotskismo enfermizo y absurdo caracterizó la preparación de las guerrillas y los intentos que se hicieron por justificarlas, teóricamente. La consecuencia fue marginar a los poristas obedeciendo órdenes venidas desde lejos y se cerraron las puertas para evitar su futura participación. Semejante sectarismo no podía menos que debilitar al movimiento guerrillero. He ahí una manera de proceder que debe ser radicalmente desterrada en el futuro. La *¿Revolución dentro de la revolución?* de Debray es, en cierta medida, un libro antitrotskista lleno de falsedades.

Puede la guerrilla estar formada por la militancia de un solo partido, obedecer ideológicamente a una sola corriente y moverse bajo el control de un único partido. Con todo, nos parece que esto puede ocurrir en circunstancias excepcionales. La situación boliviana exige un otro tipo de guerrilla, aquella que sea el resultado del frente único de las tendencias obreras.

Las guerrillas moldeadas por los cubanos lo que sienten hacia el partido es desprecio, porque ellas se consideran la verdadera dirección política y si otros núcleos revolucionarios funcionan al margen de ellas son calificados como peligrosos competidores. Para semejante mentalidad la guerrilla no puede ser una forma de frente único porque es considerada como otro partido, cuya ideología es impuesta desde el exterior. Lo ideal sería que las guerrillas bolivianas sean organizadas por la labor conjunta y coordinada de los partidos y tendencias revolucionarios, que, de una y otra forma, expresan los intereses y pensamientos de las masas.

Se nos dice que a la larga el movimiento guerrillero debe asumir las características tradicionales del partido político, esto cuando se ingrese a la etapa de la construcción socialista. Sin decirlo se ha establecido una pintoresca división del trabajo: la guerrilla estaría formada por osados caudillos de la insurrección, mientras que el Partido sería la concentración de pacientes y talentosos administradores. Lo único que falta es que se escriba la sentencia de "cada uno a su debido lugar". Se cree que así se generaliza la experiencia cubana, cuya aplicación en los otros países se la presenta como obligatoria.

El Movimiento 26 de Julio apareció y se desarrolló en circunstancias realmente excepcionales. El completo descrédito de la dictadura de Batista y el odio que sentía hacia él el pueblo en general, convirtieron al movimiento guerrillero en el canal de expresión de esos sentimientos populares y esto casi de inmediato. El stalinismo cubano, tremendamente desacreditado por sus sucesivas traiciones y su apoyo a Batista, comenzó declarándose contrario a las guerrillas. La ninguna relación entre el Movimiento 26 de Julio y el "comunismo" de la isla del Caribe le facilitó su aproximación al pueblo en lugar de distanciarlo de éste. Sin dificultades se fue entroncando con la agitación que estremeció a todo el país, tarea facilitada por la virtual inexistencia de una dirección revolucionaria obrera. Nosotros conocimos un caso parecido con el MNR. Las guerrillas

castristas no tuvieron que enfrentarse, al menos en sus comienzos, con las fuerzas represivas norteamericanas y, más bien, contaron con la simpatía de una parte de la burguesía imperialista, de aquella que no pudo beneficiarse con la política de Batista.

En Bolivia los partidos marxistas, a pesar de su poco peso numérico y de sus múltiples errores y deficiencias, encarnan la oposición antigorilista y esto porque entre el gobierno y aquellos hay un profundo abismo. El hombre de la calle cierra los ojos ante sus errores porque sabe que, aunque con limitaciones, expresa sus inquietudes, sus necesidades, y su repulsa a la dictadura militar. Darles la espalda constituye un error en quienes están empeñados en ejecutar tareas revolucionarias, pues voluntariamente renuncian a utilizar un puente que puede permitirles soldarse con las masas. La cacería de brujas y la sistemática represión policial convierten a los pequeños núcleos marxistas en polarizadores de la atención pública, cuya influencia política aumenta a diario, aunque puede detenerse su fortalecimiento organizativo o marchar muy lentamente. El pretender sustituir al partido político, cuando existe realmente y lucha de manera pública contra el gorilismo y la opresión imperialista, constituye un grueso error. Puede momentáneamente obstaculizar el ascenso de las masas porque las desorienta y la dirección bicéfala concluye por confundir y desmoralizar a la clase obrera. La inesperada aparición de las guerrillas, sin conexión vital con los partidos de izquierda y, por tanto, sin ningún deseo de coordinar sus movimientos con la acción política partidista, lo más que puede encontrar en las masas es pasiva curiosidad y, a veces, hasta fría indiferencia. Cuando existen organizaciones políticas que cotidianamente batallan contra el gobierno resulta fatal que las guerrillas no encuentran suficiente eco en ellas y mucho más que ambas no ajusten sus movimientos con referencia a una misma estrategia. Parece que los castristas parten de la certidumbre de que todos están obligados a apoyar y aplaudir lo que hagan sin importar lo que sea y aunque se les niegue participar en la elaboración de

dichas acciones. El apoyo lírico, de compromiso, como si se tratara de un acto meramente diplomático, no faltará nunca: la discusión sobre la forma de aplicación del método de las guerrillas y su oportunidad cesa cuando éstas estallan y debe ceder su lugar al apoyo militante. No se trata simplemente de esto, sino que las acciones guerrilleras obedezcan a un plan político, que únicamente puede ser establecido por el partido que actúa en los grandes centros urbanos y en el seno de importantes concentraciones obreras. Esto se explica si se considera que la guerrilla, que por tal o cual motivo puede aparecer como algo importado desde el exterior, debe soldarse con el movimiento de masas, porque su destino es desembocar en la insurrección popular o bien promoverla. No puede constituir un objetivo loable el que las guerrillas se eternicen en las montañas. Dadas las actuales condiciones políticas del país, las guerrillas deberían ser parte del frente de izquierdas y estar políticamente subordinadas a él. El ultimatismo esgrimido por los sectarios solamente puede ocasionar graves daños.

Capítulo IV

Las guerrillas y las masas

1. Aislamiento de las guerrillas. Hay que dejar establecido con toda claridad que el lado vulnerable de las guerrillas de Ñancahuazú ha consistido en que, habiendo sido importadas del exterior (por lo menos su columna vertebral), han permanecido como algo exótico y extraño al país. Un foco creado por hombres temerarios, pero totalmente aislado y perdido en el sudeste, eso ha sido la guerrilla. El Ejército ha tenido relativa facilidad para tender un cordón sanitario alrededor de Ñancahuazú y alejarlo del resto del país y sus problemas. Las fuerzas armadas, después de encerrar a los guerrilleros como en una cubeta, han esperado con paciencia que los insurgentes abandonasen sus cubiles, empujados por el hambre, la falta de comunicaciones, las enfermedades, el cansancio, la falta

de municiones, los primeros brotes de hostilidad del oportunismo campesino, etc. De esta manera el tiempo, un factor normalmente utilizado por los guerrilleros contra el ejército regular, se convirtió en el elemento más desfavorable para los rebeldes, lo que viene a demostrar la pésima situación a la que fueron empujados.

Las guerrillas, por muchas razones, pueden iniciarse en zonas alejadas del agro, pero necesariamente deben proyectarse hacia los centros vitales. Algo más, esas guerrillas deben procurar confundirse con la población, ser parte de las regiones donde actúan. El uso de uniformes especiales va, en realidad, contra su propia esencia.

Las noticias sobre las guerrillas llegaban hasta el grueso público a través de los canales oficiales, lo que equivale a decir que se distorsionaban los hechos conforme a las conveniencias de las autoridades. Los guerrilleros en ningún momento mantuvieron vinculación directa con los grandes centros, con las masas, y sus contactos con las aldeas próximas a sus guaridas les fueron cortados sistemáticamente. El cuadro no podía ser más doloroso: el puñado de bravos luchadores, destinados con anticipación al sacrificio, se batía ejemplarmente en las breñas salvajes, mientras un ejército poderoso ex profesamente entrenado, armado y comandado por los yanquis iba cerrando lentamente el cerco de fuego y tomando posiciones antes de proceder a la sucia cacería humana, ejecutada en proporciones y con una ferocidad sin precedentes. La tragedia se desarrolló ante la mirada atónita de un pueblo aparentemente insensible, sin que se levantase ni una sola voz para denunciar el asesinato en masa o el hecho de que los guerrilleros indefensos hubiesen servido para que los oficiales ejercitasen su puntería. Es cierto que el pueblo tampoco siguió al Ejecutivo en las farsas judiciales que armó con la finalidad de despertar los sentimientos chovinistas de las masas, de ocultar la intervención extranjera en la represión de las guerrillas y sus propios crímenes.

La indiferencia popular está lejos de constituir una actitud ideal tratándose de las guerrillas, pero es el resultado de que ellas no han nacido de la entraña misma del pueblo y éste en ningún momento las ha considerado como propias. Las fracciones armadas tenían ante sí la tarea de ganar a la opinión pública y es eso lo que, precisamente, no hicieron. ¿Puede concebirse una situación más anómala para un movimiento que se reclama de la revolución y que pretende libertar a las masas y a todo el país?

Las guerrillas del Movimiento 26 de Julio eran parte del pueblo cubano; las de Bolivia, aunque en ellas participaron bolivianos, fueron traídas desde el exterior, por encima de toda consideración acerca de la situación del país. Del punto de vista de la revolución boliviana su exotismo las condenó al fracaso desde el primer momento. No solo nacieron aisladas de las masas, sino que no se hizo nada para superar esa anomalía. Esta es una falla que debe ser radicalmente vencida si no se quiere la repetición de grandes descalabros en la lucha guerrillera.

2. Lucha continental. No puede ser una justificación el argumento de que Ñancahuazú era un simple eslabón de un plan continental: instalar focos guerrilleros en la mayor parte de los países latinoamericanos, moviéndose bajo la dirección cubana, para facilitar la lucha contra el imperialismo y las dictaduras criollas. Si se observa desde este plano, la aparición de nuevas guerrillas constituye un hecho de importancia enorme porque coadyuva al movimiento continental; sin embargo, su aislamiento, su falta de ligazón con las masas se transformará, a la larga, en una de las causas de su progresivo debilitamiento. La revolución latinoamericana comenzará incorporándose dentro de las fronteras de un país y luego se proyectará al plano continental. La subversión simultánea en todos los países no es más que una utopía.

Los bolivianos observan la conducta de los partidos que en estos momentos actúan dentro de las fronteras nacionales y son objeto

de su crítica, así buscan a su propia dirección. Las guerrillas, a fin de no reducirse a una dispersión inútil de energías, deberían apuntalar al partido obrero que pugne por incorporarse y no aparecer como otra dirección más, pues así llegaría a fortalecerse a sí misma. En el futuro debe evitarse el error de promover o acentuar el aislamiento o el antagonismo entre el partido obrero y las guerrillas. Puede ser que una banda armada posea una elevada politización, pero por su acción diaria se presenta como interesada únicamente en las operaciones bélicas, al margen de todo plan de orientación política. Si nos abandonáramos al control exclusivo de las guerrillas no habría más que conformarse a que las masas se muevan sin dirección alguna. La política y las accíones multítudinarías irrumpen por un lado y las guerrillas por otro. La virtual carencia de la dirección política obstaculiza, siempre que no impida del todo, la coordinación y fusión de ambos factores.

Tenemos plena conciencia de que constituiría una torpeza limitar la lucha revolucionaria dentro de los estrechos marcos del nacionalismo chovinista, pues necesariamente debe adquirir dimensiones internacionales. Pero, el internacionalismo, no puede consistir en que se impongan desde afuera ciertas formas de lucha con absoluta prescindencia de las necesidades reales y grado de organización de los movimientos nacionales, en que se intente dar vida a guerrillas trasplantadas desde el exterior y que nada tienen que ver con las masas. Si se opera así quiere decir que deliberadamente se ha escogido el camino de la segura liquidación de todo movimiento revolucionario. Coordinación internacional (una de las debilidad es del movimiento revolucionario latinoamericano radica en su inexistencia) es cosa diferente al servil sometimiento a una dirección foránea. Desgraciadamente la OLAS no cumple las funciones técnicas para las que fue creada.

La lucha revolucionaria en general y consiguientemente las guerrillas, tienen necesariamente que cumplirse en escala continental y esto porque tienen en el imperialismo, una fuerza internacional, a

su peor enemigo. La represión del movimiento guerrillero ha pasado a ser una operación dirigida por el Pentágono, la CIA y el FBI norteamericanos. Las dependencias de los gobiernos nacionales se limitan a moverse bajo las órdenes de los instructores yanquis. Por otra parte, el imperialismo ejecuta esas tareas no únicamente en Latinoamérica, sino en todo el mundo.

Desde la época de la rebelión castrista en Cuba, el imperialismo ha acumulado una gran experiencia en la lucha antiguerrillera y ahora es preciso hacer frente a un poderoso aparato represivo, entrenado y equipado para actuar en cualquier parte del mundo. Las experiencias más diversas han sido concentradas en un comando único. Todo esto es proclamado con orgullo por los yanquis y sus sirvientes.

A mediados de mayo se reunieron en Colombia los oficiales de inteligencia de los ejércitos americanos (incluidos, naturalmente, los agentes de la CIA) para intercambiar las experiencias adquiridas en la represión de los movimientos subversivos.[11]

Según la agencia informativa norteamericana AP[12] el senador chileno Volodia Teitelboim denunció que "los Estados Unidos, mediante el pacto, ha enviado expertos, escuadrones de boinas verdes y equipos para combatir las guerrillas."

Presencia del 21 de mayo publicó una fotografía del mayor Rafael Shelton, instructor norteamericano en lucha antiguerrillera que opera en la base de entrenamiento ubicada en el ingenio "La Esperanza" de Santa Cruz.

Podría ponerse en tela de juicio la anterior denuncia debido a la filiación política de quien la hizo y diremos que nos desagrada su actitud chovinista, pero hay testimonios cuya imparcialidad y anticomunismo no pueden ser objetados.

---

[11]Cable de la agencia AP, reproducido por *Presencia*, 19/05/1967.
[12]*Presencia*, 20/05/1967.

El vespertino parisino *Le Monde* del 16 de mayo, en un despacho de su enviado especial, en la zona guerrillera, sostiene que "soldados yanquis con uniforme boliviano combaten contra los guerrilleros". El desmentido cínico del oficialismo no se dejó esperar.

La prensa del 3 de mayo informa que por lo menos quince oficiales yanquis comenzaron a entrenar a destacamentos especiales en la táctica antiguerrillera. Por si esto fuera poco se anunció públicamente la llegada de agentes del FBI para interrogar a los subvertores que habían caído en manos del Ejército.

Los medios informativos ingleses fueron los primeros en hacer saber que grandes cargamentos de material bélico procedente de los Estados Unidos pasaron por Lima con destino a Bolivia. Los norteamericanos no se limitaron a enviar armas y equipos, sino que tomaron en sus manos su administración. El gobierno yanqui declaró públicamente que no entregaría todas las armas que le fueron pedidas, sino las estrictamente necesarias para combatir a las guerrillas. La declaración estaba dirigida a tranquilizar a los países vecinos y, también, expresaba la decisión de que las nuevas armas no fuesen puestas al alcance de las masas revoltosas.

La prensa publicó en lugar destacado la fotografía de tres helicópteros yanquis enviados a la zona guerrillera y uno de los cuales cayó destrozado en circunstancias sumamente misteriosas.[13]

El artificioso nacimiento de focos guerrilleros exóticos y extraños al país puede justificarse si con ese paso desesperado podría defenderse la existencia de la revolución cubana (que es vital para toda Latinoamérica) frente a un inminente zarpazo del imperialismo. Con todo, esta salvedad no puede aplicarse a las guerrillas de Ñancahuazú.

No se trata de cerrar los ojos ante la realidad o de embriagarnos con fraseología revolucionaria para no verla. Las guerrillas en el futuro deben organizarse teniendo en cuenta las verdaderas

[13] Ídem.

dimensiones del enemigo, es decir, de la inevitable intervención de los Estados Unidos y no únicamente del Ejército boliviano. En el sudeste se utilizaron efectivos, armas y equipos probados en el Vietnam y otras regiones. Toda la capacidad bélica del Ejército boliviano fue volcada sobre ese pequeño frente.

En un comienzo las autoridades engañaron a la opinión pública hablando de alrededor de cuatrocientos insurgentes en armas, pero finalmente se estableció que en ningún momento pasaron de sesenta. Ese pequeño foco fue materialmente aplastado por más de dos mil soldados de las fuerzas armadas. Si se pusiesen en pie mil guerrilleros todo el aparato represivo quedaría automáticamente reducido a la impotencia.

No dudamos que los guerrilleros tenían armas modernas, estaban bien entrenados y equipados (organizativamente pueden ser presentados, como un modelo), sin embargo, un pequeño foco único, precisamente por ser tal, no tenía posibilidades de resistir indefinidamente ni de derrotar a un enemigo monstruosamente grande con relación al puñado de rebeldes.

Hemos indicado que Ñancahuazú enseña la extrema vulnerabilidad del gorilismo y de su Ejército. Habría sido suficiente la apertura de otros frentes y el apoyo militante de las masas de las ciudades y de los centros de trabajo para modificar radicalmente la situación política y precipitar la derrota del Ejército. Lamentablemente no se orientó por este camino el comando guerrillero. Las guerrillas en el Vietnam resultan invulnerables porque son parte palpitante de todo un pueblo en armas. La consigna en el futuro tiene que ser no jugar a las guerrillas y cuando éstas se desencadenan deben propagarse rápidamente y soldarse con la creciente agitación popular.

Analizamos críticamente la experiencia cubana y las acciones revolucionarias habidas en otros lugares no por ser enemigos de esos movimientos, sino porque deseamos asimilar su obra y aplicar a nuestro país las lecciones que se desprenden de ella. Así entendía Lenin el internacionalismo:

"El movimiento socialdemócrata es, por su propia naturaleza, internacional. Esto no solo significa que debemos combatir el chovinismo nacional. Esto significa también que el movimiento incipiente en un país joven únicamente puede desarrollarse con éxito, a condición de que eleve a la práctica la experiencia de otros países. Para ello no basta conocer esta experiencia o copiar simplemente las últimas resoluciones adoptadas; para ello es necesario saber asumir una actitud crítica frente a esta experiencia y comprobarla por sí mismo. Todo aquel que se imagine el gigantesco crecimiento y ramificación del movimiento obrero contemporáneo comprenderá la reserva de fuerzas teóricas y de la experiencia política (así como revolucionaria) que es necesaria para cumplir esta tarea".[14]

3. Apoyo popular. Cuando hablamos de apoyo popular no nos circunscribimos a la muda simpatía que pueden sentir las masas hacia las guerrillas, sino, concretamente, al apoyo militante, al sostén económico y político que debe prestarle, a la coordinación entre las acciones bélicas y la agitación en las ciudades y centros de trabajo. La existencia misma de los focos guerrilleros y la aparición de otros nuevos llegaría a ser el resultado del apoyo de las masas.

La guerrilla que nace artificialmente o es importada en su integridad, resulta difícil que alcance a cumplir el objetivo señalado más arriba y para lograrlo deberían concurrir los esfuerzos tanto de los guerrilleros como del partido. La situación debe considerarse perdida si el movimiento guerrillero deliberadamente se aparta de esa finalidad, si actúa guiado por la extraña idea de que todos están obligados a apoyarlo y si no lo hacen incondicionalmente son contrarrevolucionarios.

Si las guerrillas hubiesen contado con el suficiente apoyo popular no hubiesen tenido tan trágico fin y bajo todas las circunstancias se hubiesen convertido en la columna vertebral de la movilización revolucionaria.

---

[14]Lenin: *¿Qué hacer?*, Moscú, 1960.

Solo en tres ocasiones se han patentizado acciones colectivas que, de manera directa no, apuntalaban a las guerrillas.

El 10 de mayo, en la alejada Trinidad, 2.000 personas (madres de familia) ocuparon la pista del aeropuerto para impedir el aterrizaje de los aviones del TAM y así evitar el traslado de los conscriptos a Camiri. El número de personas que participaron en el mitin es considerable para la capital beniana y consignamos el dato por haber sido difundido por periódicos y radios. En la región se dice que se trató de una acción espontánea. Si, como sostienen las autoridades militares, fue el resultado de la incitación política, el trabajo fue bueno, se utilizó un problema de interés popular para lograr el repudio masivo a la política del gobierno. Finalmente, los soldados fueron embarcados en la pista de un frigorífico próximo. Hablando con precisión se puede decir que las madres benianas no tenían intención de movilizarse en apoyo de las guerrillas, lo hicieron por estar cansadas de que sus hijos fuesen enviados a la muerte. Es lástima que se trate de un ejemplo aislado y nada se hubiese hecho por generalizarlo.

El 18 de mayo la ciudad de Potosí amaneció empapelada con afiches que expresaban el apoyo a las guerrillas. Como responsable figuraba un *Centro Rojo,* probablemente una fracción opositora dentro del PC soviético.

En la universidad paceña fue silbado el Presidente de la República cuando asistía a una reunión de médicos y en medio del tumulto se escucharon algunas voces que coreaban el estribillo de "Monteagudo-guerrillas".

No se pudo ni se buscó neutralizar el bombardeo de papel que contra las guerrillas lanzó el gobierno usurpando el nombre de ciertas organizaciones populares. Se debe indicar la pantomima de la marcha de los seiscientos campesinos vallunos con rumbo a Lagunillas (ni duda cabe que los caciques, tan preocupados de aprovechar todas las oportunidades para sus negocios, hicieron figurar a no pocos fantasmas).

Una supuesta Confederación campesina lanzó, el19 de mayo, su voto de repudio a las guerrillas y pidiendo, al mismo tiempo, la pena capital para los prisioneros. Para neutralizar los efectos de la valiente actitud de las mujeres benianas, se difundió la resolución de una Federación Campesina de alguna provincia perdida en la selva y en la que se declaraba que los desnutridos agricultores estaban dispuestos a marchar contra las guerrillas.

Hasta la Unión Boliviana de Estudiantes Cristianos (recién caemos en cuenta de que existe tan notable institución) salió pronunciándose contra los insurgentes y pidiendo severas sanciones para los que tuvieron la desgracia de caer en las manos del Ejército, todo invocando los principios del cristianismo.[15]

No merecen recordarse los gruesos adjetivos que contra los guerrilleros y Cuba pusieron en circulación el Frente de la Revolución Boliviana, el MPC, el PIR, el Partido Liberal, etc., porque se trata de la repetición servil de los discursos del general Barrientos.

Lo que sí tiene importancia es anotar que la obligada definición de posiciones frente a las guerrillas permitió que saliesen a primer plano las tendencias izquierdistas que se mueven tanto en el seno del FSB como del PIR y que hasta el último momento pugnaron porque sus partidos respaldasen al movimiento guerrillero. Las cosas han debido llegar a extremos insospechados para que la Falange limitase el número de sus portavoces autorizados, pues las declaraciones de algunos parlamentarios y dirigentes permitían creer que dicho partido había resuelto solidarizarse con los marxistas. Es cierto que a la larga el táctico bloque entre el gobierno y las tendencias derechistas de esos partidos ha logrado imponerse en toda la línea.

La opinión pública no pudo ser ganada en favor del movimiento guerrillero y este campo fue monopolizado por la campaña gubernamental, este hecho tuvo decidida importancia en la fijación de la conducta de las direcciones de los grandes sindicatos obreros,

---

[15] *Presencia*, 11/05/1967.

su silencio contraproducente dio pábulo a creer que no les interesaba en absoluto lo ocurrido en el sudeste. La Federación Ferroviaria de Yacuiba anunció que aplazaba el estallido de su huelga en vista de las dificultades creadas por la insurgencia guerrillera.

Mientras combatían los guerrilleros y las tropas comandadas por los yanquis, a todo lo largo y ancho del país se desarrollaba una tremenda agitación sindical y estudiantil. Peticiones de aumento de salarios, repudio a la política antiobrera del gobierno, huelga de estudiantes, defensa de los políticos encerrados en los campos de concentración eran cosa de todos los días. Pero el rasgo característico de todo este período consiste en que la agitación social sigue una dirección diferente al de las guerrillas, no hay entre ellas coordinación y ni siquiera vinculación de ningún tipo.

En tales condiciones no podía esperarse la rápida propagación del movimiento guerrillero, su fortalecimiento mediante la aparición de otros frentes y menos su supervivencia gracias al decidido y directo apoyo del pueblo.

4. Actitud de los campesinos. En medio del tremendo aislamiento de las guerrillas se presentaron como excepción sus relacionas con las pequeñas poblaciones circunvecinas de Ñancahuazú y, consiguientemente, con los campesinos de la zona. Estas relaciones no eran las que deben existir entre el caudillo y las masas y el vínculo que las unía no estaba formado por las consignas revolucionarias sino por el dinero. Los guerrilleros habían establecido precios políticos (superiores a los del mercado) para los productos agropecuarios, tocando así una de las fibras más sensibles del campesino, el interés económico. Cuando ya no pudieron comprar (el dinero se les acabó juntamente con los víveres y las municiones y el cerco no les permitió recibir ayuda) los productores (una gran parte pequeños e independientes) no les ofrecieron espontáneamente alimentos sino que tuvieron que requisarlos a la fuerza. Lo que ayer fue tolerancia real y fingida simpatía se tornó en resistencia. ¿Puede

darse una mayor prueba de que las guerrillas nacieron y vivieron como cuerpo extraño al país? Se ve claramente que faltó casi totalmente el trabajo político sobre el agro, que debe cumplirse en la etapa de preparación de las guerrillas, y esta deficiencia se pagó muy cara. El gobierno amenazó, halagó y sobornó a los campesinos para utilizarlos como guías y confidentes. Los periodistas dicen que leyeron las siguientes palabras en el diario del Che Guevara: "Los campesinos son impenetrables como las piedras. Cuando se les habla, parece que en la profundidad de sus ojos se mofaran".[16] Así de manera tan patética, queda sintetizada la tragedia de las víctimas de la desesperación revolucionaria que chocan con el lentísimo proceso de evolución de las masas. Esa especie de inmovilidad solo se rompe en momentos excepcionales, en los de exacerbación de la lucha de clases.

En el plano de las relaciones con los campesinos (que debería adquirir primerísima importancia para quienes propugnan la guerrilla campesina), los rebeldes de Ñancahuazú actuaron muy por debajo de los peruanos dirigidos por Hugo Blanco e inclusive de las huestes de La Puente-Lobatón. Blanco se hizo campesino antes de levantar a toda una comarca y asentar sus guerrillas en ese medio convulsionado. A pesar de todo, el movimiento peruano agonizó aislado del movimiento obrero de las ciudades, pagando caro el rasgo diferencial de la izquierda de ese país de ser un movimiento exclusivamente pequeño-burgués, o mejor, estudiantil.

La jerarquía castrense bien pronto se dio cuenta que éste era el flanco más débil de las guerrillas y agotó todos los recursos para tornarlo mucho más vulnerable. Repitiendo la táctica utilizada por los yanquis en el Asia, las autoridades se acordaron de solucionar los graves problemas de las poblaciones aledañas a Ñancahuazú; el Presidente y sus capangas llevaron medicamentos, útiles escolares, dinero para obras públicas, etc., además de sus discursos preñados

[16] *Última Hora*, 11/10/1967.

de demagogia y de mentiras acerca de los objetivos y conducta de los guerrilleros, con la finalidad de convertir a las aldeas en invulnerables a la prédica de los insurgentes y en centros de operaciones del oficialismo. Al país se le presentó el falso panorama de poblaciones íntegras movilizadas y montando guardia para impedir el asalto de barbudos y de campesinos dando caza a los insurgentes. El soborno y la presión obraron milagros en la conciencia de gentes tan poco politizadas. Ciertamente algunos regnícolas guiaron o siguieron a las tropas regulares. Los de Ñancahuazú hablaron de la traición de Vargas.[17] La verdad fue mucho más prosaica. Según *Crítica,* el Ejército movilizó a los chiriguanos, indomable tribu de la región, con la promesa de comprar un par de orejas de guerrilleros por la suma de un millón de bolivianos, suma fabulosamente grande para selvícolas que prácticamente se están muriendo de hambre. Posteriormente, se arrojaron desde aviones volantes que prometían fuertes recompensas de dinero por la captura del Che Guevara y demás guerrilleros. Los campesinos respondieron con su indiferencia, demostrando que no estaban dispuestos a poner en riesgo sus vidas. Para ellos los guerrilleros no pasaron de ser una curiosidad y gentes extrañas que pagaban bien por sus desvalorizados productos; pero el Ejército seguía siendo un monstruo temible, con quien era mejor llevarse bien.

El no haber ganado a las poblaciones campesinas y a las mismas tribus para el movimiento revolucionario, movilizándolas tras consignas que respondiesen a sus actuales y palpitantes problemas, ha constituido uno de los tremendos errores del movimiento guerrillero. Cuando el precio político de las mercancías es el único vínculo entre el insurgente y el campesino, éste último puede cambiar de bandera y hasta convertirse en traidor inmediatamente que aparezca quien cotice mejor sus servicios.

---

[17] *Prensa Libre*, 01/05/1967.

Del supuesto diario de campaña del Che tomamos el siguiente párrafo: "Los campesinos no nos sirven más que como informadores…"

Revisando la experiencia dejada por la larga lucha guerrillera de la Independencia se hubiese aprendido que la organización de las fuerzas irregulares y el propio desarrollo de las operaciones puramente bélicas no deben nunca realizarse al margen de las masas campesinas y de las aldeas. Nuestros antecesores en la lucha armada supieron arrastrar detrás de sí a las mismas tribus salvajes y se movieron prácticamente rodeados por la ululante masa campesina. La zona de Lagunillas-Monteagudo fue escenario de este tipo de lucha. Durante la revolución federal, los explotados del agro formaron guerrillas teniendo como eje al ejército rebelde.

La guerrilla revolucionaria debe vivir en los núcleos campesinos, debe ayudarles a resolver sus problemas, trabajar con los labriegos en sus tareas propias, aprender de ellos el conocimiento del terreno de los escondrijos y de las sendas invisibles y, principalmente, recibir ayuda de ellos para su alimentación. Esta conducta es la regla cuya vigencia no discutió nadie en el pasado y que conserva toda su vigencia a pesar de todas las innovaciones tecnológicas introducidas en el campo de la guerra.

Las guerrillas de Ñancahuazú se olvidaron de dicha norma que tiene validez universal y pretendieron (intento que se desprende de los antecedentes que hemos anotado) realizar un movimiento de otro tipo. Para ellas, en la etapa preparatoria y en sus inicios, los problemas logísticos estaban resueltos de antemano porque los abastecimientos y la ayuda material de todo tipo serian enviados, regular y oportunamente, desde un centro exterior cualquiera. Lo que en un comienzo pareció una ventaja evidente se convirtió, a la larga, en la más grande debilidad de las guerrillas. Ganar políticamente a la masa campesina y ajustar el programa de los insurgentes a las necesidades reales del país y de sus mayorías, constituyen

actividades indispensables para fortalecer al movimiento guerrillero, corresponden a la etapa del gateo en el crecimiento del niño.

Capítulo V
Fisonomía política de las guerrillas

1. Programa e ideas de las guerrillas. Si alguien quiere ganar a los pobladores de una región y arrastrarlos detrás de sí, tendrá que comenzar proclamando quién es y qué quiere, es decir, describiendo su filiación política y sus propósitos del momento. Nuestros héroes no tuvieron esa preocupación y tampoco la sintieron como una necesidad inmediata. Acaso pensaron que los disparos y el valor de los rebeldes eran suficiente programa para ganar a todo el pueblo que se aprestaba a librar batallas definitivas contra el gorilismo. El heroísmo y la acción sobraron y faltó la idea, tremenda omisión si se tiene en cuenta que la guerrilla nació con la intención de convertirse en dirección revolucionaria de todo el pueblo. Estuvo ausente la fe capaz de empujar a las masas a la lucha y de transformarlas en temerarias. No apareció el caudillo político boliviano con el suficiente volumen para convertirse inmediatamente en el polo aglutinador del creciente descontento popular.

La guerrilla revolucionaria encarna una forma particular de la lucha del pueblo por su liberación y, por esto mismo, no puede prescindir de la enunciación sistemática de su ideología y de sus objetivos. Los explotados desean saber a cambio de qué ideales pueden ofrendar sus vidas. El instrumento programático tiene para el guerrillero (idea que no será nunca suficientemente subrayada) más importancia que las mismas armas, pues les permiten penetrar en las más vastas capas de la población y ganarlas para la revolución. Tan trascendentales como las batallas que se libran en las montañas son las que deben ganarse en los centros urbanos y sindicales para popularizar las guerrillas y lograr que las masas le depositen su entera confianza. En este terreno solo se pudieron palpar los

esfuerzos hechos por el gobierno para justificar su inconducta, llena de crímenes y excesos, y convencer que las guerrillas eran, nada menos que la fracción de avanzada de las tropas invasoras enviadas por un país enemigo. El oficialismo llenó periódicos y radios con su denuncia de que la guerrilla formaba parte del plan comunista destinado a entorpecer los planes de desarrollo, construcción de caminos, instalación de fábricas y una serie de paparruchadas por el estilo. De parte de los rebeldes no se escuchó ni una sola palabra orientadora.

Particularmente en los primeros momentos, correspondió al gobierno el monopolio del campo propagandístico. Presentó a los guerrilleros de la manera que quiso y les atribuyó los objetivos más insólitos y absurdos.

Una comisión de Muyupampa (R.P. Leo Schwartz, médico Mario Cuéllar y Subprefecto, Justino Arduz Gonzáles) contó con el contenido de una entrevista sostenida con los guerrilleros, habiendo uno de éstos intentado explicar los objetivos que perseguían:

"Nos hemos levantado porque estamos cansados de soportar tanta injusticia. Queremos cambiar el régimen actual porque somos la fiel expresión de la gente pobre.
...Estamos seguros de nuestros ideales y de que ésta es la única forma de cambiar el actual estado de cosas del país. Nuestra guerra no durará un año, sino muchos".[18]

El médico Flores, que fue a Ñancahuazú con la comisión de la Cruz Roja hizo saber que los guerrilleros le dijeron que su lucha no estaba dirigida contra los campesinos y sí, más bien, contra el gobierno; que su deseo era luchar contra el CITE, los rangers y otras tropas mercenarias.

[18] *Presencia*, 03/05/1967.

Puede ponerse en duda la exactitud de las anteriores informaciones y sostenerse que los datos que contienen fueron proporcionados por guerrilleros de base y no de dirección.

No merece citarse una pequeña hoja que se publicaba en La Paz a nombre del Ejército de Liberación Nacional porque prácticamente nunca dijo nada importante, además de que apenas si era legible.

También tenemos entre manos un documento que se dice fue confeccionado por la plana mayor guerrillera. Se trata del Comunicado número uno del Ejército de Liberación Nacional de Bolivia y que lleva el Subtítulo de "Frente a la mentira reaccionaria, la verdad revolucionaria".[19] Transcribimos el documento:

"El grupo de gorilas usurpadores, tras asesinar obreros y preparar el terreno para la entrega total de nuestras riquezas al imperialismo norteamericano, se burló del pueblo en una farsa comicial. Cuando llega la hora de la verdad y el pueblo se alza en armas, respondiendo la usurpación armada con la lucha armada, pretenden seguir su torneo de mentiras.

En la madrugada del 23 de marzo, fuerzas de la IV División, con acantonamiento en Camiri, en número aproximado de 35 hombres, al mando del My. Hernán Plata Ríos, se internaron en territorio guerrillero por el cauce del río Ñancahuazú. El grupo integro cayó en una emboscada tendida por nuestras fuerzas; como resultado de la acción, quedaron en nuestro poder 25 armas de todo tipo, incluyendo tres morteros de 60 mm. con dotación de obuses, abundante parque y equipo.

[19] *Prensa Libre*, 01/05/1967. La publicación de dicho comunicado tuvo inesperadas derivaciones judiciales. Se pidió al director que indique la fuente de información y habiéndose negado éste a hacerlo, fue enviado a la cárcel. Los periodistas de todo el país se solidarizaron con la digna actitud de su colega cochabambino.

Las bajas enemigas fueron: 7 muertos, entre ellos un teniente y 14 prisioneros…
Todos los prisioneros fueron puestos en libertad, previa explicación de los ideales de nuestro movimiento.
Nuestros hechos demostrarán la justeza de nuestras palabras. Lamentamos la sangre inocente derramada por los soldados caídos, pero con morteros y ametralladoras no se hacen pacíficos viaductos, como afirman los fantoches de uniformes galonados, pretendiendo crearnos la leyenda de vulgares asesinos.
Tampoco hubo ni habrá un solo campesino que pueda quejarse de nuestro trato y de la forma de obtener abastecimiento, salvo los que traicionando su clase se presten a servir de guías o delatores.
Están abiertas las hostilidades. En comunicados futuros fijaremos nítidamente nuestra posición revolucionaria; hoy hacemos un llamado a obreros, campesinos, intelectuales; a todos los que sientan que ha llegado la hora de responder a la violencia con la violencia y de rescatar a un país vendido en tajadas a los monopolios yanquis y elevar el nivel de vida de nuestro pueblo, cada día más hambreado".

Este documento (cuya autenticidad no ha sido posible comprobar), a pesar de ser el primero de su especie que fue emitido públicamente y que por esto estaba obligado a exponer, sistemática y ampliamente, los objetivos perseguidos por los guerrilleros, es sumamente magro y diremos que pasa por alto su obligación principal. Parecería estar escrito en clave; conteniendo definiciones implícitas. El nombre, de Ejército de Liberación de Bolivia puede pasar por la síntesis de todo un programa político. La liberación nacional es una de las tareas centrales de nuestra revolución, pero dirá nada o muy poco a las masas si se reduce a servir de nombre a un grupo de insurgentes.

El primer párrafo da a entender que el levantamiento estaba dirigido contra "el grupo de gorilas usurpadores" e instrumento del imperialismo. Este enunciado no pasa de ser una generalización que es repetida, casi textualmente, por todos los partidos

opositores, incluido FSB. Vivimos un momento político particular que nos obliga a delimitar con claridad dicha consigna: ¿qué clases sociales deben movilizarse y bajo qué dirección?; ¿qué caminos seguirá la lucha opositora?; ¿cómo coordinar la acción guerrillera con la movilización masiva en las ciudades y en los centros de trabajo?; ¿qué cooperación esperan y necesitan las guerrillas de la mayoría nacional?; ¿cuál la actitud de los grupos armados frente a los diversos partidos de izquierda que se reclaman del marxismo?; etc.

Si un documento no responde a esas y otras preguntas fundamentales, no puede ser considerado como una declaración programática, mucho más si no dice una sola palabra acerca de la naturaleza del futuro gobierno. Está bien que se luche contra el gorilismo (eso, por otra parte, lo dicen todos), pero falta puntualizar para qué. Las masas no se conforman ya con declaración tan general y sin fisonomía propia. Urge señalar qué tipo de gobierno sustituirá al gorilismo: ¿el gobierno obrero-campesino o uno democrático timoneado por la pequeña-burguesía?

El comunicado, después de lamentar el derramamiento de sangre inocente (la muerte de los soldados), expresa que los campesinos no podrán quejarse del trato que les dispensaron los guerrilleros y menos de la forma como adquirieron alimentos (ya sabemos que los compraban a precios elevados a fin de ganarse la simpatía de los productores). Esta declaración es sumamente sugestiva porque pone en evidencia el tipo de relaciones que voluntariamente estableció el guerrillero con los campesinos: el de compra-venta y no de apoyo a una política revolucionaria. En ningún momento se planteó la necesidad de soliviantar a los campesinos y propagar esa chispa por el resto del país. Para alcanzar esta última meta no era suficiente demostrar honradez al adquirir alimentos, sino plantear soluciones a los problemas actuales del campesinado de toda Bolivia y, particularmente, de la zona afectada por las guerrillas, donde no ha llegado aún en su plenitud la reforma agraria y

el gamonalismo sigue conservando las características descritas por Costa du Rels en *Tierras hechizadas.*

Esa extrema deficiencia en la exposición de los objetivos, ese deliberado amontonamiento de generalidades intrascendentes, esa sucesión de frases de compromiso no se debieron a la incapacidad o falta de politización de sus dirigentes, sino a su falta de conocimiento de la realidad boliviana y a la necesidad de no dislocar el frente interno. Los elementos nacionales, profundamente escisionados en pro-soviéticos y castristas (los pro-chinos expulsados del PCB adoptaron esta última postura), que por momentos pudo haberse traducido en el antagonismo entre bolivianos y cubanos, buscaban convertirse en el factor decisivo dentro de las guerrillas. Lo cierto es que el equipo enviado desde La Habana imponía despóticamente su voluntad y sus ideas; ¿Qué otra cosa podía esperarse de las relaciones entre el gigante Che y los pigmeos que se alistaron como guerrilleros, los más como simples elementos de relleno? Una categórica definición programática habría agudizado las discrepancias internas.

El problema sería diferente si las guerrillas fuesen la criatura de un solo partido o de un frente de izquierdas, su plataforma estaría establecida en el momento mismo de su nacimiento y se trataría simplemente de realizar los ajustes que impongan el desarrollo de los acontecimientos.

Que Cuba preste decidida y cuantiosa ayuda económica a la lucha armada, e inclusive política contra el imperialismo está bien y al hacerlo se limita a cumplir uno de sus deberes elementales. La victoria revolucionaría en cualquier país latinoamericano, no importando que se realice bajo el signo de tal o cual tendencia revolucionaria, fortalecería de inmediato a La Habana y para nosotros sería fatal su derrota. Las tareas descomunales del futuro impondrán que esa ayuda sea todavía acrecentada.

La resolución del PC cubano del 17 de mayo de 1967 dice:

"Se nos acusa de ayudar al movimiento revolucionario y efectivamente prestamos y prestaremos ayuda cuantas veces nos soliciten a todos los movimientos que luchan contra el imperialismo en cualquier parte del mundo.
¿Qué significan para el Vietnam las palabras de seguridad europea, coexistencia pacífica y otras frases idílicas por el estilo?"

El documento reitera su total apoyo a la lucha armada contra los gobierno lacayos.

Todo esto es correcto, pero no lo es que Castro anuncie a todo el mundo que está enviando ayuda a los revolucionarios de determinado país, pues tales bravatas ocasionan serios perjuicios a los partidos marxistas y facilitan la represión policial. Y algo más grave aún, concluyen despertando la resistencia popular a los partidos marxistas. La ayuda, para ser efectiva, debe ser enviada prestamente y no convertirla en alambicado discurso.

La ayuda que pueden recibir los partidos revolucionarios de organizaciones similares del exterior no nos parece nada anormal y está encuadrada dentro de la moral proletaria, siempre que esos recursos se utilicen para impulsar la lucha antiimperialista y no para engordar a algunos burócratas o retribuir con largueza su docilidad frente a sus amos. Lo adecuado será que esa ayuda se canalice a través de los organismos encargados de coordinar y dirigir la lucha revolucionaria en el continente, la OLAS, por ejemplo. Razones tácticas aconsejan que esa ayuda se realice discretamente.

Los gobiernos reaccionarios, partiendo de las declaraciones de Castro, encuentran el terreno adecuado para hacer aparecer a los movimientos revolucionarios como a simples apéndices de Cuba, como grupos de mercenarios bien pagados. Esta propaganda busca despertar en las masas los sentimientos de un estrecho nacionalismo, y a veces lo logra. Demostrar lo contrario supone para los partidos marxistas un gran derroche de energía y las autoridades disponen de recursos y el aparato estatal para justificar, usando

falsificaciones, los cargos más inverosímiles, incluso "legalmente". No nos está permitido falsificar la realidad: no existen en los países latinoamericanos ilimitadas garantías para la actividad revolucionaria y en casi todos ellos la legislación es contraria a las conexiones internacionales de izquierda. En estas circunstancias las declaraciones de Castro se convierten en una abierta provocación y no tienen razón de ser, porque no pueden, por sí mismas, coadyuvar al florecimiento del movimiento revolucionario.

Las guerrillas de Ñancahuazú mostraban, de manera indeleble, las huellas de la dirección cubana. No objetamos la ayuda prestada por La Habana a la organización de las guerrillas (este hecho no merece más que reconocimiento), sino el especial cuidado que se puso en presentarlas como manifestaciones foráneas, como formaciones extranjeras, dirigidas, financiadas e inspiradas por extranjeros. El gobierno pudo cómodamente maniobrar con sus acusaciones en sentido de que las guerrillas no pasaban de ser bandas de forajidos reclutados en todos los mercados por la potencia enemiga de Bolivia, dirigidas por cubanos y otros extranjeros y lanzadas al país con la finalidad de invadir su territorio, etc. Las acusaciones más absurdas cobraron cierta viabilidad después del apresamiento del francés Regis Debray y de sus dos acompañantes extranjeros, que las autoridades los consideraron inicialmente periodistas y luego vulgares malhechores.[20]

José Luis Alcázar, corresponsal de *Presencia,* ha escrito lo que sigue: "Los guerrilleros, ahora llamados 'mercenarios', por considerar que el término de guerrillero no puede darse a extranjeros que han venido a Bolivia con objetivos de implantar doctrinas foráneas".[21]

---

[20]Un comunicado de la Cancillería declaró que en Bolivia no habían prisioneros porque no estaba en guerra con ningún otro Estado, y que los guerrilleros capturados no eran más que maleantes. Esto a pesar de las declaraciones oficiales sobre invasión extranjera al país.

[21]"Corresponsal de 'Presencia' fue testigo de ocho horas de combate con guerrilleros Pirirenda", *Presencia*, 23/05/1967.

El siguiente párrafo ha sido tomado del discurso pronunciado por el general Barrientos en la inauguración de la Tercera Conferencia Nacional de Secretarios Generales del magisterio rural (Cochabamba, 22 de mayo 1967):[22]

"De guerrilleros no tienen nada, porque por las informaciones que nos están dando son simples aventureros que prácticamente no saben hacia dónde van, pero hablan de 'liberación' matando a los hijos de los obreros y de los campesinos. Hablan de 'liberación' con dinero y con consignas extranjeros."

2. Acciones guerrilleras y *movilización de masas.* La ola de huelgas estudiantiles llegó hasta los últimos rincones del país y partía, indudablemente, de necesidades muy concretas: falta de locales, de pupitres, de pago puntual de sueldos a los maestros, etc. Inmediatamente la arremetida adquirió un carácter francamente antigubernamental. El que no se haya podido convertir ese movimiento en una movilización juvenil de apoyo a las guerrillas viene a poner de relieve algunos hechos políticos de importancia. Un ejemplo: en Santa Cruz los estudiantes en las calles portaban carteles que decían "Mineducación que se vaya a las guerrillas".[23] Es por demás sugestivo que se hubiese escrito esa frase burlona y no un enérgico "¡Vivan las guerrillas!"

La falta de conexión entre las acciones bélicas de los guerrilleros y las movilizaciones masivas, uno de los aspectos más débiles del movimiento revolucionario, no fue sino el reflejo de la falta de vinculación entre el partido de la clase obrera y Ñancahuazú.

Surge el interrogante, ¿por qué las masas, particularmente los combativos grupos de estudiantes, no se encaminaron instintivamente, pasando por encima de la posible inercia e insensibilidad

[22] *Presencia*, 23/05/1967.
[23] *El Diario*, 22/05/1967.

partidistas, a identificarse con las guerrillas, a depositar en ellas su fe y su entusiasmo? Quiérase o no, esta constatación nos lleva al convencimiento de la prematura aparición de las guerrillas. El pueblo no las sentía como una necesidad histórica y la prueba está, superando toda especulación doctrinal, en que no se apropió de ellas una vez que aparecieron. Constituye una arbitrariedad, que conduce a la aventura trágica, el imponer a las masas un método de lucha por decreto, sin tomar en cuenta su experiencia ni el curso que sigue el proceso político y la movilización de masas. Una consigna puede ser temerariamente radical, pero se torna intrascendente cuando las masas no están suficientemente maduras para asimilarse a ella y llevarla a los hechos. Lo normal es que la clase obrera, a la cabeza del pueblo, encuentre a la lucha armada, como consecuencia de su propio desarrollo y de su experiencia y la considere la única respuesta a los obstáculos que contra la revolución levantan el imperialismo y sus sirvientes criollos. Si excepcionalmente las guerrillas apareciesen al margen de la vida cotidiana de las masas y éstas estuviesen a la altura de dicho método es evidente que inmediatamente se apropiarían de ellas.

La verdad es que la radicalización de las masas (su creciente movilización) estaba pasando por los canales de la lucha por mejores condiciones de vida y de trabajo y por la defensa de las garantías democráticas. Protestas, marchas callejeras, amenazas de huelgas generales, paros parciales, etc., así se realizaba el avance de la revolución. Todavía se produjeron grandes y belicosas manifestaciones seguidas de choques con las fuerzas gubernamentales. Lo correcto habría sido partir de esta realidad y encaminar a las masas hacia la lucha armada.

El gobierno, seguro como estaba que la lucha ingresaría casi seguidamente a su etapa superior, introdujo algunas modificaciones a su política represiva. Al apresamiento de los activistas sindicales se añadió el confinamiento de la plana mayor del POR y del PC prochino, aunque siguieron paseando tranquilamente por las calles

los stalinistas de la línea rusa. La posibilidad de aprovechar las garantías democráticas iba desapareciendo paulatinamente, pero el grueso de las masas no estaba todavía convencido de esta modificación política. Uno de los capos del PC ruso dijo en La Paz a un periodista norteamericano, durante el desarrollo de las guerrillas, que los bolivianos habían sido colocados ante una disyuntiva: la cárcel o las montañas. Aparte de que el burócrata no dijo por qué él en lugar de ir a las montañas a empuñar el fusil, seguía paseando en la capital boliviana, su declaración no es más que la copia de un *cliché*, pues los guerrilleros no recibieron refuerzos humanos y no pudieron crearse otros frentes para evitar la carnicería de Ñancahuazú.

Es en tales circunstancias que se producen los choques entre guerrilleros y fuerzas regulares, habiendo tenido lugar el primero el 23 de marzo de 1967.

Técnicamente las guerrillas estaban mejor ubicadas que políticamente. Las serranías boscosas de Ñancahuazú resultan ideales para desarrollar la táctica guerrillera. El contingente estaba entrenado e idealmente equipado. Sus armas tenían poco que envidiar a las del ejército regular. Más tarde saltó una deficiencia, que es resultado de la concepción política de los directores de las guerrillas, y consiste en que el reclutamiento de los bolivianos fue sumamente deficiente, generalmente entre desocupados de un bajísimo nivel ideológico.

A pesar de todo, ese puñado de valientes fue directamente al sacrificio. La guerrilla es, pues, primero un problema político y solo después técnico. En el plano político las guerrillas estaban desubicadas y por eso fracasaron.

¡Que la sangre de los héroes y mártires no haya sido derramada inútilmente! Debemos aprender las enseñanzas de la experiencia trágica y prepararnos para que las guerrillas del futuro nos lleven a la victoria segura.

Las guerrillas tienen que ser la expresión genuina del pueblo boliviano Y de su clase obrera, no solamente por el contenido de

su programa, sino inclusive por su composición humana. No se trata de ningún prejuicio nacionalista, y sí de las exigencias de que las guerrillas sean carne de la carne del pueblo, el espejo en que puedan mirarse sin ninguna desconfianza el campesino y el obrero del montón. Esta exigencia es mucho más valedera para las guerrillas que para el ejército regular, porque aquellas están obligadas a sumergirse en las masas.

El caudillo de la lucha armada encarna al caudillo popular, al líder político. Su conducta no solamente que es seguida con atención, sino que será imitada, si ella corresponde al momento que se vive. El ejemplo del caudillo popular tiene la virtud de motorizar la movilización masiva, de poner en pie a las capas más amplias y atrasadas, de inyectar fe y coraje al pueblo todo. En determinado momento el prestigio del líder político, ganado en dura pelea y en múltiples batallas, se convierte en un factor positivo dentro del proceso de radicalización.

No nos oponemos a que participen en las guerrillas elementos revolucionarios de las más diversas nacionalidades; ellos serán bienvenidos y tenemos plena conciencia de que sus conocimientos y experiencia pueden contribuir en mucho a la victoria. Algo más, los elementos políticamente más capaces deben tener decidida influencia en la dirección. Pero, el grueso de los guerrilleros y sus principales, o si se quiere más visibles líderes tienen obligadamente que ser bolivianos. El caudillo de la lucha armada tiene la misión básica de convertirse en el polo catalizador de las inquietudes y del descontento de las masas populares; debe ser el eje alrededor del cual se cree un movimiento de creciente simpatía y protección a los combatientes del pueblo. El grueso de las masas, que es donde más impacto hacen todos los prejuicios, pedirá que aquellos sean bolivianos. Cuando el gorilismo logra, partiendo de algunos antecedentes palpables, presentar a las bandas armadas como si estuvieran dirigidas por extranjeros, como si hubiesen sido íntegramente enviadas desde el exterior o financiadas por algún otro país, tiene

ganada la mitad de la batalla en su empeño de desprestigiarlas ante las masas populares, de aislarlas política y materialmente. Entonces puede hacer lo que ha hecho el Comando en Jefe del Ejército boliviano, que en su comunicado del 5 de mayo de 1967 dice:

"1. Ha quedado plenamente establecido que los 'rojos' que operan en Ñancahuazú, son internacionales en su dirección, composición y financiamiento.
2. Obedecen instrucciones de La Habana, en cumplimiento a las conclusiones a las que arribó la denominada 'Conferencia Tricontinental' realizada en esa ciudad.
3. Los elementos bolivianos que forman parte de dicha banda, reciben una elevada gratificación mensual en moneda extranjera."

Puede ser que el problema de una dirección formada por bolivianos hubiese sido estudiado por los insurgentes de Ñancahuazú, pero ellos tenían la enorme dificultad de encontrar entre los combatientes al líder de suficiente volumen que pudiese electrizar con su nombre a todo el país. La presencia del Che Guevara resolvió por sí misma el problema de dirección. A las guerrillas del sudeste les faltó un líder boliviano y un programa, al menos éstos no fueron conocidos por el pueblo.

La propaganda oficial acerca de la composición de las guerrillas es, indiscutiblemente, malintencionada y falsa y si ha causado cierto impacto es porque se ha dado margen para que eso ocurra.

De todos los datos que se poseen se desprende que la columna vertebral de las guerrillas se formó en el exterior, particularmente tratándose de su equipo directivo, teniendo como base a los elementos entrenados en Cuba (muchos de ellos bolivianos), este eje fue recubierto con elementos recolectados en los medios izquierdistas (particularmente entre mineros desocupados), que por varios motivos se habían colocado al margen del control de sus organizaciones partidistas.

El imperialismo yanqui desarrolla su acción represiva antiguerrillera en escala continental, respondiendo así a los planes cubanos que tienen las mismas dimensiones. En la zona meridional del continente (Bolivia, Brasil, Paraguay, Uruguay y Argentina) y en nivel gubernamental se ha logrado la coordinación de la lucha antiguerrillera.

La reunión más importante ha sido, ni duda cabe, la habida en Bogotá, donde se reunieron los oficiales de inteligencia militar de los países miembros de la OEA. El punto cuarto de la agenda secreta se refería al balance de la insurrección armada. Bolivia estuvo representada por el coronel Federico Arano Serrudo, que actuó como jefe de delegación, y por otros oficiales.

En lo que se refiere a Bolivia diremos que la jerarquía castrense bajo la directa vigilancia de los jefes norteamericanos se vio obligada a asimilar rápidamente la experiencia internacional en materia de lucha antiguerrillera. A pesar de todo, sigue mostrando cierto primitivismo altiplánico. El policía militar Arano Serrudo ha preconizado nada menos que la invasión armada a Cuba (idea repetida hasta el cansancio por Barrientos), pensando seguramente que así puede cortar de raíz el peligro de las guerrillas en el futuro.[24] Sus informaciones han sido mesurados y contrastan con las exageraciones de los generales Barrientos y Ovando:

"-La guerra de guerrillas, como lo ha demostrado la experiencia colombiana, es cosa larga y costosa. ¿Teme usted que el Ejército boliviano no logre liquidar pronto los brotes guerrilleros?

[24]Barrientos fundamenta la necesidad de adoptar una posición firme contra Cuba de Fidel Castro en el siguiente razonamiento: "Si Castro viene realizando una política de franca intervención en la política interna de nuestros países, ¿por qué, si él interviene en lo nuestro, no vamos nosotros a intervenir contra el agresor?", *The Economist*, Londres, 08/09/1967.

-Esto si no puedo responder. Pero, dígame, ¿ha podido el Ejército colombiano, con tanta experiencia como tiene, liquidar las cuadrillas que operan en su país?
-¿Cuántos guerrilleros hay en Bolivia?
-Unos ochenta. Todos extranjeros. Principalmente cubanos.
-¿No hay un solo boliviano en las guerrillas?
-Bueno... tal vez sí.
-¿El Che Guevara ha estado en Bolivia?
-No solo en Bolivia, sino en todas partes. Es un Debray menos loco, más experimentado, con familia menos importante en el mundo, pero, igualmente criminal.
-¿Si en Bolivia es capturado el Che Guevara, ustedes qué harían?
-Aplicarle el trato que merece.
-¿Qué debe hacerse con Cuba?
-Pienso que primero hay que agotar las vías normales.
-¿Y si éstas no sirven?
-Lógicamente hay otras.
-Precíselas.
-La vía armada."[25]

La represión antiizquierdista y antiguerrillera que internacionalmente timonea el imperialismo norteamericano, nos obliga a pensar seriamente en la cuestión del comando único latinoamericano de las fuerzas revolucionarias. Esa función puede cumplirla la OLAS, siempre que supere su actual sectarismo y abra sus puertas a todas las tendencias de izquierda, además de que debe reestructurarse y funcionar de acuerdo a las normas del centralismo democrático.

Bien pronto afloró el choque entre las tácticas propugnadas por el Comando en Jefe del Ejército (Ovando) y el Presidente de la República. Este último, guiado exclusivamente por el exitismo

[25]"Un militar boliviano preconiza una acción armada contra Cuba", *Jornada*, 18/05/1967.

personal y los intereses políticos del momento, deseaba el rápido aplastamiento de lo que él llamaba grupo de bandoleros. Su inmediato exterminio habría contribuido a presentarlo como a un genial Presidente estratega y le habría dejado el terreno libre para maniobrar a sus anchas en el plano de la política interna.

De manera contraria, el Alto Mando del Ejército y los técnicos yanquis (que son los que cuentan en definitiva) optaron por el plan del paciente y lento emboscamiento de los guerrilleros; parecía no interesarles el tiempo a emplearse en los trabajos preliminares a condición de que el asalto definitivo se viese coronado por el éxito.

El general Alfredo Ovando, a su retorno al país después de su viaje por Europa y los Estados Unidos (y luego de haber recibido una información detallada acerca de la táctica antiguerrillera utilizada por el Ejército peruano), criticó severamente la táctica que hasta entonces se había empleado. Esta actitud (en verdad, una amonestación pública al Presidente), sumamente extraña tratándose del Comandante en Jefe del Ejército, fue nada menos que una pública y directa estocada antibarrientista.

A la larga se impuso, como no podía ser de otra manera, el criterio de Ovando y de los norteamericanos.

Tales discrepancias sirvieron de punto de arranque de toda una serie de rumores subterráneos, pero se echó tierra a la acentuación de la pugna Barrientos-Ovando, a fin de encauzar todos los esfuerzos a la lucha antiguerrillera. Fue necesario el viaje de un gobernante al exterior para que se supiese algo acerca de los entretelones de la política del momento.

El informativo confidencial *ABC* (La Paz, 27 de mayo de 1967) dice que el Ministro de Educación de ese entonces, Ortiz Lema, dijo a la prensa ecuatoriana que en un principio hubo discrepancias, que deben atribuirse al general Ovando, sobre la conducción de la lucha antiguerrillera, pero que ese escollo ha quedado salvado y que dicho alto jefe asiste disciplinadamente a las reuniones de gabinete y acata sumiso la línea impuesta por el general Barrientos. Salta

a la vista que el comentario fue hecho por un incondicional del Presidente de la República.

La subterránea lucha fraccional dentro del Ejército se tradujo en la competencia de irresponsables ofrecimientos de concluir pronto y a fecha fija con las guerrillas. A sesenta días de aparecidos los focos armados era evidente que se había acentuado el descrédito del Ejecutivo y de las Fuerzas Armadas, no porque este lapso fuese demasiado largo para acabar con una forma de lucha que tiene la finalidad de persistir por mucho tiempo, sino porque los magros resultados conseguidos por el Comando del Ejército contrastaban visiblemente con los ofrecimientos hechos en sentido de que los brotes subversivos serían aplastados en pocos días. Los largos silencios del oficialismo acerca de las operaciones guerrilleras se convirtieron en terreno abonado para el florecimiento de toda especie de rumores y casi todos ellos adversos y despectivos con referencia a la capacidad estratégica de los generales.

Sobre todo en un comienzo, los guerrilleros supieron sacar toda la ventaja de las particularidades de la zona, del bosque tupido, de la vegetación punzante y de los cañadones cerrados. Al corresponsal R. Benellez le dijo un joven oficial que la técnica antiguerrillera aprendida en Panamá no servía para nada en el sudeste boliviano, que la lucha ofrecía modalidades inesperadas y totalmente nuevas.

El Ejército tuvo que darse mucha prisa para entrenar a sus efectivos en la lucha antiguerrillera. Más pronto de lo que se esperaba se le agotaron sus recursos económicos, a pesar de la extraordinaria ayuda norteamericana y de otros países vecinos. El Ministerio de Defensa oficialmente pidió un soporte para su exhausto presupuesto. La "ayuda" americana fue considerada insuficiente y se pidió secretamente cooperación a la Argentina y otros países. El *Times* de Nueva York informó que esa solicitud comprendía a soldados, armas y víveres. La prensa armó todo un escándalo cuando un convoy ferroviario argentino fuertemente custodiado ganó la frontera boliviana. El Ministerio de Defensa en su afán de desmentir los

rumores alarmantes que crecían a diario, dijo que ese tren trajo solo alimentos.

El ministro de Planificación informó al CIAP que

"…el presupuesto nacional enfrenta un déficit por las erogaciones imprevistas... Los peritos consideraron, en cálculo aproximado, que las erogaciones directas causadas por la insurgencia guerrillera superan los dos millones y medio de dólares. Imposible predecir -dicen los peritos- a cuánto ascenderán los gastos indirectos." (Cable de UP, Adolfo G. Merino, y publicado en *El Diario* del 10 de septiembre de 1967).

Según el general Ovando

"…hasta el golpe de mano de Samaipata se considera como una fase crítica para las fuerzas armadas, la presencia de nuevos conscriptos, el licenciamiento de gente antigua, indudablemente había mermado la capacidad combativa de las fuerzas armadas. Subsanada esta dificultad, ambientado el soldado en el terreno en el cual tenía que operar, empieza lo que podría llamarse la fase ofensiva de las fuerzas armadas que trata de reducir el área de operaciones guerrilleras y liquidar a los grupos que en ella operan."[26]

En la primera etapa, en la llamada crítica para el Ejército, se operan cinco exitosas emboscadas en las que las fuerzas regulares sufren considerables bajas (Ñancahuazú, Cañadón, Ipiritĺ, El Mesón, Taperilla).

Los guerrilleros, parece que comandados por el Che y cuyo número fue calculado de veinte a veinticinco, incursionaron sorpresivamente en Samaipata, pequeña población situada a poca distancia del camino asfaltado de Cochabamba a Santa Cruz. Se trató de un espectacular golpe de mano que sirvió a los rebeldes para

[26]Gral. Ovando: "Una descripción documentada de la acción guerrillera roja", *El Diario*, 23/09/1967.

aprovisionarse y también de gran propaganda.[27] ¿Esta propaganda de los altos precios y de la temeridad podía sustituir la carencia de la propaganda ideológica?

"Los rebeldes, antes de ingresar a Samaipata bloquearon la Carretera Cochabamba-Santa Cruz, en la región de Las Cuevas, interceptando la línea telefónica y deteniendo a varios vehículos. Más tarde, apoderándose de un colectivo avanzaron hasta La Tranca, donde tomaron en rehenes a casi todas las autoridades y entraron en la población. En esta toma murió un soldado que pretendió utilizar sus armas contra un guerrillero".

Para el Ejército el fin de las guerrillas coincide con la muerte (o mejor, asesinato) de Ernesto Guevara, como consecuencia de las graves heridas sufridas en el combate de La Higuera el 8 de octubre, aunque se puede decir, desde el punto de vista estrictamente bélico que a partir de Samaipata los grupos armados estaban condenados a caer en las emboscadas que les habían sido preparadas por los jefes militares norteamericanos.[28]

La naturaleza de las heridas que presentaba el cadáver del Che Guevara ha llevado al convencimiento de que fue cobardemente fusilado por los gorilas cuando cayó herido. El acta de la autopsia, que posteriormente se ha exhibido, no corresponde a la verdad.

La noche del 19 de octubre el presidente Barrientos, en un mensaje difundido por radio y casi íntegramente dedicado a polemizar con las cenizas del Che, anunció el fin de las guerrillas: "Esta batalla ha terminado y los aventureros han sido derrotados".[29]

---

[27] *Presencia*, 09/07/1967.

[28] "Las FFAA cierran el caso Guevara", *El Diario*, 17/10/1967; *Time*, october 20th.

[29] "Mensaje presidencial: Anunció fin de las guerrillas…", *Presencia*, 20/10/1967.

El comando de las fuerzas armadas fue mucho más categórico, pues inmediatamente la VIII División comenzó a replegarse a su base tradicional.

"Las fuerzas armadas han decidido replegar sus tropas hacia sus puntos de origen, pues consideran que la subversión comunista en los montes del sudeste boliviano ha terminado. Los últimos seis guerrilleros -tres cubanos y tres bolivianos- no significan una amenaza a la seguridad nacional, puesto que se han convertido en prófugos de la justicia".[30]

Uno se pregunta: ¿Por qué los Estados Unidos no concentran tanto poderío bélico y humano en otros países donde también existen guerrillas más fuertes y más enraizadas que las que aparecieron esporádicamente en Bolivia, que se han convertido en una constante amenaza al equilibrio político y a la misma seguridad estatal? Esta aparente falta de lógica en la conducta del Pentágono está explicada porque en las quebradas del Río Grande encontró la oportunidad de liquidar físicamente al teórico y caudillo de una forma de lucha revolucionaria que, acertada o no, ocasionaba serios inconvenientes a los yanquis a todo lo largo del continente.

Los yanquis parece que no tenían más interés que el de exterminar al Che, cuando esto ocurrió no pudieron disimular su entusiasmo. El teniente general James Dyce Alger, que preside la Junta Interamericana de Defensa, valoró en sus verdaderas dimensiones la desaparición del Che y dijo que por este hecho debería rendirse homenaje al Ejército boliviano. (Declaraciones registradas en *Presencia* de 7 de noviembre de 1967).

Seguimos creyendo que una de las mayores victorias del Ejército boliviano (cuya incapacidad estratégica es proverbial y está confirmada por tantas derrotas internacionales) y de los yanquis

[30]"Las FFAA consideran terminada la lucha antiguerrillera", *Presencia*, 30/10/1967.

radicó en la captura del francés Debray. Los documentos publicados demuestran que casi inmediatamente después de su captura dio informaciones inapreciables sobre las posiciones y composición de las guerrillas y, esto es lo que reviste suma gravedad, sobre la presencia del mismo Che Guevara. Todo esto antes de la captura de los depósitos de Ñancahuazú. En la competencia de labores de espionaje, la debilidad de los cubanos por los diarios de guerra y la fotografía resultaron fatales, pues, entre otras cosas, han dado lugar a una descomunal represión en las ciudades contra supuestos o verdaderos enlaces.

Se creía, cierto que falsamente, que hasta el 3 de julio Debray se dio modos para no revelar la presencia del Che Guevara en Ñancahuazú. El abogado Walter Flores dijo que después de haber leído las declaraciones prestadas por su defendido ante las autoridades militares, estaba seguro de la injerencia del revolucionario argentino-cubano en el movimiento guerrillero. Sin embargo, el mismo Debray aclaró, por intermedio de los reporteros, que él no podía haber hecho esas declaraciones porque no había charlado con el Che ni sabía dónde podía encontrarse. Parece que no se ha tomado debida nota de esta última actitud y que viene a desbaratar la tesis de que las revelaciones del francés eran una trampa para dar importancia al movimiento guerrillero. Con toda seguridad que lo acordado era que la presencia del Che, al menos en ese momento, debía ser celosamente guardada en secreto.

La prensa diaria del 3 de julio publicó la testificación de Debray acerca de la presencia del Che en Bolivia y de las charlas y discusiones que tuvo con él.[31] Parece que el prisionero se dio cuenta de haber obrado mal, de manera infidente, pues sin que nadie le pregunte y como trayendo la cuestión de los cabellos dijo: "Tuve que reconocer haberlo visto (a Guevara), después de las pruebas que me dieron de que el Ejército y la policía conocían su presencia

[31] *El Diario*, 03/07/1967.

en el país", añadiendo que los datos fueron proporcionados por dos guerrilleros desertores. Un militante medianamente experimentado sabe que los secretos de la organización no deben ser violados bajo pretexto alguno, que lo aconsejable es despistar a las autoridades y que éstas siempre utilizan el argumento de poseer todos los datos.

Las informaciones acerca de las andanzas del Che adquirieron valor para la campaña propagandística desencadenada por el oficialismo contra la izquierda. Se libró contra los guerrilleros una verdadera batalla publicitaria tras la consigna de tratarse de un puñado de mercenarios enviados por una potencia extranjera. El Alto Mando militar utilizó las declaraciones de Debray como prueba de la veracidad de sus denuncias. No podía haberse prestado un mayor servicio al gobierno ni inferido un daño más grave a los luchadores de Ñancahuazú.

Hay algo mucho más grave y que no ha sido dicho con toda claridad. Desde el momento en que Debray tomó para sí la ingrata tarea de revelar el papel del Che en las guerrillas el comando norteamericano modificó su estrategia: tomó en sus manos la dirección de las operaciones, especializó a grupos de soldados bolivianos para una específica tarea y trasladó al escenario de las operaciones a oficiales yanquis capacitados e incluso tropas de asalto, todo esto a fin de dar caza a un hombre (Ernesto Guevara) bajo el pretexto de lucha antiguerrillera. Debray ha informado que fue interrogado por la CIA.[32]

Los gimoteos de Debray en Camiri prueban, a su manera, que se sabe responsable de la muerte del Che. Periodistas de derecha han llegado también a la conclusión de que el francés incurrió en el delito de delación:

"Como un mal cobarde dice también que se pasa el día pensando en el Che Guevara a quien usted vendió miserablemente… La vida le da

[32] *Presencia*, 02/11/1967.

oportunidad para ser consecuente, para salir por la verdad, para tener hombría, coraje, lealtad. Y usted lo primero que hace es vender y delatar al Che para librarse a sí mismo... El Che, valiente y consecuente, muere gracias a usted y usted, lejos de arrepentirse y aprender, 'piensa todo el día en el Che'".[33]

Un guerrillero prisionero ha lanzado iguales sindicaciones, aunque su información debe ser tomada en cuenta con beneficio de inventario, pues es notorio que las autoridades tomaron a estos elementos para sus propios fines. El "Camba" (Orlando Jimenez Bazán) dijo al corresponsal de la agencia española EFE que "Debray demostró ser muy blando. Él es culpable para que el Ejército se enterase de la presencia del 'Che' Guevara en las guerrillas bolivianas. Él es responsable para su muerte". Más adelante añadió que Guevara "había instruido no dar aviso de su presencia en Bolivia y en las guerrillas, sino cuando las condiciones de la lucha así lo aconsejasen".[34]

¿Cuáles fueron las razones de esta inconducta? Unos hablan de la falta de temple personal de Debray y otros sostienen que actuó así esperando ganar indulgencia de las autoridades militares. Un periodista de Cochabamba, que inmediatamente fue expulsado de Camiri, preguntó en francés si era evidente que él trabajaba para Ovando.

El fiscal militar que actuó en Camiri, coronel Remberto Iriarte, "explicó que los primeros guerrilleros presos que, antes de Debray, hablaron de la presencia del Che Guevara en las guerrillas, no conocían a ese personaje con anterioridad. El que tenía verdadera certeza de la presencia del Che en Ñancahuazú era Debray" (*Presencia,* 9 de noviembre de 1967). Según ese jefe castrense, solo después de las revelaciones de Debray, las FF.AA. "tomaron conciencia de

[33]Xavier: "Un delator acusa", *Presencia*, 30/10/1967.
[34]*El Diario*, 01/11/1967.

la gravedad del peligro de las guerrillas y pusieron todo su esfuerzo para destruir las guerrillas y el triunfo -dijo textualmente- de las tropas se debe en gran medida a la revelación de Debray". Las revelaciones del fiscal constituyen una verdadera acusación contra Debray: "Gracias a él se descubrió que Che Guevara era el jefe. Fue el primero en revelarlo". Con aviesa intención Iriarte concluye que el prisionero francés merece que el Ejército le premie por su delación: "Si de mí dependiera el darle un premio a Regís Debray por haber revelado la presencia de Che Guevara en las guerrillas, yo se lo daría. Debray expresó a Mara Hutten, enviada de AFP (cable publicado en *Última Hora* el 22 de noviembre de 1967) que la acusación del Fiscal era innoble.

"La presencia de Guevara en Ñancahuazú era conocida desde los primeros días de marzo por el Ejército, que había recogido esta información de diversas fuentes y, en primer lugar, de la boca de tres desertores (Choque, Barrera y Rocabado) que dieron tres versiones concordantes. Poco después, Jorge Vásquez (guerrillero caído prisionero, oficialmente evadido, muy probablemente ejecutado tras haber sido torturado) hizo una declaración involuntaria, cuando se encontraba hospitalizado y era interrogado por un hombre que supuso era un agente de enlace, y lo era efectivamente, pero de la CIA.
Enfrentado en los primeros días de mayo con la grabación de su declaración, Vásquez no pudo sino confirmarla.
Pregunta: ¿Por qué habló Bustos?
Respuesta: Porque ya se sabía, puesto que Vásquez había hablado.
Cuando salimos de Ñancahuazú, el 19 de abril, Bustos y yo teníamos encargo del Che de decir que habíamos ido a verlo, pero que nos habíamos equivocado, que el Che no estaba allí, que el jefe de la guerrilla era un tal Peredo, lo que dijimos efectivamente.
Los militares sabían que el Che se encontraba en Ñancahuazú, pero les faltaba todavía pruebas materiales, fotografías, testimonios... y entonces cayó Vásquez, que había sido testigo de nuestras conversaciones; que había asistido a ellas.

El 12 de mayo, pues, los militares enfrentaron a Bustos con la declaración de Vásquez y las de los tres desertores, más dos fotografías del Che que tenían en su poder, más otros elementos materiales de prueba como un diario de campaña del guerrillero Braulio (caído el mes de abril) y en el que se consignaba la presencia de Guevara.
Entonces yo reconocí haber visto al Che. Era el sexto que declaraba haberlo visto…
Pero la cosa es mucho más compleja, pues, aparte de que uno de los tres desertores era un polizonte, había otro individuo procedente de un grupo comunista prochino y agente de la policía boliviana, que se había infiltrado en la guerrilla el mes de enero.
Este hombre transmitía a la policía informaciones y fotografías tomadas con una minúscula cámara.
De todas formas, he de precisarte que la CIA no había perdido en ningún momento las huellas del Che, salvo durante el breve lapso transcurrido entre su marcha del lugar en que se hallaba antes de ir a Bolivia y su llegada a este país..."

Desgraciadamente parece que será casi imposible esclarecer la conducta observada por Vásquez, casi con seguridad asesinado alevosamente por las fuerzas del Ejército.

La certeza de la presencia del Che en las guerrillas fue guardada en reserva por las autoridades militares durante mucho tiempo, esto seguramente porque así interesaba a los norteamericanos y también porque el gobierno utilizó este descubrimiento para intentar demostrar la vinculación de los focos armados del sudeste con la creciente agitación social.

Algunos datos parecen indicar que La Habana partió de una errónea caracterización de la realidad política del país como resultado de los datos inexactos acerca de la evolución de las masas que le fueron enviados por sus agentes confidenciales.

Parece que se esperaba que la aparición del foco guerrillero en Ñancahuazú tuviera como respuesta inmediata la rebelión de las masas, en cuyo caso se habría convertido en la única dirección

revolucionaria. Las transmisiones de Radio La Habana en quichua y castellano dirigidas a Bolivia dan a entender esto. Se incitaba al pueblo a levantarse en armas contra el gobierno de Barrientos tipificado como simple títere del imperialismo. Demás está decir que la radio apoyaba directamente a las guerrillas. Seguramente mucha gente escuchó esos programas, pero apenas si fueron consignados como curiosidad periodística.

Las guerrillas encontraron inmediata y fuerte repercusión en los medios estudiantiles e intelectuales, cuyos desórdenes alcanzaron su punto culminante a fines de mayo y comienzos de junio. Huelgas y manifestaciones se desarrollan paralelamente a las guerrillas. En Sucre fue apedreada la Prefectura y cayeron tres estudiantes heridos. El DIC usó gases lacrimógenos. En La Paz, el primero de junio se realizan manifestaciones relámpago en todas las zonas, en las que intervienen inclusive muchachas. El 25 de junio asaltan el Ministerio de Educación y destruyen todo lo que encuentran a su paso.

Entre la pequeña-burguesía no dejó de tener influencia la actitud asumida por los partidos comunistas del exterior y que reflejaban las decisiones de Moscú. Ya hemos indicado que el PC argentino se pronunció por el legalismo y contra la lucha armada en Latinoamérica. Los partidos comunistas venezolano y colombiano pidieron, a mediados de julio, una reunión cumbre para rechazar los planes divisionistas del castrismo. Rechazando la tesis de que la guerrilla fuese el único método de lucha, no descartaron la posibilidad de llegar al poder por medios pacíficos y parlamentarios. El Partido Comunista chileno, que se solidarizó con la actitud anticastrista del stalinismo venezolano, expresó, en declaración pública, que no mantenía relaciones de ninguna naturaleza con las guerrillas bolivianas. Con anterioridad se había propalado la

noticia de que dicho partido había enviado, por la ruta de Arica, armas y víveres con destino a Ñancahuazú.[35]

El aparato montado por los soviéticos en Cuba torpedeó contra el Che y se tienen noticias de primera mano que las guerrillas agonizaron en un completo abandono.

En el marco estrictamente nacional, los pronunciamientos de algunos partidos políticos en favor de las guerrillas no fueron seguidos por el apoyo material y ni siquiera por la necesaria propaganda en su favor.

A mediados de mayo, el señor Lechín, desde Santiago de Chile, expresó su simpatía por las guerrillas y dijo que en Bolivia no quedaba más camino que la lucha armada. Sin embargo, puso mucho empeño en subrayar que las guerrillas no debían ser consideradas como un monopolio comunista y recordó el caso del sacerdote Camilo Torres. Estas insinuaciones buscaban borrar toda sospecha acerca de sus posibles concomitancias con el extremismo. Se hospedó en casa de Federico Fortún y negó haberse reunido con jefes comunistas o recibido ayuda del PC chileno. En el diario del Che se habla de que Lechín pidió ayuda económica al movimiento guerrillero. Acaso sus declaraciones lanzadas desde Chile tenían la finalidad de respaldar esa maniobra. Cuando fracasó el movimiento armado, la dirección del PRIN en Bolivia publicó una declaración en la que se indicaba que nada tenía que ver con las guerrillas.

Con todo, el radicalismo oportunista de Lechín está desmentido por sus acuerdos con el PDC y por su decisión de concluir un frente político con los enemigos de las guerrillas y de la lucha armada.

Arguedas ha repetido (cierto que sus informaciones deben tomarse con reservas) que Lechín trabaja tanto para la CIA como para los cubanos.

---

[35] *Presencia*, 11/05/1967.

A medida que aproximaba el fin de las guerrillas los medios oficiales acentuaron su propaganda en sentido de que se organizaron guardias civiles en las poblaciones próximas al teatro de las acciones y que patrullaban las poblaciones y sus alrededores para rechazar cualquier intento de aproximación de los guerrilleros. Se ha puesto especial cuidado en subrayar una supuesta cooperación campesina en la represión de las guerrillas. Es poco probable que estas informaciones interesadas correspondan exactamente a la verdadera magnitud de los acontecimientos. A pesar de todo, debe subrayarse que el gobierno se orientó a dar la impresión de que fue el pueblo mismo el que se levantó contra las guerrillas. Los rebeldes no hicieron absolutamente nada para poner al desnudo la maniobra y para arrastrar al pueblo detrás de ellos. Ni siquiera se desenmascaró toda vez que las autoridades usurpaban el nombre de organizaciones populares o inventaban organizaciones.

El 26 de julio hubo en La Paz, auspiciada por el oficialismo, una manifestación antiguerrillera (que se repitió en cadena en todo el país). La Radio del Estado dio un dato a todas luces falso: sesenta mil manifestantes. Casi todo el contingente estuvo formado por empleados públicos que fueron obligados a salir a las calles. *Presencia* del mismo día insertó la siguiente nota: "El ministro de Trabajo ha dispuesto que tanto oficinas públicas como organizaciones privadas, concedan tolerancia a sus empleados y obreros a partir de las 15.30; para darles la oportunidad de concurrir a esa manifestación de defensa de la democracia y de la soberanía nacional."

El alcalde de La Paz, general Armando Escobar U., que a veces se dio modos para demostrar marcada prudencia en materia política, reunió a los mal llamados partidos democráticos (Liberal, PURS, PSD, PIR, MPC, PRDN y PRA) para instarles a sumarse a dicha manifestación. Se puede decir que desfilaron hasta las siglas.

Secundando los trajines oficialistas, la Iglesia, representada por el vicario capitular monseñor Genaro Prata, condenó, en circular especial, la acción guerrillera.

Minúsculas organizaciones casi inexistentes (INCODES, Unión Boliviana de Estudiantes Cristianos, Acción Integralista de San Andrés, Grupo de Gremiales, Junta Vecinal de El Alto, Comité de Ayuda de Damas Cristianas) se unieron en una llamada Confederación Pro Defensa Nacional y cuya finalidad fue la de apuntalar al gobierno en la lucha antiguerrillera.[36]

Todos estos pronunciamientos, todas estas maniobras y agrupaciones se encaminaban a obstaculizar que se manifieste el apoyo popular a las guerrillas, a evitar que el foco armado se extendiese hasta convertir a Bolivia en otro Vietnam.

A las autoridades les tenía muy preocupadas la indiferencia popular ante sus aprestos bélicos contra el pequeño puñado de guerrilleros, sobre todo en los alrededores de la zona de operaciones. Lo que se transcribe corresponde al enviado de AP:[37]

"La población, un millar de almas, parece indiferente tanto a los rebeldes marxistas como a los soldados que vinieron a Lagunillas. Indiferencia, si es que eso significa su silencio o las respuestas secas que se dan. De aquí nadie se fue con los revoltosos, dicen. Ni de voluntario con el ejército."

Las Fuerzas Armadas, actuando bajo dirección norteamericana, recurren a todos los medios para ganar la confianza de los campesinos y volcarlos contra los guerrilleros.

"En el pequeño hospital militar se atiende gratis a la gente del pueblo. Es parte del programa de Acción Cívica para ganarse la simpatía de los pobladores. El Ejército también construye escuelas, compone

[36] *El Diario*, 21/07/1967.
[37] *El Diario*, 20/07/1967.

caminos, arregla jardines y regala libros. Los guerrilleros cuando caen sobre algún pueblo sin resguardo también procuran granjearse a la gente. Pagan el doble del precio ordinario por lo que compran. Regalan refrescos a los chicos, se portan bien".

La prensa de derecha, particularmente *El Diario,* realizó una sistemática campaña tendiente a presionar a la opinión pública para que apoyase a la lucha antiguerrillera. La definición en este sentido fue presentada como un deber ineludible de los ciudadanos patriotas. El llamado de los generales Barrientos y Ovando para que todos los bolivianos, olvidando incluso su ideología, se alisten detrás de las huestes comandadas por los yanquis encontró eco en los periódicos de gran tiraje, aunque no en las masas.

Reproducimos algunos párrafos de lo que *El Diario,* del 19 de julio, dijo en su primera página y a tres columnas:

"La ciudadanía, con muy pocas excepciones, no se ha percatado del peligro de esa agresión extranjera...
Hay gente que piensa que las guerrillas están lejos de los centros urbanos... Y hay partidos políticos, atentos a la conquista de sinecuras burocráticas, que tratan de explicar sus tortuosas trayectorias, con olvido de los problemas candentes de la hora...
Preguntamos si los soldados que se encuentran en la zona guerrillera, frente al peligro, no son bolivianos y no forman parte de la comunidad, para continuar viendo el problema creado por esa agresión internacional como si se tratase de un suceso ocurrido en cualquier parte del mundo menos en Bolivia.
Es una hora de definiciones claras, categóricas."

La campaña antiguerrillera fue cobrando lentamente un carácter esencialmente político más que castrense. Todos los elementos humanos y materiales dependientes del oficialismo fueron canalizados en ese sentido. La presión ejercitada sobre FSB y el PDC

para que se pronunciasen contra las guerrillas formó parte de esta operación de dimensiones colosales.

El Vicepresidente Siles Salinas, cuyo jesuitismo no es suficiente para encubrir el complejo presidencialista que atormenta a los Siles (el occiso solo ha encontrado a una figura humana venida a menos para seguir gesticulando), planteó, en su mensaje del 19 de julio, "la movilización general contra los rojos". Algunos ingenuos, dando así satisfacción subjetiva a sus deseos de que alguien salga en defensa de los derechos del pueblo frente al brutal totalitarismo de Barrientos, pensaban que Adolfo Siles encarnaba los sentimientos cristianos y democráticos. La tesis desarrollada en el mensaje de referencia es simplista y cínica: presionar a todos, partidos y ciudadanos, a unirse alrededor del gobierno (lo que supone el cese de toda actitud opositora) para rechazar, se dice, la invasión extranjera.

"Pero no, los castristas no pasarán. El peligro, la conciencia de la patria amenazada, el amor a la tierra, el sentimiento de solidaridad con nuestros soldados que mueren por defenderla, nos unirá y la unidad, una vez más nos salvará.
Está dicho: no intentamos radicalizar posiciones y dividir a Bolivia en corrientes irreconciliables. Buscamos, por el contrario, unirla en un solo bloque, en el que se incluyan todos los partidos y todos los ciudadanos y habitantes, con la única condición de que sean patriotas."[38]

Simultáneamente, el Presidente Barrientos pidió a los opositores que le dejen gobernar cuatro años a cambio de que él supere el atraso del país y lo encamine por la ruta del desarrollo.[39]

Otro recurso de las autoridades consistió en acentuar la nota toda vez que caía en su poder cualquier indicio de que los guerrilleros se habían apoderado de vehículos particulares o ingresaron a haciendas para proveerse de víveres. La finalidad no era otra que

[38] *El Diario*, 20/07/1967.
[39] Ídem.

la de desprestigiar a los rebeldes y crearles un ambiente adverso en las poblaciones civiles al presentarlos como vulgares asaltantes. Si se exceptúan las dos publicaciones de prensa citadas más arriba casi nada se ha hecho para poner en claro la verdadera conducta de los insurgentes y que era del todo indispensable para ganar la confianza del pueblo boliviano, más que de las zonas próximas al teatro de operaciones.

Los amplios círculos de la opinión pública que viven apegados a las ideas del democratismo abstracto, entre los que deben incluirse a los influenciados por la iglesia y el mismo PDC, se creen obligados a rechazar la violencia venga de donde venga. Mucha gente -que vería con agrado la caída del gorilismo, se niega a aceptar el camino de la lucha armada. Parte de la responsabilidad por la vigencia de esas ideas corresponde al stalinismo, tan dado a proclamarse demócrata y defensor incondicional del legalismo. El razonamiento de estas gentes es elemental: existiendo recursos constitucionales que permiten a los opositores expresarse por los canales legales y pacíficos y cuando el sufragio universal deja abierta la posibilidad de que incruentamente los malos gobernantes sean reemplazados por otros mejores, resulta contraproducente recurrir a las armas que niegan la democracia y causan dolor en los hogares bolivianos.

La propaganda de la izquierda debe estar dirigida a poner al desnudo la inconsistencia de ese democratismo abstracto, que ha llegado a convertirse en un verdadero prejuicio que obstaculiza la evolución política. Hemos indicado en otro lugar que en Bolivia no existen condiciones materiales para un amplio desarrollo de la democracia burguesa y que la ficción creada en su lugar sirve para encubrir crueles dictaduras y hacer consentir a los tontos que viven en un verdadero paraíso.

Decimos que no queda más que la vía de la lucha armada para aplastar al gorilismo no porque se nos ocurra simplemente o tengamos sed de sangre, sino porque nos empujan a ella el imperialismo y su ejército.

Sería infantil seguir jugando al democratismo. La papeleta de voto, los tribunales de justicia y el arbitraje nos conducirían indefectiblemente a la derrota y al engaño. No tenemos más que las armas para acabar con el enemigo del país y de los trabajadores.

Una cosa es señalar la inevitabilidad de la insurrección armada y otra muy distinta fijar el momento oportuno en el que debe empuñarse las armas. Confundir ambos extremos u olvidar sus diferencias nos llevada a convertir la acción revolucionaria en una vulgar aventura.

La violencia en manos del imperialismo, de la reacción y de los gorilas busca la restauración oligárquica, la entrega del país a los grandes consorcios yanquis, la destrucción física de las organizaciones obreras y revolucionarias y, en fin, la perpetuación de Bolivia y de su pueblo en la barbarie y la esclavitud. Por todo esto oponemos la violencia revolucionaria a la violencia del gorilismo.

Las masas populares y la clase obrera utilizan la violencia para combatir a los enemigos del país, para aplastar al gorilismo, para liberar al país de la opresión imperialista, para emanciparla y para defender las conquistas de las masas y llevar adelante el proceso revolucionario. La violencia popular es un instrumento de la historia y por eso se justifica.

Las guerrillas cobraron importancia cuando el gobierno artificialmente las vinculó, para justificar sus medidas represivas, con la agitación social. La campaña antiguerrillera sirvió para todo, para que los oportunistas diesen un paso adelante o para consumar la maniobra artera. Cuando se perfiló el peligro de que FSB se sumase al bloque MNR-PRIN, inmediatamente el oficialismo y sus secuaces lanzaron la especie de que se trataba de la materialización de una consigna acuñada en La Habana y destinada a apuntalar a las guerrillas. Citemos un ejemplo, un supuesto Partido Progresista Revolucionario escribió:

"El anunciado pacto MNR-PRIN-FSB que obedece a consignas del plan táctico elaborado en Cuba para complementar la acción guerrillera, constituye el testimonio de la conspiración organizada y dirigida, y en esencia significa un pacto contra la patria, un pacto contra la dignidad boliviana, un pacto contra la religión..."[40]

Los que sostienen que en nuestra época y en particular en Latinoamérica no queda más método de lucha que la guerrilla razonan de manera esquemática. Dicen que ya no podrá repetirse el caso de 1952, cuando masas casi desarmadas pulverizaron a un ejército que tenía una gran capacidad de fuego. En esa época a muchos observadores políticos les parecía sumamente improbable que esto pudiese ocurrir y no han sido dichas hasta el momento razones valederas que permitan sostener que la hazaña no puede ser repetida. Es infantil pretender superar todos los problemas y dificultades con la afirmación de que las guerrillas garantizan de antemano la destrucción del ejército más poderoso. La experiencia enseña que esto es muy relativo y solo puede ocurrir en circunstancias determinadas. Lo observado en el Perú, Bolivia y otros países latinoamericanos demuestra que las guerrillas, cuando se desarrollan en condiciones adversas, también pueden ser fácilmente destrozadas. Ni duda cabe que un puñado de hombres armados no presenta muchos de los aspectos negativos que caracterizan a la clase obrera y, sobre todo, a las concentraciones mineras desde el punto de vista estrictamente defensivo; pero tiene otros, incluidos los que se refieren al aprovisionamiento de víveres y armamento. Resulta erróneo sostener el extremo de que el poderío bélico del ejército y la eficacia de las armas modernas se han convertido en un obstáculo insalvable para la clase obrera. A la larga las innovaciones tecnológicas en el campo de la guerra se convierten en patrimonio de todas las clases sociales. Tradicionalmente el ejército ha sido el

[40]P.P.R.: "Mensaje a la Nación", *El Diario*, 15/06/1967.

arsenal de los explotados y seguirá siendo en el futuro. Las guerrillas asimilan esta tradición.

No nos abandonamos a la espontaneidad de las masas y combatimos sistemáticamente a sus adoradores y a los que pretenden diluir la lucha revolucionaria (política, es decir, consciente) en el sindicalismo chirle. La acción debe estar dirigida por el partido político. Pero, no debe olvidarse que la actividad real parte de acciones espontáneas de la clase. Acertadamente dejó establecido Lenin que "el elemento espontáneo no es sino la forma embrionaria de lo consciente". El caudillo bolchevique habló, a partir de septiembre de 1917, de la segunda insurrección no en el sentido de un "levantamiento popular" espontáneo, sino como un arte que debería ser cuidadosamente preparado.

Es evidente que las formas tradicionales de lucha de las masas, han concluido, casi siempre, en derrotas. La lucha revolucionaria es así, no se puede tener asegurada la victoria en la proporción del 100 por ciento. Lo correcto es analizar críticamente los errores cometidos y que han llevado a la derrota, para actuar mejor en el futuro. Las guerrillas también concluyen en fracasos, lo que no supone que deba abandonárselas como método de lucha.

Se puede hablar del guerrillero como unidad, aislado de la clase y del país, y siempre será la expresión de su grupo, en este sentido se identifica con el militante político. No se debe confundir al obrero aislado con la clase, éste presenta todos los aspectos negativos de los explotados. La clase, en los momentos de mayor tensión, adquiere una gran capacidad creadora.

Después del balance de la trágica experiencia de Ñancahuazú no tenemos nada que modificar en la tesis que expusimos en 1963 en nuestro folleto sobre las guerrillas.

Los hechos han demostrado que los focos guerrilleros no pueden sustituir al partido obrero y que su aparición como consecuencia exclusiva de la voluntad de los dirigentes políticos y al margen de la evolución de la conciencia de las masas pueden concluir en

una aventura; desgraciadamente, la ejemplar heroicidad de los luchadores no es suficiente para transformar la aventura en conducta estrictamente revolucionaria.

*

Mueve a risa la insólita actitud de los generales, que no han tenido el menor reparo en presentar como toda una proeza estratégica la inhumana cacería de 60 insurgentes por todo un ejército pertrechado y dirigido por los yanquis. Su "victoria" sobre los guerrilleros no contribuirá en lo más mínimo a borrar su vergonzosa historia. La verdad es que las guerrillas contribuyeron decididamente a su derrota con su errada concepción política.

El Ejército, encarnación de la fuerza compulsiva del Estado, tiene en su haber una larga tradición de masacres de las masas campesinas, artesanales y proletarias. En el pasado, el derramamiento de sangre del pueblo era un hecho hasta cierto punto casual, se enviaban soldados para ahogar el estallido de una rebelión, no formaba parte de un programa elaborado a priori. Durante la última época, cuando el gobierno es apenas un instrumento destinado a efectivizar los planes imperialistas y cuando las peticiones salariales amenazan con disminuir la cuota de ganancia de los inversionistas, la masacre se convierte en un método de gobierno, que matemáticamente planeada e inspirada desde la gran metrópoli, sirve invariablemente de válvula de seguridad para descargar las grandes tensiones sociales y tiene como objetivo inmediato lograr la disminución de los costos de producción. El gorilismo ha enunciado este programa con un cinismo sin paralelo.[41]

Una masacre ya decidida por el alto mando militar debe abrirse camino en la opinión pública y para ello se despliega una profusa propaganda y son lanzadas las más temerarias acusaciones. Sigamos

[41]Céspedes, Augusto: *El Presidente Colgado*, Buenos Aires, 1967.

el camino que condujo a la asquerosa masacre de septiembre de 1965:

El 21 de septiembre Lechín Suarez, Presidente de la Comibol, declaró a *El Diario* que "el problema planteado en las minas es cuestión política y no de sueldos". El presidente Barrientos señaló anticipadamente, la conducta que seguiría el gobierno militar: "el gobierno ha de emplear la defensa adecuada para defender nuestro país y si se sigue con esta chacota hemos de tomar medidas inmensamente más drásticas"[42] y adoptó un tono mucho más categórico todavía: "aplicaremos la violencia más brutal".[43]

Ninguno de los autores y actores se avergüenza de la descomunal represión y ésta se realiza a la vista de todos y para que nadie ponga en duda su "legalidad" fue dictada la Ley de Seguridad del Estado.[44]

El imperialismo, que tiene a "su" ejército acantonado en territorio boliviano, entrena a una fracción armada especializada en masacres y que dice llamarse Rangers. La siguiente es la nómina de los instructores norteamericanos venidos al país: capitán Charles Anthony Stulga, subteniente Carlos N. Klaliedrcy, sargentos Frank Norburg, Dean Eikstadt, Robert Tamsy y Harold Paul.[45]

---

[42] *Presencia*, 08/09/1965.
[43] *Presencia*, 20/09/1965.
[44] Decreto Supremo del 16/09/1965.
[45] *El Diario*, 29/08/1967.

Apéndice

I. Guerrillas y maniobra política

Partido Agrario Laborista de Izquierda Cristiana (PALIC). El 18 de julio de 1967 irrumpió en el escenario político una extraña criatura: el Partido Agrario Laborista de Izquierda Cristiana. El parto de los montes se produjo en circunstancias sumamente curiosas, por no decir risibles. Un "partido" que nace por decreto puede desaparecer a las 24 horas sin dejar la menor huella y sin esperar siquiera certificado de defunción.

Ciento sesenta representantes -a estar con informaciones de prensa- de una supuesta Confederación Nacional de Trabajadores Campesinos, de federaciones y sindicatos de todo jaez, elegidos conforme a prácticas policiales, y los llamados parlamentarios del agro, se reunieron con fines sindicales y resolvieron, inopinadamente y al constatar que habían madurado políticamente, organizarse en partido.

"Ha llegado la hora de la liberación del caciquismo político al que ha estado sometido por mucho tiempo por los partidos políticos de diferente cuño, que solo han utilizado al campesinado como a un instrumento para el logro de sus ambiciones personales sin importarles nada de la suerte del resto de la nacionalidad..."

Las primeras informaciones hablaron de la adhesión de la Unión de Matarifes de La Paz y de 35.000 productores de chicha de Cochabamba, lo que demuestra que el presunto partido campesino no es más que una montonera heterogénea, organizada con fines inconfesables.

La tesis de liberación del caciquismo político no pasó de ser una frase más, pues el PALIC comenzó proclamando al general Barrientos (cacique en toda la acepción del término) como a su jefe

máximo. Esto pone en evidencia que el "Partido campesino" fue organizado en el Palacio de Gobierno para servir de instrumento al gorilismo. En el primer momento estuvo destinado a neutralizar las ambiciones excesivas de los diversos partidos que formaban el FRB.

El que una reunión sindicalera de viejos burócratas inesperadamente decrete el nacimiento de un partido campesino denuncia que se trata de una maniobra del amo de las amañadas direcciones gremiales, es decir, del general Barrientos. Nadie pondrá en duda que así no puede organizarse ningún verdadero partido político, no importando de qué clase social sea.

El PALIC apenas si nació como un apéndice del oficialismo y su destino quedó sellado desde el primer momento: jugar el papel de quinta columna del gorilismo en el seno de las organizaciones sindicales del agro y cumplir devotamente las órdenes salidas del seno del Ejecutivo. Representaba a los campesinos en menor medida que los equipos burocráticos de las tan famosas federaciones que controlan el campo mediante el terror y la persecución policial.

La creación del FRB, al igual que la resurrección del PIR, ha tenido mucho de maniobra artificiosa para que el general Barrientos pudiese contar con el suficiente apoyo civil.

El FRB (MPC, Bloque de ex combatientes, Bloque campesino PRA, PSD y PIR) nació en diciembre de 1965 con la finalidad de llevar adelante la candidatura presidencial del general Barrientos. Es difícil decir si el gorila o el frente civil salieron victoriosos de la farsa electoral, lo cierto es que el FRB en ningún momento contó con un amplio respaldo popular. El 14 de julio de 1967 el PSD rompió públicamente con el FRB, actitud que fue inmediatamente seguida por el PRA.

Si el FRB fue ideado como soporte electoral, el PALIC comenzó publicando comunicados furiosamente antiguerrilleros.

Lo que durante todo este período se designó con el nombre de movimiento campesino no pasó de ser una impostura, un fantasma manejado por el gorilismo para asustar a los incautos. En el agro, la

vigorosa movilización y lucha de las multitudes han sido sustituidas por la pugna subalterna entre los caciques de turno y ansiosos de transformar en canonías su presunta popularidad. A la lucha por los intereses de la clase ha sucedido el interrumpido choque de los caudillos empeñados por controlar puestos claves. En el valle cochabambino de tarde en tarde, y de manera más espaciada en otras regiones, estallan revueltas armadas contra cierto mandón criollo, no para acabar con esta nueva versión de gamonalismo, sino buscando elevar hasta sitial de privilegio al ambicioso que logró armar a sus parciales. El proceso se repite periódicamente y contribuye a pensar que la negra noche que oscurece el campo no pasará. El grueso de la masa deja hacer simplemente y los procesos subterráneos y nucleares de descontento y resistencia al gobierno que se operan en su seno son sumamente lentos.

El presidente Barrientos, en su conferencia quincenal de prensa del 29 de julio, demostró ser el cerebro organizador del PALIC. Se calificó a sí mismo como conductor de las masas campesinas durante los últimos años y le pareció natural que el nuevo partido lo hubiese designado como a su jefe máximo, aunque reveló que tal cargo sería ocupado por un consejo, esto mientras sea Presidente de la República. Se trató, ni duda cabe, de una de las tantas maniobras que él califica como de gran política y que, en último término, no fue más que una operación palaciega destinada a ampliar el apoyo civilista al gobierno. En esos días el Comando de las Fuerzas Armadas y el Ejecutivo se mostraron sumamente preocupados por el amenazador silencio del pueblo frente a sus planes represivos. Por esto se apresuraron en sacar toda la ventaja política posible de la manifestación antiguerrillera, que tan cuidadosamente prepararon ellos mismos y que fue presentada como cien por cien espontánea. El nuevo partido jugó el papel de fuerza de relleno.

En la mencionada conferencia de prensa se habló por primera vez de la estructura orgánica del PALIC. Hasta entonces, se creyó justificadamente que se trataba de un nuevo ensayo, entre los

muchos ya realizados infructuosamente de organizar un verdadero partido político del campesinado. Barrientos se encargó de esclarecer que no por casualidad se añadió al nombre del flamante partido la palabra laborista: se lo hizo -dijo- para subrayar la urgencia de arrastrar a su seno a los obreros. Algo más sugerente, según el jefe máximo no debía pasarse por alto la declaración del PALIC en sentido de que estaba junto a la clase media, a la que reconocía su gran capacidad de dirección. Parece que los periodistas no aquilataron en su verdadero alcance la tesis de que la nueva organización era policlasista y buscaba afanosamente sellar la alianza entre los sectores mayoritarios de la población. Todo esto viene a demostrar que se buscó dar nacimiento a un partido que sustituya al MNR en la función de soporte del gobierno, reproduciendo muchas de las características formales de esta organización política. La masa campesina, imponente por su número, sería elevada a primer plano, convertida en contrapeso del revoltoso proletariado, y la dirección política quedaría en manos de la pequeña burguesía. No en vano se ha recalcado que el PALIC fue la respuesta barrientista a la disolución del FRB.

Establecido lo anterior ya no hay lugar para seguir sosteniendo que el PALIC sea un partido campesino, ni siquiera como intención. Pasará a la historia como una de las tantas organizaciones que incansablemente hace aparecer y desaparecer ese aprendiz de brujo que deambula por el Palacio Quemado.

Teóricamente no puede descartarse la posibilidad de que aparezca un fuerte partido campesino, que en su programa exprese los intereses de los explotados del agro. Acerca de la importancia de esta organización no puede haber la menor duda y, bajo determinadas circunstancias, se convertiría en un factor favorable para la efectivización de la alianza obrero-campesina. Sin embargo, la verdad es que no hemos tenido un partido campesino y todo permite suponer que no aparecerá en el futuro próximo, esto si se exceptúan las caricaturas al estilo del PALIC. La ausencia física de un partido

campesino ha contribuído a considerar como algo normal e inevitable la inclusión de las multitudes agrarias en los destacamentos de choque de las otras clases sociales.

Este problema no ha sido satisfactoriamente explicado hasta el momento, a muchos presuntos marxistas se les antoja simplemente lógico lo que ocurre políticamente en el campo. Nos parece que la causa debe buscarse en el divorcio físico e ideológico que existe entre la pequeña-burguesía ciudadana, particularmente si tomamos en cuenta a su sector intelectual, y los campesinos, una gran parte de los cuales presentan características pequeño-burguesas. La ciudad no les envía ni ideología ni dirección política. Los intelectuales siguen considerando a los campesinos únicamente como motivo folklórico o, en el peor de los casos, como masa, inerte que puede ser empujada a cualquier lado. De la entraña misma del agro solo pueden surgir caudillos locales o algunas postulaciones exóticas, teñidas de racismo o de localismo. Actualmente los intelectuales no van al encuentro de los campesinos, sino de los obreros, que, pese a su escaso número, son considerados como el pueblo mismo. Este proceso es el resultado de la convicción de que el proletariado, y no las multitudes del agro, actúa como eje de la revolución. Nadie concede capacidad de dirección política al campesinado, que, en los hechos, encuentra en la ciudad a su caudillo, sea éste revolucionario o no.

Si la clase obrera recibe su ideología desde fuera, este principio tiene mayor vigencia tratándose del campesinado. Es desde la ciudad que puede observarse y analizarse el panorama integral del agro, descubrir los intereses generales de la clase y el camino de su liberación, además que desde allí se le puede imponer unidad orgánica e ideológica. El propio indigenismo, con todas sus facetas negativas, ha sido una creación de los intelectuales de la ciudad. Si el movimiento político del campesinado continúa dentro de los moldes tradicionales no hará más que acentuar las debilidades congénitas de la clase.

Las corrientes marxistas pueden ostentar una rica experiencia agrarista. En su desesperación por arrastrar a los campesinos a la vorágine revolucionaria gastaron mucha energía, aunque inútilmente, para poner en pie partidos obrero-campesinos (se sostenía que en los países atrasados se imponía por lo menos el biclasismo) e inclusive puramente agrarios. Los ensayos traducían a su modo la consigna de la alianza obrero-campesina (y también, a veces, la certidumbre de que los campesinos eran los aliados naturales del proletariado) y la confusión de explotado del campo con obrero. Hasta el momento es el Partido de los Indios del Kollasuyo el intento más valioso en este terreno, aunque no pasa de ser un movimiento localista de largo aliento. Su limitación arranca de su enfermizo odio racista a los blancos. La vida diaria le está enseñando que nada conseguirá si se aísla del proletariado y sus organizaciones.

Lo que Barrientos busca con el PALIC es un objetivo mezquino en sus limitaciones y proyección: tener una enorme caja de resonancia para lo que diga y haga, además de otros menesteres igualmente subalternos y que ya han sido enumerados más arriba.

No podemos estar seguros de que el actual Presidente intuya que la inevitable emancipación de los campesinos del control burocrático de las direcciones sindicales será un golpe fatal para el gorilismo. Si tuviera conciencia de este peligro, resultaría evidente que con el PALIC y otras organizaciones busca prolongar indefinidamente el pongueaje político de los que han logrado usurpar la dirección de las masas. Ningún otro sentido puede tener esa mascarada que ha dado en llamarse pacto militar campesino.

II. Notas sobre ¿Revolución en la revolución? de R. Debray

1. Actitud de los críticos stalinistas. Debray parece haber sido elegido como víctima del odio stalinista a la política belicosa del castrismo. Por razones explicables todavía los ataques no se realizan de

manera frontal contra el régimen cubano, siguen, más bien, la vía indirecta de la crítica dirigida a ciertos elementos de segunda fila.

Últimamente en México y la Argentina han aparecido escritos antidebrayistas, fuertemente cargados de gruesos adjetivos y que en verdad están dirigidos contra la política cubana. Dichos documentos tienen un denominador común: repudian la lucha armada y la tesis de que esta vía es la única que puede conducir al socialismo, pues están empeñados en demostrar que aún quedan expeditos los canales del legalismo.

Deseamos dejar claramente establecido que no compartimos la mencionada crítica y en lo que se refiere a la defensa de la vía insurreccional estamos más cerca de Debray que del stalinismo tradicional.

Rodolfo Ghioldi[1] tiene la ocurrencia de presentar a un Debray esgrimiendo argumentos de Trotsky contra los clásicos razonamientos de Lenin:

"El caso de las alusiones a los trotskistas no es menos significativo; criticando posiciones de algunos trotskistas latinoamericanos, exalta sin embargo la personalidad y el papel de Trotsky, como ocurre al inventar un poder militar en manos de Trotsky aliado de un poder político en manos de Lenin, y al protestar contra 'el ukase y el tabú que ocultan todavía para algunos la persona y las obras de Trotsky'. Por encima de las riñas más o menos de familia con trotskistas de América latina, está la identidad de puntos de vista del autor con la posición de Trotsky en cuanto a no admitir la dirección y el control del partido en las fuerzas armadas, posición trotskista expresamente condenada por el VIII congreso del Partido Bolchevique".

El párrafo trascrito es falso de la primera a la última palabra. Es inexacto que Trotsky hubiese propuesto en lugar alguno de sus

[1]Ghioldi, Rodolfo: *No puede haber una "revolución" en la revolución*, Buenos Aires, 1967.

escritos o en cualquier momento de su actuación la total independencia de las fuerzas armadas o de la línea de conducta del Ejército Rojo con referencia al partido político del proletariado; contrariamente, sostuvo con énfasis que este último debía asumir el control de la política y de la actividad militar. Es absolutamente falso que al VIII Congreso del Partido Bolchevique hubiese desautorizado la posición adoptada por Trotsky en este terreno. Tenemos en las manos la biografía que sobre el organizador del Ejército Rojo ha escrito Deutscher[2] y en ella se deja claramente establecido que la tesis sobre cuestiones militares aprobada por el VIII Congreso fue obra de León Trotsky:

"Trotsky justificó esto (la organización inmediata del Ejército Rojo como fuerza armada permanente, dejando el sistema de milicias para el porvenir) como una necesidad provisional e insistió en que el Partido y el gobierno debían proponerse el sistema de milicias como su objetivo último. Defendió esta posición en las 'Tesis' que sometió al octavo Congreso del Partido en marzo de 1919 y que Sokólnikov defendió en ausencia de Trotsky ante el Congreso. Este contemplaba el día en que los hombres recibirían su adiestramiento militar, no en los cuarteles, sino en condiciones muy semejantes a las de la vida cotidiana de los obreros y campesinos. La transición no podía iniciarse en serio antes de que se lograra un resurgimiento de la industria; pero aún ahora, insistió Trotsky, un cuartel debía semejarse a una escuela militar y no a un simple campo de ejercicios castrenses. En el Ejército Rojo los mandos eran nombrados, no elegidos; pero Trotsky contempló un retorno al principio electivo en el futuro. El octavo Congreso aprobó las 'Tesis' de Trotsky y el noveno las confirmó."

Como se demuestra más adelante Debray utiliza hasta la falsedad para atacar al trotskismo y habría deseado que desapareciese como tendencia del movimiento obrero boliviano. Cabe

[2]Deutscher, Isaac: *Trotsky, el profeta armado*, 1966.

preguntarse: después de la abierta traición del stalinismo a las guerrillas de Ñancahuazú ¿ha cambiado de opinión el autor de *¿Revolución en la Revolución?*? Algunos indicios permiten esperar que sí.

Puede justificarse la crítica stalinista cuando se refiere al menosprecio de Debray al rol del partido, de la clase obrera como dirección política y de las condiciones que tipifican una situación revolucionaria:

"En *¿Revolución en la Revolución?* se asume una posición antileninista al minimizar en general la teoría, al menospreciar la concepción de los marxistas-leninistas sobre la revolución, al negar el papel del partido como vanguardia revolucionaria del proletariado y como dirigente de la revolución situando en su lugar al estudiantado y al campesinado... El autor proclama la caducidad del marxismo-leninismo en materia tan escencial como las condiciones que definen una situación revolucionaria, que hace posible la insurrección. Y no podía ser diversamente, pues en la raíz del guerrillerismo a ultranza, del guerrillerismo no importa cuándo, ni dónde, ni cómo, del guerrillerismo en todo lugar y en todo tiempo, hallase el desprecio por aquellas condiciones".

La actitud de Ghioldi es lógica si se tiene en cuenta que los comunistas argentinos en su último congreso reiteraron su fe en la vía pacífica para lograr la transformación revolucionaria de su país.

"El XII congreso del PC de la Argentina (1963), después de mencionar la necesidad de constituir un amplio Frente democrático nacional, antioligárquico y antiimperialista, dice que a través de la acción de masas, por una u otra vía, la pacífica o la no pacífica si los círculos dirigentes actuales del país cierran todas las posibilidades democráticas, puede llegar a conquistar el poder y crear un gobierno verdaderamente democrático y popular. Es propósito de nuestro Partido conquistar el poder por la vía pacífica, pero subrayando que la vía pacífica no significa que hay que esperar pasivamente que el podrido régimen

actual desaparezca por consumición para pasar, recién entonces, a la conquista del poder. De ninguna manera. La vía pacífica presupone la organización constante de la lucha de masas para detener los avances de la reacción y del fascismo y para conseguir sus reivindicaciones económicas, sociales y políticas inmediatas..."

2. Objeto de este trabajo. Hace tiempo que estas *Notas* fueron escritas y originalmente estuvieron destinadas, esto por las circunstancias políticas imperantes -en el país- únicamente a la discusión interna en las filas trotskistas.

La tarea de ayer y de hoy no es otra que sacar del movimiento guerrillero toda la ventaja posible para la marcha de la revolución. Este objetivo pudo haberse materializado en los meses precedentes ligando y coordinando la movilización de las masas con la actividad del foco guerrillero, es decir, fortaleciéndolo (convirtiendo a Bolivia en un verdadero Vietnam). En el presente cobra trascendencia la asimilación crítica de dicha experiencia.

Las notas que van a leerse se refieren únicamente al aspecto político de las guerrillas y pasan por alto las cuestiones puramente tácticas (organización material, saber si deben o no establecerse zonas territoriales libres, etc.)

Si comparamos el folleto *¿Revolución en* la *Revolución?* con el escrito que sobre el mismo tema publicó Guevara nos convencemos fácilmente de la flojedad teórica del primero y de sus deficiencias en la interpretación de los acontecimientos. Seguramente debido a una mala traducción muchos párrafos resultan incomprensibles, ciertamente que esto es secundario.

La confusión de los principios y cuestiones teóricas fundamentales con aspectos secundarios o tácticos pueden deberse al empeño que pone el autor en justificar un esquema elaborado a priori: la validez internacional de las conclusiones que dice haber sacado de la experiencia cubana.

¿Qué pensar de un intelectual bien formado que deliberadamente deforma los hechos y arbitrariamente confunde los despropósitos de Posadas con las posiciones del trotskismo? En el mejor caso debe tratarse del empeño de probar, por todos los medios, una determinada tesis.

3. ¿La guerrilla es el partido de hoy? El Che sostuvo que las guerrillas podían por sí solas generar y hacer madurar tanto las condiciones objetivas como las subjetivas de la revolución y se detuvo ahí. En otro trabajo hemos analizado y criticado tal tesis revisionista. Dicho pensamiento -acaso el más importante en toda esta discusión- viene a ser concretizado en Debray: "El partido de vanguardia puedo existir bajo la forma del foco guerrillero. La guerrilla es el partido en gestación" (p. 90).

Esta tesis debe ser considerada como la viga maestra de toda la argumentación de Debray y esto porque se refiere a la cuestión crucial del movimiento revolucionario y revisa todas las conclusiones del marxismo sobre esta cuestión. Cuando las inexactitudes se refieren a aspectos secundarios pueden pasarse por alto, pero estamos obligados a discutir cuidadosamente lo referente al partido político de la clase obrera, esto porque seguimos considerándolo la clave del porvenir de la clase obrera y de la humanidad.

En la historia del marxismo no es la primera vez que se intenta sustituir al partido político por otras organizaciones obreras o tradicionalmente propias de las masas. Se obró así para superar unas veces, las tremendas dificultades que supone la estructuración de la vanguardia revolucionaria (una de ellas es, precisamente, su degeneración) y, también, para repudiar la burocratización de las direcciones partidarias, el democratismo y el colaboracionismo clasista. Ni duda cabe que nos encontramos frente a la honestidad proletaria que se rebela contra la manifiesta traición de los burócratas a los intereses de la revolución y de la clase obrera. Reacción saludable contra la degeneración de las vanguardias que fueron revolucionarias.

Sin embargo, esta honestidad no es suficiente para justificar todas las desviaciones y mucho más si éstas pueden resultar catastróficas para la lucha diaria. Es loable el esfuerzo que hacemos todos para acabar con la opresión imperialista, con la explotación del capitalismo y por dotarnos de poderosos instrumentos revolucionarios. A pesar de todo, la impaciencia es mala consejera que puede conducimos a error y adoptar posiciones aventureras.

Los marxistas rusos, entre ellos Trotsky, consideraron saludable la tesis sindicalista aparecida en Francia como repudio a la degeneración del reformismo socialdemócrata; pero no por esto se sumaron a la especie de que el sindicato era suficiente para asegurar la victoria de la revolución y que el partido estaba además frente a una organización gremial capaz de timonear a las masas. Los sindicalistas (a diferencia del anarquismo) se declararon partidarios de la dictadura proletaria, pero, consideraban que ésta sería realizada por los sindicatos. En Bolivia, la desesperación revolucionaria también desembocó en la tesis de ser suficiente la dirección política de los sindicatos radicales para materializar todos los objetivos clasistas y nacionales, esta desviación fue el resultado de la insipiencia política de los mismos partidos.

Nadie ignora que los anarquistas repudian al partido, a la lucha política y al mismo gobierno obrero, todo bajo el signo de un radicalismo sin atenuantes.

En determinado momento de la historia, cuando la lucha gremialista cobra notoriedad y logra significativas victorias (el capitalismo hace concesiones salariales, y de otro tipo para evitar la destrucción física de la fuerza de trabajo y para garantizar la estabilidad del régimen imperante) y, particularmente, cuando los partidos existentes degeneran y devienen en colaboracionistas, el sindicato aparece como la única organización viva y capaz para llevar a las masas a la lucha y a la victoria. Bajo ciertas circunstancias las entidades gremiales cumplen algunas tareas partidistas y políticas e inclusive los elementos revolucionarios se sienten inclinados a considerar al

sindicato como a la única vanguardia de la clase (consecuencia de la vulnerabilidad frente a la presión de la opinión pública y del ingenuo oportunismo que prefiere sumarse a todo éxito momentáneo del gremialismo). Sin embargo, el propio desarrollo de los acontecimientos se encarga de poner en evidencia las limitaciones congénitas del sindicalismo y la necesidad histórica inaplazable de la estructuración del partido político. En su tiempo fue presentada la tesis sindicalista como la contribución teórica más importante (se pretendió ocultar su mecanicismo con el argumento de que partía de la vivida experiencia diaria), como una valiosa rectificación a los esquemas anquilosados del marxismo. Con el correr del tiempo tales disputas han sido arrinconadas en el desván de antigüedades; nadie toma en serio el terrorismo verbal de los sindicalistas.

¿Por qué elementos honestos y bien intencionados se empeñan en encontrar sustitutos al partido obrero? En el mejor de los casos obran así impulsados por la impaciencia revolucionaria, sobre todo cuando constatan los enormes obstáculos que es preciso vencer para culminar la obra de formación del partido. Nada más cómodo que este último sea reemplazado por una organización ya existente, entroncada en las masas, o que pueda ser fácilmente estructurada como resultado de la actividad exclusiva de algunos intelectuales o conspiradores.

Los que con tanta facilidad encuentran a diario sustitutos al partido demuestran que no han comprendido cuál es su verdadera naturaleza. No es suficiente definirlo como la vanguardia revolucionaria del proletariado o como una de sus organizaciones propias, es preciso indicar por qué resulta insustituible, tratándose de la actividad política y de la lucha por el poder.

Marx dice en el *Manifiesto Comunista* que la clase debidamente organizada, es decir, consciente o convertida en "clase para sí" es aquella que se ha organizado como partido político. De un modo sintético se puede decir que el partido revolucionario es sinónimo de conciencia de clase. El desarrollo posterior del marxismo se ha

limitado a puntualizar las características de tal organización, pero en ningún momento ha revisado esa tesis considerada básica.

Lo anterior quiere decir que el partido obrero es el resultado y la expresión de la conciencia clasista (significa la toma de conocimiento de las tareas históricas de la clase y del camino que puede concluir a su realización), por esto mismo su campo propio de acción es la política.

Lenin en su *¿Qué hacer?* indica que es la espontaneidad la que se transforma en lucha consciente o política. Es el desarrollo de las fuerzas productivas el que determina que este proceso pueda o no darse en la realidad y en qué forma. La incorporación de los países atrasados a la economía mundial (que tiene vigencia y leyes propias por encima de las economías nacionales) y la misma existencia del capitalismo (supranacional por su esencia), nos obligan a considerar a las fuerzas productivas como factores internacionales, maduras en extremo para permitir la transformación social dirigida por la clase obrera en todas las latitudes del mundo. Si Bolivia fuese un país típicamente feudal (caracterización desde luego falsa y tan cara al stalinismo) es claro que sería prematuro plantear la urgencia de estructurar el partido obrero y no pasaría de ser un anacronismo si ya hubiese sido convertida en sociedad sin clases. Como quiera que se trata de un país capitalista atrasado y es la clase obrera el eje fundamental de la economía y la política revolucionaria, la discusión acerca del partido obrero y la necesidad de su construcción inmediata son cuestiones de primerísima importancia que no pueden ser postergadas para mañana, a riesgo de ocasionar el más serio daño al país; pues, su destino está supeditado a la construcción de dicho partido. En todos los países en que impera la explotación capitalista y la opresión del imperialismo tiene vigencia la regla de que la lucha revolucionaria y emancipadora únicamente puede ser timoneada con eficacia por el partido político del proletariado; lo que sí puede variar es la forma que adquiera esta organización. La particular naturaleza del proletariado, consecuencia del régimen

capitalista, y de los caminos que debe seguir para sustituir al capitalismo por el socialismo determinan que la formación del partido revolucionario se presente como una necesidad histórica.

Se quiere dar a entender que el anterior planteamiento importa el apego a un esquema caduco, porque dice que ha surgido una nueva situación. Es esto lo que debemos aclarar.

Una situación nueva que tenga relación con el problema del partido solo puede referirse a alguna importante transformación de los trabajadores en el plano de su conciencia clasista o a su efectiva desaparición como resultado del advenimiento del comunismo. El proletariado por sus propias características (y en esto se diferencia de las otras clases sociales que a su turno conocieron la opresión) solo puede expresar su conciencia a través de su propio partido político. La burguesía, que retuvo en sus manos las fuentes de la cultura y de la economía aún antes de ser dueña del poder, sacó de su seno una serie de organizaciones que limitadamente jugaron el papel del partido político. La situación del proletariado es otra. No es casual que la ideología revolucionaria sea elaborada fuera de la clase obrera y llevada al seno de ésta desde el exterior. El partido se estructura cuando los elementos más valiosos de la clase asimilan y se identifican con el programa revolucionario, que es la más alta expresión de la conciencia clasista. La función particular que cumple el Partido se debe a que, sacando a primer plano las leyes del desarrollo de la sociedad, logra descubrir y enunciar cuáles son las tareas históricas del proletariado y no simplemente las inmediatas (como lo hacen las organizaciones gremiales e inclusive los partidos de corte derechista). Por esto se dice que el programa es el partido: al margen de éste no puede haber vanguardia revolucionaria. Cada país tiene sus particularidades y la teoría de la revolución debe, necesariamente, partir de su debido conocimiento. Si el programa es el partido es claro que éste solo puede organizarse a través de una apasionada discusión teórica, de sucesivas escisiones y fusiones. No hay ningún otro camino que conduzca a dar forma a la más elevada

expresión de la conciencia clasista, que esto es, en resumen, la vanguardia revolucionaria.

Una nueva situación en este plano solo puede significar que la liberación de la clase obrera (por tanto, del país) puede materializarse aunque ésta última no adquiera conciencia (factor subjetivo de la revolución) o que este proceso pueda lograrse al margen de la teoría. Si esto fuese verdad, el marxismo no tendría razón de ser, puesto que no es más que la expresión consciente del inconsciente proceso histórico.

Surge otra pregunta: ¿qué organización, sea propia o no de la clase obrera, es capaz de expresar y contribuir a la elevación de la conciencia clasista? Cuestión que también puede plantearse así: ¿qué organización fuera del partido puede cumplir la función de adecuado y eficaz instrumento del proletariado en el campo político?

Cuando se dice que la lucha de los trabajadores se convierte de espontánea o económica (en resumen, sindicalista) en política, se está indicando que la múltiple gama de formas de la movilización de masas controlada por el partido es consciente, aunque pudo haberse iniciado en el plano de la espontaneidad. Todo intento de sustituir al partido con otra organización importa el menosprecio a la actividad consciente de la clase y endiosa la espontaneidad. No debe olvidarse que solo el partido político, por su naturaleza y estructura, nace y se desarrolla en el plano consciente. Tal es el problema fundamental y constituye un error suplantarlo con la discusión acerca de las formas de lucha que deben ser desechadas (lo que, por otra parte, depende del momento político que se viva).

Extraña que Debray se refiera machaconamente al supuesto culto de la espontaneidad de las masas por parte del trotskismo y esto porque él sostiene la posibilidad de sustituir al Partido con cualquier otra organización.

Seguramente ha pesado en el ánimo del autor del folleto dos hechos: la persistente y difundida propaganda stalinista en ese sentido

y una errónea interpretación de nuestra tesis en sentido de que las masas de mayor tensión muestran una gran capacidad creadora.

Es cierto que León Trotsky antes de 1905 reprobó a Lenin el menospreciar la espontaneidad revolucionaria de las masas y el intento de sustituir a éstas por una organización excesivamente centralizada.[3] Partiendo de este antecedente, el stalinismo no ha cejado en su empeño de identificar la doctrina de Trotsky con los planteamientos de Rosa Luxemburgo.

El trotskismo de nuestros días tiene como punto de partida la tesis de que la crisis de la humanidad se reduce a la crisis de dirección de la clase obrera. Trotsky ha definido al marxismo como la expresión consciente del inconsciente proceso histórico. La acción directa de masas no quiere decir necesariamente la espontaneidad de ellas, sino las acciones organizadas y dirigidas por el partido del proletariado, al margen de la ley y del intervencionismo estatal.

El crecimiento de la conciencia de la clase, vale decir su politización, permite que la potencial capacidad creadora de las masas logre alcanzar, en momentos excepcionales, los más altos niveles. Esta potencialidad se refleja y resume, al igual que la conciencia clasista, en el partido revolucionario, aunque no ciertamente en las burocracias corrompidas y anquilosadas.

Las anteriores observaciones pueden ser íntegramente aplicadas al esfuerzo que hacen muchos por reemplazar al partido de la clase obrera con el foco guerrillero. Es preciso señalar que no menospreciamos la lucha armada, y menos las guerrillas, nos limitamos a colocar estos métodos de lucha en su verdadero lugar. Es un grueso error considerar a las bandas armadas, organizadas para cumplir tareas bélicas, como partido, o al menos como gérmenes de él.

En las páginas 103 y siguientes del folleto de Debray se plantea equivocadamente la cuestión porque se identifica al partido obrero con el stalinismo, echando por la borda la discusión que sobre el

[3] Ídem.

tema se desarrolló internacionalmente. Su crítica de los PP.CC. no pasa de ser una acertada descripción de sus características formales y es exacta su observación de que las fracciones pekinesas no han podido rectificar la degeneración burocrática del stalinismo. Los partidos comunistas tradicionales son malos no únicamente por el apoltronamiento de tal o cual burócrata, sino porque el centralismo burocrático que los caracteriza es resultado de la línea contrarrevolucionaria impuesta por Moscú. Los partidos pro-chinos han concluido reeditando todos los defectos del stalinismo. No es suficiente la enumeración de los rasgos que denuncian esa degeneración, hace falta establecer con precisión si ella ha llegado a un grado tal que convierta a dichos partidos en contrarrevolucionarios. Este análisis ya fue hecho por Trotsky y sus conclusiones conservan su vigencia. Si el partido comunista se ha convertido en reaccionario no queda más camino que organizar otro partido que encarne el programa de la clase obrera, en caso contrario debe permanecerse en su seno para lograr que rectifique su conducta. Lenin, al constatar la quiebra definitiva de la II Internacional, exclamó: "¡Viva la III Internacional!", para dar a entender que la tradicional organización obrera había dejado de representar los intereses históricos del proletariado y que el deber de los revolucionarios consistía en luchar sin tregua hasta poner en pie una nueva vanguardia. A ningún marxista se le ocurrió exclamar que habiendo fracasado un determinado partido se imponía el deber de repudiar a la organización política de los obreros en general. Debray cree que este camino es malo porque conduce a la reiteración de los errores y a una enorme pérdida de tiempo, prefiere dedicar sus energías a crear un núcleo guerrillero, pequeño, timoneado por una sola persona y que ofrezca la garantía de no degenerarse.

Resumiendo: constituye un grueso error el pretender desahuciar al partido obrero partiendo de la premisa de que los partidos stalinistas son malos y están burocratizados. Esto es verdad, pero la respuesta marxista consiste en organizar una auténtica vanguardia

revolucionaria, aún sabiendo que persiste el peligro de burocratización. Los que buscan reemplazarla por la guerrilla deberán demostrar previamente que ésta puede cumplir satisfactoriamente las funciones partidistas, no solo como dirección de la lucha diaria, sino como encarnación de las tareas históricas del proletariado y motor que impulse la elevación de la conciencia clasista.

Del contexto del folleto comentado se desprende un indisimulado desprecio del partido político que, sin embargo, está en contradicción con la evidencia de que la dirección política de La Habana, encargada de organizar las guerrillas en escala internacional, según confesión de Fidel, juega el papel de partido político de influencia continental. No nos parece mal que exista esa dirección, que se explica por la ausencia de una verdadera vanguardia revolucionaria en el escenario controlado por el castrismo; pero Cuba no cumple satisfactoriamente ese papel.

La conclusión más peligrosa de Debray radica en la especie de que "lo decisivo para el futuro es la apertura de focos militares y no de focos políticos", esto porque pretende marginar de la preocupación del momento los problemas de estructuración y fortalecimiento del partido y de movilización de masas. La experiencia del presente enseña que la lucha armada sin dirección política constituye un peligro para el porvenir de la revolución.

Se atribuye al Che la frase de que "una vez organizada la guerrilla todo lo demás se resuelve" y que, en su extrema franqueza, resume toda la argumentación de Debray. Esta tesis solo puede explicarse como resultado de la desesperación (peligrosa aunque sea el producto de la honestidad). Una banda de guerrilleros puede organizarse como en un laboratorio (dentro o fuera del país), al margen de los grandes conflictos que estremecen al país y es una tarea relativamente sencilla. Si fuera verdad que el foco guerrillero resolviese todos los problemas y dificultades, la consumación y victoria de la revolución no sería más que un juego de niños. Lamentablemente las cosas se desarrollan de otra manera. Aún en el caso de

que la guerrilla sea organizada por el partido obrero solo podrá resolver, por sí sola, los problemas de la lucha armada apoyándose en la espontaneidad de las masas. Como quiera que su finalidad no es otra que organizarse y prepararse para la actividad bélica, el campo propiamente político queda al margen de su influencia y de sus decisiones. No tiene posibilidad ni recursos para expresar programáticamente la conciencia clasista y menos para encauzar la lucha hacia el cumplimiento de las tareas históricas. La concepción de la guerrilla como sinónimo de partido conduce invariablemente a arrinconar a las masas a la condición de observadoras pasivas, y acaso sorprendidas, de las proezas de los valientes guerrilleros. En la lucha política hay una simbiosis entre las masas y la dirección.

En el Vietnam y la China las guerrillas nacen y viven bajo el control directo del partido, son su brazo armado. En Cuba los focos guerrilleros entraron en pugna con lo que entonces pasaba como partido obrero, el PC, por esto marcharon hacia la estructuración de un movimiento que adquirió características partidistas, aunque no de organización obrera. Para la no aplicación de la experiencia del Oriente no se dan razones teóricas o políticas, sino que se invocan aspectos secundarios como la poca densidad demográfica o la alta capacidad de fuego del ejército dependiente del Pentágono.

4. Las guerrillas, ¿método preeminente? En las páginas 21 y siguientes del folleto se analiza lo que Debray llama "autodefensa armada" y que no es otra cosa que el armamento de la clase obrera alrededor de los sindicatos y para apuntalar la acción directa (incluyendo a las milicias obrero-campesinas). A la "autodefensa armada" (arbitrariamente se la supone antecedente de inevitable derrota) se opone la defensa de los trabajadores desde el exterior por obra y gracia de los focos guerrilleros. Es mejor que la clase obrera no haga nada para evitar el riesgo de que pueda ser masacrada, abandonándose al puñado de valientes que mora en las montañas tendrá asegurada su liberación. Estas especulaciones son

el resultado de un esquema subjetivo y si hubiese algo de verdad en ellas la lucha de clases y la actividad revolucionaria serían de simpleza increíble. Es evidente que la "autodefensa armada" (la acción directa no siempre supone la existencia de grupos armados) ha conducido a numerosas derrotas, mas esta evidencia no es suficiente razón para abandonarla como método de lucha de los trabajadores, pues, *mutatis mutandis*, podría aducirse en su favor múltiples victorias, inclusive la total destrucción del ejército rosquero, cosa que no ha podido lograr hasta ahora el foco guerrillero.

De manera por demás arbitraria se sostiene que esta forma de lucha constituye la negación misma de la lucha de clases, el producto de la espontaneidad y el camino obligado hacia el compromiso con el enemigo. Algunos de estos resultados o todos ellos pueden tornarse palpables en determinadas condiciones, pero también la supuesta "autodefensa armada" puede ser el punto inicial y el marco en el que se desarrolle la lucha política verazmente revolucionaria; algo más, no existe, en principio, ningún antagonismo insalvable entre la autodefensa y el método guerrillero, pueden y deben cooperar y coordinar sus movimientos. La actividad sindical revolucionaria se traduce en la tan mentada autodefensa y por esto es nuestro deber prestarle la suficiente atención. En el futuro este método de lucha seguirá manteniendo su vigencia. Ni duda cabe que la autodefensa, como cualquiera otra forma de lucha, lleva aparejada el peligro de la derrota episódica, cosa que también ocurre tratándose de las guerrillas (ejemplo, Ñancahuazú). Hasta ahora no se han encontrado recursos infalibles que nos lleven a la victoria. Contrariamente, la experiencia enseña que la derrota episódica es nada menos que el camino por el que tiene que recorrer la clase obrera, es la escuela en la que se aprende a descubrir el derrotero de la victoria. Las guerrillas conocen reveses (casi siempre en mayor grado que los otros métodos), pero no por esto se debe concluir que los revolucionarios deban abandonarlas.

No pasa de ser un esquematismo perjudicial el que un determinado teórico nos salga con el descubrimiento de que él, actuando como portavoz de una revolución victoriosa, es capaz de imponer a las masas una determinada forma de lucha y que ésta lleva el marbete de la infalibilidad. Los métodos de lucha de la clase obrera son múltiples y tienen como punto de partida la movilización masiva, o, al menos, se refieren a ella. Su vigencia, su preeminencia (y en mayor medida su reinado exclusivo), no pueden ser señaladas a priori, serán el resultado de la evolución política del país. Ni siquiera los peligros que corre un gobierno obrero son suficiente razón para que, desde el exterior, se obligue a las masas a adoptar determinados métodos (esto supone la derrota); lo único que puede pedirse es la defensa de la revolución que corre el riesgo de perderse. Se supone que la clase obrera cumplirá su deber utilizando los métodos para los que está suficientemente madura o los que se acomodan a las circunstancias imperantes.

Circunstancias políticas concretas pueden determinar que la guerrilla cobre preeminencia y entonces será preciso que los esfuerzos y recursos de las masas se le subordinen. Esta realidad excepcional no supone que los otros métodos de lucha desaparezcan o deben ser definitivamente repudiados, sino simplemente que pasan a un segundo plano. Pero, la guerrilla puede, en cierto momento, ser solo un auxiliar de otras formas de lucha e incluso llegar a convertirse en inoportuna. No existe razón valedera para concluir que los países latinoamericanos y durante todo el período que vivimos, están predestinados a ser libertados por guerrilleros y que las masas no pueden recurrir, a riesgo de cooperar con la contrarrevolución, a ningún otro método de lucha. El fatalismo de Debray conduce a despreciar todo lo que actualmente están haciendo las masas y abre las puertas a la aventura.

El proceso político boliviano parece llevarnos a la insurrección armada. Sería erróneo no impulsar este proceso, y, actuando con un estrecho criterio sectario y ultimatista, desechar todo lo que no

sea guerrillas. Apreciamos en alto grado el esfuerzo que se hace por mantener en pie un foco armado, pues puede coadyuvar al estallido de la insurrección. Con todo, la tarea más importante radica en entroncar las guerrillas en el movimiento de masas, es decir, en el pueblo. Los focos guerrilleros deben ser arrancados de su aislamiento y Bolivia convertida en un verdadero Vietnam, vale decir, en un país en el que el pueblo se levante en armas contra la ocupación imperialista.

Sería tonto renunciar a la lucha sindical (utilizando el argumento de que algunas direcciones gremiales cooperan con el gobierno, por ejemplo), a la existencia de milicias y al armamento de los trabajadores. No puede descartarse la posibilidad de que las guerrillas pudiesen ponerse en pie partiendo, precisamente, de estas premisas.

Constituye una falsedad histórica sostener que las milicias obreras que aparecieron después de abril de 1952 fueron el punto culminante de la influencia anarco-sindicalista en el sector minero. Se puede asegurar que esa influencia, a diferencia de lo ocurrido en otros países, nunca existió entre nosotros y apenas si tocó de pasada al gremialismo artesanal.

Las milicias armadas fueron la expresión de hechos históricos concretos y sustituirlas en ese entonces por las guerrillas habría sido sencillamente absurdo. Los trabajadores apoyaban entusiastamente al régimen pequeño-burgués salido de las jornadas de abril y después de destruir al ejército oligárquico creyeron que lo único atinado radicaba en formar piquetes obreros y campesinos armados para defender la revolución tanto de sus enemigos de dentro como de fuera del país. Solo más tarde se produce la diferenciación política entre el régimen movimientista y los trabajadores y, por tanto, sus milicias. Estas organizaciones armadas concluyeron degenerándose como consecuencia de la presión del MNR, lo que no nos permite desahuciarlas de plano.

Debray está equivocado cuando sostiene que el trotskismo decretó la huelga de mayo de 1965, que, en verdad, fue el resultado de una estudiada provocación gubernamental y de la ineptitud de la dirección prinista. Al lanzar semejantes despropósitos se identifica con el stalinismo pro-ruso. Lo que ocurrió fue que los poristas tuvieron el suficiente valor para permanecer junto a los mineros mientras se batían en una huelga que ofrecía muy pocas perspectivas de victoria, en tanto que los stalinistas idearon el destierro voluntario para salvar sus pellejos.

La lucha revolucionaria en todas sus manifestaciones ofrece innumerables peligros para la integridad física de los militantes, que pueden concluir en la cárcel o el cementerio. Estos riesgos son parte inherente de la lucha de clases. Las periódicas sangrías del movimiento obrero tienen diversas consecuencias conforme al grado alcanzado por la movilización de masas. En los momentos iniciales del proceso de ascenso pueden hacer retroceder al movimiento e inaugurar un período contrarrevolucionario. Pero, cuando la ola revolucionaria está encrespada llevan la posibilidad de obligar a las capas atrasadas a incorporarse a la lucha o, dicho de otra manera, radicalizan mucho más a los trabajadores.

La tesis de la preeminencia del método guerrillero o de la inconveniencia de dar nacimiento a nuevos frentes políticos, no es más que consecuencia de la afirmación de que el foco armado es el partido mismo.

5. Otras cuestiones. Finalmente, debe tomarse en cuenta que en el folleto de Debray abundan las afirmaciones alegremente hechas y no se percibe el menor esfuerzo por documentarlas.

En la página 26 se lee que si bien las masas subvertidas destrozaron al ejército oligárquico, esta situación no volverá a repetirse. El único argumento que se ofrece en respaldo de semejantes tesis dice que actualmente las fuerzas armadas han sido muy bien entrenadas y armadas por los EEUU. Para invalidar dicho

planteamiento sería suficiente indicar que también las organizaciones obreras se encuentran más maduras. Puede establecerse una regla aplicable en todas las latitudes: la capacidad de las masas puede, en condiciones favorables, pulverizar al mejor de los ejércitos y reducir a nada el potencial mortífero de la bomba atómica. Parece que se olvida que las FF.AA. son vulnerables por el hecho de estar formadas por soldados que son parte de las clases explotadas de la sociedad. Hoy como ayer sigue en pie la obligación de ganar ideológicamente al Ejército en sus capas más amplias y no privilegiadas.

La teoría de la preeminencia del método guerrillero y de la entidad del partido con el foco armado importa el empeño de convertir a la revolución cubana en el modelo que debe ser obligadamente imitado en todo el continente. Por esta razón Castro estaría llamado a actuar como el caudillo indiscutido de la revolución latinoamericana.

Después de 1917 tuvimos un caso parecido cuando se hicieron esfuerzos por copiar internacionalmente la estructuración de los soviets, que a muchos se les antojó el único canal por el que podía pasar la revolución. La historia enseña que una verdadera revolución se produce en circunstancias particulares y los detalles de ésta no pueden ser exportados o copiados servilmente.

Debray truena contra los sindicatos campesinos porque no son organizaciones proletarias. El caso es que existieron con una envidiable vitalidad. Nacieron como instrumentos de lucha de los explotados del agro y poco importa que su denominación violente una tradición terminológica. Esta crítica suena mal en quien no tuvo el menor reparo en revisar las premisas fundamentales del socialismo científico.

Riberalta, julio de 1967

Posdata

El hombre de la calle puede pensar que los norteamericanos vinieron a Bolivia temporalmente y que luego de derrotar a las guerrillas se fueron a otras latitudes. Este es un simple espejismo que se basa en un malentendido. Para los Estados Unidos nuestro país es un territorio ocupado y se dan la tarea no solo de administrar nuestros intereses y los suyos, sino que adoptan una serie de medidas que buscan reservar la tranquilidad social y política de ahora y del futuro; actúan, en cierta medida, de manera mucho más previsora que los mismos gobernantes.

Los capos de las Fuerzas Armadas pregonan a los cuatro vientos que las guerrillas se acabaron con el asesinato de Ernesto Guevara y que una situación de lucha armada no volverá a repetirse en el futuro. El Pentágono, esta vez representado por el mayor Shelton, opina de otro modo: "Aunque el Che Guevara está muerto yo soy pesimista y no creo que la guerra en estas latitudes haya concluido todavía por mucho que se aguce la imaginación".[4] Como quiera que es el Pentágono y no el general Ovando el que decide la política del Ejército, el grupo de técnicos americanos continúa entrenando a regimientos de soldados en la lucha antiguerrillera, que ahora se encubre tras la designación de "Defensa interna y desarrollo".

Lo anterior viene a demostrar que los yanquis temen una nueva insurgencia armada y que, con la debida anticipación, están adoptando una serie de medidas preventivas. La sistemática represión de los cuadros de la izquierda forma parte de este plan, no en vano agentes de la CIA dirigen los servicios de inteligencia del país.

"Es también evidente que el servicio de inteligencia militar de Bolivia ha sido vigorosamente reforzado por los operativos de la Agencia

[4]Cable remitido desde Santa Cruz por Reuter y firmado por Christopher Roper, *El Diario*, 28/11/1967.

Central de Inteligencia de los Estados Unidos (CIA). Un individuo rubio, calvo y de baja estatura, apellidado Ramos, hablando un inglés de inconfundible acento norteamericano, al parecer más fluido que su dominio del español, dirigió la inspección del cadáver de Guevara cuando fue llevado a Vallegrande el 9 de Octubre".

El mayor Ralph Shelton, familiarmente conocido como Pappy, es oriundo de Nashville, Tennessee y dirigió entrenamientos antiguerrilleros en la República Dominicana y en Laos. Es difícil precisar el número de uniformados yanquis que controlan la vida nacional y a éstos, que seguramente son cientos, hay que añadir a los civiles espías, confidentes y otras alimañas que se disfrazan de cuerpos de paz y cosas por el estilo.

Apéndice

Los métodos de lucha

Documento presentado por el POR
de Bolivia a la Conferencia Latinoamericana

1. Partimos de la concepción leninista de que los diversos métodos de lucha, creados hasta hoy por las masas y los que pudiesen crearse en el futuro, deben ser actualizados y usados de acuerdo a las condiciones políticas imperantes en cierto momento. No existen métodos de lucha que puedan ser empleados en cualesquiera circunstancias. Los métodos que en cierto momento sirven perfectamente a los fines revolucionarios pueden dejar de ser útiles cuando se modifican las circunstancias.

2. Los métodos que emplea el trotskismo son los métodos de la revolución proletaria, en cuya base se encuentran la movilización y la acción directa de masas, y que puedan adquirir una múltiple gama de manifestaciones formales, de acuerdo a las particularidades nacionales y a la particular evolución de la conciencia de clase de los trabajadores. Se tiene que señalar una y otra vez que la revolución social la harán las masas o ésta no se producirá. Constituye una gravísima desviación, fomentada por las tendencias foquistas, desembozadas o vergonzantes, el pretender sustituir a las masas,

que normalmente se mueven con mucha lentitud, con grupos minoritarios y heroicos, que la lucha de clases la reemplazan con la desesperación típicamente estudiantil o intelectual.

3. Son las masas las que deben madurar políticamente para ser capaces de utilizar ciertos métodos de lucha y el partido revolucionario no debe mirar con desdén o desconfianza cuando los explotados, por haber sido colocados frente a una situación peculiar, utilizan formas de lucha hasta entonces desconocidas. Los explotados recurren a ciertos métodos por una necesidad histórica, es decir, que su utilización se convierte en condición imprescindible para realizar ciertos objetivos, y no porque alguna capilla de especuladores o un grupúsculo de gente entrenada en actividades militares les inciten a ello.

El partido político constituye el elemento fundamental y activo que motoriza el avance de la evolución de la conciencia de clase y en esta medida trabaja positivamente para que sea posible la utilización, por parte de las masas, de ciertos métodos de lucha. Pero, ni siquiera el partido señala arbitraria o anticipadamente por cuáles métodos se desarrollará la actividad revolucionaria, pues las futuras circunstancias precisas por las que recorrerá la lucha de clases son sencillamente imprevisibles.

La vigencia de los métodos de lucha no está determinada porque se encuentren catalogados en los textos marxistas clásicos, sino que dependen de la situación política y de la madurez de las masas. La actividad del Partido lo que hace es asimilar la obra de las masas -también en materia de métodos de lucha- y generalizar esa adquisición, coadyuvar para que sea incorporada al arsenal de la clase. El paternalismo pequeño-burgués -mezcla de presunción y mesianismo- está empeñado en enseñar a luchar a los obreros y dicta para ellos curiosas recetas sobre los mejores métodos de lucha, etc. Toda esta palabrería concluye sirviendo a la reacción criolla y al imperialismo.

4. La acción directa quiere decir que las masas toman en sus manos sus problemas y los del país y los resuelven por su cuenta, utilizando sus organizaciones, su fuerza y sus recursos propios, al margen de toda injerencia extraña, ya sea de las autoridades, de las leyes burguesas o de las instituciones e ideología de las otras clases sociales. La acción directa puede adquirir las formas más diversas: desde las manifestaciones callejeras, presiones de todo tipo sobre los patrones o "su" Estado, hasta las múltiples manifestaciones huelguísticas y todas las variantes de la lucha armada de las masas.

Cuando los métodos de lucha se consideran como manifestaciones de la acción directa se supone que nos estamos refiriendo a los métodos que se utilizan para la movilización de las masas y para que éstas impongan sus objetivos. El uso irresponsable y aventurero de determinados métodos de lucha solo puede darse cuando algunos grupúsculos se lanzan a hacer la "revolución" por su cuenta y riesgo, con la seguridad de que el "pueblo" les aplaudirá y secundará pasivamente.

Esta concepción del empleo de los métodos de lucha se opone radicalmente al populismo, que concluye disolviendo la conciencia proletaria en la masa gris y abstracta de lo que ellos consideran como pueblo y que, en realidad, no es otra cosa que la subordinación de la clase obrera a la dirección burguesa o pequeño-burguesa. Estas direcciones para consumar sus operaciones blanquistas precisan inventarse métodos de lucha y de un modo natural intentan imponerlos a las masas.

5. No puede haber la menor duda acerca de que el proceso revolucionario se encamina a la lucha armada, que será necesario desencadenar para expulsar del poder a los gobiernos caducos y tambaleantes de la reacción. En la etapa preparatoria de la insurrección, pueden los trabajadores verse obligados a recurrir a las armas una y otra vez. La lucha revolucionaria supone para nosotros las múltiples formas de la lucha armada, pero todas estas son solo un aspecto de la política revolucionaria del proletariado. Por haberse convertido

este en caudillo nacional, por encarnar los intereses nacionales, el proletariado impone sus métodos a las otras clases sociales, es decir, a la mayoría del país.

La lucha armada, a su vez, puede adquirir las más diversas formas y cada una de éstas puede o no entrar en vigencia, siempre con relación a la situación política, que está determinada por las actitudes que asumen las masas.

La lucha armada no es un fin en sí misma ni se trata de una forma de lucha que se le impone a las masas desde fuera; es, contrariamente, una de las manifestaciones de su movilización, de su radicalismo y politización, en fin, de su lucha hacia el poder. Los explotados al levantarse revolucionariamente van creando órganos de poder, que, en determinada circunstancia, se ven obligados a recurrir a las armas para imponer sus decisiones. Lo que queremos significar es que tanto el armamento como las operaciones militares deben considerarse, y solo valen como tales, manifestaciones de las clases que se levantan contra el estado de cosas imperante, bajo la dirección del proletariado.

Hay que luchar sistemática y enérgicamente contra todas las desviaciones militaristas, que consideran la lucha armada, en cualquiera de sus formas, como una finalidad en sí, como patrimonio de una minoría que actúa a espaldas de las masas.

La lucha armada sirve a la política revolucionaria y, de una manera general, no es más que su prolongación por otros medios. Para los militaristas, la lucha armada está por encima de la política, de la lucha de clases y de los mismos partidos. El trotskismo pugna porque los destacamentos armados se sometan ideológica y organizativamente a la dirección del partido revolucionario de la clase obrera.

La actividad militar y la lucha armada adquieren trascendencia para las masas y la actividad revolucionaria si son obra de las masas, solo en esta medida pueden contribuir al avance de la evolución de la conciencia de clase. Si la lucha armada y los problemas militares

se circunscriben a ser expresiones de un pequeño grupo pierden toda significación para la clase.

El proletariado latinoamericano ha protagonizado muchas formas de lucha armada contra sus opresores y tiene una rica experiencia en materia de armamento; la actividad revolucionaria debe partir de esta experiencia, debe asimilarla y elevarla políticamente.

6. La norma suprema en la materia consiste en subordinar todos los métodos de lucha que utilicen las masas, desde el parlamentarismo hasta la lucha armada, a la acción directa de masas; todos los métodos se le deben subordinar.

La actuación del Partido revolucionario debe tender a que las explosiones revolucionarias de las masas se subordinen a la acción del proletariado. Por otro lado, la tarea propagandística del trotskismo, a tiempo de superar todas las desviaciones militaristas y foquistas, deben enseñar que la acción directa es la madre de todos los métodos de lucha.

7. El armamento de las masas y la organización de los destacamentos de combate, deben encararse como manifestaciones de la poderosa movilización de los explotados, como la respuesta a necesidades concretas.

En el plano de la propaganda, el armamento de las masas y particularmente de la clase obrera, cobra una actualidad permanente. En este plano, lo trascendental consiste en enseñar la urgencia de proceder a ese armamento.

Solo la dirección del partido y la concepción de que armamento y acciones militares son parte de la política revolucionaria de la clase, pueden evitar que se cometan aventuras y desviaciones caricaturescas.

8. La insurrección debe ser considerada, tal cual es en los hechos, como el punto culminante del proceso revolucionario y no como otro método más de lucha que puede oponerse o entrar en competencia con otros. Esta desvirtuación es propia de algunos ultraizquierdistas, que nos hablan en sentido de que ellos tienen

métodos más importantes que el método insurreccional. Si los métodos de lucha están bien aplicados deben conducir a la insurrección y no al aborto o las frustraciones. En el punto culminante de la insurrección, cuando se trata del hecho de tomar físicamente el poder, la política es reducida al arte militar, pero no se trata de que se hubiese emancipado de la estrategia revolucionaria, sino, contrariamente, de que debe servirla a cabalidad.

9. La construcción de los partidos revolucionarios en América Latina no puede darse al margen de la más severa crítica de las tendencias extrañas al proletariado que pregonan, como receta salvadora, la permanente preeminencia de cierto método de lucha o su uso obligatorio y exclusivo. Esta lucha se librará tomando en cuenta las consideraciones anteriores, lo que supone superar las tremendas limitaciones de los ultraizquierdistas en general (foquistas, populistas, pablistas, etc.) de los stalinistas parlamentarios y de los nacionalistas, muchas de cuyas tendencias son francamente putchistas. La discusión diaria acerca de los métodos de lucha a emplearse en América Latina cobra una gran importancia y puede ayudar a la vanguardia revolucionaria a madurar rápidamente.

10. El partido revolucionario tiende a que todas las acciones militares y los destacamentos armados estén bajo su dirección política, así lo exige el porvenir de la revolución. Sin embargo, la lucha de clases sería inconcebible si no se tiene en cuenta que siempre existe un margen mayor o menor, de acciones espontáneas, concepción que se hace extensiva también al problema militar y del armamento. En los momentos de mayor tensión de las contradicciones de clase, las masas exteriorizan su gran capacidad creadora a través de las acciones espontáneas, en un gran número de casos.

El partido no rechaza ni da las espaldas a las acciones espontáneas, sino que entronca en ellas y trabaja firmemente para darles un claro contenido político, para transformarlas en conscientes.

No pocas veces inclusive la creación de los órganos de poder (fue notable el caso de los campesinos en 1952) es consecuencia de

la actividad espontánea. El partido, en este caso, penetra y actúa en el seno de la nueva organización buscando orientarla políticamente.

Las acciones militares espontáneas menudean, particularmente en los momentos en que comienza el ascenso de las masas, cuando la actividad del partido revolucionario es todavía limitada. La suerte de la revolución aconseja que esas acciones sean centralizadas y elevadas en su contenido, hasta transformarse en acciones políticamente controladas.

Los Estados Unidos Socialistas de América Latina

Documento presentado por el POR de Bolivia a la Conferencia Latinoamericana

1. Históricamente la unidad de América Latina (en forma de un solo Estado y una sola nación o como confederación de Estados) fue formulada a comienzos del siglo XIX como una reivindicación democrática burguesa muy avanzada. Si no pudo materializarse entonces fue debido a los intereses de las grandes potencias capitalistas, que impusieron a América Latina su incorporación a la economía capitalista mundial y que para oprimir y explotarla mejor utilizaron el fácil recurso de parcelarla siguiendo la división introducida por la administración española y hasta los intereses del gamonalismo. Al mismo tiempo, el no cumplimiento oportuno de esta tarea vino a demostrar la extrema debilidad de la burguesía latinoamericana.

2. Algunos Estados, como el boliviano, por ejemplo, nacieron por la imposición de la aristocracia terrateniente contra las corrientes unionistas, que expresaban los intereses de las capas más avanzadas de quienes acaudillaron la revolución emancipadora. Los proyectos de unidad continental fueron sustituidos por otros regionales y hasta bilaterales, pero todos fracasaron al no poder vencer los menguados intereses de los gobiernos regionales y menos la oposición y las maniobras de las metrópolis capitalistas. El

vasto movimiento de la Unión Americana, que conoció su mayor florecimiento como respuesta a los aprestos invasores de España (Siglo XIX), naufragó como una pose literaria. Mucho más tarde, la intelectualidad pequeño-burguesa discurseó y provocó escándalos periodísticos alrededor de la vieja consigna. Por su naturaleza de clase, la dirección pequeño-burguesa no puede desarrollar esa política por mucho tiempo y concluyó postrada de hinojos ante el imperialismo. La historia de la unidad continental, como planteamiento limitadamente democrático, es la historia del fracaso y de la postración de las burguesías nacionales. La burguesía no ha podido crear las condiciones materiales y el marco necesario para el gran desarrollo capitalista de América Latina; se ha convertido en instrumento de su balcanización, sirviendo así los intereses imperialistas y hasta feudales.

3. En el período de desintegración mundial del imperialismo, los gobiernos títeres de las republiquetas americanas no se cansan de plantear fórmulas de unidad económica regional, pero no lo hacen para emanciparse de la metrópoli o para oponerle tenaz resistencia, sino para viabilizar sus planes de control y mayor explotación del continente o bien para beneficiarse con las migajas que les arrojan los Estados Unidos a cambio del ensanchamiento del mercado interno, de la uniformación de las imposiciones aduaneras, de las modalidades de pago, etc., todas medidas prácticas que pueden facilitar la mayor penetración imperialista. Estos pactos regionales favorecen a ciertos países, a aquellos que han logrado un mayor desarrollo industrial, a costa de los otros. No son ciertamente el camino de la liberación y no pueden ni deben ser confundidos con la idea originaria de Bolívar, cuya más grande preocupación era la de unir a los latinoamericanos para que no fuesen engullidos por la voracidad de los europeos o norteamericanos. Sería absurdo esperar que por el camino de los pactos regionales pueda cumplirse, por lo menos parcialmente, la tarea democrática formulada en el siglo XIX.

4. La unidad continental, como todas las tareas democráticas incumplidas, ha pasado a manos del proletariado, que pugna y batalla para convertirse en caudillo nacional, y, por este hecho, se transforma fundamentalmente.

Si en el siglo XIX fue una consigna democrática, ahora, en el siglo XX, expresada por boca de la clase obrera adquiere proyecciones socialistas. No se trata ya de unir el continente para hacer posible el desarrollo del capitalismo latinoamericano, sino de utilizar la unidad continental para resolver las tareas emergentes de las revoluciones acaudilladas por el proletariado e iniciadas en las fronteras nacionales. La revolución permanente recorrerá el camino de los Estados Unidos Socialistas de América Latina.

La unidad continental en manos del proletariado ha dejado de ser limitadamente democrático para transformarse en uno de los prerrequisitos imprescindibles para la construcción del socialismo.

5. Desahuciada como está la posibilidad de que sean los gobiernos títeres del imperialismo o los que obedecen a la línea nacionalista civil o castrense, los que puedan imponer la unidad continental, solo puede concebirse como la obra creadora de los futuros gobiernos obrero-campesinos.

El que la unidad continental solo pueda darse, en nuestra época, bajo la forma de los Estados Unidos Socialistas de América Latina es consecuencia de la particular mecánica de las clases sociales que tiene lugar en los países atrasados. Las burguesías nacionales y sus sucedáneas pequeño-burguesas siguen hablando de unidad e integración continental y hasta intentan su realización de la manera más menguada, como lo demuestran los planes regionales; pero, ni las promesas ni los planes podrán encontrar total materialización debido a que los sectores burgueses más osados o las capillas pequeño-burguesas más radicalizadas, son, en definitiva, empujados a la trinchera contrarrevolucionaria por el proletariado que se encamina a superarlo políticamente. Y a destruir de raíz sus intereses y privilegios. La unidad continental solo puede concebirse como

parte de la lucha del proletariado, cuyo instinto socialista le obliga a destruir el régimen de la propiedad privada. No ha sido posible estructurar la unidad de los países latinoamericanos porque la revolución dirigida por el proletariado sufre un considerable retraso. Si la revolución se detuviese en la etapa democrática no sería posible materializar la unidad continental. El gobierno obrero-campesino (tomamos aquí en su acepción sinónima de dictadura del proletariado apoyado por los campesinos) no tendrá más remedio que estructurar los Estados Unidos Socialistas de América Latina porque tiene que recorrer por ese canal para poder estructurar el socialismo. La unidad continental, por tanto, pasa para nosotros por la revolución proletaria, es uno de sus aspectos de continentalización, es la forma práctica del internacionalismo. No se opone a la revolución mundial: contrariamente, desemboca en ella. Si la revolución de los países atrasados es solo un aspecto de la revolución socialista mundial, los Estados Unidos Socialistas de América Latina forman parte de este proceso. Su estructuración es la proyección de la revolución permanente en el plano internacional. El tremendo desnivel que se constata en la evolución de la conciencia del proletariado de los diversos países impide que la revolución en Latinoamérica se dé de una manera simultánea en todas sus latitudes; pero, el proletariado victorioso en una de las repúblicas no podrá menos, si desea consolidar su victoria y echar las bases materiales de la futura sociedad, que proyectarse internacionalmente, entroncar en el proceso de la revolución internacional, que, como objetivo inmediato, no puede menos que ser considerada como latinoamericana.

6. El stalinismo no habla de los Estados Unidos Socialistas de América Latina, por que estos se oponen a su concepción de la revolución democrática-burguesa y por etapas. Sostenedores de las burguesías nacionales; propugnadores de la coexistencia pacífica pueden de una manera natural sostener los proyectos de integración regional que auspician los organismos imperialistas. Como quiera que para el stalinismo el establecimiento de los gobiernos

obrero-campesinos y la revolución políticamente dirigida por el proletariado no pasan de ser utopías ultraizquierdistas, no hay lugar en sus esquemas capituladores para los Estados Unidos Socialistas de América Latina.

La ultraizquierda parte del supuesto de que la revolución latinoamericana será simultánea y no se cansa de elaborar planes foquistas con la intención de encender la chispa de la rebelión en todo el continente. Es explicable esta actitud si se considera que los foquistas confesos y también los vergonzantes actúan y hacen planes a espaldas de las masas y pretendiendo sustituirlas. Ellos no se plantean los Estados Unidos Socialistas como parte del proceso de la revolución acaudillada por el proletariado, porque para ellos ésta última tampoco existe. Hablan de la revolución del pueblo y del gobierno del pueblo (en sus declaraciones y documentos el pueblo es una abstracción y no algo concreto y formado por clases sociales que tienen intereses y comportamientos diferentes). Como quiera que para ellos no existen tareas democráticas no cumplidas y menos formando parte de la revolución, que la sueñan puramente socialista, no pueden darse cuenta de la significación que adquiere el hecho de que la consigna de la unidad continental pase de manos de la caduca burguesía nacional a las del proletariado.

Es solamente el trotskismo, fuerza política llamada a ajustar su conducta a las leyes de la revolución permanente, que son las leyes de la revolución en los países atrasados de nuestra época, que incluye en su programa la consigna de los Estados Unidos Socialistas de América Latina, no como una abstracción teórica, sino como una norma para la acción militante y como un norte para la movilización de las masas explotadas. Esta consigna nos permite desenmascarar el carácter reaccionario y entreguista, en último término, de los gobiernos titulados nacionalistas. Por otro lado, teniendo como norte la unidad continental bajo los gobiernos obreros-campesinos fácilmente se descubre el sello pro-imperialista de los intentos integracionistas regionales.

7. Como señala el *Programa de Transición,* la lucha por la liberación de los países atrasados de la opresión imperialista es una de las tareas fundamentales de la revolución. Hasta el momento la táctica del frente antiimperialista y la lucha misma contra la opresión foránea han sido consideradas dentro de la concepción stalinista: un frente que anula la lucha de clases, que debe desembocar en la unidad nacional y que debe estar dirigido por la burguesía o por la pequeña-burguesía.

La efectiva lucha contra el imperialismo, la formación del frente revolucionario antiimperialista dirigido por la clase obrera no puede concebirse al margen del objetivo de los Estados Unidos Socialistas de América Latina, solo así, el proletariado unido en escala continental, firmemente entroncado en la revolución mundial, puede oponer resistencia y derrotar al imperialismo que actúa y oprime por encima de las fronteras nacionales. Somos los trotskistas los que levantamos muy en alto la bandera de la lucha antiimperialista y estamos seguros de que, concluirá en la victoria por estar dirigida por el proletariado, porque, para nosotros el antiimperialismo es solo un aspecto de la revolución acaudillada por esta clase. Los que pregonen el antiimperialismo como una etapa previa de esta revolución, como un período de subordinación de la conciencia proletaria a las direcciones políticas que le son extrañas, no hacen otra cosa que preparar las condiciones para la derrota del movimiento revolucionario.

Tupamaros y partido de masas[5]

Alain Labrousse: Tupamaros: de la guerrilla al partido de masas, Ed. Tercer Mundo, Santiago, Chile, 1971.

Si este trabajo lo consideramos como informativo, su lectura es recomendable, el autor se esmera en presentarnos hechos,

[5]Artículo publicado originalmente en *Masas* N° 405, enero de 1972 (*N. del E.*)

antecedentes y documentos de orígenes contrapuestos. Pero se trata de alguien comprometido y que cree en la validez de la tesis de los Tupamaros, por eso estamos obligados a discutir con él. No está en tela de juicio únicamente el foco, considerado como único método revolucionario, sino el que los Tupamaros puedan convertirse en el partido de masas del Uruguay. Los Tupamaros aparecen cuando ya se percibía una crisis en el pensamiento foquista y pretenden en cierta manera su rectificación.

Está fuera de duda "la calidad de la organización del MLN y su eficacia militar", la experiencia ha dicho al respecto su palabra. Tales premisas no son suficientes, sin embargo, para que podamos llegar a la conclusión de que los Tupamaros se transformarán en el partido de masas. La buena organización y la eficacia militar dependen de los recursos materiales y de la experiencia y el que el foco pueda elevarse hasta ser partido es algo que puede negarse, conforme a las enseñanzas de la experiencia y de la teoría.

El foquismo y la acción de los Tupamaros constituyen saludables reacciones ante la poltronería y la inoperancia de los viejos partidos y ante el encubrimiento de su inercia detrás de la discusión por la discusión. Quiérase o no, los Tupamaros se organizaron como sustitutos de la organización partidista, a la que consideraban caduca e inoperante. En el escrito de Labrousse da la impresión de que, como consecuencia de la experiencia adquirida y de la evolución de la política uruguaya, nuevamente los Tupamaros se plantean la vuelta al partido. Se trata de un grupo sumamente heterogéneo por su origen y que deliberadamente se organiza y vive al margen de una concepción ideológica.

Los Tupamaros se destacan del foquismo clásico porque van hacia la masa e indudablemente buscan conquistarla. El documento que estamos comentando da informaciones precisas de sus acciones con miras a impresionar a sectores proletarios y algunas de ellas se realizan en coordinación con sindicatos, etc. No se trata ciertamente de solo penetrar en el seno de las masas, de llevarle

su conciencia desde el exterior, sino de estructurar el partido de la clase.

Lo primero que debe preguntarse es si los Tupamaros tienen presente la idea del partido obrero; todo hace suponer que no. Cuando hablan de las fuerzas fundamentales de la revolución se refieren al pueblo y dentro de él a los que más sufren, "aquellos sectores más golpeados por la oligarquía y aquellos más esclarecidos". Este criterio no es marxista (los Tupamaros se han definido a sí mismos como marxistas, añadiendo que buscan adecuar el marxismo al Uruguay, actitud que diferencia a los revisionistas); el rol histórico del proletariado arranca del lugar que ocupa en el proceso de producción y del desarrollo de la sociedad capitalista, premisas independientes al mayor o menor grado de su explotación (con seguridad que la aplastante mayoría de los campesinos y los artesanos padecen más miseria que los proletarios). ¿Qué se quiere significar con el término "más esclarecidos"? Parece referirse más al grado cultural de ciertas capas sociales y no a la consciencia de clase, lo que importaría que, de manera indirecta, se coloque en lugar preeminente a los estudiantes. Hay razones para pensar que los Tupamaros buscan un partido de masas policlasista.

Para los Tupamaros es la acción la que debe sustituir a la teoría y es esta actitud la que, tarde o temprano, se levanta como un obstáculo en el camino de la construcción del partido. "Las palabras nos separan, la acción nos une", este principio ideológico y organizativo se opone fundamentalmente al concepto de que el partido es el programa y al apotegma leninista de que "no hay acción revolucionaria sin teoría revolucionaria". El programa define la estrategia partidista y también la estructura organizativa del partido. Ni duda cabe que en este caso es la idea la que está modelando un instrumento destinado a modificar una determinada realidad. La acción parte de la teoría y aquella reacciona sobre ésta al enriquecerla.

Queremos decir que no puede haber partido sin programa (la determinación de sus límites supone la polémica con quienes se

reclaman del marxismo y también posibles escisiones) y que éste fija la estrategia y es el resultado de la asimilación crítica de la experiencia nacional e internacional del proletariado.

"La acción como promotora de conciencia y unidad. La necesidad de definir la línea propia por la acción afirmativa y no por la negación sistematizada de las ajenas" rezan las declaraciones de los Tupamaros y que nos permiten sacar importantes conclusiones. El programa es reducido a la acción diaria y está considerada como fuente de la que deben brotar los principios. Esta disolución de la conciencia de clase en el empirismo es la negación misma del partido. Por otro lado, es notable la persistencia en repudiar toda actitud diferenciadora con referencia a las tendencias de izquierda y la búsqueda de la unidad de todos alrededor de enunciados vagos y esquemáticos.

Por este camino no puede construirse el partido revolucionario, aunque es posible agrupar a grandes sectores de admiradores de la acción y de la violencia, considerados como finalidades estratégicas. No es esto lo que estamos buscando, sino forjar un instrumento que nos permita realizar la revolución proletaria.

Por ahí leemos que los Tupamaros desean resolver primero el problema de la liberación nacional para luego plantearse el socialismo. Esta es una versión apenas atenuada de la revolución por etapas y es claro que ellos consideran la liberación nacional como tarea democrática. Lo formulado suponía quedarse a medio camino de la revolución, en la etapa burguesa, y preparar la imposibilidad del socialismo. La revolución proletaria es un solo proceso que cumple las tareas democráticas para transformarlas en socialistas. Los Tupamaros desprecian olímpicamente a la teoría y se abandonan en brazos de la acción para resolver los problemas más espinosos de la política, pero aquella ya ha tenido oportunidad de vengarse cruelmente de los activistas. Las "cárceles del pueblo" son presentadas como "una dualidad de poderes que... representa una clara alternativa de poder en el Uruguay convulsionado de

hoy". Este extremo es tanto como confundir la revolución con el estallido de una bomba. Los Tupamaros, aunque se autocalifiquen de marxistas, demuestran no comprender ni conocer el marxismo. Lenin definía así la dualidad de poder:

"Junto al gobierno provisional, junto al gobierno de la burguesía, se ha formado otro gobierno, débil todavía, todavía en forma embrionaria pero existente sin duda alguna y en vías de desarrollo: los soviets de diputados obreros y soldados... La composición de clase de este segundo gobierno está definida por la participación del proletariado y los campesinos (con uniformes de soldados)".

Democracia Cristiana: de la ultraizquierda al nacionalismo[6]

l. Del ultraizquierdismo al nacionalismo burgués. En Latinoamérica -y no solo en escala nacional- estamos asistiendo a los últimos estertores de las direcciones políticas pequeño-burguesas, que en su momento anunciaron el inicio de una política de nuevo estilo, rectificatorio de los errores de las direcciones de izquierda tradicionales. Así debutó el ultraizquierdismo aventurero. Los reveses sufridos en la lucha diaria y las frustraciones en el intento de imponer organizaciones -primero militares y después políticas- que importen la superación del largo y doloroso camino que supone la estructuración de las vanguardias conforme a las concepciones leninistas, todo esto ha obligado a revisar los planteamientos formulados por la ultraizquierda pequeño-burguesa, lo que no siempre quiere decir que hubiesen sido críticamente superados; contrariamente, la vieja línea ha sido parchada por retazos tomados, precisamente, del arsenal de la llamada izquierda tradicional. En política,

[6]Artículo publicado originalmente en *Masas* N° 411, junio de 1972 (*N. del E.*)

cuando un equívoco no es superado por medio del severo balance, reaparece agrandado en las nuevas posturas: los errores son pagados a precio muy elevado.

El ultraizquierdismo pequeño-burgués latinoamericano se ha agotado en el planteamiento y en la práctica del foquismo, esto si tenemos el coraje de formular la cuestión políticamente y no dejarnos enceguecer por el griterío emocional. La política revolucionaria tiene que ser formulada como instrumento liberador de la clase obrera -ese es el más alto destino del marxismo- y no como consuelo y desahogo de la desesperación de los estudiantes. Tenemos ante nosotros la tarea de destruir el régimen social imperante y la construcción de uno nuevo; el afán de hacerle cosquillas al despotismo convertido en gobierno puede muy bien ser catalogado como una chiquillada intrascendente, aunque, ciertamente, puede adquirir contornos de espectacularidad y atracción para el periodismo sensacionalista. La ultraizquierda boliviana ha dado de sí todo lo que podía dar en Ñancahuazú y Teoponte, dos fracasos, dos frustraciones (no estamos discutiendo la calidad personal y el heroísmo de los actores) y dos dramáticas demostraciones de que la revolución solo pueden hacerla las masas. El vanguardismo petardista no hace la historia porque no cala hondo en la clase revolucionaria, porque no puede encarnarse en ella y porque no se eleva hasta la altura de dirección política (no es casual que anteponga lo militar y las acciones por las acciones a toda otra consideración), es fuego de artificio que no tiene por qué ingresar al arsenal de la revolución.

La ultraizquierda pequeño-burguesa se ha encerrado en sí misma (lo que implica su aislamiento de las masas, o del "pueblo" como gustan decir, pues son esencialmente populistas, actúan, viven y desaparecen a espaldas del pueblo) y está obligada a obrar así en su empeño de organizarse y prepararse para consumar la revolución a nombre del "pueblo", encargo que no se sabe quién podía haberle dado. El foquismo, tomando en cuenta sus numerosas variedades, no va más allá de la preciosista preparación de los especialistas en

la lucha armada, aunque no lo haya expresado con exactitud, se considera el grupo depositario de la violencia de los explotados, el único capaz de dar materialidad a esa violencia. Por estos caminos extraviados ha concluido reemplazando a la clase revolucionaria, colocándose como alternativa frente a la poca madurez política del proletariado. Todos éstos son aspectos negativos del ultraizquierdismo, porque lo tipifican como un fenómeno extraño y exterior a las masas. En esta medida es ineficaz e intrascendente.

Las teorías foquistas, y sus múltiples variaciones, han significado una reacción al reformismo, poltronería y burocratismo de los partidos stalinistas y, en este aspecto, ni duda cabe, su actitud ha sido positiva, lo que no importa que se las apruebe como correctas desde el punto de vista de los intereses del proletariado. No es casual que las huestes petardistas hubiesen sido reclutadas, principalmente entre los jóvenes stalinistas que así dieron expresión a su rebelión contra el derechismo y la colaboración clasista de los partidos comunistas.

Por su naturaleza de clase y su origen histórico la ultraizquierda es la negación de la concepción leninista de la revolución en los países atrasados, donde el problema nacional es de primerísima importancia. De aquí arranca su postura anti-partido bolchevique. Para los pequeño-burgueses radicalizados la revolución solo puede ser socialista químicamente pura y, acaso por esto mismo, a todas las masas (entre ellas el campesinado) que intervienen en este proceso les atribuyan instinto y conciencia socialistas. La clave de toda la estructura de esta tesis se encuentra en el hecho de que siendo intelectuales conocedores de la teoría marxista los destinados a consumar la revolución, ésta no tiene por qué no ser ciento por ciento socialista. Detenerse en el cumplimiento de las tareas democráticas no sería otra cosa que caer en el reformismo y en un distraccionismo lamentable. Las masas pueden tener intereses diversos, pero éstas se diluyen en la concepción socialista que les impone la vanguardia mesiánica.

Por muy bien cincelada que esté una concepción teórica de la revolución no es más que un pronóstico, cuya validez solo puede ser establecida por la prueba suprema de los acontecimientos. La realidad despiadadamente hace añicos a la utopía más cuidadosamente construida. Sin embargo, éste no es el caso de nuestra izquierda. Su "teoría" -si se nos permite utilizar este término para bautizar un conglomerado de afirmaciones incoherentes y plagiadas de todos lados- es rústica y primitiva en extremo, si se la compara con la enorme riqueza del pensamiento socialista que emerge de las luchas sociales a lo largo de nuestra historia. El nudo gordiano de su concepción ideológica dice que la teoría nacerá de la acción, de la misma manera que el partido de vanguardia. La acción por la acción es la madre de todo. La formulación de que el partido es el programa se les antoja un planteamiento que coloca las cosas patas arriba. La elaboración de esta "teoría" es realizada al margen de la experiencia que las masas adquieren en sus luchas cotidianas.

Cuando el desarrollo de la sociedad desmiente categóricamente los sueños ultraizquierdistas, éstos no tienen el menor reparo en describir un viraje de ciento ochenta grados, hasta colocarse en las antípodas de la revolución puramente socialista, hasta sellar solemnemente su capitulación ante el nacionalismo de contenido burgués. Siguen hablando de la lucha armada, de las acciones por las acciones, de la organización político-militar, del providencialismo de los petardistas, etc.; pero, esta vez, para apuntalar la acción y la obra de los nacionalistas; como no pueden reemplazarlos, se convierten en sus puntales desde la izquierda. En muchos países latinoamericanos ya habíamos presenciado el desplazamiento de los guerrilleros desde la intransigencia ultraizquierdista hasta su total entrega a los gobiernos nacionalistas. Esta vez, en Bolivia, la Democracia Cristiana Revolucionaria ha sorprendido a los observadores lanzando a la circulación una tesis programática que reivindica la validez supratemporal de la estrategia nada menos que del MNR.

El viraje espectacular se opera por encima de las masas, ignorándolas y dando las espaldas a su jugosa experiencia, que, precisamente, demuestra que el nacionalismo ha quedado totalmente sepultado por la movilización, radicalización y politización del proletariado.

La "Estrategia revolucionaria del MIR" se llama el testimonio escrito de lo que venimos sosteniendo y que con provecho puede completarse con las declaraciones supuestamente hechas en Bolivia por el Comando Clandestino del MIR (*Punto Final*, 9 de mayo de 1972).

2. División del MIR. Nos encontramos ante el hecho consumado: el MIR se ha escindido en dos organizaciones contrapropuestas y cada una de ellas, a su turno, reclama para sí el control de la mayoría partidista. Este hecho no cuenta para nada si se trata de analizar las proyecciones políticas de la ruptura y que no puede menos que referirse a las cuestiones programáticas. Una discusión de corte académico ha precedido a la fractura y es en ella donde podemos encontrar los antecedentes que nos pueden permitir formarnos una idea, por lo menos aproximada, de lo que son las tendencias en pugna. Con todo, el desquiciamiento ha sido muy profundo y ha alcanzado a la misma Democracia Cristiana tradicional: una parte de ésta se ha plegado a las posiciones sustentadas por Espartaco, los marxistas independientes, los desprendimientos del maoísmo y del MNR. En el otro extremo se encuentran los democratacristianos de conocida y larga trayectoria, son éstos los que han adoptado inconfundibles posturas nacionalistas. Los otros, los que durante muchos años oscilaron entre las diferentes posiciones de la izquierda boliviana, se presentan como marxistas leninista s convictos y confesos.

Según sus patrocinadores, el MIR nació para llenar el dramático vacío creado por la ausencia de una vanguardia revolucionaria, en un país que, al decir de la ingenuidad ultraizquierdista, la revolución podía estallar en cualquier momento. El MIR se complació

en calificarse de nueva izquierda destinada a garantizar una segura y rápida victoria, oponiéndose así a lo que llamó "tradicional izquierda" y cuyo sino no sería otro que el de convertirse en muro que impida esa victoria. La política fue reducida a su mayor simplicidad: solo faltaba derribar a los marxistas tradicionales, que, según los monaguillos dinamiteros, eran simplemente una expresión foránea. Esta "crítica" (de alguna forma hay que llamarla) contenía en germen su futuro nacionalismo al repudiar el marxismo extranjerizante. La particularidad del núcleo fundador del MIR radicaba en su desesperado esfuerzo por amalgamar cristianismo y marxismo, en una especie de homilía al heroísmo de los predestinados. Este eclecticismo fue elaborado en los laboratorios de la inconsciencia clerical en desmedro de la esencia revolucionaria de la doctrina de Marx; se pone de relieve los aportes sociológicos y económicos, pero se pasa por alto la médula revolucionaria del planteamiento. Marx dejó establecido que el aporte y originalidad de su doctrina consistía en que la lucha de clases conducía a la dictadura del proletariado.

El MIR, coincidiendo en este aspecto con la ultraizquierda latinoamericana, sustituye al proletariado con el "pueblo" y a la dictadura del proletariado con el "gobierno popular", tan caro al stalinismo. El asalariado es la clase social revolucionaria por excelencia y el marxismo es un instrumento ideológico que le permitirá cumplir adecuadamente su misión histórica; todo esto es extraño a la "teoría" democratacristiana.

En el MIR lo único nuevo era el rótulo; los ingredientes utilizados para conformado se fueron decantando en el transcurso de una larga y tortuosa historia y al meterse en un cuero supuestamente novedoso llevaron consigo sus tareas, sus prejuicios y sus limitaciones clasistas. No existían razones para esperar que la pequeña burguesía estudiantil demócrata cristiana se transformase por el simple hecho de encubrir sus ideas vergonzantes bajo otro rótulo, que seguramente fue adoptado por insinuar posturas "extremistas".

Como democratacristianos mezclaron resabios del nacionalismo con las postulaciones socializantes de la izquierda de la Iglesia, poniendo mucho empeño en acentuar su posición tercerista (ni comunismo ni capitalismo, comunitarismo cristiano, etc.) No eran más que la extrema izquierda del nacionalismo y en calidad de tal se aproximaron, una y otra vez, a los gobiernos que decían tener en mente acabar con la dependencia del país y modernizarlo (pudieron saborear lujuriosamente las fruiciones del poder sin mayores cargos de conciencia). Los democratacristianos miristas tienen todavía que responder de su pasado cerradamente anticomunista y de su colaboración al gorila Barrientos. Este pasado nada honorable es una de las causas, entre otras muchas, que les impide asimilar debidamente el marxismo. Los otros elementos que se congregaron en el MIR ostentan igualmente un largo pasado político. Si se habla de que la izquierda tradicional nada ha hecho (planteamiento con el que no estamos absolutamente de acuerdo), gran parte de la responsabilidad corresponde, precisamente, a los miembros del MIR.

El MIR apareció como una agrupación ultraizquierdista, embriagada con sus sueños de grandeza, unida no alrededor de su programa político (como aconseja el marxismo "ortodoxo") sino de la decisión de actuar y de fabricar héroes. Entonces era ya posible vaticinar que tendencias tan heterogéneas solo podrían vivir bajo el mismo techo hasta el momento en que se planteasen cuestiones principistas. Y eso es lo que ha ocurrido, en efecto. Cuando la democracia cristiana tradicional sacó de la manga una tesis acentuando su nacionalismo, los grupos que se reclaman del marxismo no tuvieron más camino que rechazar semejante desvarío y responder con sus propios planteamientos.

La fractura del MIR, a los pocos meses de haber mal nacido, viene a poner en evidencia que en materia de construcción de la vanguardia revolucionaria no hay más camino que el leninista, que es válido allí donde existe el proletariado y donde es preciso dar expresión organizativa a la conciencia de clase. El rigor programático

es el punto de arranque del partido y es éste el que define ya su naturaleza estructural y actúa como cernidor por donde tiene que pasar la militancia. La formación de cuadros revolucionarios, que no puede siquiera concebir en ausencia de normas principistas, tanto en la militancia y disciplina partidistas, como en la actuación en el seno de las masas, precisa, necesariamente, un determinado lapso, que inútilmente la desesperación de los intelectuales pretende eliminar. Tenemos a la vista el fracaso de otra receta que pretendió reemplazar a los partidos de izquierda tradicionales. No puede haber la menor duda de que el grueso de la militancia joven de la vieja democracia cristiana buscó sinceramente hacerse marxista y se abandonó en brazos de su dirección cuando ésta le ofreció una forma de cumplir ese cometido en brevísimo tiempo. El pretendido trabajo de asimilación del socialismo científico no fue otra cosa que el plagio de retazos doctrinales en diversas tiendas partidistas. Para poder plagiar es necesario que alguien hubiera dicho primero su verdad; este hecho no solo que es inmoral sino que pone en evidencia la falsedad de la especie de que la izquierda no hizo nada hasta la milagrosa aparición del MIR.

El intento de aprender marxismo de los jóvenes miristas ha sido brutalmente estrangulado, desde el momento en que su dirección ha realizado un brusco retroceso ideológico, hasta colocarse en posiciones francamente nacionalistas. Este retorno a los planteamientos nacionalistas contenidos en la Democracia Cristiana los ha hipertrofiado en desmedro de las posiciones marxistas y se opera ignorando los progresos realizados en el camino de la evolución de la conciencia de clase del proletariado. La clase se ha ido estructurando como tal en viva lucha contra las limitaciones nacionalistas de contenido burgués, a través de la formulación de una atrevida estrategia que señala la urgencia de estructurar el gobierno obrero y la apertura de la perspectiva socialista. Los democristianos, disfrazados de miristas, fijan como su norte la lucha por el Estado nacional fuerte y la estructuración de la sociedad alrededor de él; esto es

puro democratismo, puro nacionalismo, movimientismo cien por cien, en síntesis, es una tesis contrarrevolucionaria.

La "Estrategia revolucionaria del MIR" dice: "Nuestra revolución es pues una revolución por la conformación del Estado Nacional Boliviano (así con mayúsculas) y la liberación de las clases trabajadoras a través de la construcción del socialismo en nuestro País".

Es tan importante este planteamiento para ellos que "la lucha para la conformación de un Estado Nacional Boliviano" es identificado "con la lucha por la liberación nacional".

Las luchas de clases en Bolivia son reducidas a "la lucha de todo un pueblo por configurar un Estado Nacional y una Nación Boliviana fuerte, independiente y dueña única de su destino". Podrían añadirse más citas de este estilo.

El propugnar como contradicción fundamental para Bolivia el choque entre "Nación y anti-nación", solo puede tener sentido si a esta última se la identifica con el imperialismo. Queremos entender que aquí se trataría de la lucha por el Estado nacional y no de otra cosa. No solo que no es aconsejable sino que constituiría una impertinencia el crear artificialmente el problema de las nacionalidades oprimidas, planteamiento que debe conducir a sentar el derecho de separación del seno del actual Estado.

La anterior tesis puede encubrir una gravísima conclusión: la opresión imperialista importaría la anulación o por lo menos la disminución de la lucha de clases dentro de la nación oprimida. Lo que ocurre es exactamente lo contrario: la opresión imperialista acentúa la lucha de clases, esto porque la liberación nacional solo puede consumarse bajo la dirección del proletariado, si éste logra convertirse en caudillo nacional, lo que supone que derrote políticamente a las direcciones políticas de las otras clases. Puede ser que esta batalla por ganar la dirección se desarrolle dentro del marco del frente antiimperialista, pero importa la expresión más elevada de la lucha de clase, precisamente por alcanzar un nivel

político. La lucha y el aplastamiento del imperialismo solo pueden materializarse por el camino de la presencia de la clase obrera, de su nítida fisonomización ideológica y organizativa, al extremo que le permita arrastrar al grueso de las masas detrás de sí. No hay lugar para un pacto formal entre potencias, que de producirse concluiría sometiendo al proletariado a direcciones extrañas.

La lucha antiimperialista debe estar dirigida por el proletariado. Dentro de esta perspectiva no hay lugar para la concepción de la supuesta contradicción fundamental entre Nación y anti-nación.

"Estrategia Revolucionaria del MIR" señala, una y otra vez, que el MNR fue una dirección acertada de las masas, por lo menos hasta poco después de 1952. En la pág. 2 se lee que "Busch, Villarroel y Torres señalan la presencia de la Patria". A la luz del espíritu marxista resulta muy difícil identificarse con esta afirmación típicamente nacionalista, pequeño-burguesa y por momentos chovinista. La COB presenta estas experiencias como intentos fallidos de realización de las tareas democráticas. Debida a que por esta vía no es posible superar el atraso del país, se abre la perspectiva de la llegada del proletariado al poder.

En otro lugar, página 16, se lee: "El MNR demostró en los hechos haber asimilado correctamente la experiencia de la violencia que caracteriza a la historia nacional al extremo de haberla utilizado, esta vez victoriosamente en contra de las clases dominantes". Esta concepción elogiosa parece involucrar la opinión de que el MNR fue, en algún momento, la auténtica dirección de los explotados, pues el único reparo que se le pone es su "populismo" y no la certidumbre de que su estrategia es totalmente extraña a la del proletariado.

No es un misterio para nadie que el documento de la democracia cristiana disfrazada de MIR ha sido escrito tanto para complacer a ciertas fracciones movimientistas, que están interviniendo activamente en los trajines golpistas de grupos militares, como para satisfacer la urgencia de marcar en letras de molde el retroceso

ideológico y político operado en las filas cristianas. Probablemente la indisimulada inclinación al golpismo es identificada con la persistencia del apego a los métodos militaristas. Últimamente el sedicente MIR se ha definido como organización político-militar. La lucha de clases es lucha política y no militar, las actividades militaristas, igual que las sindicales o de cualquier otra índole, son secundarias y están totalmente subordinadas a la política. Si se aceptase la dominación que los democratacristianos pretenden dar a la vanguardia de los explotados, habría que añadir otros términos: sindical, universitaria, etc. No se trata únicamente de si las palabras están o no bien utilizadas sino de que esa terminología denuncia un intento de revisión radical de la concepción leninista del partido. Además de una vanguardia política se precisa que ésta sea, sobre todo y ante todo, un grupo armado. Como se ve, nos encontramos frente a la persistencia de las teorías foquistas.

¿Por qué decimos que los democratacristianos son proclives al golpismo? Se trata de una conclusión obligada de su retomo a las concepciones nacionalistas. Aun considerando este nacionalismo como inconsciente, se tiene que estar de acuerdo que tiende a desembocar en el golpismo; el nacionalismo, en último término, desconfía y tiene miedo a las masas, particularmente al proletariado. Sus sectores más avanzados plantean el cumplimiento de la transformación capitalista sin una participación efectiva de las masas y las transformaciones políticas ideales son para ellos las que se realizan en frío, sin correr el riesgo de que los obreros las conviertan en revoluciones sociales.

La concepción vanguardista (un pequeño grupo realizando la historia a su capricho) encaja en las direcciones políticas nacionales y no es de exclusiva paternidad del foquismo. En la página dieciocho del documento que comentamos, se sostiene el siguiente despropósito:

"Sin embargo un movimiento revolucionario no espera pasivamente el desarrollo mecánico y espontáneo de las condiciones objetivas (el marxismo enseña que la madurez o inmadurez de las condiciones objetivas de la revolución no dependen de la voluntad de los líderes políticos ni de nadie) sino que, provisto de la teoría científica del devenir histórico, actúa sobre ellas a fin de imprimirles un desarrollo y un ritmo favorables a la revolución".

Seguidamente señala que son los hombres quienes con su conducta "aceleran el desarrollo y madurez de tales condiciones". Aquí puede encontrarse por lo menos un germen peligroso, que, en determinadas condiciones, concluiría en el aventurerismo.

El MIR que se reclama del marxismo ha rechazado las proposiciones de la Democracia Cristiana en el documento titulado *Contra el oportunismo nacionalista* en *el seno del MIR.* Este MIR está constituido por parte de la misma Democracia Cristiana, por los marxistas independientes, por los sectores maoístas y movimientistas. Este sector puede evolucionar posteriormente hacia posiciones verdaderamente marxistas, posibilidad que plantea su documento. Con estos elementos podemos discutir, esto porque hablamos el mismo lenguaje, y tener la esperanza de que concluyan adoptando posiciones del todo correctas.

Con todo, dicho documento peca de hibridez porque ha sido redactado para complacer a sectores diversos y disímiles entre sí y en esta medida repite el error del primitivo MIR. Su transformación en un verdadero partido revolucionario exige mayor homogeneidad ideológica, lo que solo puede lograrse a través de una polémica principista más severa. Como rechazo del nacionalismo puede estar bien lo que está escrito, pero es insuficiente como eje de formación del partido revolucionario.

El MNR, modelo estratégico

Los democratacristianos disfrazados de miristas se refieren, una y otra vez, al MNR como un modelo de estrategia, como una fuerza revolucionaria que ha sabido acaudillar e interpretar a las masas (esto solo puede entenderse como un planteamiento de que la revolución en Bolivia solo puede ser democrática). Si se parte de este absurdo es claro que no se quiere organizar un partido revolucionario de la clase obrera. Porque si todavía tenemos que recorrer el camino del Estado nacional, que será realizado según la justa estrategia movimientista, es claro que la clase obrera no puede considerar que ha llegado su hora, tendrá todavía que madurar y educarse en la escuela de la democracia capitalista.

En resumen: la democracia cristiana disfrazada de MIR ha realizado un espectacular retroceso a sus viejas posiciones contrarrevolucionarias y ha demostrado, una vez más, que el ultraizquierdismo lleva en su sangre la posibilidad de su desplazamiento hacia las posiciones nacionalistas, siempre pasando por encima de las masas y de la clase obrera.

Índice

Las armas de la revolución latinoamericana 7
Stella Grenat

Prólogo 29

La violencia revolucionaria 71

La política militar del proletariado 83

Las guerrillas 105

Revalorización del método de las guerrillas 175

Apéndice 283

BIBLIOTECA
MILITANTE
Ediciones ryr

La Biblioteca Militante se compondrá de un total de 250 títulos divididos en cinco colecciones. Con este emprendimiento, *Razón y Revolución* se propone contribuir a la formación política y cultural de sus lectores, brindando una amplia selección de títulos y autores, de lectura ágil y gran importancia, a un precio irrisorio para lo que es actualmente el mercado editorial. La Biblioteca quiere militar por el socialismo en el sentido más general: demostrando que existe como una potencia siempre latente en el alma humana. Autores de los más diversos traerán mes a mes un aspecto, un elemento y una perspectiva de la realidad que buscarán enriquecer la mirada del lector y ayudarlo a construir una cultura socialista.

La Colección Básicos del Socialismo brindará al lector una selección de las mejores plumas de la tradición socialista. Autores clásicos con sus más valiosos textos, los imprescindibles, y autores menos conocidos, que merecen ganarse un lugar en la biblioteca de cada militante.

Colección Historia Argentina

Juan Carlos Torre: *La vieja guardia sindical y Perón*
Edgardo Bilsky: *La semana trágica*

Próximamente

Jorge Roze: *Conflictos agrarios en Argentina. El proceso liguista*
Raúl Dargoltz: *El Santiagueñazo. Gestación y crónica de una puebla-da argentina*
Natalia Duval: *Los sindicatos clasistas: SITRAC (1970-71)*
Julio Frydenberg y Miguel Ruffo: *La semana roja de 1909*
Alberto Bonnet, Adolfo Gilly y Alan Woods: *La izquierda y la gue-rra de Malvinas*
Eduardo Gilimón: *Un anarquista en Buenos Aires (1890-1910)*
Hiroshi Matsushita: *Movimiento Obrero Argentino 1930-1945*

Colección Arte y Filosofía

Alex Callinicos: *Contra el posmodernismo*
Paul Lafargue: *En defensa del materialismo histórico*

Próximamente

José Mariategui: *Critica Literaria*
George Politzer: *Principios elementales de filosofía*
Federico Engels: *Luwdig Feuerbach o el fin de la filosofía clásica alemana*
Ernest Mandel: *Crimen delicioso. Historia social del relato policíaco*
Paul Lidski: *Los escritores contra la comuna*
Mauricio Schoijet: *La revolución darwiniana*

Colección Básicos del Socialismo

Daniel Guérin: *La lucha de clases en el apogeo de la Revolución Francesa*
Víctor Serge: *El año I de la Revolución Rusa*

Próximamente

Karl Marx y Bruno Bauer: *Sobre la cuestión judía*
Paul Mattick: *Marx y Keynes. Los límites de la economía mixta*
Rosa Luxemburgo: *Huelga de masas, partido y sindicatos*
Federico Engels: *Los bakuninistas en acción*
James Cannon: *Historia del Troskismo americano*
Ernest Mandel: *Sobre la historia del movimiento obrero*
Victor Serge: *Memorias de mundos desaparecidos*
Guillermo Lora: *Revolución y foquismo*

Colección Problemas Contemporáneos

Daniel Pereyra: *Del Moncada a Chiapas. Historia de la Lucha Armada en América Latina*
Lillian Hellman: *Tiempo de Canallas*

Próximamente

Alejandro Valle Baeza y Gloria Martínez González: *México, otro capitalismo fallido*
Roberto Montoya: *La impunidad imperial*
Liborio Justo: *Masas y Balas*
Vo Nguyen Giap, Hoang Quoc Viet y Le Van Luong: *La primera resistencia vietnamita*

Colección Literatura en Acción

David Viñas: *En la semana*
Andrés Rivera: *El precio*
César Vallejo: *El tungsteno y otros relatos*

Próximamente

José González Castillo: *Los invertidos y otras obras*
Andrés Rivera: *Los que no mueren*
David Viñas: *Cayó sobre su rostro*
David Viñas: *Dar la cara*
Gabriel Celaya: *Antología poética*
Emile Zola: *Germinal*
Goldoni Carlo: *Arlequino, servidor de dos patrones*
Henri Barbusse: *El fuego*